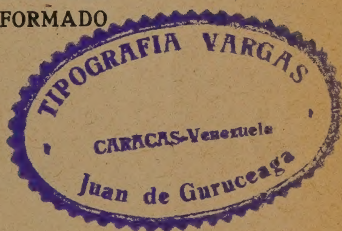
Juan C. Zorrilla de San Martín, S. J.

Antología Escolar Hispano-Americana e Iniciación Literaria

ADAPTADAS A LOS PROGRAMAS DEL
SISTEMA CONCÉNTRICO REFORMADO





TOMO I

MODELOS DE LITERATURA DESCRIPTIVA

N A S C I M E N T O

SANTIAGO 1931 CHILE

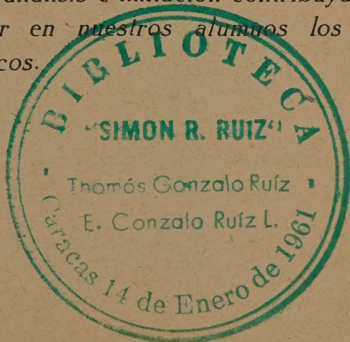
N.o 1060

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile. 1931,

PRÓLOGO

En el nuevo plan de estudios secundarios que ha entrado en vigencia desde 1929, se ha tenido el plausible acuerdo de incluir en las clases de Castellano del primer ciclo (1.°, 2.° y 3.er años), junto con la Gramática, los primeros elementos de Teoría Literaria y prácticas de composición que paulatinamente vaya sugiriendo y facilitando la lectura de autores escogidos.

Para secundar tan acertada disposición publicamos esta ***Antología Escolar Hispano-Americana e Iniciación Literaria,*** *en que hemos procurado acomodarnos lo más fielmente posible al espíritu y normas del nuevo plan, tanto en el método de ir exponiendo por pequeñas dosis las nociones de teoría y composición, a medida que ofrecen ocasión los modelos, como en la selección y ordenación de estos, escogidos con gran esmero entre los principales autores de España y de todas las repúblicas hispano-americanas, especialmente de Chile, de manera que su lectura, análisis e imitación contribuyan, según el mismo plan, a fomentar en nuestros alumnos los grandes ideales morales y patrióticos.*



Imprimi potest

Aloisius Parola, S. J.
Praep. Prov. Chil-Argent.
Cordubae, 28 Nov. 1929.

Imprimatur

Ernestus Palacios, Vic. Gen.
Jacobopoli, 28 Dec. 1929.

NOCIONES Y EJERCICIOS DE COMPOSICION

(DE «LECCIONES DE LITERATURA ESCOLAR»)

Antes de entrar en el estudio minucioso de cada género y especie literaria es conveniente para facilitar los primeros pasos de la composición, reducirlos a tres formas generales: *descripción, narración y disertación,* a las que en rigor se reducen todas aquellas divisiones.

Descripción es exponer objetos, cosas vistas o imaginadas; narración, exponer hechos, especialmente acciones humanas reales o ficticias; disertación, exponer a los demás los propios pensamientos.

El *diálogo,* al que se reduce la poesía dramática, puede considerarse como una parte de la narración, y, en efecto, hay narraciones en que el diálogo o conversación, constituye una gran parte del hecho narrado.

Cada una de estas formas, para que sea más o menos perfecta, debe ser *completa,* esto es, que tenga las partes esenciales de un todo: *principio, medio y fin.*

En la descripción sus tres elementos, y aun su orden, es algo indefinido, pero ordinariamente el principio y el fin, más o menos cortos, expresan el conjunto, ya de las cosas, ya de las

ideas que las cosas sugieren; el medio las diferentes partes del mismo conjunto; de ahí que en tales casos se le llame propiamente enumeración de partes.

En la narración el principio, medio y fin se llaman *exposición, nudo y desenlace.* En la exposición se manifiesta en líneas generales el hecho de que se va a tratar y a veces las circunstancias preliminares; en el nudo, que es la parte principal y de sí y con mucho la más larga, se pone de manifiesto con la mayor viveza posible lo esencial y más importante del hecho, que será tanto más *interesante* cuanto más excite la atención con lo vario o inesperado de las *peripecias* o cambios de fortuna, y con lo bien caracterizados que estén los personajes y que, por consiguiente, más exciten nuestra simpatía, nuestra compasión o nuestra repulsión o antipatía.

En la disertación: especialmente cuando presenta un aspecto de controversia o disputa, como en la oratoria, el principio, llamado exordio, prepara y atrae el ánimo del público hacia el escritor y hacia la materia, el *medio* prueba o al menos expone sólidamente las ideas que el autor pretende comunicar e inculcar en los demás: es parte que supone claridad de entendimiento y lógica en el raciocinio o argumentación; en la oratoria se llama *confirmación;* el fin o *epílogo* es una recapitulación o resumen de lo dicho, que cuando es oratorio va muy a menudo seguido de una vehemente conmoción de afectos, llamada *peroración.*

El lenguaje artístico

El lenguaje artístico o estilo, indispensable en toda obra literaria para que sea verdadera obra de arte, debe ser *oportuno,* esto es, acomodado al tema de que se trata, y al tono en que se expone: sencillo sin dejar de ser expresivo, correcto y animado en la narración y disertación familiar; grandioso en los grandes discursos y en las narraciones heroicas; gracioso en los cuentos cómicos y en las fábulas; solemne y sobrio en las parábolas; vehemente en la peroración de los discursos...

Hay que evitar la *difusión* o exceso de palabras y más de ideas inútiles para lo que se pretende, por muy bellas que sean; es defecto muy común en los principiantes; hay que acostum-

brarse desde los principios a la *precisión* del estilo, tachando y suprimiendo sin compasión toda idea o palabra que no venga al caso. La precisión se llama *concisión*, cuando ese lenguaje preciso encierra mucha doctrina, lo cual tiene sobre todo lugar en la disertación; conciso en la literatura es lo equivalente a macizo en las cosas materiales. Esa precisión y concisión llevan naturalmente a otra gran cualidad: la *fuerza* o energía, consistente en que (tan fuerte), tan hondamente penetran los pensamientos en el ánimo del lector u oyente, que dejan en él su huella profundamente grabada, de modo que difícilmente se olvidan. Esta cualidad va de sí unida a la *originalidad*, al sello personal y característico que saben imprimir a la expresión de sus ideas los hombres superiores. La originalidad supone, pues, la *novedad*, el expresar las cosas de un modo distinto del comúnmente usado, pues lo hace así en virtud de lo recio y vivo de su propia individualidad.

De ahí que esta originalidad haya de ser *natural*, esto es, que parezca brotar espontáneamente del alma conmovida del autor. De otro modo se caería en la extravagancia, vicio por desgracia muy común en nuestros días.

Advertencia sobre la imitación de los modelos

En los modelos literarios de este libro, seleccionados cuidadosamente, entran los mejores de los más insignes autores de España y la América latina, encontrarán los escolares ejemplos acabadísimos de todas las formas y géneros. Es de notar que en los autores antiguos es *ordinariamente* más perfecto el orden, la simetría, la profundidad y solidez de los pensamientos, así como la riqueza del lenguaje, y la armonía del estilo. Entre los modernos, aunque hay muchos que imitan dignamente a los anteriores en las cualidades indicadas, *generalmente* es más común cierta ligereza y rapidez en el pensamiento, cierta tendencia a cortar más la frase y cuidar menos de la pureza y armonía; en cambio, cultivan más la originalidad y el brillo y colorido de la expresión; los antiguos gustaban más de cuadros generales aplicables a muchos particulares; en los modernos, de un siglo a esta parte, se nota el esmero de hacer ver clara y brillan-

temente, tal cual es, sin confundirla con sus similares, aquella cosa o hecho de que se escribe o narra. Y como la descripción y narración son también un notable recurso y adorno de la disertación, también en este género de composiciones didácticas y oratorias se deja sentir esa originalidad, o *colorido local*, como suele a veces llamarse.

Guárdense con todo los principiantes de tomar estas consideraciones en un sentido absoluto; son no pocos los autores antiguos y modernos que reunen todas las cualidades dichas.

Conviene, pues, para la perfecta formación literaria, estudiar los unos y los otros: la pureza, riqueza y armonía de expresión, la claridad y solidez del raciocinio, en los antiguos; el colorido o brillo y la sinceridad individual y originalidad en los modernos. Unos y otros, en lo que tienen de perfecto, merecen llamarse *clásicos*, en el sentido etimológico (clase) y primordial, esto es, en el de llenar las condiciones que a las obras de arte *suponen* la naturaleza y el buen gusto.

Los modelos escogidos van a veces agrupados por temas semejantes, para que los principiantes puedan estudiar cómo diferentes autores tratan el mismo asunto de diversas maneras, tanto en la concepción interna, como en el estilo, debido lo uno y lo otro o al fin que pretenden, o al género de lector a que se dirigen, o sobre todo a la manera peculiar, a la personalidad de cada uno, que imprime a lo que escribe su modo de ver y de pensar, su sello individual, su originalidad, en una palabra, *su estilo propio.*

ADVERTENCIAS SOBRE EL TRABAJO LITERARIO

En toda composición, el trabajo o elaboración de la misma para que produzca todo el resultado de que es capaz el escritor, convendría, según enseña la naturaleza y la experiencia, que siga el siguiente desarrollo:

1.° *Consideración atenta del asunto* (*fondo*): ver, recordar o imaginar vivamente en la descripción y en la narración ficticia; inquirir seriamente en la narración histórica; reflexionar, estudiar la materia en la disertación. Esa claridad del pensamiento se transmitirá sin esfuerzo al plan y a la elocución.

2.° *Disposición de las partes* (*forma interna*): seleccionar únicamente lo que es oportuno a la materia, al tono, al fin que se propone; ordenar las ideas de manera que produzcan el efecto que más conduce a ese propósito. Ese *plan* es muy útil escribirlo brevemente en un croquis, y tenerlo ante los ojos mientras se compone.

3.° *Redacción* (*forma externa*): la que será tanto más fácil, cuanto más se haya estudiado y reflexionado el tema. En ese caso, si hay calor de inspiración, conviene dejar correr la pluma, sin detenerse demasiado en pormenores.

4.° *Corrección:* analizar prácticamente lo escrito: faltas de gramática, faltas de claridad, tachar sin compasión todo lo superfluo (precisión), sea en la fraseología, sea en la repetición de ideas; observar si hay faltas de armonía, sobre todo asonancias cercanas, y notable falta de simetría en los incisos, especialmente al fin de las cláusulas periódicas.

5.° Si hay tiempo, *encarpetar* la composición, y volverla a leer y corregir más tarde, imaginándose el efecto que produciría en la clase de personas a quienes va dirigida.

N. B.—Estas reglas no son absolutas, sino meramente directivas. Cada cual, según su modo de ser, las seguirá en mayor o menor grado, según se lo vaya enseñando la experiencia.

LA DESCRIPCION

La descripción es una exposición de objetos o escenas. De ahí que el primer requisito sea verlos, imaginarlos, o recordarlos claramente.

Pero no se ha de exponer todo lo que hay (como una descripción científica) sino *lo que se ve,* lo que más se ve, lo que más hiere la imaginación, lo que es más oportuno.

Según lo que se pretenda, en la composición hay que hacer resaltar algo principal, lo que más viene al caso, lo que da unidad al conjunto; lo demás sirve principalmente para dar esplendor al objeto o idea fundamental.

Ordenemos bien las partes, no sea que la variedad excesiva ahogue la unidad; que el exceso de enumeración de porme-

nores haga perder de vista el conjunto, al cual deben volverse los ojos de vez en cuando, sobre todo al principio y al fin.

ASUNTOS PARA DESCRIPCIÓN

En esta materia, como en las demás, no hay tema mejor que el que uno mismo ha visto, imaginado y sentido. Propondremos un gran número de asuntos para que el alumno escoja los que más le atraigan, o mejor aún, para que le despierten el recuerdo de objetos o escenas semejantes que haya visto.

Topografías particulares.—Determinada nación, provincia, región, ciudad, aldea, balneario, fundo, cordillera, cerro, río, lago, estero, selva, gruta...

Topografías generales.—El campo: el valle, el monte, un jardín, parque, huerto, laguna, paisajes, cataratas, el cielo estrellado, las nubes.

El mar: una marina, lanchas, barcos de vela, de vapor, las olas, los vientos.

Cronografías.—Primavera, verano, otoño, invierno; la aurora, el mediodía, la tarde, la puesta de sol, el crepúsculo, la noche, el ángelus, noche de luna; el rocío, la lluvia, la nieve, el granizo, la tempestad.

Retratos.—Tipos históricos: Colón, Isabel la Católica, Bolívar, San Martín, O'Higgins, Artigas, Caupolicán, Lautaro...

Paralelos: César y Napoleón, El Cid y Roldán, Bolívar y San Martín, O'Higgins y Carrera, Wáshington y Artigas, Bello y Portales...

Tipos y caracteres: el indio, el negro, el gaucho, el guaso, el roto; el peón, el capataz, el vaquero, el payador, el obrero; el maestro de escuela, el cura de campo, el monaguillo, el misionero, la hermana de caridad; el rico, el pobre, el huérfano, la viuda, el abandonado, el desertor, el encarcelado, el bandido, el traidor, el cautivo, el esclavo; la infancia, la vejez; el soldado, el corneta, el sargento, el caudillo, el inválido; el pedante, el sabiondo, el fanfarrón, el cobarde... El chileno, el argentino, el uruguayo, el español...

Reino animal: animales domésticos: perro, gato, caballo, asno, buey, vaca, oveja, cordero...

Animales salvajes: león, tigre, guanaco, ciervo, el zorro...
Insectos: la abeja, la hormiga, el castor, las mariposas....
Pájaros: cóndor, águila, zorzal, hornero, golondrina, los nidos...
Reino vegetal: los árboles, el ombú, el cedro, la patagua, el maitén...
Flores y frutas: la rosa, el clavel, el copihue... la naranja, el limón, la chirimoya...
Construcciones.—Un edificio, palacio, iglesia, casa colonial, casa de fundo, rancho, cabaña, fortaleza, faro, tapera, ruinas...

Escenas

Escenas del hogar.—El amor materno: el padre y la madre, los abuelos y los nietos—juegos y reyertas de los niños pequeñitos—los primeros pasos—las primeras palabras—travesuras—los cuentos de la abuelita;—desgracias de familia: enfermedad, viático, muerte, funerales, recuerdos de los ausentes. Fiestas de familia: un bautizo, una boda, primera comunión, el retorno de un viajero, el santo de los padres...
Escenas de colegio: entrada, primeras impresiones de niño, clases, ejercicios, premios, castigos, recreos, juegos, foot-ball, desafíos, campeonatos, distribución de premios, fiesta patria, día del rector...
Fiestas de iglesia: primera comunión, Semana Santa, mes de María, ejercicios, procesiones.
Escenas de la calle: procesión religiosa, desfile militar, manifestación, *meeting*, accidentes, choques, peleas...
Escenas de campo: faenas agrícolas, siembra, riego, trilla, yerra, rodeo, doma, misión rural, procesiones, erección de la cruz, primera comunión, bautizos y bodas... Carreras de caballos, topeaduras, danzas populares, fuegos artificiales, caza, pesca.
Escenas populares: el mercado, la plaza, fiestas patrias, cabalgatas, corridas de toros, de caballos, de gatos, campeonatos de juegos: *foot-ball, tennis,* natación...

Desarrollo de un tema

Damos a continuación un croquis del modo cómo pueden desarrollarse algunos de los temas propuestos:

Descripción de una ciudad

Elementos materiales: idea general, rasgos característicos: montes, ríos, llanura, loma, mar...

Pormenores: edificios, iglesias, avenidas, parques, paseos, jardines, alrededores...

Elementos humanos: historia: fundación, desarrollo, época actual.

Prosperidad: comercio, industrias y productos característicos.

Habitantes: raza, carácter, ocupación, cultura instituciones, tipos populares, costumbres locales.

Idea general: notas distintivas (resumiendo), orgullo legítimo de sus habitantes.

Descripción de un pueblo o aldea

Idea general: V. la anterior.

Pormenores: capilla o ermita, imagen milagrosa, alguna ruina, molino, caída de agua...

Productos propios: agrícolas: trigo, frutas; industriales: tejidos, canastillos, alfarería...

Habitantes: V. la anterior, especialmente raza y tipos, costumbres y ceremonias curiosas, supersticiones, apariciones, entierros, leyendas.

Idea general: V. la anterior.—Amabilidad, interés, tradición, originalidad... Veneración que se ha de tener al verdadero pueblo, la gran masa de la nación...

Descripción de un fundo o estancia

Situación general: como observada desde un punto elevado: montes, valles, ríos, canales...

Como quien va entrando: avenidas, casas de peones (forma, aspecto, color, techo, paredes, huerto, flores, árboles), escenas vistas de paso: niños jugando, mujeres lavando o cocinando, hombres a caballo o trabajando.

Como quien llega: jardín de entrada, casa de los dueños (forma, estilo, comodidades, lujo, patios, parque, flores, árboles).

Como quien sale: galpones, depósitos, máquinas agrícolas, productos, lana, sacos de trigo, maderas...

Idea general de riqueza y trabajo: potreros, sembrados, ganados, vaquería.

Como quien vuelve: caída de la tarde, puesta de sol, las sombras, la vuelta del trabajo, el humo de las viviendas, el descanso, la noche...

Impresión y consideración general.

....

Descripción de un modelo gráfico

A través de todo este libro encontrarán los alumnos un gran número de láminas, cuidadosamente seleccionadas para que puedan servirles de inspiración y de tema para sus composiciones, no sólo como materia de descripción, sino también de narraciones y disertaciones o raciocinios que las mismas les inspiren. En todas ellas pueden ver al lado de la imagen un desarrollo de la misma, o tema semejante, debido a la pluma de grandes autores; lo que sugerirá fácilmente asuntos parecidos que desarrollar.

Cartas familiares

La carta o comunicación por escrito entre personas ausentes, es la forma en que de ordinario todos tienen ocasión y aun necesidad de iniciarse en la composición literaria. Ahora bien, una carta familiar, cual la que escribe un niño a su padre, her-

mano o amigo, se reduce ordinariamente a una serie de *descripciones* de lo que se ha visto y de *narraciones* de lo que se ha presenciado u oído; y a veces de *disertaciones*, expresando los propios pensamientos y sentimientos, o queriendo convencer y persuadir de una cosa. Eso es el medio y lo principal de la carta. A ello se añade un principio y un fin, que como en la oratoria, puede llamarse *exordio* y *epílogo*.

El exordio suele encerrar la causa u ocasión de escribir: *Habiendo recibido carta... Debiendo darle cuenta... Cumpliendo lo prometido... Recordando mi promesa... No pudiendo olvidarlo... Desde que llegué me propuse... Ya que tengo tiempo y humor... Como hace tanto tiempo...*

Conviene alterar esas frases hechas, dando novedad, vida y espontaneidad a la frase: *¡Cuánto tiempo!... ¡Qué pensará Ud. de mí!... ¡Válgame Dios y cuánto tiempo!... ¡Cuán olvidadizo ... ¡Cuán ingrato... ¿Qué dirá Ud. de... ¡Bendito sea Dios! y cuán poco...*

¡Loado sea Dios que me acuerdo por fin!

Mucho, mucho me he acordado de Ud.

No piense que mi silencio signifique olvido... ¿Se acuerda Ud. de mi promesa?...

¡Manos a la obra, que la ocasión se presenta...

Heme aquí resuelto ya a romper mi silencio...

Mucho te equivocas si piensas que he olvidado... Paréceme que te estoy oyendo decir «¡Qué ingrato!»... ¿Esperabas, verdad, esta carta? ¡No faltaba más!... Sobrada razón tienes para quejarte de mí. ....

....

Lo mismo hay que advertir sobre el *epílogo*. De ordinario se reduce a dar recuerdos a otros y a mandar saludos, abrazos, besos, según el grado de familiaridad, a quien se escribe.

—Saluda de mi parte... Recibe un fuerte abrazo de tu amigo que te quiere...

Trátese de variar:

No te olvides de saludar... Con mis cordiales saludos a... mis respetos a... Ruégote presentes mis... Vaya con mis afectos a... un estrecho abrazo para ti... Díle a X. que no lo olvido y espero verlo; a X. que pronto...

No olvides en la lista a X. ni a X, a quienes... A X. que lo echo de menos y espero ir pronto...........................

....

Con toda el alma... con todo afecto... de lo íntimo del corazón... Créeme tu mejor amigo... que te quiere... que mucho te quiere... que tánto te quiere... que no te olvida... que confía verte pronto... que te abraza cariñosamente.

....

En las cartas familiares, sobre todo las dirigidas a los padres, hay que evitar la frialdad de quien cumple por ceremonia. Hay que saber expresar los afectos, el amor y cariño que debe profesar todo niño a sus padres y otros seres queridos:

—Querida mamá: ¡Cuánto la echo de menos!... ¡Cómo me acuerdo de Ud.!... Su imagen me sigue por doquiera... Paréceme que veo constantemente sus ojos clavados cariñosamente en mí... Mi alegría se turba cuando pienso que estoy ausente de Ud.... ¿Cuándo vendrá Ud. por acá? Ojalá sea pronto. Apresure el viaje, mamá querida, yo no puedo estar sin su compañía... La única pena en medio de mis vacaciones es no estar a su lado..........

Teniendo en cuenta estos tres puntos, el resto de la carta no ofrece más dificultad que la de cualquier ejercicio, advirtiendo que tanto será más perfecta la carta familiar, cuanto más natural sea el estilo, cuanto más espontáneamente brote del propio corazón. Recuérdese que es una conversación por escrito.



NOCIONES DE VERSIFICACION

Cielos azules,
nubes de nácar;
puros celajes
de oro y de grana,
. . . .

. . . .
esa, hijo mío,
flor de mi alma,
esa es tu vida,
esa es la infancia.—(*Selgas*).

Por poco oído que tenga una persona, advertirá, al leer los versos citados, que la expresión está dividida con cierta simetría, cierto paralelismo; la frase se detiene ligeramente, hace *una pausa*, cada cierto *número de sílabas*, y esa pausa coincide con el fin del verso.

Pero nótese que esa medida depende del oído, del sonido, no *únicamente* del número de sílabas: los tres primeros versos tienen cinco sílabas que corresponden a los cinco sonidos, como ligeros golpes, de que constan los versos. Pero el cuarto verso «*de oro y de grana*», aunque suena como los anteriores con cinco golpes, tiene gramaticalmente siete sílabas. Es que al pronunciar las vocales *e* y *o*, *o* é *y*, se emiten de una sola vez (*deo-roy*); es lo que se llama la *sinalefa*, que, por consiguiente, hay que tener siempre en cuenta al medir los versos. Así pasa en los dos últimos versos: «*e—saes*»: se cuentan dos sílabas, aunque gramaticalmente sean tres.

En un mismo verso se nota que cada dos hay un sonido semejante desde la sílaba acentuada: *nácar*, *grana*, *alma*, *infancia:* es lo que se llama *rima:* es *imperfecta* o *asonante*, como en este caso, cuando sólo las vocales son las mismas, *perfecta* o *consonante* cuando todas las letras son iguales, v. gr., *grana* y *vana*, *infancia y jactancia*, *alma y calma*.

La rima es un mero adorno del verso: hay versos muy hermosos sin rima.

Lo que, además de la medida, llama la atención en los versos citados, es la simetría de los acentos tónicos: todos ellos llevan acento en la primera y en la cuarta sílaba—' — —,—'—

Esta cadencia tan sonora es lo que se llama *ritmo y* divide siempre al verso en partecillas de dos o tres sílabas, llamadas *cláusulas rítmicas,* cuya forma es fácil de recordar por las siguientes palabras: *canto* (trocaico), *cantó* (yambico), *cántara* (dactílico), *cantara* (anfibráquico), *cantará* (anapéstico).

La pausa con que termina un verso hace que el sentido quede ligeramente en suspenso, con lo cual ocurre que el sonido de la última vocal acentuada parezca prolongarse, de modo que si la palabra es aguda, la última vocal suena casi como dos, y así en realidad se cuenta para la medida del verso. En cambio si es esdrújula, la detención en la vocal acentuada hace que suenen muy poco las dos vocales que siguen, y, por consiguiente, se cuentan como una sola. Por eso los siguientes versos son todos de siete sílabas:

El triste penitente
hallaba en penas ásperas
dulzuras de perdón.—(*Costa Ll.*)

En este otro ejemplo:

Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas
quiero, amiga,
que me diga:
¿son de alguna
utilidad?—(*Iriarte*).

se advierte que la combinación de rima es constante: es casi siempre la misma cada dos versos: esa combinación simétrica y regular de la rima es lo que se llama *estrofa,* sea cada dos, tres o más versos. Según el número de versos de que constan, las *principales* estrofas se llaman *pareados, tercetos, cuartetos, quintetos, sextinas, octavas, décimas,* etc.

Los versos de muchas sílabas, como los siguientes:

¿Qué quieren esas nubes—que con furor se agrupan
del aire transparente—por la región azul?

equivalen siempre a dos o más versos cortos separados en medio por una detención más ligera aún que la pausa final, y que suele llamarse *cesura.*

DESCRIPCIONES

TOPOGRAFIA

(Paisaje, campo, bosque, mar, elementos, etc.)

Topografía *se llama toda descripción de un lugar, como lo indica su etimología (en griegos* topos *significa lugar, sitio,* grafía, *escrito, tratado escrito).*

Adviértase desde el principio cómo en las siguientes topografías se cumplen admirablemente las notas que indicamos en la introducción: generalmente se empieza con una vista de conjunto, se enumeran las partes, y se termina con otra visión o consideración general, todo con gran viveza, como quien va escribiendo lo que se va presentando a la vista y hiere más la imaginación, o lo que se refiere más directamente a la impresión que el autor quiere comunicar al lector.

Nótese también desde luego la diversidad de plan y de estilo entre los antiguos y los modernos: el orden, mesura, armonía, visión genérica, menos particular de los antiguos, y la vivacidad, colorido, particularidades y menos preocupación de la armonía de lenguaje en los modernos.

Topografía general

Se incluyen en este grupo, las topografías de objetos imaginarios y universales: el campo, el monte, el mar...

Cuadro o hipotiposis *suele llamárseles cuando son cortos y rápidos.*

Estos temas son de los más apropiados para ejercicios de los principiantes por ser de los más conocidos de todos y de los que más se prestan a ser íntimamente sentidos.



Hermosura y armonía de lo criado

(Fray Luis de Granada)

Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, de quienes son estos dos primeros fragmentos, son los dos grandes escritores clásicos del Siglo de Oro (siglo XVI-XVII) en quienes se manifiestan más claramente las cualidades que hemos enumerado como características de los clásicos. En Granada resalta, además de una incomparable armonía de estilo, una gran ternura de corazón; en León la fantasía, como propia del más insigne poeta lírico de nuestra lengua.

Levantemos los ojos a las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las esclarece y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra; y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningún daño hacen a la tierra, ni a las cosas de ella, mas antes la aprovechan de

tal manera que, si mudasen sus lugares y puestos, ardería todo el mundo. Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas, y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos subterráneos nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oído por fama que hay una divinidad en el mundo soberana; y después de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos: cuando viesen la tierra, el mar, y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y cómo él esclareciendo con su luz el cielo, es causa del día; y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nacimientos y puestas de las estrellas tan ordenados y tan constantes en sus movimientos: sin duda cuando los tales hombres salidos de la oscuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conocerían haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendía. Esto dijo Aristóteles..

¿Quién tendrá por hombre de razón al que, viendo los movimientos del cielo y el orden de las estrellas, tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningún consejo ni entendimiento puede llegar a comprender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza, o reloj, o algunas figuras moverse artificiosamente, no entendemos que hay algún artífice y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable ligereza, y que hacen sus cursos tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no echaremos de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas dejada aparte la sutileza de los argumentos, pongámo-

nos a mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma; colocada en medio del mundo, vestida de flores, de hierbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frías; los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos a esto las venas escondidas del oro y plata, y la in-



finidad de los mármoles preciosos. Y demás de esto, ¿cuánta diversidad vemos de bestias, de ellas mansas, de ellas fieras? ¿Cuántos vuelos y cantos de aves? ¿Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres? Pues, ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habría que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia.

Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura de la mar? ¿Cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella? ¿Qué frescura y deleite de sus riberas? ¿Cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales a las peñas? Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene a hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino a la mar, se diferencia entre día y noche, el cual unas veces adelgazándose sube a lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte a otra, es causa de los vientos. Y él también sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales . . . .

. . . .

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas de este mundo, ¿quién será tan bruto, que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo Hacedor? ¿Quién diría que un retablo muy grande, y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borrón de tinta, que acertó a caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo más grande, más vistoso, y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos y agradables, que los de los prados y árboles de la primvera? ¿Qué figuras más primas, que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente, y más pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por acaso yendo camino, hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe muy bien edificada, y proveída de todo género de mantenimientos y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus verjeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados; y maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se había hecho esto, y te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos de ella habían acertado a

caer de tal menera, que sin mano de oficial se habían fabricado aquellos tan hermosos palacios con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría figurarse desatino mayor? Pues decidme ahora, si poniéndoos vos de propósito a considerar la hermosura de la gran casa real de este mundo, y viendo la fábrica, y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande, y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes, y frutas, y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras y verjeles, y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas, y valles, y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio de esos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nacen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores de esta casa unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el régimen de toda esta casa y familia, y el orden de ella, y todo finalmente encaminado para el servicio del príncipe de esta casa, que es el hombre: quien todo esto ve con otras infinitas cosas que no se pueden comprender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?





Cristo ama el campo y la soledad

(Fray Luis de León)

Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo, y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla; así aquella región de vida, adonde vive aqueste nuestro glorioso Bien, es la pura verdad, y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser, y las raíces firmes de donde nacen, y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir, así, aquellos son los elementos puros, y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente llenos de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde exentos de toda injuria gloriosamente florecen la haya, y la oliva, y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos

este nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza, y quietud y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina, y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno. (*Ibid.*)

Los pescadores

(Federico Gana, chileno)

Adviértanse en este notable narrador chileno, lo mismo que en los tres siguientes, las cualidades más salientes de los grandes escritores modernos: brillo, riqueza de imágenes, colorido local, realismo que pone ante los ojos los objetos como si estuviesen ante la vista y se fueran mostrando.

La noche caía rápidamente sobre el lago de Tiberíades; millares de estrellas resplandecían ardientes en el cielo negro y se reflejaban temblorosas en las aguas. Una tenue claridad blanquecina coronaba como un nimbo pálido las sombrías y boscosas montañas del Hermón, de Cafarnaúm y de Betsaida; y una fresca brisa cargada con los penetrantes aromas del azahar, de los tamarindos y de las hierbas silvestres, venía de lo alto de las colinas.

En la calma profunda del anochecer, escuchábanse tan sólo los plañideros balidos que se escapaban de los apriscos, el lento y acompasado rumor de los remos de alguna barca pescadora que surcaba el lago, el sordo cuchicheo de las olas mordiendo las riberas.

En una playa estrecha y arenosa, hacia las márgenes de las tierras de Filipo, frente a Magdala y Tiberíades, había algunos hombres reunidos alrededor de una fogata. No lejos de ellos veíase, emergiendo de los cañaverales de la orilla, la negra silueta de una barca.

Los rojizos resplandores del fuego iluminaban los rostros atezados y curtidos por la intemperie de aquellos hombres, sus

robustos cuerpos cubiertos de pieles de carnero y de andrajosas y desgarradas túnicas de telas groseras. Casi todos eran jóvenes; y, a juzgar por las redes que estaban tendidas a su lado, pescadores de aquellos contornos.

Hablaban en voz baja, con rápidas frases, como consultando unos con otros algo grave que los preocupase extrañamente, mientras iban tendiendo al calor del fuego algunos trozos de carne de pescado.



PAISAJE

(Jorge Isaacs, colombiano)

Levantéme al día siguiente cuando amanecía. Los resplandores que delineaban hacia el oriente las cúspides de la cordillera central, doraban en semi-círculo sobre ella algunas nubes ligeras, que se desataban las unas de las otras para alejarse y desaparecer. Las verdes pampas y bosques frondosos del valle, se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellas algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La cordillera de Occidente, con sus pliegues y senos,

semejaba mantos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas. Al frente de mi ventana los rosales y los follajes de los árboles del huerto parecían temer las primeras brisas que vendrían a derramar el rocío que brillaba en sus hojas y flores. Todo me pareció triste. Tomé la escopeta; hice una señal al cariñoso Mayo, que, sentado sobre las piernas traseras, me miraba fijamente, arrugada la frente por la excesiva atención, aguardando la primera orden; y saltando el vallado de piedra, cogí el camino de la montaña. Al internarme, la hallé fresca y temblorosa bajo las caricias de las últimas auras de la noche. Las garzas abandonaban sus dormideros formulando en su vuelo líneas ondulantes que plateaba el sol, como cintas abandonadas al capricho del viento. Bandadas numerosas de loros se levantaban de los guadales para dirigirse a los maizales vecinos y el dios-te-dé saludaba el día con su canto triste y monótono desde el corazón de la sierra.

Bajé a la vega montuosa del río por el mismo sendero por donde lo había hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal iba aumentándose, y poco después descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervideras en ellos, cristalinas y tersas en los remansos, rodando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumaje sedoso y semilleros de color de púrpura.

Detúveme a la mitad del puente, formado por el huracán con un cedro corpulento, el mismo por donde había pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus lamas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis pies a mecerse en las ondas. Una vegetación exuberante y altiva abovedada a trechos el río, al través de la cual penetraban algunos rayos del sol naciente, como por la techumbre rota de un templo indiano, abandonado. Mayo aulló cobarde en la ribera que yo acababa de dejar, e instado por mí, se resolvió a pasar por el puente fantástico, tomando en seguida, antes que yo, el sendero que conducía a la posesión del viejo José, quien esperaba de mí aquel día el pago de su visita de bienvenida.

Después de una pequeña cuesta pendiente y oscura, y de atravesar a saltos por sobre el arbolado seco de los últimos derri-

bos del montañés, me hallé en la placeta de legumbres, desde donde divisé humeando la casita situada en medio de las colinas verdes, que yo había dejado entre bosques al parecer indestructibles. Las vacas, hermosas por su tamaño y color, bramaban a la puerta del corral buscando sus becerros. Las aves domésticas alborotaban recibiendo la ración matutina; en las palmeras cercanas, que había respetado el hacha de los labradores, se mecían las oropéndolas bulliciosas en sus nidos colgantes, y en medio de tan grata algarabía, se oía a las veces el grito agudo del pajarero que, desde su barbacoa y armado de honda, espantaba los guacamayos hambrientos que revoloteaban sobre el maizal...





BOSQUE TROPICAL

(José María Samper, colombiano)

. . . .

. . . .

Martín salió de aquel laberinto, embargado de admiración y poseído de santo recogimiento. Pero le faltaba todavía sentir una grande y profunda emoción. Penetró en la selva de la orilla del Meta, como entra un huésped azorado en un vasto edificio que le es desconocido, y en cuyo seno reinan el silencio, la soledad, el misterio y las vagas sombras de la noche que se acerca. Aquello era más que la exuberancia y la majestad de la vida: era el delirio silencioso de las fuerzas creadoras de la naturaleza en increíble actividad. Lo colosal protegía a lo enano; lo gracioso y encantador se abrigaba a la sombra de lo monstruoso; la vida crecía sobre la muerte, se nutría con sus despojos, y regene-

rándolos, perpetuaba la savia de la creación en una infinita variedad de formas.

El cielo estaba allí invisible. No había más cielo que el formidable ramaje de miles de caracolíes y ceibas estupendas, caobas colosales, guayacanes de troncos de hierro, cumulaes rugosos y empinados, diomates encorvados y de corteza manchada como la piel del tigre, y cien otras especies de gigantes de la vegetación intertropical. Todos esos gigantes formaban con sus ramas como una sola bóveda, pero dividida en mil cúpulas que se sostenían entre sí contra el furor de los huracanes, como se sostienen todas las torres, las naves y las cúpulas de un templo.

. . . .

. . . .

De tiempo en tiempo se sentía algún rumor que interrumpía el silencio de aquella rebelión oprimida y domada por los colosos de la selva: era la queja profunda de algún paují solitario, el eco del paso cadencioso de algún tapir perdido en la espesura, el ruido fugitivo de alguna serpiente que se deslizaba entre la seca hojarasca del suelo, el sordo zumbido de algún enorme insecto o de alguna colmena de abejas, el salto repentino de algún ciervo asustado con el vuelo de un pájaro, la evolución de algún mono, haciendo en las altas ramas sus ejercicios de trapecio, o el metálico chasquido de los dientes de algún pecarí que devora el tronco de una palmera enana. De trecho en trecho se entreabría la muralla espesa de la selva, presentándose limpia de matorrales y arbustos, y dejaba ver a lo lejos, por medio de los troncos de ceibas, unas grandes manchas amarillentas, lívidas e inmóviles, que contrastaban con la verdura del bosque: eran las aguas del Meta, que resbalaban silenciosas, mansas, desiertas y con una majestad solemne.



En el bañado

(José S. Alvarez) (Fray Mocho), argentino)

Al paso de nuestras cabalgaduras seguíamos la tortuosa senda que cruzaba el bañado en los días de seca, chapaleando aquí y allá el agua cristalina, conservada como un tesoro por el pajonal, que la cubría celoso con su manto verdinegro, orlado de nenúfares y camalotes.

—¿Sabe que es lindo el bañado, don Pascasio?

—¡Y cómo no, amigo!... Por eso el que cae a estos aguazales no los deja sino con pena, y los que nacieron en ellos y se ausentan, jamás lo hacen para siempre...

Tendí la vista sobre el pajonal que ondulaba movido por la brisa y seguí complacido las bandadas de siriríes que se alzaban en montón, dando el alerta con el rumor de sus rápidas alas a las gallaretas y a las grullas y a los pesados ocós, que dormitaban a orillas de los juncales, esperando el paso de las mojarras, inquietas y perspicaces.

—¡Mire que tendrá cuentos el bañado, don Pascasio...! Si yo pudiese, me quedaba un tiempo... Ha de ser divertido estudiar las costumbres de tanto pájaro y de tanto bicharraco, como hay...!

—No crea que son muchas las clases... Pronto las conocería a todas y después le sucedería lo que a mí, que no distingo los pájaros y los bichos sino cuando tengo que comerlos...

—Mire cómo hierven los patos en aquel charco... Fíjese qué colores más lindos... si parecen bruñidos los cuerpecitos y hechos con mosaicos de rubíes, de esmeraldas y de brillantes!

—Esos no son patos sino gallinetas... como quien dijera las perdices del bañado... comen lombrices y por eso hay algunos que no las quieren, aunque sean riquísimas... Vea!... No admiten en su sociedad sino a los cucharones que con sus picos chatos les revuelven el barro del fondo y les descubren la comida... Se dice que son compadres, pero que no se tutean para no darse confianza y tener después que pelearse... La gallineta es ligerísima para comer, pero no abusa de la lentitud de su amigo y le da lugar y tiempo...

¡Qué precioso aquel charquito a la derecha...! Mire... Parece esmaltado...

—Ese no es un charquito sino un charco muy hondo... Si fuese playo, no andarían en él los cisnes y los patos picazos, que revuelven las aguas profundas persiguiendo los pescaditos... Estos vienen en cardumen a guarecerse, asustados, entre las malezas de la orilla y por eso están en ella las garzas blancas y los flamencos rosados esperándolos atentos... Todos esos canilludos son haraganes y se aprovechan del barullo que arman en el agua los grandes nadadores o de los ruidosos zambullones de los carpinchos y de las nutrias... En el bañado, amigo, es como en tierra firme... El vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo!

Y don Pascasio, mirando a lo lejos y señalándome un punto lejano, prosiguió:

—Mire, allá, junto a aquel sauce quebrado que está como cayéndose al agua... ¿No lo ve cubierto por una bandada de biguáes, que son las aves negras del aguazal...? ¡Obsérvelos...! Saltan, zambullen, dan volidos cortitos y vuelven a sus puestos a sacudir sus plumas que parecen de azabache y a tragarse cualquier animalejo que haya robado su pico... Fíjese bien y verá, casi entre ellos, pero discretamente apartada... una garza mora que se tiene sobre una pata, quizás para no cansar las dos, mirando el agua con ojos de codicia...

Según un cuento de aquí, la garza mora era una viuda muy rica cuya confianza ganó al dandy de los bañados, el martín-pescador, mozo pobre y haragán, fastuoso en el vestir y cargado de halajas falsas como buen jugador zonzo, quien inició la testamentaría, repartiendo cargos y comisiones entre sus parientes los biguáes... ¡Claro! Muy pronto desaparecieron los tesoros y la viuda se vió obligada a pleitear con su apoderado, que es un maestro en la chicana. El juez es el tuyuyú, personaje grave y sesudo que dicta buenas sentencias, pero que no tiene a sus órdenes ni un miserable gendarme que lleve las citaciones... Y ahí la tiene usted a la viuda, persiguiendo en los bañados a todos sus defraudadores para entregarles las cédulas... Todas las mañanas viene la garza a buscarlos y sale con las bandadas con rumbo hacia las cuchillas donde vive el tuyuyú, pero cuando



pica el sol, los biguáes se asientan en las lagunas y no quieren seguir viaje a pretexto de que el calor los enferma... La garza, desconfiada, se queda entre ellos y observa el malezal con atención para ver si en las corrientes ve pasar los rubíes y los brillantes que formaban su tesoro, aunque en realidad espere los animalejos que los bigués desprecian... porque no puede con ellos.

No tienen ni amigos en el bañado: ellos son ellos, y nada más...! Si formasen gobierno, alguna vez, serían los representantes del más completo nepotismo... Se visten igualitos, no conversan sino unos con otros ni se les ve reunirse con nadie que no sea de su familia... Son envidiosos, egoístas y rapaces hasta darles con un palo y de ellos no se saca sino perjuicio... La car-

ne es hedionda como la pluma y no se alimenta sino de bichos inofensivos, porque son flojísimos y no se animan a la sabandija.

—¿Y el martín-pescador?

—Adonde anda la garza mora no se le ve a ese canalla... ella recorre los ribazos que alumbra el sol, porque a ellos concurren las lombrices y las víboras de que se alimenta y que los biguáes desprecian, y él vive entre las malezas sombrías o entre el ramaje tupido de las arboledas costaneras, buscando las plateadas mojarritas que vienen curiosas a contemplar las pedrerías de su ropaje reflejado en el cristal de las corrientes. . .



El mar

(Fray Luis de Granada)

Nótese de nuevo la admirable armonía del estilo de Fray Luis de Granada.

La mar es fuente de las aguas, materia de las grandes avenidas, acarreadora de las mercaderías, compendio de los caminantes, remedio de la esterilidad, socorro de las necesidades, y

liga con que los pueblos apartados se juntan, y freno del furor de los bárbaros, para que no nos hagan tanto daño.

Tiene también otra cosa la mar, la cual como criatura tan principal, nos representa por una parte la mansedumbre, y por otra la indignación e ira del Criador. Porque, ¿qué cosa más mansa, que el mar cuando está quieto, y libre de los vientos, que solemos llamar *mar de donas;* o cuando con un aire templado blandamente se encrespa, y envía sus mansas ondas hacia la ribera, sucediendo unas a otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance las unas de las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto, pues, nos representa la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos.

Mas cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto más las levanta a lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naos (cuando los hombres están puestos en mortal tristeza, las fuerzas y las vidas ya rendidas), entonces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar cuando a él le place. Lo cual cuenta el real profeta entre las grandezas de Dios, diciendo: «Vos, Señor, tenéis señorío sobre la mar, y vos podéis amansar el furor de sus ondas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y vos criasteis la redondez de ella, con todo lo que dentro de sí abraza; y la mar y el viento cierzo, que la levanta, vos los fabricasteis.».

Al mar

(José Enrique Rodó, uruguayo)

Adviértase en este fragmento cómo Rodó conserva la armonía de los clásicos y añade la fantasía de los modernos.

¡Salve titán cerúleo—dice mi palabra interior—viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del nauta y el héroe de mi anhelo era Simbad de las *Mil y*

una Noches! Tú sólo eres libre; tú sólo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en ti dure.

No hay inmundicia que sea capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinidad y las redimes con tu austera pureza.

En tus antros ignotos velas los mundos de la leyenda y de la fábula; monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación.

Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desasiego implacable.

La fuerza y la gracia están contigo: tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceánides que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre.

A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece. ¡Salve a tí, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!





Crepúsculo en el mar

(Emilio Cuervo Márquez, colombiano)

Se aproxima la noche. Al ardiente bochorno del medio día, que calcina la sangre, ha sucedido una temperatura fresca, que nos acaricia blandamente. El sol acaba de ocultarse tras de la barra de oro que divide, en la distancia infinita del océano, el cielo rojo y las aguas temblorosas. El firmamento, por donde navegan colosales masas de nubes de formas apocalípticas, se ha teñido con todos los matices del iris; el verde se disuelve en el rosa, el azul en amatista: se diría cortejo de monstruosas divinidades que rodeasen la pira en donde se quema el cadáver del monarca muerto. Hacia el oriente, contra el celaje pálido que anuncia la aparición de la luna de pleniplunio, como informe borrón de tinta de china se destaca, en la cumbre de una peña, la almenada silueta de legendario castillo fuerte; y las palmeras,

las murallas formidables y las torres de la noble ciudad de Cartagena de Indias, se recortan en negro contra la atmósfera luminosa, cargada de color y de fuego, que recuerda la del lejano Oriente.

El transatlántico abandonará el puerto dentro de breves instantes. Abajo, por entre las aguas, verdes y tranquilas de la bahía, medusas gigantescas, nacaradas y blancas, animadas de vida misteriosa, avanzan cadenciosamente con movimientos de boca que se abre para recibir un beso; arriba, bandadas de gaviotas se arremolinan en los mástiles y despliegan por sobre la obra muerta el abanico de su plumaje. Los peces aprisionados en la tarde por el primer oficial de bordo, se agitan en la canasta con movimientos que hacen brillar sus escamas como broqueles de esmalte.

El anzuelo se ha levantado por la última vez; el buque se aleja de la costa.

La noche se aproxima. Venus irradia en el firmamento con fulguraciones de diamante. El gran rumor del oleaje se escucha como doliente acompañamiento de fantástica orquesta, mezclados a los graznidos de una bandada de aves que nos acompañarán mar adentro hasta que la tierra desaparezca entre la bruma distante.

Es la hora en que, al morir el día, la oscuridad extiende sus alas en el firmamento y la sombra invade también el alma, lentamente hasta que de los pasados sueños sólo se ven brillar indecisas manchas de oro, como las partículas de luz sobre las crestas de las olas lejanas. Adormecidos en el recuerdo, en tanto que tendidos en la silla de tijera sobre el puente, el buque avanza con ese aspecto de navío fantasma que la oscuridad le presta, errante en la inmensidad del mar, a nuestra memoria vuelven, como perfumes de la tierra lejana, evocaciones del pasado que huyó para no volver nunca. Amores, locuras y pasiones que juzgamos eternas y que son hoy puñado de cenizas que indiferentes arrojamos al viento...



MARINA

(M. Costa y Llobera)

Esta composición y la siguiente son poesías, porque en ellas el autor se propone principalmente deleitar artísticamente con la contemplación de una cosa bella, como es una barca que se desliza graciosamente por el mar.

Adviértase cómo en una y otra el ritmo o melodía del verso parece imitar el vaivén de la barca: es lo que se llama armonía imitativa.

El cuarteto de versos cortos en que riman el 1.º con 4.º y el 2.º con 3.º se llama redondilla.

Canta a solas el barquero,
canta y rema en su batel,
mientras sonríe sobre él
radiante el primer lucero.
Lenta, bogando al azar
la nave apenas se mece,
y la noche se adormece
sobre la calma del mar.
La brisa de la ribera
susurrante de placer,
hace el agua estremecer
con su caricia ligera;

Y con el dulce cantar
lleva a las ondas lejanas
perdido són de campanas
entre efluvios de azahar.
Allá en la bóveda azul
los puros astros se encienden,
luces fosfóricas hienden
del agua el lóbrego tul.
Estrellas luce la altura,
y estrellas el mar también...
la nave en blando vaivén
flota en medio a la ventura.
Suspira dulces querellas
el abismo seductor,
y con trémulo fulgor
hablan de Dios las estrellas.
Con el errante cantar
su vago anhelo exhalando,
prosigue el joven bogando
por la noche, por el mar.

. . . .

¿Conoces al batelero?
¿Puedes su voz comprender?
¿Quién sabe dónde ha de ver
la luz del postrer lucero?

La pesca en el mar

(Gertrudis Gómez de Avellaneda, cubana)

POLÍMETRO (*del griego muchas-medidas*), *es una composición como esta en que se combinan de varios modos versos de varias medidas. Esa variedad es aquí bien fundada y muy bella porque va dirigida a aumentar la armonía imitativa, la armonía entre el fondo* (*o asunto*), *y la forma externa* (*la elocución o expresión oral*).

¡Mirad! Ya la tarde fenece...
la noche en el cielo
despliega su vuelo
propicio al amor.
La playa desierta parece;
las olas serenas
salpican apenas
su dique de arenas,
con blando rumor.
Del líquido seno la luna
su pálida frente
allá en Occidente
comienza a elevar.
No hay nube que vele importuna
sus tibios reflejos,
que miro a lo lejos
mecerse en espejos
del trémulo mar.
¡Corramos!.. ¿Quién llega primero?
Ya miro la lancha ..
mi pecho se ensancha,
se alegra mi faz.
¡Ya escucho la voz del nauclero
que el lino desplega
y al soplo lo entrega
del aura que juega
girando fugaz!

¡Partamos!... La plácida hora
llegó de la pesca
y al alma refresca
la bruma del mar.
¡Partamos, que arrecia sonora
la voz indecisa
del agua, y la brisa
comienza de prisa
la flámula a hinchar!

———

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
Vuele la barca!
¡Doble la fuerza!
Canta y esfuerza
brazos y voz!

Un himno alcemos
jamás oído,
del remo al ruido,
del viento al són:
y vuelve en alas
del libre ambiente
la voz ardiente
del corazón.

Yo a un marino le debo la vida,
y por patria le debo al azar
una perla—en un golfo nacida—
al bramar
sin cesar
de la mar.

Me enajena al lucir de la luna
con mi bien estas olas surcar,
y no encuentro delicia ninguna
como amar
y cantar
en el mar...

¿No sentís que se encumbra la [mente
esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente
en pensar
y admirar
en el mar.

Ni un recuerdo del mundo aquí [llegue
nuestra paz deliciosa a turbar;
libre el alma al deleite se entregue
de olvidar
y gozar
en el mar.

¡Presto, todos!... ¡Las redes se [tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Presto, todos!... Los cantos sus- [pendan,
y callar
y pescar
en el mar.





Sub sole

(Baldomero Lillo, chileno)

Sentada en la mullida arena y mientras el pequeño acallaba el hambre chupando ávido el robusto seno, Cipriana, con los ojos húmedos y brillantes por la excitación de la marcha, abarcó de una hojeada la líquida llanura del mar.

Por algunos instantes olvidó la penosa travesía de los arenales ante el mágico panorama que se desenvolvía ante su vista. Las aguas, en las que se reflejaba la celeste bóveda, eran de un azul profundo. La tranquilidad de la bajamar daban al océano la apariencia de un vasto estanque diáfano e inmóvil. Ni una ola ni una arruga sobre su terso cristal. Allá en el fondo, en la línea del horizonte, el velamen de un barco interrumpía apenas la soledad augusta de las calladas ondas.

Cipriana, tras un breve descanso, se puso de pie. Aun tenía que recorrer un largo trecho para llegar al sitio donde se di-

rigía. A su derecha, un elevado promontorio que se internaba en el mar, mostraba sus escarpadas laderas desnudas de vegetación, y a su izquierda, una dilatada playa de fina y blanca arena se extendía hasta un obscuro cordón de cerros. Con el cesto de mimbres y cobijando al niño que dormía bajo los pliegues de su rebozo de lana, cuyos chillones matices escarlata y verde resaltaban intensamente en el gris monótono de las dunas, bajó con lentitud por la arenosa falda y echó a andar a lo largo de la playa. El descenso del agua había dejado al descubierto la ancha faja de un terreno firme, ligeramente humedecido, en el que los pies de la mariscadora dejaban a penas una leve huella. Ni un ser humano se distinguía en cuanto alcanzaba la mirada. Mientras algunas gaviotas revoloteaban en la blanca cinta de espuma producida por la tenue resaca, enormes alcatraces, con las alas abiertas e inmóviles, resbalaban, unos tras otros, como cometas suspendidas por un hilo invisible, sobre las dormidas aguas; sus siluetas fantásticas alargábanse desmesuradamente por encima de las dunas y, en seguida, doblando el promontorio iban a perderse en alta mar.

La primera diligencia de la madre fué buscar un sitio al abrigo de los rayos del sol donde colocar la criatura, lo que encontró bien pronto en la sombra que proyectaba un enorme peñasco, cuyos flancos, húmedos aún, conservaban la huella indeleble del zarpazo de las olas.

Elegido el punto que le pareció más seco y distante de la orilla del agua, desprendió de sus hombros el amplio rebozo y arregló con él un blando lecho al dormido pequeñuelo, acostándolo en aquel nido improvisado con amorosa solicitud para no despertarle..

Cipriana se descalzó los gruesos zapatos, suspendió en torno de la cintura la falda de percal descolorido, y cogiendo la cesta, atravesó la enjuta playa y avanzó por encima de las peñas húmedas y resbaladizas, inclinándose a cada instante para examinar las hendiduras que encontraba al paso. Toda clase de mariscos llenaban esos agujeros. La joven, con ayuda de un pequeño gancho de hierro, desprendía de la piedra los moluscos y los arrojaba en su canasto. De cuando en cuando interrumpía

la tarea y echaba una rápida mirada a la criatura que continuaba durmiendo sosegadamente.

El océano asemejábase a una vasta laguna de turquesa líquida. Aunque hacía ya tiempo que la hora de la bajamar había pasado, la marea subía con tanta lentitud que sólo un ojo ejercitado podía percibir cómo la parte visible de la roca disminuía insensiblemente. Las aguas se escurrían cada vez con más fuerza y en mayor volumen a lo largo de las cortaduras.

El barco viejo

(Manuel Magallanes Moure, chileno)

Dos cuartetos de la misma rima seguidos de dos tercetos es lo que se llama soneto. Generalmente los versos son de once sílabas (endecasílabos); aquí son de catorce o alejandrinos.

Allá en aquel paraje solitario del puerto
Se mece el viejo barco a compás de las ondas,
Que tejen y destejen sus armiñadas blondas
En rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto;
Se mece el viejo barco a compás de las ondas,
De los peces, clavando sus pupilas redondas
En el barco, que flota como un cetáceo muerto;

Y el barco que fué un barco de los que van a Europa;
Y que era todo un barco de la proa a la popa,
Ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina y se queja
Cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
Mecido por las ondas en blanda oscilación.

La tumba del marino

(Samuel A. Lillo, chileno)

Estos versos son dodecasílabos (de doce sílabas) y forman una serie de pareados. Todos son de ritmo anfibráquico — —' —, — —' —.

Dejaron su cuerpo en la borda del puente
Envuelto en un lienzo, desnuda la frente;
Un viejo marino dobló la rodilla
Y alzó una plegaria muy tierna y sencilla;
Un trozo de hierro a un extremo le ataron
Y el fardo a las olas hambrientas echaron;
Saltó con el golpe la pálida espuma
Y como una lluvia perdióse en la bruma,
Y en tanto que el barco seguía hacia el puerto
Bajaba al abismo lentamente el muerto.
Su lecho es el fondo del límpido oceano
El mar de quien siempre fué amigo y hermano:
Allí do el abismo sus ondas dilata,
Su frente acarician los peces de plata,
Y yace callado, tendido en la hondura,
Con los ojos fijos, mirando a la altura,
Y ve a sus antiguos fieles compañeros
Pasar en sus caros y raudos veleros
Que cruzan, llevados del viento que zumba,
Como aves enormes por sobre su tumba.

Bólidos

(Juan Zorrilla de San Martín, uruguayo)

El astro milenario, en agonía,
Muere de sed y fiebre seculares;
El sol bebióle el agua de sus mares;
En sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estría,
Se desgarran sus carnes, y, a millares,

Goteando fugitivos luminares,
Sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura
Del globo nuestro, lo ha dejado herido,
Le ha inyectado contagio de la altura.

Y el mundo nuestro morirá aterido,
Y sus restos irán por sepultura,
A otros mundos quizá que aun no han nacido.



El terremoto de Mendoza

(Félix Frías, argentino)

Imaginaos una ciudad en que todo está en movimiento, todo con vida. Era el último día de la estación del verano, a las siete y media de una hermosa noche; y nadie sospechaba,

por cierto, que un instante después el frío de la muerte había de apagar la existencia de casi todo los habitantes de la ciudad. Los unos descansando de las tareas del día, acariciaban tranquilos a sus hijos en el seno de la familia; otros conversaban tristemente, en medio de los amigos, sobre las recientes calamidades que habían consternado a todo el país; las señoras aprovechaban la claridad de la noche para visitar las tiendas; las gentes piadosas se retiraban en gran número del templo en que un padre jesuíta acababa de predicarles la palabra evangélica, y de exhortarlas a cumplir el deber de la penitencia, para asistir con la conciencia sin mancha, en los días santos que se acercaban, a adorar al Salvador muriendo en la cruz. Apenas se habían cerrado los labios de los que habían pedido a la Virgen Inmaculada en sus oraciones rogara a Dios por ellos en la hora de su muerte, que ignoraban ¡ay! estuviera tan cercana, cuando la muerte se presentó de improviso, y ¡cuatro segundos después la ciudad no existía!

El trueno subterráneo resonó al tiempo mismo que ella se desplomaba. El movimiento de la tierra fué tan violento, que no era posible mantenerse en pie ni marchar sobre ella. Los que lograron andar algunas varas para llegar a la calle, buscaban su refugio en el lugar precisamente del mayor peligro, pues las paredes, al derrumbarse, se cruzaban sobre el centro de las calles mismas.

Un silencio verdaderamente sepulcral, interrumpido sólo por el aullido de los perros, siguió al espantoso temblor. Una nube densa de polvo se levantó de las ruinas, y cubrió la faz de la luna con un manto negro. En la calle principal estalló el incendio, cuyo humo se confundía con el polvo en el aire, y cuyas llamas, al tiempo que despedían sus luces siniestras sobre la ciudad hecha escombros, formaban como una muralla impenetrable de fuego, dentro de la cual perecieron abrasadas muchas personas, entre ellas algunas jóvenes de las familias más distinguidas. Las pocas gentes que habían logrado salvar se agruparon en la alameda y la plaza, habiendo dejado los más, principalmente las mujeres, sus vestidos en los escombros. Muchos de aquellos infelices tenían roto algún miembro de su cuerpo, y todos ellos despedazado el corazón por ignorar la suerte que había cabido a sus padres, sus esposas, sus hijos. Un frío extremo, y raro en aquella estación, vino a agregar los sufrimientos físicos a las angustias indecibles del espíritu...



CRONOGRAFIAS

(ESTACIONES, HORAS, METEOROS, TEMPESTADES, ETC.)

LA CRONOGRAFÍA (*descripción del tiempo*) *presenta cuadros de las estaciones, de las horas del día, de los estados y fenómenos atmosféricos, etc.*

LA PRIMAVERA

(Ricardo León)

Esta brillante descripción está llena de figuras o adornos literarios, sobre todo de figuras de significación o tropos (en griego vuelta) que son aquellas en que se da a una cosa el nombre de otra. Cuando este cambio se hace en razón de la semejanza que hay entre los objetos comparados, la figura se llama metá-

fora si consta de una o pocas palabras, como en la primera frase (risa, mocedad, búcaro), alegoría si se refiere a todo un pensamiento, como en la segunda: «Bienvenida seas...».

Esta forma de alegoría en que se da vida a una cosa inanimada o abstracta, se llama personificación o prosopopeya.

¡Rubia y alegre primavera, imagen y dechado de la fuerza y de la gracia, risa del cielo, mocedad de la tierra, búcaro del sol, epifanía de las rosas! Bien venida seas, hada gentil, en tu carro ligero y resplandeciente, de oro y de cristal, movido de cisnes y escoltado de palomas y golondrinas.

Hermosa eres y codiciada, como princesa núbil prometida al Rey de los reyes; tus cabellos son hebras de la aurora; tu frente es blanca, igual que la nieve sin mancilla; tu semblante, de azucenas empapadas de vino; tus ojos, verdes, como los ojos de las nereidas; tus labios, de orgullosa púrpura. Pasas y dejas los cármenes vestidos de tu hermosura. Florentísima; rompes la coraza del hielo con sólo mirarla; tornas en azahar los copos de la nieve y derrites las prisiones de las aguas cautivas; llamas a la ventana de la impaciente virgen con blandos toques de céfiro adulador y enamorado, y despiertas la sangre hasta en las venas de la helada senectud.

Las puertas del encendido Oriente se abren, de par en par, cuando tú te acercas, y relumbran los cielos como una cúpula de diamantes; los campos nemorosos tiemblan de alegría, sabiendo que van a darte habitación; los suaves vientecillos, columpiándose en las ramas de los árboles, como inquietos rapazuelos, derriban las flores a tierra y previenen la blanda alfombra para que tú camines; las aguas de las fuentes, retozando en sus cauces, te salpican al pasar con las espumas de sus risas; los rebaños, adivinando tu llegada, triscan en los apriscos, y los recentales se ponen a balar, con el mimo de los niños cuando lloran en los brazos de su madre; los bosques alzan sus copas redondas y vierten sobre tu cabeza el licor del rocío; y los pájaros baten las alas y ensayan los cantares que en sus pechuelos fogosos y encelados, y en sus arpadas lenguas, puso Dios para deleite de los hombres.

¿Qué poeta no te habrá cantado, Musa de todos los amores,

vistiéndote de imágenes, colgando a tu cuello sartas de rima y haciéndote palio de sus ensueños juveniles? Mozo soy yo también, poeta y enamorado. Nací en la tierra dichosa, puesta en las orillas del mar latino, donde naciste tú también. Vinimos al mundo, hermana Primavera, en la misma patria insigne... y hoy, lejos de las palmas y de los naranjos, vuelvo a encontrarte en mi soledad, como a la antigua novia de los primeros amoríos... ¡Oh sabroso encuentro! Pero tú te irás, llevada en andas de flores, a esconderte en el rincón apacible de la natal ribera, a la sombra de los Gaitanes, y yo me quedaré en el desierto llorando melancolías.

Estío

(Juana de Ibarbourou, uruguaya)

Gracioso polímetro de versos, de 8, 5 y 9 sílabas.

Cantar del agua del río,
cantar continuo y sonoro
arriba, bosque sombrío,
y abajo, arenas de oro.
Cantar... de alondra escondida
entre el oscuro pinar...
Cantar... del viento en las ramas
floridas del retamar...

Cantar de abejas
ante el reflejo
tesoro del colmenar...
Cantar de la joven tahonera
que al río viene a lavar...
....
¡Y cantar... cantar... cantar...
de mi alma embriagada y loca
bajo la lumbre solar!





Las delicias del verano

(Enrique del Solar, chileno)

El verano, si no la más bella estación del año, es la más deliciosa de todas. El labrador ha trabajado muchos meses, rompiendo con fatiga el suelo para arrojar el grano à la tierra fecunda; ha sufrido el frío y hollado con pena las escarchas de la mañana; ha visto su humilde rancho sacudido por los vientos, combatido por lluvias incesantes, y, hasta en ocasiones, amagado por el rayo. Más de una vez le ha faltado el fuego durante esas noches interminables y oscuras, y encerrado en su hogar sin calor, pasó esperando con pena la alborada de un día en que le aguardaban tal vez nuevos sacrificios.

. . . .

Viene al fin el verano.

Su sol espléndido y magnífico despunta sobre las nevadas cimas de las montañas. Sus rayos de fuego, que doran las mieses

y sazonan las frutas de las huertas, anuncian que es llegada la hora feliz, en que la labor del pobre va a recibir su recompensa.

Y no sólo a los honrados campesinos toca su parte en las delicias de la estación de las cosechas. La vida sencilla de los campos seduce y atrae también a los moradores de las grandes ciudades, a quienes el calor y la densidad de la atmósfera hacen hallar estrechas sus lujosas habitaciones. Los ricos buscan entonces el aire puro y embalsamado de la campiña, y, dando corta tregua a las agitaciones y cuidados de la vida diaria, vienen a pedir a la naturaleza sus encantos y a la soledad su pacífica quietud. Sus almas reverdecen como los arbustos con el rocío del cielo, al alejarse del centro de agitadas pasiones en que se desliza su existencia; porque es necesario que haya variedad en la vida, como la hay en la naturaleza y en las sucesiones del tiempo.

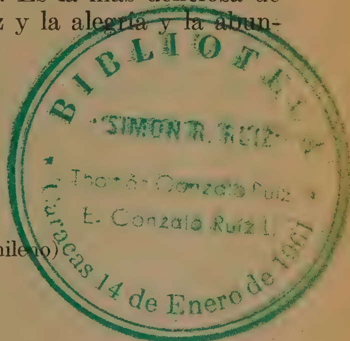
¡Quién no recuerda las horas pasadas en una de esas opulentas casas de campo, donde la amistad es más franca y el corazón se abre a las más dulces expansiones?........................

Cuando el sol lanza a plomo sus abrasadores rayos, burlamos su influencia, acogiéndonos bajo el espeso emparrado, donde se recrea la familia y se unen a los suspiros del viento y los cantos de las aves, las tonadas lejanas de los segadores o el animado estruendo de la trilla, ese torneo donde lucen tanto su agilidad nuestros campesinos.

A la sombra de las vides corren los niños de la casa bulliciosos y felices, porque su vida exenta de pasiones encuentra doble solaz en los sencillos entretenimientos que allí les brinda la solicitud paterna. Aquí hay uno que se divierte en llamar, golpeando sus manecitas, a las inocentes cigarras, que vienen, al fin, a posarse sobre su pecho atraídas por el engañoso reclamo; más allá se ve a otro unciendo un manso perro al carrito de madera en que lleva sus juguetes; más lejos, otro más crecido trepa a los árboles y desde lo alto deja caer la fruta a sus hermanitos menores sin que falte también alguno que se divierta en armar lazos de cerdas a los tordos y zorzales que persiguen las uvas; y presidiendo el animado grupo, se mira a la madre, joven y hermosa todavía, que lleva de la mano al más pequeño de sus hijos,

cuyos primeros y vacilantes pasos sostiene prestándole cariñoso apoyo.

Con razón un gran poeta ruega a esta estación del año que sea presta en venir y tarda en retirarse. Es la más deliciosa de todas; el tiempo en que el pobre es feliz y la alegría y la abundancia reinan en todas partes.



OTOÑO

(Miguel Luis Rocuant, chileno)

Día gris

Otoño. La garúa sus finas chispas llueve
sobre la mar. El agua cenicienta se mueve
apenas. No hay oleaje, ni espuma, ni murmurio
en toda la ribera, es un mar de mercurio
que a veces hunde el borde, arrastra los pedriscos
y de un golpe se quiebra en los agudos riscos
afelpados de musgo. Hace el gris que se liguen
los confines del agua con los del cielo. Siguen
mis pupilas la ruta de unas aves, y pienso
cómo, cual ellas, mi alma, sobre el abismo inmenso,
se ha ceñido buscando los efluvios de ideas
que suben de las altas y las bajas mareas...

La vez postrer, quería una frase de aliento
de tus olas, ¡oh mar! y sólo el frío viento
me respondió . ¿Te acuerdas? La sombra vespertina
obscurecía el fondo de tu agua cristalina,
y algo extraño bajaba con las tintas inciertas,
algo como ilusiones, que con las alas yertas
de tanto levantarse y azotar las combadas
alturas silenciosas, cayeran desmayadas.



El invierno en el campo

(Benjamín Fernández Medina, uruguayo)

¡Qué triste es el invierno en el campo!

Corren por las cuchillas las partidas sueltas del viento, llevando rigores de escarcha a los confines solitarios de la llanura, en donde están los ranchos tristes; buscando en la aspereza de la sierra a los ganados que se reparan en estos abrigos, y llegando hasta los montes de follaje vivaz, para asaltar a las avecillas ateridas.

Las hojas de los árboles han volado como bandadas de pájaros desparramándose por los surcos, dejando desnudos a los pobres ombúes que sienten en la esponjosa corteza el primer frío precursor de la muerte, a los paraísos que viven junto a las casas perfumando el aire en el verano, y a las acacias donde los horneros levantan sus casitas que apenas resisten a la intemperie.

Las ovejas con sus vellones largos y enredados sienten deslizarse las puñaladas del frío, que les recuerdan las punzadas

de la flechilla seca en el verano, por los desgarrones que han hecho las zarzas en sus vestidos; y los caballos, pelechando, con un aspecto de viejas focas, se estremecen cada mañana y deben correr locos por el campo, para ahuyentar el entumecimiento de los miembros.

Y las vacas ¡pobres vacas! las que no tienen el calorcito del establo; que deben acurrucarse en las arrugas de la tierra del rodeo al reparo de alguna piedra, o en la costa del arroyo, rodeadas de los hijos y compañeros, con quienes cambian los alientos tibios, que tienen olor de gramilla seca y trébol marchito.

Y en los charcos y en las lagunas, en las zanjas pantanosas y en los bañados, las víboras y los sapos; se mueren también de tristeza!

En el rancho erguido, los vientos tientan la resistencia de las paredes y escarban en la paja del techo; en las puertas golpean todas las rachas desbandadas de los temporales.

De la cocina aplastada sale humo todo el tiempo, día y noche; y allí los peones buscan el calorcito junto al fogón, y hasta los perros encogidos se deslizan rozando las paredes, a recibir el vaho caliente que sale del fuego envuelto en humo.

En la casa, la familia no pisa fuera del rancho. La madre, moza todavía, apenas si se asoma a vigilar a la peona que suele eclipsarse en la cocina, y la hija única, de seis años, traviesa y alborotada, se desespera no pudiendo poner los pies en el patio para corretear al igual que los patitos que chapalean en el barro.

Y los días largos, tristes, llenos de frío y de lluvias, se quedan como fijos en el horizonte, sin querer ocultarse para dejar su lugar a las noches más largas, más fríos y más tristes.

Desde aquel rancho la mujer y la niña a la espera del padre que salía de las faenas como en el buen tiempo, contemplaban la muerte de los campos reflejadas en los pastos marchitos, en los montes deshojados y en los animales achuchados que desde lejos miraban el humo de la cocina, como envidiando en sus reconditeces de bestias aquel calor que humeaba como sus cuerpos y sus bocas, en la atmósfera llena de humedad.

Se tenía en el cuarto todo el día una lata con brasas traídas del fogón de la cocina, y, allí el agua hervía en la rechonda pava, madre del mate, convidando a beber aquel líquido caliente que

produce cosquillas deliciosas en los estómagos cuando hay mucho frío sitiando al motor del cuerpo.

Y de noche, vuelto el padre a la casa, se ponían los tres juntos, muy cerca, como para transmitirse el calor e impregnarse del amor que se sienten en las aproximaciones afectuosas.

Así el invierno asolaba la campaña, y así se vivía esperando que la primavera espantara a este viejo hosco y malhumorado, para sonreir hermosa y alegre durante la estación de las flores que anuncian las cosechas.

. . . .

Quiere amanecer

(Epifanio Mejía, colombiano)

Cuarteta octosílaba de rima asonante sólo en los pares; los impares quedan libres. Nótese cómo la sencillez de la forma en nada disminuye la gracia y frescura de la poesía.

La exclamación final que todo lo resume es una hermosa figura llamada epifonema.

Están oscuros los horizontes,
por el oriente, fúnebre, azul,
va despuntando la blanca aurora,
la luz del alba, la blanca luz.

Desvanecidas nubes de perlas,
oro y topacio, rosa y carmín,
se van regando, se van regando
sobre otras nubes de azul turquí.

Ríos de grana, mares de fuego,
desde la abierta bóveda azul,
van derramando, van derramando
sus caprichosos campos de luz.

—Abre los ojos, esposa mía,
mira la aurora... ya viene el sol:
tanta belleza, tanta alegría,
dime ¿qué es esto?—Cosas de Dios.—



Matinal

(Adolfo Montiel Ballesteros, uruguayo)

¡Oh, pura suavidad de la mañana,
frescor de brisa bien oliente a flores,
que me susurra con su voz de Hermana,
una historia dulcísima de amores...!

¡Harmonía de luz y de colores,
himno de la Natura soberana,
en los trinos de pájaros cantores
y en el lírico hablar de la fontana...!

¡Oh, suavidad de la mañana pura,
en que el alma en un baño de frescura,
siente reverdecer la fe perdida...!

¡Con este cielo azul y esta bonanza
siento, que me sonríe la esperanza,
en los brazos abiertos de la Vida...!

La siesta

(Arturo Ambrogi, salvadoreño)

Modelo de sano realismo, que se adivina tomado directamente del natural, como lo haría un pintor.

A la sombra del amate, que despliega su enorme parasol de hojas aporcelanadas sobre un extremo del patio, los bueyes, después del rudo trabajo de la mañana, duermen la siesta. Echados, con la cabeza encorvada y los grandes ojos entrecerrados, están como sumidos, con toda la beatitud que el caso requiere, en algún ensueño edificante; y rumian, maquinalmente, las últimas tostadas hebras del huate. De su hocico, húmedo y lustroso, escurren hilillos de baba verdosa. A intervalos se sacuden las moscas, las grandes moscas negras que les asedian, con breves y enérgicos escobillonazos de cola. Cerca de este grupo yacente, hay más bueyes todavía: bueyes barrosos, bueyes hoscos, bueyes overos, bueyes bermejos, bueyes negros, pringados de blanco. Van, desperdigados al ocaso, remoneando al capricho, entre las malezas, los retoños tiernos, o arrancando, a tirones, las guías de las enredaderas que entre las pencas del piñal se entretrenzan. Uno de ellos, aislado, se restriega de costado contra el tronco de un jocote. El árbol, sacudido, deja caer sobre el buey pardo una profusa lluvia de hojas marchitas. Otros dos se persiguen en el juego brutal de cornadas y topetazos, como en un húmedo idilio de Bión, o en una melosa égloga de Virgilio.

Un buey hosco, bermejo y blanco, está arrimado junto a otro blanquizco pintado, y apoya la cabeza sobre su cuello. Así, ambos forman un grupo verdaderamente digno de un pincel flamenco.

La siesta

(Julio Herrera y Reissig, uruguayo)

No late más que un único reloj: el campanario,
que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,
el cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado, se duerme el boticario...
En la plaza yacente la gallina cloquea,
y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
junto a la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores
bendice las faenas, reparte los sudores...
Madres, hermanas, tías, cantan llevando en rueda

las ropas que el domingo sufren los campesinos...
Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
huye, soltando coces, de los perros vecinos.

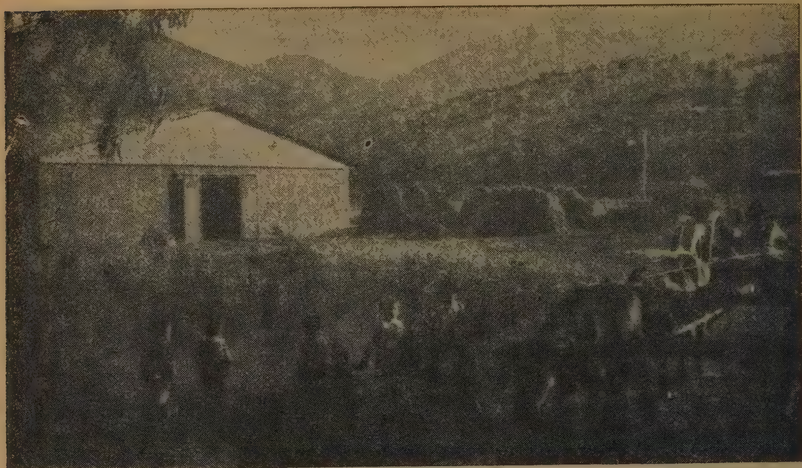
Atardecer en el parque

(Hernán Díaz Arrieta, chileno)

Tras las horas de calor que enervan y adormecen invenciblemente, me fuí al Parque... Me agrada más ese bosque desde que no se ve invadido por la multitud elegante que todas las tardes de primavera desfilaba en sus carruajes, bajo las grandes encinas, en una procesión callada y lenta. Los caminos desiertos se desenvuelven tranquilos y llenos de una consoladora mansedumbre, y el jardín reposa inmóvil, con sus flores abiertas bajo las palmas del trópico, alrededor de la cuenca seca de la laguna.

Hace días presencié algo muy hermoso: hacia la hora de la puesta del sol, un haz de dorados rayos penetró bajo los follajes obscurecidos e inflamando los corpúsculos del aire, semejante a un tubo de oro encendido, fué a herir el tronco de un viejo pino, que resplandeció con maravillosa majestad...

Más allá, cerca del fondo del Parque, llegamos a la isla, verde promontorio ceñido del cristal del agua, en cuyo fondo palidecen las últimas claridades del día y empiezan a arder las primeras chispas de la noche. De pronto, en la paz, en la soledad, en el silencio, una rana deja escapar un grito estridente y breve que es contestado por otra desde los matorrales de la orilla vecina, y más lejos por un sapo, en tono agudo, y a poco, todos los animales acuáticos se llaman, se responden y cantan, encadenando en el espacio sus coros monótonos como una oración.



CREPÚSCULO EN EL TERRITORIO DE MISIONES

(Leopoldo Lugones, argentino)

A la tarde el espectáculo solar es magnífico; sobre los grandes ríos especialmente, pues dentro del bosque la noche sobreviene brusca, apenas disminuye la luz. En las aguas, cuyo cauce despeja el horizonte, el crepúsculo subtropical, despliega toda su maravilla.

Primero es una faja amarillo hiel al Oeste, correspondiendo con ella por la parte opuesta una zona baja de intenso azul eléctrico, que se degrada hacia el cénit en lila viejo y sucesivamente en rosa, amoratándose por último sobre una vasta extensión donde boga la luna.

Luego este viso va borrándose, mientras surge en el ocaso una horizontal claridad de anaranjado ardiente, que asciende al oro claro y al verde luz, neutralizado en una tenuidad de blancura deslumbradora.

Como un vaho sutilísimo embebe a aquel matiz un rubor

də cutis, enfriado pronto en lila donde nace tal cual estrella; pero todo tan claro, que su reflexión adquiere el brillo de un colosal arco-iris sobre la lejanía inmensa del río. Este, negro a la parte opuesta, negro de plomo oxidado entre los bosques profundos que le forman una orla de tinta china, rueda frente al espectador densas franjas de un rosa lóbrego.

Un silencio magnífico profundiza el éxtasis celeste. Quizá llegue de la ruina próxima, un soplo imperceptible, el aroma de los azahares. Tal vez una piragua se destaque de la ribera asaz sombría, engendrando una nueva onda rosa; y haciendo blanquear, como una garza a flor de agua, la camisa de su remero. . .

El crespúsculo, radioso como una aurora, tarda en decrecer; y cuando la noche empieza por último a definirse, un nuevo espectáculo embellece el firmamento. Sobre la línea del horizonte, el lucero, tamaño como una toronja, ha parecido, palpitando entre reflejos azules y rojos, a modo de una linterna bicolor que el viento agita. Su irradiación proyecta verdaderas llamas, que describen sobre el agua una clara estela, apesar de la luna, y la primera impresión es casi de miedo en presencia de tan enorme diamante.

Atardece

(Juan Guzmán Cruchaga, chileno)

Las rosas se adormecen; el jardín se ha quedado
soñando con el sol; el jardín está quieto,
y parece que el viento perfumado
a la casona vieja le ha confiado un secreto.

El salón de la casa se ensombrece y se sume
en la vaga tristeza de la tarde; la brisa
entra al salón envuelta en el perfume
de las rosas y deja el frescor de una risa.

El viento se ha dormido en el jardín y en una
rosa blanca una abeja ebria de aromas; lejos
un grillo canta, mientras en el salón la luna
ilumina los gestos de los retratos viejos.

La oración

(Ricardo Gutiérrez, argentino)

La combinación métrica de esta admirable poesía consta de versos de 11 y de 7 sílabas reunidos al arbitrio del poeta. Denomínase silva (en latín selva). Esta silva es muy perfecta, porque no deja ningún verso suelto o sin rima.

Oye la voz con que a los cielos
[llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se de-
[rrama:
Siente la estrofa que la mar mur-
[mura,
Contempla el sol que su corona
[humilla,
¡Oh mortal criatura!
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

Madre Naturaleza,
¡Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma,
Al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve,
En tu misterio la esperanza bebe,
La majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde a la oración le-
[vanta,
Todo en el alma universal se anida,

Y la creación, en éxtasis caída,
Como arpa eolia su plegaria canta.

Rueda la mar su gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento
Hasta el desierto de las playas solas
Donde dormita el viento.
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occi-
[dente,

El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se
[abriga
Entre la selva amiga,
De extraño afán y mansedumbre
[lleno;
El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
Sobre el ave salvaje
Y el pájaro medroso:
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante,

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo:
Parece que dijera:
«¡Silencio!» a la creación con su
[gemido.

Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su limpida mirada,
En el cenit del orbe,
Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
Y con sublime adoración te llena,

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
¡Oh criatura humana!
Y oye ese canto que te llama al cielo.
¡Oh tarde majestuosa!
¡Cómo muestras a Dios en tu gran-
[deza,
¡Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
Habla una voz que el corazón halaga
Como la voz del padre y del her-
[mano,
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente
[anida
Su secreto murmullo,
¡Oh! de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba:
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma a las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ello;

Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una [mirada.

Hay una planta que se tuerce y [gime
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime:
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama:
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia:
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña,
Y un labio sonriente que nos nom- [bra...
Sobre el mundo desierto
La soledad como un fantasma mira,
Y resucita, y se estremece, y gira
La vida de lo muerto.

¡Oh mortal criatura!
¿No siente a Dios la esencia de tu [vida?
Es que en el alma universal fundida
Aspira a El tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura.

¡Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firma- [mento
En el fulgor de tu primer estrella!
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en tu seno una armonía, siento
Como un ángel que llora...
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te [adora.

La tarde en la montaña

(Julio Herrera y Reissig, uruguayo)

Es una ingenua página de la Biblia el paisaje...
La tarde en la montaña, moribunda se inclina;
Y el sol un postrer lampo, como una aguja fina,
Pasa por los quiméricos miradores de encajes.

Un vaho de infinita guturación salvaje,
De abstrusa disonancia, remonta a la sordina...
La noche dulcemente sonríe ante el villaje,
Como una buena muerte a una conciencia albina.

Sobre la gran campaña verde azul y aceituna,
Se cuajan los apriscos en vagas nebulosas;
Cien estrellas lozanas han abierto una a una;

Rasca un grillo el silencio perfumado de rosas...
El molino en el fondo, abrazando la luna,
Inspira de romántico viejo tiempo las cosas.

Tarde

(Ignacio Manuel Altamirano, mejicano)

El sol se ocultaba ya: las nieblas ascendían del profundo seno de los valles: deteníanse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco: después avanzaban con rapidez hacia las cumbres; se desprendían majestuosamente de las agudas copas de los abetos, e iban por último a envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña, que habían desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecían incendiar las nubes agrupadas sobre el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecían después de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del día anunciaban por dondequiera la proximidad del silencio. A lo lejos, en los valles, en las faldas de las colinas, a la orilla de los arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas: las aves habían entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendía la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba a agitarse entre las hojas.



El toque de Angelus

(Arturo Ambrogi, salvadoreño)

Cierto temor despierta esa vieja campana de bronce cantando el Angelus con voz grave, en la solemne tranquilidad del crepúsculo... La campana que marca, y conmemora, y recuerda, todos los hechos de la vida del pueblo. La campana misma que repicó en las purezas de sus bautismos; la campana jovial de San Silvestre; la campana del Miércoles de Ceniza: la campana del Domingo de Ramos, regocijada entre el oro de los palmas benditas y el fulgor del sol; la campana, muda en los días trágicos de la Semana Santa, y estrepitosa, como un himno de triunfo, celebrando la Pascua de Resurrección; la campana del Corpus Cristi, entre los pitos aturdidores y las campanillas de los monagos en la procesión; la misma campana, doblando el Día de Difuntos, recordando a sus muertos; o temblando de frío, agazapándose en su capucha de bronce, en medio de las sombras de Nochebuena...

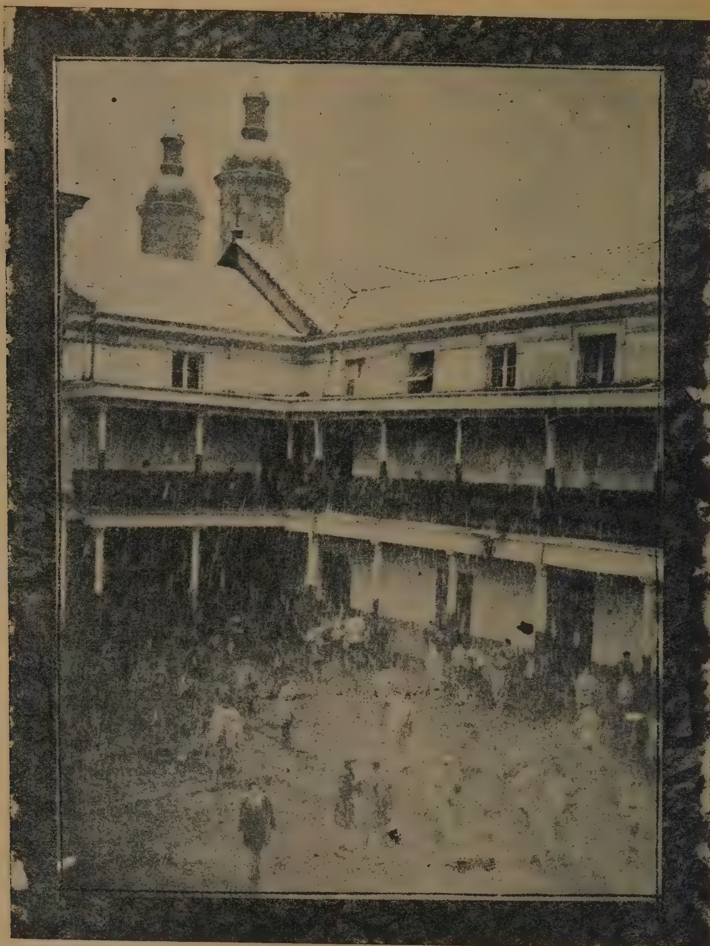
Esa misma campana, despaciosa y grave ahora en el Angelus, y cuyos sonidos parecen, anquilosados, apoyarse en muletas, cantó en sus bodas la dichosa primavera de los azahares, atropellando el torrente de sus voces de júbilo. Y esa misma campana, encresponándose, llorará sus muertos; y sus lamentos, volcados desde lo alto de su torre enjalbegada, pasarán en parva, temblando en alas del viento de la tarde, por sobre los ataúdes llevados en hombros, silenciosamente, camino del camposanto, que invaden las macollas de zacate limón y las manchas tupidas de las flores de muerto y de las borrajas, y cuyos senderos ondulantes se borran entre las malezas que se tragan las cruces, y que los chiquillos llenan con su gritería, mientras recogen los *nances* que los árboles botan, uno a uno, como lluvia de perdigones de oro.

La noche en el campo

(Calixto Oyuela, argentino)

Adviértase cómo no mengua la belleza y solemnidad de esta poesía la falta de rima, pues está compuesta en versos sueltos. Suple la rima la gran armonía o ritmo de todos los versos.

Oh noche! Almo sosiego! Cuánto [adoro
Tu silencio elocuente!
Sólo se escucha el canto
Tenaz del grillo, entre la hierba [oculto;
El mugir de algún toro; el vigilante
Ladrido del mastín; y en altas horas.
Allá lejos, el áspero chirrío
De larga hilera de pesados carros.
Que el viento trae unido al quejum- [broso
Melancólico són de los cencerros.
No turban su sosiego estos rumo- [res,
Oh Noche, antes lo tornan
Más íntimo y solemne. En él yo [escucho
Mis secretos acentos
Que en efluvios suavísimos despides;
Y al levantar los ojos
A la bóveda inmensa y estrellada,
No el grito puedo reprimir, ferviente,
Que desde el fondo de mi alma brota.
Aquí de Dios, exclamo,
Está en orbes de luz el nombre [escrito;
Aquí en la muda inmensidad im- [pera.
....



La canción de la nieve

(Enrique Gómez Carrillo)

¡Nieve!

Vosotros, los que no habeis pasado por aquí, no teneis idea de lo que esta palabra significa. La nieve es la divinidad terrible,

la obsesión durable. Es el sudario que cubre la inmensa tierra muerta. Y es infinita y es todopoderosa. Más allá del horizonte, ella reina siempre. Ella es la que convierte los pinos en juguetes de porcelana, la que hace techos marmóreos a los altísimos haces de leña; la que le fabrica una corona al pozo; la que oculta la sordidez de los tejados.

¡Nieve!

En donde mejor se ve su augusta y triste grandeza es en los inmensos espacios vacíos, sin plantas ni seres, en las llanuras fabulosas que se extienden a nuestra derecha. Ahí nada rompe su armonía. Ella sola orgullosa, va hasta el horizonte en ondulaciones voluptuosas y suprime hasta la idea de la vida vegetal. Su blancura se matiza de las más finas tintas, de los más tenues reflejos y dora y se ruboriza y se platea y cobra luces celestes y llega a veces en sus curvas más pronunciadas a teñirse de misteriosas fosforescencias violáceas.

¡La nieve! ¡Nieve!

¡Cuán bella es! ¡Pero cuán cruel! Los habitantes de la estepa se la representan convertida en Dios, con la nariz encarnada y el manto blanco. Le llaman Moroz. Lo adoran con terror supersticioso, y, lo mismo que los cartagineses a Baal, le ofrecen en holocausto sus pobres vidas sin alegría. Todos, en efecto, mueren por él, todos, hasta los osos pesados y rítmicos; todos, todos, hasta los pinos melancólicos y esbeltos.



El rocío

(Selgas)

Metáforas, alegorías y una antítesis u oposición de ideas, general y final: las gotas de rocío son perlas y son lágrimas.

El metro o combinación métrica es en casi toda la poesía romance, esto es, una serie de versos de la misma medida en que sólo llevan rima asonante los pares; los impares quedan libres. El poeta hace además endecasílabo el penúltimo verso de las dos primeras partes.

I

Desde la cumbre
tímida el alba
borda los cielos
de oro y de nácar.
Inquieto el aire
mece las ramas
y alegre corre
saltando el agua.
Las flores abren
sus hojas castas,
los ramos tienden,
las fuentes alzan.
Y del rocío
de la mañana
doble corona de brillantes perlas
muestran ufanas.

II

La tarde expira,
la luz se apaga,
y enluta el monte
la sombra vaga,
El aire triste
gime en las ramas,
y entre las piedras
solloza el agua.
Cierran las flores
sus hojas pálidas,
los tallos doblan,
las frentes bajan.
Y es el rocío
que las esmalta
el llanto con que lloran afligidas
sus muertas galas.

III

Hasta las dulces gotas
con que el rocío baña
de las sencillas flores
las hojas perfumadas,
son, para ejemplo triste
de las pompas humanas,
por la mañana, perlas;
y por la tarde, lágrimas.



La lluvia

(Eduardo Wilde, argentino)

Un día no hubo sol, pero en cambio llovió; llovió a torrentes. El patio se llenó pronto de agua y las gotas saltaban formando candeleritos que la corriente arrastraba. Estos millones de existencias fugitivas corrían como si estuvieran apuradas, al són de música del aguacero, con acompañamiento de truenos y relámpagos. Había en el aire olor a tierra mojada, perfume inimitable que ningún perfumista ha fabricado, y revoloteaban en la atmósfera las luces del cristal de las gotas saltonas, acompañadas por el ruido inmutable, acompasado, monótono, variado, uniforme, caprichoso, metálico y líquido, propio sólo de la lluvia.

Yo habría querido petrificar mis sentidos y que la lluvia continuara eternamente.

Allá lejos en el horizonte limitado por cerros rojos o grises que punzaban el cielo con sus picos, el agua caía en hilos para-

lelos a veces o en torbellino, en polvo cuando el viento arreciaba, en bandas o fajas impetuosas, según los sacudimientos de la atmósfera, y precipitándose por las hendiduras y las pendientes, llegaba roncando al río para enturbiar su clara corriente.

Las nubes viajaban por los cielos en montones, como arrastradas por caballos invisibles, azotados por los relámpagos, que cruzaban como látigos de fuego en todas direcciones.

El cielo, en sus confines, semejaba un campo de batalla; el oído estremecido recogía el fragor de la pelea y los ojos seguían el fulgor de los disparos de la gruesa artillería eléctrica.

¡Pobres viajeros con semejante lluvia! Mi imaginación los acompañaba en su camino por los desfiladeros, por los bañados, y los veía recibiendo el agua en las espaldas, con el sombrero metido hasta las orejas y con la inquietud en el alma; ¡aquí atraviesan un río cuya corriente hace perder pie a los caballos; allí cae una carga, más allá se despeña un compañero cuya cabalgadura se espantó del rayo!

¡Pobres navegantes con semejante lluvia! Sobre la cubierta de la nave solitaria que toma un baño de asiento y una ducha al mismo tiempo en el océano, corren los marineros con sus ropas de tela perfumadas con brea, a recoger las velas, mientras el capitán se moja las entrañas con ron en su camarote para que todo no sea pura agua. Las puntas de los mástiles convidan centellas, la lona se muestra indócil, la madera cruje y el buque se ladea sobre las ondas como si fuera un sombrero de brigadier puesto sobre la oreja del mar irritado.

Solamente los mineros están a sus anchas con un tiempo tan hidráulico; no saben siquiera que ha llovido, y cuando salen de su trabajo, negros de polvo y de carbón o de metal, se sorprenden de que haya podido llover sin su consentimiento y sin su noticia.

¿Y las lavanderas? Nunca he podido explicarme por qué dejan de lavar cuando llueve y las vemos recoger sus atados, ponerlos en la cabeza y ganar su domicilio bajo ese paraguas absorbente, ¡pura rutina!

Cuando estaba yo en la escuela, tiempos duros aquellos, y comenzaba la lluvia, el maestro, un terrible maestro, se distraía o se dormía con el ruido narcótico del agua, y mi Catón, mi

Robinson Crusoe y mi plana se retiraban al infinito. Yo sólo existía para adormecerme con la elegía de la lluvia y una deliciosa estupidez se apoderaba de mí, sin que fueran capaces de sacarme de ella todos los Catones posibles, todos los parientes de Robinson, todas las generaciones de maestros, ni todas las planas de la tierra!

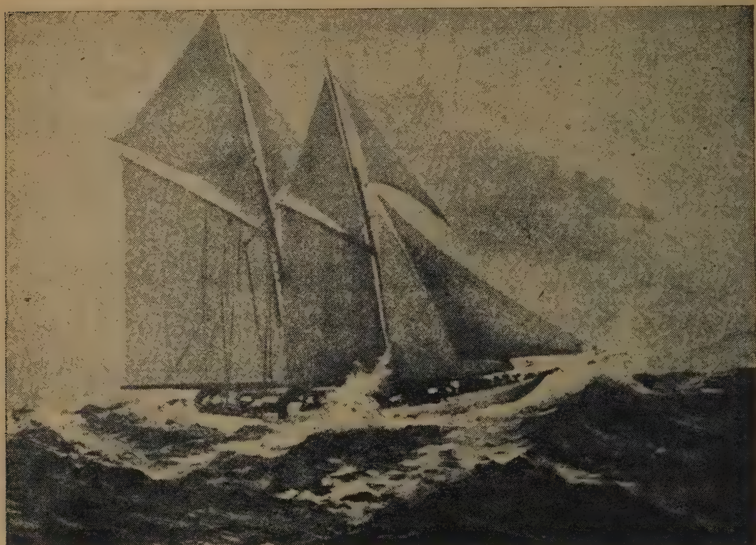
¡Con qué envidia miraba a los pobres diablos que pasaban por la calle chapaleando en el barro y pegándose en las paredes para evitar el agua, o a los provistos de paraguas que hacían un redoble al enfrentar las ventanas, merced a las gruesas gotas del tejado, que resbalando por la tela de seda o de algodón, iban a colgarse de las varillas como lágrimas en una pestaña colosal!

Noches de lluvia

(Juana de Ibarbourou, uruguaya)

Yo amo las noches de lluvia. Son de una intimidad intensa y dulce, como si nuestra casa se convirtiera, de pronto, en el único refugio tibio e iluminado del universo. Los objetos que nos rodean adquieren una familiaridad más afectuosa y más honda; la luz parece más límpida; el fuego, la mecedora, los ovillos de lana, el lecho, las mantas, todo es más nuestro y más grato.

La alcoba, realmente, se convierte en nido, en nido caliente y claro y sereno, en medio del viento gruñidor, de la lluvia furiosa o mansa, del frío, que hace acurrucar cabeza con cabeza a las parejas de pájaros. Me imagino mi casa, entonces, como un pequeño y vivo diamante apretado entre el puño de un negro gigantesco. ¡Qué beatitud! Hago por no dormirme para gozar esas horas de gracia propicias al ensueño. Pero a veces, también me asalta, de pronto, la visión de pobres *ranchos* agujereados, de chicos friolentos, de mujeres que no tienen, como yo, una casa tibia ni una abrigada cama blanda, y para quienes estas noches así son un suplicio. Y entonces sí me esfuerzo por dormir. Ya que no puedo remediar yo sola su infinita miseria, les doy el sacrificio de la conciencia de mi bienestar. Me duermo, me duermo avergonzada de paladear un gozo que atormenta a millares de seres humanos.



Tempestad

(Cervantes)

El gran Cervantes, además de las cualidades propias de los clásicos, posee un realismo tan vivo que no ha sido aún superado en lengua castellana, ni por los más realistas de los modernos. Prueba de ello es esta tan minuciosa y patética descripción de un naufragio.

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos, dando por mensajeros a los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron a turbar a los marinos y a deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así a un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno

de acudir a su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que quizás la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen a gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Tránsito su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, a quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo, o por mejor decir un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos, o por mejor decir la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge a un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos; ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegaria en todos; que hacían y a los cielos se enviaban. No había ahí reloj de arena que distinguiese las horas ni aguja que señalase el viento ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grito, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas y poco a poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente a pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun a visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del día, si se puede llamar día al que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse a parte alguna, que es

uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder a un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si volviera con algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió a los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

Una tempestad, de noche, en Orizaba

(José Joaquín Pesado, mejicano)

El carro del Señor, arrebatado
De noche, en tempestad que ruge [y crece,
Los cielos de los cielos estremece
Entre los torbellinos y el nublado.

De súbito, el relámpago inflamado
Rompe la obscuridad y resplandece;
Y bañado de luces, aparece,
Sobre los montes, el volcán nevado.

Arde el bosque, de viva llama [herido;
Y semeja de fuego la corriente
Del río, por los campos extendido.

Al terrible fragor del rayo ar- [diente,
Lanza del pecho triste y abatido
Clamor de angustia la aterrada [gente.





La Tempestad

(José Zorrilla)

La cesura, ligera pausa en la mitad, hace sonar los versos alejandrinos, (o de catorce sílaba) como si fueran dos de a siete (o heptasílabos). Es de admirar cómo contribuye el acentuado ritmo de estos versos a la notable armonía imitativa de toda esta grandiosa composición.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan,
del cenit suspendido su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?
¡Cuál rápida se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón,
y el puro azul alegre del firmamento manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes;
avanzan en silencio sobre rugiente mar;
los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
el orbe y las tinieblas bajo ellas va a quedar.
La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas;
doquier se ven tinieblas, mas firmamento, no.
En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
del tenebroso velo que le embozó detrás;
que cuanto más los ojos se empañan en buscarle,
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.
¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!
A cada instante que huye, la lobreguez aumentan,
y se las ve en montones sin límites crecer.
Ya montes gigantescos semejan sus contornos,
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;
ya de volcanes ciento los imflamados hornos,
ya de movibles monstruos alígero escuadrón.
Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
las desiguales copas y el campo desigual;
ya informes pelotones de objetos peregrinos
que mudan de colores, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,
cuando retumba el trueno y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?
Acaso en medio de ellas a visitar los mundos
el Hacedor Supremo del Universo va;
y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos
estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.
Acaso de su carro tras la viviente rueda
con impotente saña caminará Luzbel,
y porque allí cegarle su resplandor no pueda,
agolpará sus nubes entre su gloria y él.
Y acaso alguna de ellas será la formidable
que circundó la cumbre del alto Sinaí,

en tanto que el ardiente misterio impenetrable
que iluminó al profeta se fermentaba allí.
Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
en inflamadas fuentes la cólera de Dios;
acaso será alguna la que en los mares toma
las aguas de un diluvio que le acompaña en pos.
¡Señor, yo te conozco! La noche azul serena
me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí»;
pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: «Tu Dios se acerca a ti.»
Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
en esa ardiente nube con que ceñido estás;
el resplandor conozco de tu semblante santo
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.
Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
detrás de esos nublados que vagan en tropel;
conozco en esos grupos de lóbregos vapores
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.
Conozco de tus pasos las invisibles huellas
del repentino trueno en el crujiente són,
las chispas de tu carro conozco en las centellas,
tu aliento en el rugido del rápido aquilón.
¿Quién ante ti parece? ¿quién es en tu presencia
más que una arista seca que el aire ve a romper?
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:
tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.
¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
los cánticos que llegan al grande Jehová.
Palomas de los valles; prestadme vuestro arrullo;
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor,
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
y cantaré a par vuestro la gloria del Señor.
Si su hálito llegara al arpa del poeta,
si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
mi corazón henchido del fuego del profeta
cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
mecidas por las auras del oloroso abril.
más grata que del fénix las últimas congojas,
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.
Más grave y majestuosa que el eco del torrente
que cruza del desierto la inmensa soledad,
más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda la ronca tempestad.
¡Mas ay! que sólo puedo postrarme con mi lira
delante de esas nubes con que ceñido estás,
porque mi acento débil en mi garganta expira
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.
Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
aunque mi vista impura tu aparición no ve,
mi alma se estremece; y ante tu faz de hinojos
te adora en esas nubes mi solitaria fe.

Al huracán

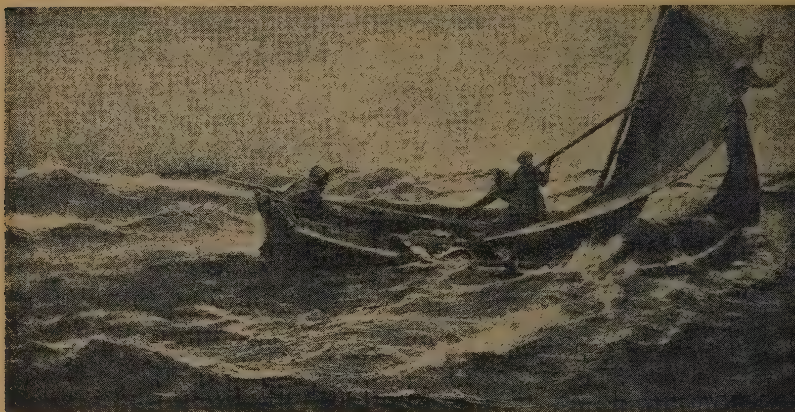
(José María Heredia, cubano)

Huracán, huracán, venir te siento
y en tu soplo abrasado
respiro entusiasmado
del Señor de los aires el aliento.
En las alas del viento suspendido
vedle rodar por el espacio inmenso,
silencioso, tremendo, irresistible
en su curso veloz. La tierra en calma
siniestra, misteriosa,
contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no miráis? El suelo escarban
de insoportable ardor sus pies heri-
[dos:
la frente poderosa levantando,
y en la hinchada nariz fuego aspi-
[rando,
llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol,
[temblando,
vela en triste vapor su faz gloriosa,
y su disco nublado sólo vierte
luz fúnebre y sombría,
que no es noche ni día...
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
al acercarse el huracán bramando,
y en los lejanos montes retumbando
le oyen los bosques y a su voz res-
[ponden.
Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál
[desenvuelve
su manto aterrador y majestuoso!...
¡Gigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusión el viento agita

las orlas de su parda vestidura...
¡Ved... en el horizonte
los brazos rapidísimos enarca,
y con ellos abarca
cuanto alcanzo a mirar de monte a
[monte!
¡Obscuridad universal!... ¡Su soplo
levanta en torbellinos
el polvo de los campos agitado!...
En las nubes retumba despeñado
el carro del Señor, y de sus ruedas
brota el rayo veloz, se precipita,
hiere y aterra al suelo,
y su lívida luz inunda el cielo.
¡Qué rumor! ¡Es la lluvia! Desa-
[tada
cae a torrentes, obscurece el mundo,
y todo es confusión, horror profundo,
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿do estáis?... Os busco en vano:
desparecisteis... La tormenta um-
[bría
en los aires revuelve un oceano
que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
el huracán y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡cómo en tu
[seno,
de tu solemne inspiración henchido,
al mundo vil y miserable olvido,
y alzo la frente de delicias lleno!
¿Do está el alma cobarde
que teme tu rugir?... Yo en ti me
[elevo
al trono del Señor: oigo en las nubes
el eco de su voz; siento a la tierra
escucharte y temblar. Ferviente
[lloro
desciende por mis pálidas mejillas,
y su alta majestad trémulo adoro.





La Galerna

(Pereda)

Todo iba, pues, lo mejor de lo posible, y así continuó durante otra media hora, y llegó Andrés a reconocer bien distintamente, sin el auxilio de ojos extraños, los Urros de Liencres, y luego los acantilados de la Virgen del Mar. . . . .

De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre suelos abovedados; sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría, y observó que el sol se obscurecía y que sobre la mar avanzaban, por el Noroeste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro. Al mismo tiempo gritaba Reñales:

—Abajo esas mayores!. . . ¡El tallaviento solo!

Y Andrés, helado de espanto, vió aquellos hombres tan valerosos abandonar los remos y lanzarse descoloridos y acelerados, a cumplir los mandatos del patrón. Un solo instante de retardo en la maniobra, hubiera ocasionado el temido desastre; porque apenas quedó izado el tallaviento, una racha furiosa,

cargada de lluvia, se estrelló contra la vela, y con su empuje envolvió la lancha entre rugientes torbellinos.

Una bruma densísima cubrió los horizontes, y la línea de la costa, mejor que verse, se adivinaba por el fragor de las mares que la batían, y el hervor de la espuma que la asaltaba por todas sus asperezas.

Cuanto podía abarcar entonces la vista en derredor, era un espantoso resalsero de olas que se perseguían en desatentada carrera, y se azotaban con sus blancas crines sacudidas por el viento. Correr delante de aquella furia desatada, sin dejarse asaltar de ella, era el único medio, ya que no de salvarse, de intentarlo siquiera. Pero el intento no era fácil, porque solamente la vela podía dar el empuje necesario, y la lancha no resistiría sin zozobrar ni la escasa lona que llevaba en el centro.

Andrés lo sabía bien; y al observar como crujía el palo en su carlinga, y se ceñía como una vara de mimbre, y crepitaba la vela, y zambullía la lancha su cabeza, y tumbaba después sobre un costado, y la mar la embestía por todas partes, no preguntó siquiera por qué el patrón mandó arriar el tallaviento y armas *la unción* en el castillete de proa. Más que lo que la maniobra significaba en aquel momento angustioso, heló la sangre en el corazón de Andrés el nombre terrible de aquel angosto lienzo desplegado a la mitad de un palo muy corto. *¡La unción!* Es decir entre la vida y la muerte.

Por fortuna, la lancha la resistió mejor que el tallaviento; y con su ayuda, volaba entre el bullir de las olas. Pero éstas engrosaban a medida que el huracán las revolvía; y el peligro de que rompieran sobre la débil embarcación, crecía por instantes. Para evitarle se agotaban todos los medios humanos. Se arrojaron por la popa los hígados del pescado que iba a bordo, y se extendió por el mismo lado el tallaviento flotante. Se conseguía algo, pero muy poco, con estos recursos... ¡Huir, huir por delante!... Esto sólo, o resignarse a perecer

Y la lancha seguía encaramándose en las crestas espumosas, y cayendo en los abismos, y volviendo a erguirse animosa para caer en seguida en otra sima más profunda, y ganando siempre terreno, y procurando, al huir no presentar a las mares el costado

De tiempo en tiempo, los pescadores clamaban fervorosos:

—¡Virgen del Mar, adelante!... ¡Adelante, Virgen del Mar!

A Andrés le parecían siglos los minutos que llevaba corridos en aquel trance espantoso, tan nuevo para él; y comenzaba a aturdirse y a desorientarse entre el estruendo que le ensordecía; la blancura y movilidad de las aguas, que le deslumbraban, la furia del viento que azotaba su rostro con manojos de espesa lluvia; los saltos vertiginosos de la lancha, y la visión de su sepultura entre los pliegues de aquel abismo sin límites. Sus ropas estaban empapadas en el agua de la lluvia y la muy amarga que descendía sobre él después de haber sido lanzada al espacio, como densa humareda, por el choque de las olas; flotaban al aire sus cabellos goteando, y comenzaba a tiritar de frío. Ni intentaba siquiera desplegar sus labios con una sola pregunta. ¿Para qué esta inútil tentativa? ¿No lo llenaban todo, no respondían a todo cuanto pudiera preguntar allí la mísera voz humana, los bramidos de la galerna?

Así pasó largo rato mirando maquinalmente cómo sus compañeros de martirio, con el ansia de la desesperación unas veces, y otras con la serenidad de los corazones impávidos, desalojaban, con cuantos útiles servían para ello, el agua que embarcaba en la lancha algún maretazo que la alcanzaba por la popa, o movían el aparejo, a una señal del patrón en un instante de respiro...

Temblaba de horror; y cada crujido del fúnebre aparejo, cada estremecimiento de la lancha, cada maretazo que la alcanzaba, le parecía la señal del último desastre. Para colmo de angustias, vió de pronto, por su banda, flotar un remo entre las espumas alborotadas; y en seguida otros dos. También lo vieron los contristados pescadores. Y vieron más a los pocos momentos: vieron una masa negra dando tumbos entre las olas. Era una lancha perdida. ¿De quién? ¿Y sus hombres? Estas preguntas leía Andrés en las caras lívidas de sus compañeros. Notó que, puestos de rodillas y elevando los ojos al cielo, hacían promesa de ir al día siguiente, descalzos y cargados con los remos y las velas, a oír una misa a la Virgen, si Dios obraba el milagro de salvarles la vida en aquel riesgo terrible. Andrés elevó al cielo la misma oferta desde el fondo de su corazón cristiano..........

Y la tempestad, seguía desenfrenada, y la lancha corriendo, loca y medio anegada ya, delante de ella. En uno de sus ban-

dazos, estuvo su carel a medio palmo de un bulto que se mecía entre dos aguas, dejando flotantes sobre ellas espesos manojos de una cabellera cerdosa.

—¡Muergo!—gritó Reñales, queriendo, al mismo tiempo, apoderarse del cadáver con una de sus manos. Andrés sintió que el frío de la muerte le invadía otra vez el corazón, que la vida iba a faltarle; y sólo un acontecimiento como el ocurrido allí en el mismo instante, pudo rehacer sus fuerzas aniquiladas.

Y fué que Reñales, por coincidir su movimiento con un recio balance de la lancha, perdió el equilibrio y cayó sobre el costado derecho, dándose un golpe en la cabeza contra el carel. Sin gobierno la lancha, atravesóse a la mar, saltó hecho astillas el palo, y arrebató el viento la vela. Andrés entonces, comprendiendo la gravedad del nuevo peligro.

¡A los remos! gritó a los consternados pescadores, lanzándose él al de popa, abandonado por Reñales al caer, y poniendo la lancha en rumbo conveniente, con destreza y agilidad bien afortunada para todos.

. . . .

—Pues ¡adelante!—le dijo el patrón acurrucándose en el panel, porque su cabeza dolorida no podía resistir los azotes de la tempestad,—¡y que se cumpla la voluntad de Dios!

¡Adelante! Adelante era acometer al puerto, es decir, jugar la vida en el último y más importante azar; porque el puerto estaba cerrado por una serie de murallas, de olas enormes, que, al llegar al angosto boquete y sentirse oprimidas allí, parte de cada una de ellas asaltaba y envolvía el escueto peñasco de Mouro, y el resto se lanzaba a la obscura gola, y la henchía, y alzaba sus espaldas colosales para caber mejor, y a su paso retemblaban los ingentes muros de granito. Pero ¿cómo huir del puerto? ¿Adónde tirar en busca de un refugio? ¿No era un milagro cada instante que pasaba sin que la lancha zozobrase en el horrible camino que traía?

Lo menos malo de aquella situación era que iba a resolverse muy pronto; y esta convicción se leía bien claramente en las caras de los tripulantes, fijas en las de Andrés e inmóviles, como si de repente se hubieran petrificado todas a la vez, por obra de un mismo pensamiento.

—Ya lo sabe usté, don Andrés—dijo Reñales a este:—enfilando por la proa el alto de Rubayo y el Codío de Solares, es la media barra justa.

—Cierto—respondió amargamente Andrés, sin apartar los ojos de la boca del puerto, ni sus manos del remo con que gobernaba;—pero cuando no se ven ni el Codío de Solares ni el alto de Rubayo, como ahora, ¿qué se hace, Reñales?

—Ponerse en manos de Dios y entrar por donde se pueda, —respondió el patrón, después de una breve pausa, y devorando con los ojos el horrible atolladero que no distaba ya dos cables de la lancha.

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal, era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que la impelía, y el boquete que debía asaltarse en ocasión en que las mareas no rompieran en él.

Andrés, que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con los ojos de fuego; los remeros, máquinas que se movían al mandato de una mirada suya; Reñales no se atrevía a respirar.

Sobre el monte del Hano había una multitud de personas que contemplaban con espanto, y resistiendo mal los embates del furioso vendaval, la terrible situación de la lancha. Andrés, por fortuna suya y de cuantos iban con él, no miró entonces hacia arriba. Le robaba toda la atención el examen del horroroso campo en que iba a librarse la batalla decisiva.

De pronto gritó a sus remeros:

—¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!...

Y los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, estribando en los bancos con los pies y colgados del remo con las manos.

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y en lo más alto de su lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco, que se desenvolvía de la cola a la cabeza. El anillo aquél avanzando por el boquete adentro hacia las Quebrantas, en cuyos arenales había de estrellarse rebramando; pasó bajo la quilla de la lancha, y ésta comenzó a deslizarse de

popa como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado detrás. Allí se corría el riesgo de que la lancha *se durmiera*; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros. Hiciéronle; y remando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba, sin romper en el boquete, fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo, y empujándola hacia el puerto. La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios: pero no se arredraba, ni su cuerpo perdía los aplomos en aquella posición inverosímil.

—¡Más!... ¡más!—gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:

—¡Jesús, y adentro!...

Y la ola pasó también, sin reventar, hacia las Quebrantas, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.

En el mismo instante, cuando Andrés, conmovido y anheloso, se echaba atrás los cabellos y se enjugaba el agua que corría por su rostro, una voz, con un acento que no se puede describir, gritó desde lo alto de la Cerda:

—¡Hijo!... ¡Hijo!

Andrés, estremeciéndose, alzó la cabeza; y, delante de una muchedumbre estupefacta, vió a su padre con los brazos abiertos, el sombrero en la mano, y la espesa y blanca cabellera revuelta por el aire de la tempestad.

Aquella emoción suprema acabó con las fuerzas de su espíritu; y el escarmentado mozo, plegando su cuerpo sobre el tabladillo de la chopa, y escondiendo su cara entre las manos trémulas, rompió a llorar como un niño, mientras la lancha se columpiaba en las ampollas colosales de la resaca, y los fatigados remeros daban el necesario respiro a sus pechos jadeantes. (*Sotileza*, XXVIII).



Toledo.—Puerta de San Martín

TOPOGRAFIAS PARTICULARES

(PUEBLOS, REGIONES, CIUDADES, MONTES, RÍOS, LAGOS)

GENIO ORIGINAL Y MULTIFORME DE ESPAÑA

GEOGRAFÍA, SUELO Y HOMBRES QUE HICIERON LA NACIONALIDAD

(Carlos Silva Vildósola, chileno)

Que España haya sido siempre mal comprendida por las otras naciones de Europa; que sólo ahora, tras de siglos de desconocimiento y de caricaturales conceptos comiencen en Alemania e Inglaterra a darse cuenta de que España es la nación

más original del mundo y que más fuertemente ha contribuído a la civilización de occidente no es de extrañar.

Todo en España fué y sigue siendo propio, original, con escasas influencias exteriores, producto de un genio racial de características nacionales difíciles de entender para el que no lleva la sangre heredada de varias generaciones o no tiene la mentalidad especialísima de nuestra raza.

Nosotros mismos, americanos hijos de españoles, que todo lo debemos a España, ¿qué sabemos de esa nación encerrada en una pequeña península de donde salieron millones de hombres a crear un mundo y fundar naciones? Poco, incompleto y de menguada substancia.

La configuración geográfica de España y su posición en el continente europeo nos hablan ya de originalidad, es cosa aparte. No alcanza a ser una isla, pero está abierta a todos los mares, con enorme costa, brava en partes, provista de puertos y de rías en otras. La arrulla de un lado el Mediterráneo, camino real de la civilización europea; la sacuden en el norte y oeste las tempestades del Cantábrico y el Atlántico, que hacen buenos marinos; y la acaricia en el sur un estrecho atravesado por vientos africanos. Está unida a Europa y separada de ella. Donde más se le acerca hay montañas escarpadas y apenas todavía es posible cruzarlas sólo por sus dos extremos donde mueren en el mar las rocas pirenaicas.

Tiene todos los climas, menos el tropical. Frío en el norte, siberiano en los páramos de Castilla, alpino en las sierras del Guadarrama, semejante al del norte de Africa, subtropical, en Granada y Málaga, con todo el deleite de la región Mediterránea en las costas de Cataluña, blando en Andalucía, y propio de oasis rodeados de desiertos en Murcia, Alicante y Almería.

Y en esta sucesión de climas crece una flora tan variada que casi podría decirse que comprende ejemplares de todas las de Europa y de algunas de Africa. Desde los manzanares y bosques de encinas y castaños de Galicia y Asturias, hasta las palmeras de Alicante, la flora española ofrece la más grande variedad que es posible hallar en tan pequeño espacio.

Y esta tierra variada y pobre en su mayor parte, pero situada en la confluencia de las corrientes humanas civilizadas, ha

sido habitada y ha tenido cultura desde tiempos prehistóricos. De las grutas del norte de España se han extraído restos del hombre que vivió miles de años antes de toda memoria histórica, y en sus cavernas había dibujos que hablan de una cultura incipiente, pero bien definida. La población actual es pequeña para su territorio; las guerras de los moros, ondas gigantes que pasaron asolando la Península de sur a norte y de norte a sur, y luego las guerras incesantes de los siglos XVI, XVII y XVIII redujeron la población que, según los eruditos, debió de ser hace 2000 años casi tres veces la que es ahora. Por último, América secó a España. Madre generosa, colonizadora sin sentido práctico, quiso amamantar a la hija enorme más largo tiempo del necesario y sus senos ubérrimos se agotaron. Su mejor gente, los fuertes, los atrevidos, los que la selección declaraba más aptos, vinieron a América donde se combatía y se podía a un tiempo vivir más amplio.

Se conocen mal las posibilidades de producción de España para mantener una población mayor que la presente. Un estadista inglés calcula que el 79% del suelo español es productivo. Sólo 40% de él está consagrado a la agricultura y basta para el consumo interno. Valencia, Cataluña y parte de Andalucía tienen admirables sistemas de riego que suplen las estaciones secas, largas y duras. Las provincias vascas, Asturias y Galicia, producen granos, vinos, frutas, azúcares, legumbres.

Las pesquerías tienen en España importancia considerable. La pesca del atún, de la sardina, de las anchoas y el salmón, para no referirnos sino a los ejemplares más valiosos y que son artículos de exportación, dan trabajo a miles de hombres y alimento a poblaciones enormes.

Pero una de las riquezas efectivas de España está en sus minerales. El cobre de Huelva y Río Tinto, el estaño de Almería, el mercurio de Almadén, el hierro de Vizcaya y de Murcia, el carbón de Oviedo, Palencia y Córdoba, el manganeso, cobalto, caolín y azufre de otras regiones, presentan una de las variedades más grandes en Europa, acaso la única colección tan completa y en proporciones industriales que tenga nación alguna de ese continente. Cerca de 300 mil hombres tienen trabajo en las minas españolas.



Catedral de Burgos

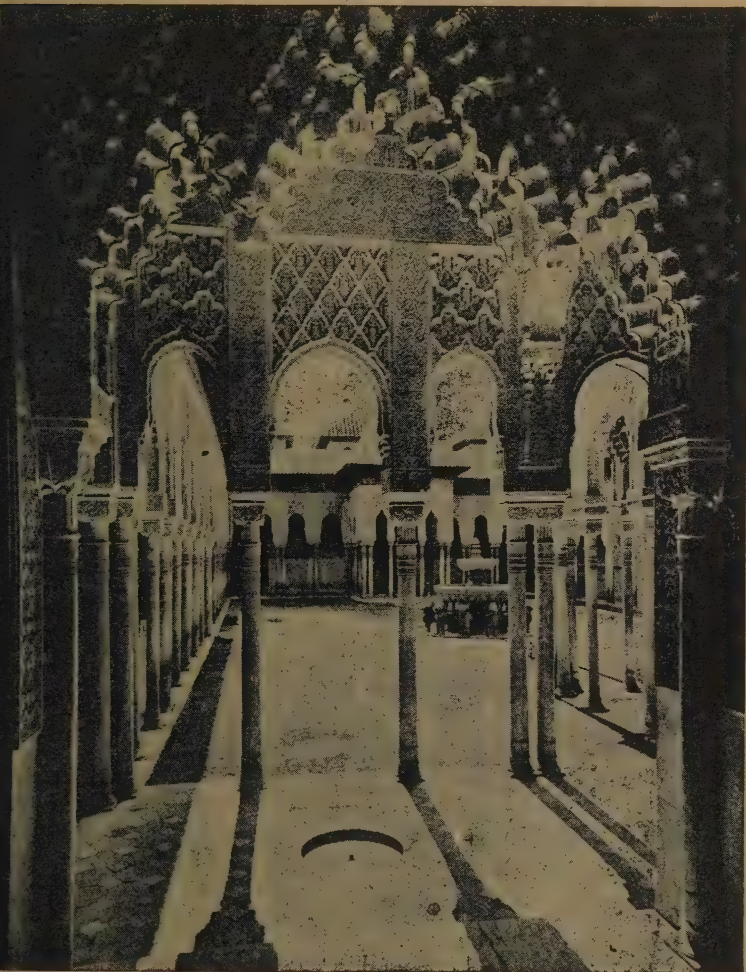
En todo la variedad, resultado del suelo, del clima, de la formación étnica. Iberos vivían en el norte y el este de España en los comienzos de la época histórica; celtas habitaron el noroeste; celtíberos el centro. ¿Y los vascos? ¿Quiénes son? ¿De dónde vinieron? Misterio que hasta hoy nadie aclara, misterio que proclama a esa raza, como una de las antiguas del mundo europeo, sin que jamás haya sido posible rastrear en las raíces de su lengua, todavía viva, su parentesco con ninguna otra de las conocidas.

Once siglos antes de Jesucristo los navegantes fenicios llegaban a las costas mediterráneas de España con su comercio, su cultura, su refinamiento espiritual; fundaban a Cádiz y adquirían con el engrandecimiento de Cartago, de la que es recuerdo el puerto de Cartagena, una importancia decisiva en los destinos de la Península.

Los romanos iniciaban su penetración en España, que debía dar a la futura nacionalidad acaso sus caracteres más profundos, doscientos años antes de Jesucristo. Roma organiza, legisla, crea el derecho, educa el sentido jurídico, levanta ciudades, construye carreteras, alza acueductos que aún están en pie, abre anfiteatros y cerca de muros soberbios los puertos amenazados por navegantes enemigos. La civilización en el sentido moderno y completo de la palabra llega a España con la invasión latina, invasión de paz y de cultura que poco a poco el elemento aborigen comienza a resistir con heroísmo porfiado, pero que da a Roma su edad de plata de las letras con Séneca el joven, Lucano, Marcial, Quintiliano y tantos otros hispano-romanos.

Del norte avanzan los vándalos y los suevos y los visigodos. Estos últimos se adueñan de la Península. Y un fresco viento de las selvas germánicas, una mentalidad sobria, reflexiva, pensadora, se sobrepone a la refinada cultura romana sin destruírla. tomando mucho de ella y procurando adaptarse a las normas eternas fijadas por Roma a la civilización de occidente.

Los siglos pasan, y del Africa vienen los muslimes, y su cultura y su espíritu invaden a España y asientan sobre ella una de las más largas dominaciones que raza alguna haya ejercido sobre la Península, destinada a ser el punto de reunión del oriente y el occidente.



La Alhambra.—Patio de los Leones

La España cristiana jamás se rinde, pero sufre la influencia. Ciudades maravillosas, como ensueños orientales, nacen en los fértiles valles de Andalucía. Palacios de una graciosa fragilidad muestran sus arabescos, y mezquitas comparables a las más gloriosas del Asia abren sus puertas a los fieles de Mahoma. Y al mismo tiempo la mentalidad española se impregna, especialmente en el sur, de un tinte arábigo. El culto de la poesía, la delicia de los placeres terrenales, el gusto de la vida blanda, reemplazan en vastas regiones de España a la elegante mesura romana y a la sobriedad primitiva de los godos.

Hasta que al fin, cuando España va a despertar a la realización de los destinos de una raza forjada en siglos de pelea para reconquistar el territorio, la nacionalidad española, tal como hoy la conocemos, aparece en Europa y se desborda por el mundo en un afán poderoso de conquista, de descubrimiento, de aventura, en una portentosa fecundidad para engendrar naciones y llevar su lengua, su religión y su carácter a todos los rincones del nuevo orbe creado por su genio.

Nación alguna de Europa tiene la historia de esta península sobre la cual han pasado como fecundantes inundaciones las más varias y extrañas influencias. Aquí se fundieron la espiritualidad semítica y la claridad latina, la solidez germánica y la gracia arábiga. Aquí sobre los sillares primitivos de obscuras razas fuertes y sanas, todas las civilizaciones que el mundo de occidente ha conocido y todas las del oriente que lograron navegar y correr mundo, dejaron sus profundos sedimentos. España llegó a ser una superposición de culturas y de ese suelo preparado con tan prodigiosos elementos nació la nacionalidad.

Sólo así se explica el genio español, uno en su esencia íntima, pasmosamente vario en sus manifestaciones y modalidades. Así se puede entender la cultura española que da al mundo los místicos y la literatura picaresca, la catedral de Burgos y la Alhambra, el hierro de Vizcaya y los azulejos de Sevilla, las leyes de Don Alfonso el Sabio y el Poema del Cid, los retratos de Velázquez y las fantasías de Valdés Leal, la Celestina y Las Moradas, el Quijote y «La Vida es Sueño».

Cualesquiera que sean las modificaciones que ese genio multiforme y sin embargo definido y preciso, haya sufrido en

América, este continente jamás podrá renegar de su origen glorioso y hallará siempre en el fondo del alma de sus pueblos un punto común: la herencia española. Con sus defectos y sus grandes virtudes, con sus luces y sombras, genio español nos engendró y genio español tenemos aunque a ratos lo obscurezcan otras influencias. Y cuando una de estas repúblicas quiere asentar sobre su tradición la grandeza de su futuro, tiene que ver a eso, a la espléndida cultura de pensamiento y de acción que salió de España, que fecundó las tierras vírgenes y que continúa uniéndonos a la que llamamos Madre.



España tierra de turismo

(Ricardo Rojas, argentino)

...El infatigable «*esnobismo*» que es el resorte siempre tenso de aquellas vidas, los lleva hasta Londres, los lleva hasta Berlín, los lleva hasta Constantinopla, los lleva desde los lagos de Es-

cocia, hasta las pirámides de Egipto; los pasea entre muchedumbres exóticas cuya jerga bárbara no oyeron jamás, los entrega indefensos a la rapacidad de los guías y de los intérpretes; los conduce hasta los monumentos y los museos de pueblos cuyo arte no comprenden, puesto que ignoran su espíritu y su historia; y cuando al término de la trabajada excursión, les preguntáis por qué no fueron a España, os responden con un definitivo encogimiento de hombros y una cortante suficiencia burguesa. «¿Para qué ir a España, si no hay nada que ver en España?» ¡Ah! ellos que fueron a ver las obras de las civilizaciones, olvidan que, si son místicos y guerreros, podrían admirar en Avila el milagro de una ciudad del siglo XII, momificada entre la muralla intacta que la rodea, y su catedral románica, cuyas torres almenadas más parecen de una fortaleza que de un templo, como que son de la época en que Ruy Díaz de Vivar llevaba un crucifijo tosco sobre la malla de su cota, y en que los prelados de la Iglesia cabalgaban en guerra contra la morisma. Olvidan ellos que, si fueran soñadores, podrían ver en Andalucía el testimonio todavía esplendoroso de las grandezas arábicas, desde el alcázar de Sevilla hasta la Alhambra de Granada, que va resistiendo sobre sus colinas a la barbarie de una municipalidad modernizante, que, por abrir avenidas para sus tranvías eléctricos, derriba allá en el bajo de la ciudad casas muzárabes. Olvidan ellos que, si son sensibles a las sugestiones de la línea arquitectónica, podrían ver en León, en Salamanca, en Sevilla, en Burgos, en Ciudad-Rodrigo, rudos templos de piedra secular, donde la desnuda columna primitiva proliferó en el capitel románico, y cómo el arco románico se transformó en ojiva gótica, y cómo el ángulo elegante de la ojiva se articuló en totalidades fantásticas hasta florecer en la visión de mármol de las catedrales. Olvidan ellos que, si son sensibles a las emociones del color, podrían ver en el Prado de Madrid la pinacoteca más admirable de toda Europa, tanto porque allí solamente puede estudiarse la obra de los estupendos pintores españoles—el Greco, que aún hoy sería un modernista; Velázquez, que dió forma definitiva al realismo, y Goya, que fundiendo a los dos, fué el maestro del movimiento dramático—cuanto porque en ese museo están reunidas obras maestras de autores extranjeros, tales como dos

paisajes de Patinir, intenso el uno por la serenidad cristiana de su ambiente, inquietante el otro por sus visiones extrañas, o las grandes telas mitológicas de Rubens... o los retratos del Ticiano, que, como ese soberbio de Carlos V, cabalgando a la luz de un crepúsculo de batalla, completa la personalidad artística del maestro veneciano. Olvidan ellos que, si son ocasionados a las evocaciones históricas,podrían ver en la antigua *caput Castellae* la raíz de piedra y hierro que tuvo ese poderío místico y militar de Castilla, o podrían sospechar en qué desastre se hundió ese poderío, yendo en Medina del Campo a la desierta plaza que fué el mercado del mundo, donde se negociaba el oro de las Indias, o a la torre de la Mota, donde murió doña Isabel la Católica, y desde cuya almena derruída se contempla la llanura infinita poblada de recuerdos, las carreteras que iban para Madrid, que iban para Segovia, que iban para Burgos por la llanura parda, inmensa y sola como su cielo y como la eternidad. Y si no tenéis alma de poetas, de filósofos, ni de artistas, ¿acaso no sería una impresión digna de vuestras almas de hombres el volver a oír la lengua de la patria en la voz del empleado que os pide vuestras maletas al venir de Francia, en la aduana de la frontera, o al volver a sentir perfumes de la aldea natal en los patios y huertos de Andalucía? Y vos, señora, que os quejábais en Roma de la fealdad de las ruinas y de la incuria municipal que no mandaba tapiar el foro de Trajano o refaccionar el Coliseo, si lo que os gusta es el regalo de la vida moderna, yo os digo que en España tendrías correo tan puntual como el de Inglaterra, y trenes como los de Francia, y hoteles como los de Italia, y tranvías eléctricos como los de Suiza; que San Sebastián es un gran balneario de lujo y de elegancia: que Bilbao se improvisó metrópoli industrial con el desarrollo imprevisto de sus empresas metalúrgicas; que Barcelona copia en sus ramblas los bulevares de París, y consigue remedar el modelo mejor que algunas ciudades americanas, y que Madrid crece y abre sus nuevas avenidas y aliña sus viejos parques entre la risa de su pueblo jubiloso y bajo la gloria de su cielo siempre resplandeciente.



La república argentina a mediados del siglo XIX

(Sarmiento, argentino)

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras de sus provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan, en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acechan los salvajes que aguardan la noche de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las

pampas y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el sur, al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede, de un momento a otro, sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo obscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de algún caballo que está inmediato al fogón para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás. Entonces continúa la conversación interrumpida o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamada de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre de campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar.

Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime a mi parecer en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este país privilegiado en dones y que encierra todos los climas, puede dividirse en dos fisonomías distintas que imprimen a la población condiciones diversas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que la rodea. Al norte confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamaríamos inauditas si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la pampa y la selva: domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva a merced de algún río que la favorece, hasta que al fin al sur triunfa la pampa y ostenta su lisa y velluda frente, infinita y sin límite conocido, sin accidente notable: es la imagen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa: la tierra, aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente. Pudiera señalarse como un

rasgo notable de la fisonomía de este país, la aglomeración de los ríos notables que al este se dan cita de todos los rumbos del horizonte para reunirse en el Plata y presentar dignamente su estupendo tributo al océano, que lo recibe en sus flancos, no sin muestra visible de turbación y de respeto. Pero estos inmensos canales excavados por la solícita mano de la naturaleza, no introducen cambios alguno en las costumbres nacionales.

El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegación y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o de la lancha. Cuando un gran río le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y le endilga, nadando, a algún islote que se divisa a lo lejos; arribando a él, descansan caballo y caballero, y, de islote en islote, se completa en fin la travesía. De este modo, el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo, el gaucho argentino lo desdeña, viendo en él más bien un obstáculo opuesto a sus movimientos que el medio más poderoso de facilitarlos; de este modo la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la celebridad remotísima de Egipto, lo que engrandeció a Holanda y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norte América, la navegación de los ríos o la canalización, es un elemento muerto, inexplotado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay.

Por sobre todos los accidentes peculiares a ciertas partes de aquel territorio, predomina una facción general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porción de humedad que les da vida, ya, en fin, que la pampa ostente su despejada y monótora faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten a interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes al norte. Nuevo elemento de unidad para la nación que pueble algún día aquellas grandes soledades, pues es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros países y los demás obstáculos naturales mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas. La República Argentina es «una e indivisible».



LA NATURALEZA PARAGUAYA

(Cecilio Báez, paraguayo)

En general, el país es de una imponente grandeza por sus montes, sus ríos caudalosos, sus arroyos, sus lagos y sus montañas, por la suavidad de su clima y la fertilidad de su suelo, y, finalmente, por su catarata del Guairá, cuyo trueno sempiterno nos sugiere la idea del rodar de mundos desplomados.

Hoy día, el viajero que atraviesa aquellas híspidas selvas por las sinuosas sendas abiertas por el hombre, pásmase al contemplar esta maravilla sin segundo. Semejan estos laberintos de enhiestos árboles que rematan en frondosas copas, de que penden graciosos festones de orquídeas, vastos palacios encantados de polistilas columnatas, donde le enamora a uno el alma la fragancia que exhalan sus hojas y sus flores, y le regalan los oídos, con sus divinos arpegios, que se suceden en interminables melodías, gárrulos pajarillos y canoras aves. Cual gigantescos pebeteros naturales, perfuman el fresco ambiente de aquella nemorosa espesura con sus gratos aromas los cedros olorosos, los resinosos pinos y los ceibos, los balsámicos palosantos y laureles silvestres, sándalos y lentiscos, y el sagrado copal, con cuyo incienso se sahumaban antes los templos y adoratorios paganos. Componen su escogido coro de cantores, mirlos y ruiseñores, calandrias y jilgueros, que arrancan de sus inagotables registros

todas las variadas notas de la gama musical, y entonan de concierto una inimitable sinfonía de trinos y gorjeos, que son, como si dijéramos, cascadas de armonías. Alternan con esta orquesta sin igual, en confusa algarabía de voces cacofónicas, bandadas de parleros papagayos, que ostentan en sus vistosos plumajes la esmeralda de los campos, el oro de la naranja, el rosicler de la bromelia y el hermoso azul de los cielos.

Y si aún se detiene a remirar este portento, sorprendido descubre que los corpulentos árboles están como abrazados por lazos de lianas y madreselvas y por los anastomosados verdugones que de sus nudosos troncos pululan. El tejido que forman las enredaderas, cual tela labrada por mano artista, está moteado de variadísimas flores del aire y de trepadoras hiedras, entre las cuales descuella la mustia pasionaria tan ponderada por su regia hermosura, y por el fúnebre acontecimiento que ha venido a simbolizar en el mundo cristiano. Frutas de diversas formas y tamaños amarillean entre el tupido follaje, pues en estas enmarañadas florestas hay nísperos y servales, madroños y algarrobos, cocoteros y coníferas, que brindan al hombre todo el año carnosas piñas, guindas dulcísimas, exquisitos dátiles y oleaginosas almendras.

. . . .

Las llanuras, en general, son quebradas. Por cualquier lado que se mira, vense pequeños terromonteros, cerros, lomadas. y, en ciertas partes, sierras vestidas de arbustos, de cuyas laderas nacen cristalinos arroyuelos, los cuales, después de abocinarse en las estrechas gargantas, que son a modos de atarjeas naturales, se distribuyen luego en fecundantes regueras por los floridos campos.

Esmaltan aquella dilatada alfombra de verdura todas las flores de los prados y de las orillas de los ríos, desde el triste y descolorido heliotropo hasta la rozagante astromelia; en una palabra, caléndulas y lirios, ojiacantos y asfodelos, adelfas y peonías, margaritas y azaleas, constituyen sus más hermosas galas.



Santiago

CHILE

(Gabriela Mistral, chilena)

Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio entre los dos dominadores centaurescos; al sur el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar.

Y las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera blanca de sol, donde se prueba el hombre en esfuerzo y dolor. En seguida la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera del paisaje, uno

como ascetismo ardiente de la tierra. Después la zona agrícola, de paisaje afable; las manchas gozosas de los huertos y las manchas densas de las regiones fabriles; la sombra plácida del campesino pasa quebrándose por los valles, y las manos obreras hormiguean ágiles en las ciudades. Al extremo sur el *trópico frío*, la misma selva exhalante del Brasil, pero negra, desposeída de la lujuria del color; islas ricas de pesca, envueltas en una niebla amoratada, y la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo del pastoreo para los ganados innumerables bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡tenemos el mar... el mar... el mar...!

Raza nueva que no ha tenido a la Dorada Suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana. En el período indio no alcanza el rango de reino; vagan por sus sierras tribus salvajes, ciegas de su destino, que así, en la ceguera divina de lo inconsciente, hacen los cimientos de un pueblo que había de nacer extraña, estupendamente vigoroso. La Conquista más tarde, cruel como en todas partes; el arcabuz disparando hasta caer rendido sobre el araucano dorso duro, como lomos de cocodrilos. La Colonia no desarrollada como en el resto de la América en laxitud y refinamiento por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa especie de parpadeo tremendo de relámpagos que tienen las noches de México; por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores colgar las armas para dibujar una *pavana* sobre los salones... Por fin, la República, la creación de las instituciones, serena, lenta. Algunas presidencias incoloras que sólo afianzan la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde los creadores apasionados; O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda.

El mínimo de revoluciones que es posible en nuestra América convulsa; dos guerras en las cuales la raza tiene algo del David pastor que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Hoy, en la cuenca de montañas que se ha creído demasiado cerrada a la vida universal, repercute sin embargo la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo un jadeo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá

siempre lo leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce, y por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación viril, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser, en poco, más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor ni siquiera el recelo de las gentes de Europa, del blanco que será siempre *el civilizador*, el que, ordenando las energías, hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del Sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoeslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. ¡Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos da en ellos!

Una raza refinada no somos; lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de la Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas; pero en nuestro oído suena,



Lago Llanquihue (Chile)

y empieza a enardecernos, la invitación griega del mar. La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos que corrompen con la generosidad insinuante. El gesto de Caupolicán, implacable sobre el leño que le abre las entrañas, está tatuado dentro de nuestras entrañas.

Paisaje de Anáhuac

(Alfonso Reyes, mejicano)

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el viejo mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones capitosas, es exaltación de la vida, a la vez que imagen de la anarquía vital; los chorros de verduras por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *le dard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño— poesía de hamaca y abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación artística y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez en que los colores mismos se ahogan—compensándolo la armonía general del dibujo— el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo, en las palabras del modesto y sensible Fray Manuel Navarrete:

Una luz resplandeciente
que hace brillar la cara de los cielos.

Ya lo observaba un grande viajero que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida; en su *Ensayo Político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos erran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire, y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual.

Panorama de Tucumán

(P. Groussac)

En una mañana de primavera, antes que el cielo se nuble, como casi siempre sucede en verano, o esté la atmósfera empañada por el polvo y humo que se levantan de los ingenios durante el invierno, si se gira la vista en contorno, desde un mirador elevado de la ciudad, se tiene un panorama característico y casi completo de la pequeña provincia. La vasta llanura del naciente se despliega hasta los confines del horizonte, fragmentada con bosques y campos de caña de azúcar, de cuyo centro emergen los ingenios. El río Salí retuerce sus meandros, que llevan la vida a toda la región, como la arteria aorta de aquel organismo. El Norte y el Sur son bosques y sembradíos. Al Oeste, la cumbre nevosa del Aconquija se levanta por sobre el grupo alegre de las primeras colinas, como un anciano rodeado de niños. Las laderas, con sus repliegues llenos de nieve, espejean al sol naciente, a manera de un cambiante moaré. Sobre los picos más agudos, algunos cirros se elevan, desflecados por los agudos dientes de la sierra. Las hileras de montañas, por rango de altura, llenan todo el Poniente, bajando hacia el Norte para volver a subir después. El cerro Bayo toma un tinte opalino a esta hora de rejuve-

necimiento universal. La última ramificación, o cerro de San Javier, la más vecina a la ciudad, extiende su falda de color verde obscuro, a la que las copas apiñadas prestan de lejos una contextura granujienta. De trecho en trecho se destaca una mancha clara, como una escama caída de la envoltura terrestre: es un *derrumbe*. La base de la montaña se confunde con la llanura: es un mar de verduras con algunos blancos islotes de población. Más cerca, ya se alcanza a distinguir los árboles por sus follajes: las copas esféricas de los naranjos, salpicadas de puntas de oro, se desbordan de las quintas; los sauces columpian su lacia y desmayada cabellera. Un gigantesco pacará se alza como una torre de follaje. Rebalsan de los patios los anchos abanicos de los bananeros, los locos arabescos de las madreselvas y jazmines. Una nota severa, no obstante, en ese concierto de matices alegres: acá y allá, un eucaliptus levanta su frente lívida, que parece descolorida por las emanaciones febricientes quitadas a la tierra; es un árbol de hospital o lazareto, con su follaje cobrizo y su tronco escamoso. Pero se oculta detrás de los miradores, las torres, las cornisas de las azoteas, que proyectan violentamente su color deslumbrante sobre el fondo verde, con ese mal gusto risueño de los países del sol. En el aire puro y delgado el tañido de las campanas llega más claro y argentino. Es el llamamiento a los afanes de la vida: la coqueta ciudad se despereza lentamente...





Por tierras de Galicia

(R. Blanco Fombona, venezolano)

Acabo de recorrer tierras de Galicia. ¡Qué país tan encantador el país gallego! Y del país, el paisaje. Va uno como entre églogas de Virgilio, admirando idilios de Teócrito. Aparecen, desaparecen y reaparecen valles, colinas, rías, vides, maizales, castañares, casas blancas muy pequeñas entre huertas verdes muy grandes; y aquí y allá rebaños de ovejas, cabras que triscan, vacas que pacen, bueyes que arrastran el carro; y a la vera de un camino o a la sombra de un árbol o a las orillas de un riachuelo, algún pastor que estrecha las manos de alguna pastora, Va uno como entre églogas de Virgilio, admirando idilios de Teócrito.

A los pies de colinas cubiertas de maizales—de unos maizales sonoros que vibran al aire verdes picas—se tienden valleci-

cos fértiles y cultivados que atestiguan la bondad de la tierra y la laboriosidad del regnícola. En los valles, o trepando las colinetas, las casitas del campo gallego con su escudo especial, su timbre propio, que las hace inconfundibles: la parra, la pampanosa o enracimada parra, una hermosa parra bíblica sostenida, no por míseras cañucas o deleznables tablillas, sino por recias y esbeltas estelas de granito. Aquellas parras infunden a la comarca cierto aspecto venerable de Antiguo Testamento.

Pero tornad un recodo: el aspecto de antigüedad venerable desaparece y surge el aspecto juvenil, poético, risueño, de aquella tierra alegre, de aquella tierra de poetas, de aquella tierra de juventud. Porque Galicia luce joven, aunque tan vieja; y sus campos parecen sonreír, acordándose quizás, de sus abuelos, los viejos bosques celtas; y es la suya raza de sensitivos, como sus primos hermanos de Portugal, y muy diferente de la dura y seca gente de Castilla.

El mar es el gran adorno de Galicia. No es allí bravo y ríspido como en la vecina Cantabria; por lo menos, no lo parece. Se diría más bien que, enamorado de Galicia y curioso de los más íntimos encantos de la campiña galaica, penetra, sensual y osado, tierra adentro. Así es, en efecto. El mar se introduce por cien canales hacia el interior del país gallego: discurre entre colinas, partiendo en dos los valles, haciendo eses, curioseando en los caseríos, formando como brazos inmensos: las rías, las famosas rías de Galicia.

Estos brazos de mar producen impresión parecida, una impresión de hermosura y majestad agrestes, a la que causan los grandes ríos de la América de los trópicos. La sensación en América es más intensa, acaso porque la naturaleza allí bravea más vigorosa y despiadada; acaso porque el hombre cuenta allí, máxime en la región de los ríos como mares, con menos elementos que en Europa para someterla. Con todo, cada vez que crucé las rías gallegas me pareció surcar mis patrios ríos: el Orinoco, el Meta, el Apure, el Caura, el Caroní... Era la misma impresión pero dulcificada, atenuada, borrosa, Era la misma y era otra.

La ciudad de Numancia

(P. Juan de Mariana)

La ciudad de Numancia, temblor que fué y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España, estuvo antiguamente asentada en la postrera punta de la Celtiberia, que miraba hacia el Septentrión, entre los pueblos llamados Arevacos. Más de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no lejos del nacimiento del río Duero, se muestran los rastros de aquella noble ciudad. Era más fuerte por el sitio, que por otros pertrechos hechos a mano. Su asiento en un collado de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada, a causa de los montes que la rodean por tres partes. Por un solo lado tenía una llanura de mucha frescura y fertilidad, que se extiende por la ribera del río Tera, espacio de tres leguas, hasta que mezcla sus aguas con las del río Duero. A la costumbre de los lacedemonios, ni estaba rodeada de murallas, ni fortificada de torres ni baluartes; antes a propósito de apacentar los ganados, se extendía algo más de lo que fuera posible cercarla de muros por todas partes. Bien que tenía un alcázar, de donde podían hacer resistencia a los enemigos, y en las asonadas de guerra solían encerrar en él todo lo que tenían, sus preseas y sus alhajas. El número de los ciudadanos era mediano, hasta cuatro mil hombres de armas tomar, dado que otros doblan este número, y dicen que podían poner en campo ocho mil soldados. Por la manera de vida que tenían y los muchos trabajos a que se acostumbraban, endurecian los cuerpos y aun fortalecían los ánimos. Grande era la osadía que tenían para acometer la guerra y mucha la prudencia para continuarla.



Avila

(G. Martínez Sierra)

Avila es el castillo cuajado en un diamante
que soñó para el símbolo del alma justa, aquélla,
por el amor de Jesucristo, dama andante,
en el amar doctora y en el decir estrella.
Teresa de Jesús sin duda está mirando,
a través del cristal de este cielo tranquilo,
a su ciudad bendita, acaso recordando
ya bienaventurada, el retorcer del hilo
de aquella rueca humilde, que alternó entre sus manos
con la pluma de las doctas definiciones. . . . . . .
Ríen los serafines, y en el aire un concepto
de amor de Dios perfila su arabesco sonoro;
para endulzar la austera rigidez del precepto,
hay mieles en los labios que rezan en el coro.

Y el alma de Teresa de Jesús se complace
en el runrunear sannto de sus abejas,
y a cada nuevo salmo un rojo clavcl nace
en las bocas que guardan las cruces de las rejas
Y así el cielo de Avila ríe perennemente
por la gloria de aquel grande amor femenino
que venció la flaqueza de la carne doliente
con la llaga sabrosa del venablo divino.



Sevilla.—Plaza de América

El embrujo de Sevilla

(Carlos Reyles, uruguayo)

¡Tierra rica y tierra pobre; tierra alegre y tierra triste; tierra de hechizos incomparables y de realidades sórdidas! añadió Paco vibrando a su vez. ¡Cuántas cosas, cuántas cosas!...; los Sultanes, los Reyes, los Conquistadores, los majos, los claveles,

los toreros, la manzanilla, las *soleares*, Don Pedro, Don Juan... Aquí oró Colón, allí murió Hernán Cortés, más allá está enterrado Guzmán el Bueno; en aquel sitio escribió Cervantes «El Quijote», en aquel otro habitó Santa Teresa. ¡Vaya canela y venga gloria! En Sevilla todo es así, todo habla al alma y a los sentidos, todo es hechizo, sortilegio, encantamiento. Muere un bandido, y el escultor Gijón hace de él un maravilloso Cristo, que el pueblo reconoce y llama por su nombre: el «Cachorro»; las niñas ponen unas macetas y unas jaulas en los balcones, y, como por arte de magia, truecan en alegría la miseria de la ciudad; los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro. Sí, aquí todos son círculos mágicos: el sol, las calles embrujadas, los patios soñadores, las coplas quejumbrosas, las procesiones trágicas, los tablaos dislocadores, tierra gorda en la que florecen todo el año los claveles rojos de la pasión y el salero. Y el más grande de todos los círculos mágicos, ése que ves ahí: la plaza de toros, el redondel divino. Míralo: la arena amarilla parece un topacio luminoso, y ese topacio es un crisol donde se funden y aparecen limpias de escorias, las broncas virtudes de la raza; un misterioso espejo, un espejo brujo en el cual los españoles nos vemos como quisiéramos ser, como fueron los grandes Capitanes, los Conquistadores, los Misioneros... Dentro de algunos días me verás ahí jugando con la muerte, mostrándoles a catorce mil espectadores la hermosura del valor.

Sevilla: Evocaciones históricas y legendarias

(Carlos Reyles, uruguayo)

En el primer paseo que dieron juntos, el pintor quiso mostrarle los vestigios que aún atesoraba la vieja Hispalis de dominación romana, y al pie de las columnas de la Alameda le recitó el romance de Sepúlveda, el cual, de acuerdo con las crónicas de Alfonso el Sabio, supone que las tales columnas fueron allí dispuestas por las manos de Hércules; le hizo ver los restos de la imponente y sombría muralla torreada y almenada que defendía la ciudad de César contra la saña extranjera, y deteniéndose



Sevilla.—Un rincón del Alcázar

en la puerta de Córdoba le explicó los sucesos que en su hosca torre y en la vecindad de ella se desarrollaron: la prisión de San Hermenegildo; el martirio de las divinas alfareras Santa Justa y Rufina; las escenas del famoso convento de Capuchinos, enfervorizado por el recuerdo de San Isidoro y San Leandro, y la mística inspiración de Murillo. Andando le mostró cierto sitio cubierto de jaramagos, donde cuenta la leyenda que una bruja le predijo a Julio César que sería asesinado si volvía a la Ciudad Eterna, por lo cual los romanos, cumplido el lúgubre vaticinio, le dieron a la antigua Hispalis el nombre de Civitas Sevillae, ciudad de la sibila, de donde le vino Sevilla. Luego, sentados bajo el emparrado del ventorro que se reía al pie de las desoladas ruinas de Itálica, le declamó enfáticamente la famosa oda de Rodrigo Caro, mientras apagaba la sed con unas cañas de manzanilla fresca y olorosa. Vinieron después las largas visitas al Alcázar, la catedral y las iglesias de pórtico gótico y minarete árabe . . . .

. . . .

Y seguían la dramática carrera por la ciudad, toda sonorosa de los amores y los crímenes de Don Pedro el Cruel. Y mientras caminaban recordaba la Pura con pavor las leyendas y las tradiciones de que Cuenca le había metido un relleno romántico en el magín, murmurando al mismo tiempo: «¡Paco, Paco mío; Paco de mis entrañas», como uno de esos pegajosos sonsonetes o mareantes taravillas que nos obcecan y aturden. Desde, «El Tronío», fueron a dar a la Alameda de Hércules, y de ésta al Alcázar. Pasaron por la histórica calle de Bustos Tavera, donde se veía aún la casa de la bellísima doña Estrella, codiciada por el Rey Don Sancho el Bravo, y a cuyo hermano, por haber osado defender contra él, sin reconocerlo, el honor de la hermana, hizo perecer aquél a manos del mismísino prometido de la bella, el cual, sin saber contra quién ni de qué afrenta se trataba. había jurado a su señor vengarlo y guardar el secreto. Y esclavo de la terrible fidelidad del hidalgo, cumplió la palabra empeñada, sabiendo que asesinaba su dicha, y preso y condenado a muerte, guardó el secreto, sabiendo que por guardarlo, perdería la vida. Pasaron por la calle de María Coronel, aquella que por escapar al deseo del Rey Don Pedro, se abrasó adrede el rostro con acei-

te hirviendo, la misma que, por escapar otra vez a la persecución de que era objeto, se hizo enterrar en un pozo abierto en la huerta del convento en que vivía retirada, el cual pozo inmediata y milagrosamente se cubrió de flores. Pasaron por la antigua calle de Candilejo. Allí el mismo galante y aventurero rey había muerto en una riña a un hombre; allí estaba el ventanillo desde el cual una viejecita, alumbrándose con un candil, presenció la sangrienta escena y delató al matador. Pasaron por frente al Alcázar, y la Pura rápidamente rememoró el espeluznante drama de la sala de la Justicia, los cuatro jueces prevaricadores sorprendidos en sus chanchullos, decapitados incontinenti y expuestas sus cabezas clavadas en las paredes, como ejemplo de la sañuda rectitud del Monarca. Luego entre otros sucesos, acudió a la memoria de la bailadora el episodio de D. Fadrique, perseguido como un jabalí a través de las galerías y estancias del castillo y muerto a cuchilladas y alabardazos en el cuarto del Maestre. Pasaron por delante de la adusta Torre del Oro, donde cantaron su canción épica los lingotes del Perú y suspiraron tantos prisioneros, cual si fuese a una arca y fortaleza.



Sevilla.—La Torre de Oro y la Catedral



Caracas

(Rufino Blanco Fombana, venezolano)

Ya serían las siete. Por las calles empezaban a hormiguear los transeuntes. Las locomotoras del Ferrocarril de La Guaira y del Ferrocarril de Valencia, aunque invisibles, comenzaban a despedir penachos de humo. El pito de una tahona de maíz rasgó los aires con su grito agudo. La fusta de un coche en ascensión a la colina restalló detrás de las muchachas, en la calzada, sobre los caballos, cuyos lomos y de cuyas narices brotaban nubecillas de vapor. Aquella población chata, como una ciudad griega; pintoresca, como una ciudad árabe; encajonada en el valle, surcada de cuatro riachuelos y ceñida por un cintillo de montañas verdes y azules; aquella ciudad de techos rojos,

entre verdes jardines, con su blanca torre de la Catedral en el centro, como una atalaya, su claro cielo azul atravesado por vuelos de palomas, y sus tapias por donde saca la copa un rumoroso chaguaramo, o languidece un sauce, o trepan las rosadas trinitarias, hacía evocar como evocó Rosalía, los versos de «La vuelta a la patria» del gran poeta Juan Antonio Pérez Bonalde:

Caracas allí está. Sus techos rojos,
su blanca torre, sus azules lomas,
y sus bandas de tímidas palomas,
hacen nublar de lágrimas mis ojos.

La bandera del orgulloso palacio de Miraflores batía a la brisa matinal, sobre Caracas, sus colores magníficos. Los turcos y las bellas turcas de ojos semitas, se rebullían en sus pocilgas del Camino Nuevo, y emprendían con sus tiendas a la espalda, en cestas y cajas, la romería hacia los barrios del centro. El sol, ascendiendo poco a poco, cambiaba las rosas del alba en una transparente lluvia de oro. El Avila, a lo lejos, ceñíase el turbante de su clara neblina azul. Al frente se divisaban, más allá de la Plaza Bolívar, más allá de la Catedral, más allá de Candelaria, más allá de la Estación del Ferrocarril Central, los verdinegros cafetales de Quebrada Honda, bajo los búcares rojos como parasoles de púrpura. A la diestra mano se miraban la cúpula de Santa Teresa, la masa gris del Teatro Municipal, el Circo de Toros, el Mercado de San Pablo, el Puente de Hierro, las vegas del Guaire, y todo el Caracas nuevo: las quintas del Paraíso, entre jardines, y entre las quintas floridas el épico bronce de Páez blandiendo la formidable lanza de las Queseras del Medio, y revolviendo su corcel con un gesto digno de Homero, al grito de: «¡Vuelvan caras!» Más a la derecha aún, a ambas márgenes del Guaire, se extendían otras vegas y cultivadas hortalizas, ostentando la gama entera del verde, desde el verdín de la grama, aún cubierta de rocío, desde el verdegay de los retoños primerizos, hasta el verde terroso de las lechuzas asoleadas, el verde maduro de las cañas de maíz, y el verde más profundo de los chaguaramos viejos. Y por sobre todo, por encima de las gentes y de las cosas, el sol, el brillante sol de América, hacia donde ascendía la respiración, el abejeo de la ciudad que se despierta y empieza a ajetrearse y a vivir.



Quito.—Iglesia de la Compañía

La ciudad de Quito, a mediados del siglo XIX

(José Enrique Rodó, uruguayo)

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta a los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichincha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y des-

bordado en la tormenta; el clima, suave, aunque con más inclinación de frío. La población, estacionaria desde el tiempo de la colonia, llegaba apenas a los treinta y cinco mil habitantes. De ellos sólo una octava parte era de blancos; de indios o mestizos, lo demás. En suelo de riscosa aspereza, entre quebradas que tajan con súbita energía la roca volcánica está puesta la ciudad, cuyas calles de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas comúnmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas a la sombra tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y a una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín... Adentro de esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida... A aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido, que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de embotada expresión pasan llevando a las espaldas la carga de leña o de hortaliza, o el cántaro de agua. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega, en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes o sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad o del contorno, cuyos trajes de tintas vistosas se mezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercancías; los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de fundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle...

Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, o poco menos de sus órganos elementales. La librería no existe: la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse por añadidura, algún libro de oraciones, o algún compendio para la enseñanza. Durante el gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835

a 1839, no salió a luz un solo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza que alguna vez se remontan a saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran las luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes con el són de tambores y chirimías. Las procesiones, originales, pomposas, se suceden a cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro en pleno sol, donde se representasen graves juegos escénicos: así la del Viernes Santo, en la que el pueblo entero ondula componiendo como una plástica y animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto o de escarnio, o con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miriadas de cirios ardientes. En la procesión de Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman *danzantes*, marchan siguiendo con pasos de bailes el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisos y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles *autos* o burdos *misterios*, que consisten en simular, sobre tablados al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando a la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería, como de polichinela o *bubulú*.



LIMA

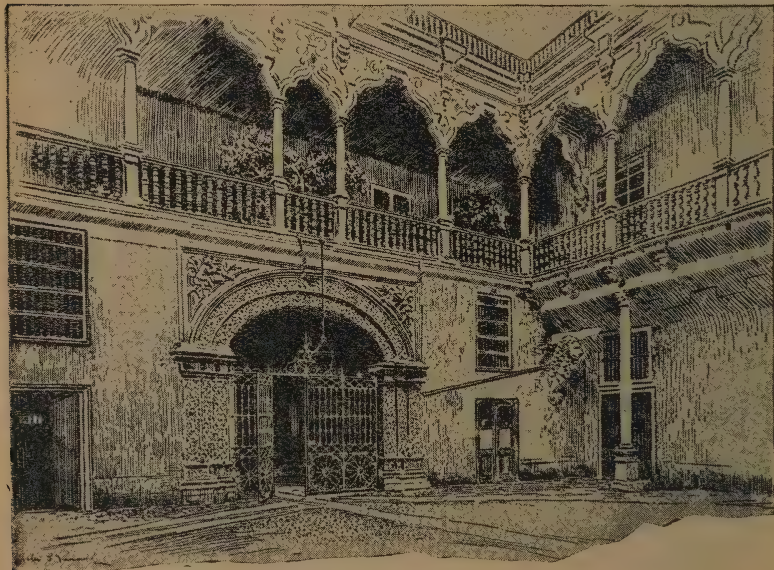
(Horacio Maldonado, uruguayo)

Cuando el «Santa Luisa» entró en la bahía del Callao, mi espíritu reposó dulcemente sobre un delicioso mar azul, que me hizo pensar en una sonrisa de la Grecia inmortal. Ya no tenía frente a mí la árida costa, con sus cerros semejantes a enormes montones de arena, que trajo a mis ojos la visión del desierto. Las risueñas casas del Callao y el azul de su bahía regocijaron a todos los pasajeros. Lanchas de diversos colores, balanceándose en el agua tranquila, rodeaban el buque.

Cuando abandoné el «Santa Luisa» y me senté en la pequeña embarcación que me condujo hasta el muelle, volví a las cosas del presente y sentí el entusiasmo de la enorme muchedumbre que esperaba en el puerto. Un automóvil me llevó en pocos minutos a Lima, por una carretera deliciosa, que me hizo pensar en aquellos largos caminos abiertos por los incas. Ví a un lado de la carretera las «huacas» o tumbas de los antiguos habitantes de estas regiones; y los famosos pajarracos negros, semejantes a cuervos, que se encargan de la higiene, devorán-

dose cuanta inmundicia encuentran.. Un cielo nublado daba un tinte gris al paisaje, embellecido por el verde de los árboles, que ahora se multiplicaban, en una lozanía triunfal. Lleváronme por la gran Avenida Leguía, cubierta de jardines y con notables edificios a ambos lados.

Lima me produjo una impresión inesperada. Había oído hablar de una ciudad pequeña, de casas antiguas, triste, sin animación, y me encuentro con una ciudad grande, de calles concurridísimas, en plena actividad; una verdadera colmena. Las mismas casas antiguas, con sus balcones característicos, hacen más bella la ciudad. De noche, su aspecto es mássingular todavía... En la plaza de Armas, la mejor de la ciudad, nos hemos detenido para contemplar la famosa Catedral. Su frente es bellísimo, de líneas armoniosas y bajo-relieves admirables que no le quitan la sencillez y sobriedad. En la calma de la noche, y entre las pocas luces de la plaza, (la gran iluminación no ha de tardar mucho),



resalta la blancura algo pálida, del templo. Entraré en él y veré todo lo que encierra. La casa de Francisco Pizarro, convertida en Palacio de Gobierno, trae a mi espíritu los recuerdos de una época de heroísmos y tragedias. Hemos recorrido muchos jirones (en Lima las calles tienen ese nombre), sin fatigarnos, deseosos de sentir en nuestra alma el alma de la ciudad, tan famosa en la historia. Lo antiguo, lo vetusto, lo tradicional, es lo más interesante en ella; pero lo moderno avanza, y las nuevas casas se van mezclando con las antiguas, y con esta variedad Lima ofrece un aspecto singularísimo. No es ella una ciudad tan grande ni de líneas armónicas como Montevideo, ni es tan poblada tampoco; pero está en camino de ser una ciudad magnífica, sin perder su carácter tradicional. Progresa rápidamente; hay vida, hay trabajo en ella. Por algunas calles o jirones apenas se puede caminar, por la gran cantidad de gente que circula. Ciertas confiterías y cafés pueden competir con los mejores de Montevideo, y con los buenos de Buenos Aires.

En la plaza San Martín está la estatua ecuestre del prohombre argentino, obra de Benlliure. No me agrada mucho esa escultura, y, soberbio como siempre, surge en mi espíritu el Artigas de Zanelli, maravilla de fuerza y de sobriedad clásica.

La noche es dulce, templada. Las nubes me impiden ver el cielo de Lima. Fray Luis de León hubiera lamentado mucho no verlo, en este sitio de iglesias y de trágicos recuerdos. Pero la calma de la noche es augusta; las sombras hacen más seductora la ciudad. Diríase que en estas horas ella quisiera despojarse de toda su actualidad para vivir con el pasado, en el heroísmo y en la tragedia de sus muertos, en pleno siglo de hazañas y de conquistas, con el oído atento, junto a la tumba de Pizarro...





BUENOS AIRES A PRINCIPIO DEL SIGLO XIX

(Paul Groussac)

¡Cuán reducida y mezquina parecía desde la altura la capital del virreinato, limitada al Este por la Alameda y la desnuda ribera, hasta las mal pobladas barrancas de la Recoleta y Santa Lucía, y al Oeste por las tapias de San Nicolás y Monserrat! Unas ocho hileras de doce manzanas en su base, cortadas rectangularmente por las calles sin empedrar, cuyas aceras estaban trazadas por mal encuadrados postes de algarrobo y ñandubay: tal aparecía en plano horizontal y en su centro más compacto la Buenos Aires de los virreyes. Fuera de ese triángulo casi del todo edificado—cuyos vértices eran, al Norte, el Convento de las Catalinas, al Sur el Hospital de los Betlemitas, y, al Oeste, la manzana comprendida entre las calles del Cabildo, de las Torres, y las sin nombre que fueron más tarde de Salta y Santiago del Estero—el caserío raleaba más y más entre quintas y huecos abandonados, pareciendo inverosímil que debajo de aquel reducido montón de techos rebajados cupieran más de cuarenta mil habitantes. Más allá, los arrabales se tornaban montes o potreros, terminando, por fin, en la zona conquistada de la pampa hasta la cercana frontera, salpicada de pagos y escasas rancherías. En más de dos siglos, Buenos Aires no había rebosado de

las ciento cuarenta y cuatro cuadras que componían la antigua traza de Don Juan de Garay.

Buenos Aires era chata como su Plata sin ribazos y su pampa sin relieve; y la general uniformidad resultaba más sensible aún para el espectador que la miraba desde un alto observatorio y casi en proyección. Dominando el ancho río, la enorme y achaparrada Fortaleza Real, a la vez palacio de gobierno, despacho de la Audiencia, cuartel de tropas y armería, ostentaba su macizo parapeto acribillado de cañoneras y flanqueado de bastiones angulares, con su portón central y su puente levadizo sobre el ancho foso que contorneaba el murallón; pero las cañoneras estaban vacías o artilladas con material fuera de uso, el foso se terraplenaba con escombros y basura, y la fábrica toda se mostraba tan ruinosa como el régimen vetusto de que era símbolo. Los arcos de la Recova vieja cercaban hacia el Este la Plaza Mayor; al frente se alzaba el Cabildo abovedado con su miserable cárcel anexa; y, por el lado del Norte, la Catedral, con sus dos campanarios sobresalientes hacia la calle de las Torres y su cementerio contiguo, vecino del lúgubre *Hueco de las Animas*... Un poco más allá en la misma calle, que era prolongación de las de Santo Domingo y San Francisco, los templos de la Merced y las Catalinas levantaban sus torres y campanilos vulgares, vaciados en el molde de San Miguel, San Nicolás, la Concepción, Monserrat, y todos los conventos y capillas que en cada barrio rompían con su monotonía monacal la uniformidad de las casas bajas y desteñidas. Casi todas estas, de un solo piso, ostentaban los mismos balcones y rejas salientes, patios espaciosos, puertas macizas, y, bajo la techumbre de teja o azotea, las invariables cornisas de grueso cimacio y media caña. Con excepción de la gran plaza de toros en el Retiro, disforme prisma de ladrillo pintado a cal, cuyas ventanas ovales se divisaban a la derecha del Socorro, nada enseñaba la capital que tuviera el significado exterior de la vida colectiva, nada más que el Fuerte, el Cabildo y la Iglesia... La campaña, el desierto temeroso y hostil, apenas transitable a caballo, rodeaba y estrechaba esta isleta de sociabilidad, sirviendo de región intermedia las chacras y quintas frutales, cercadas de pitas y tunas, que formaban el ancho marco verde del cuadro urbano.



MONTEVIDEO COLONIAL

(Eduardo Acevedo Díaz, uruguayo)

La ciudad de Montevideo, plaza fuerte destinada a ser el punto de apoyo y resistencia del sistema colonial en esta zona de América, por su posición geográfica, su favorable topografía y sus sólidas almenas, registra en la historia de los tres primeros lustros del siglo páginas notables.

Encerrada en sus murallas de piedra erizadas de centenares de cañones, como la cabeza de un guerrero de la edad media dentro del casco de hierro con visera de encaje y plumero de combate, ella hizo sentir el peso de su influencia y de sus armas en los sucesos de aquella vida tormentosa que precedió al desarrollo fecundo de la idea revolucionaria. . . . .

. . . .

La ciudad, como toda plaza fuerte, en que ha de reservarse más espacio a un cañón con cureña que a una casa de familia, y mayor terreno a un cuartel o a un parque de armas, que a un

colegio o instituto científico, no poseía a principios del siglo ningún palacio o edificio notable.

Dominaban el recinto las construcciones militares, las murallas de colosal fábrica de piedra, la sombría ciudadela, las casernas ciclópeas a prueba de bomba, las macizas rampas costaneras y los cubos formidables. La artillería de hierro y bronce, aquellas piezas de pesado montaje cuya ánima frotaba de continuo el escobillón, asomaban sus bocas negras a lo largo de los muros y ochavas de los torreones por doquiera que se mirase este erizo de metal fundido, desde las quebradas, matorrales, y espesos boscajes que circuían la línea de defensa y las proximidades de los fosos.

Este asilo de Marte, presentaba en su interior un aspecto extraño: calles angostas y fangosas, verdaderas vías para la marcha de los tercios en columna, entre paralelas de casas bajas con techos de tejas; una plaza sin adornos en que crecía la hierba, en cuyo ángulo a la parte de oeste se elevaba la obra de la Matriz, de ladrillo desnudo, teniendo a su frente la mole gris del Cabildo: algo hacia el norte, el convento de San Francisco con sus grandes tapias resguardando el huerto y el cementerio, su plazoleta enrejada, su campanario sin elevación como un nido de cuervos, y sus frailes de capucha y sandalias vagabundos en la sombra; luego el caserío monótono de techumbre roja, y encima de la ribera arenosa, unas bóvedas cenicientas semejantes a templos orientales, que eran casernas de depósito con su cuerpo de guardia de pardos granaderos.

Desde allí, dominando el anfiteatro y la bahía en que echaban el ancla las fragatas, divisábase la fortaleza del cerro como el morrión negro de un gigante, aislada, muda, siniestra, verdadera imágen del sistema colonial, con una frente a la vasta zona marina vigilando el paso de las escuadras, cuyo derrotero transmitía su telégrafo de señales, y con otro hacia el desierto al acecho del peligro jamás conjurado de la tierra del charrúa.

Al mediodía, un torreón recién construído, se avanzaba sobre los peñascos de la costa, a poca distancia de la cortina en que hizo brecha el cañón inglés; seguíanse las baterías de San Sebastián y de San Diego: y a lo largo de las murallas extendíase en singular trama una red de callejuelas torcidas, estrechas y

solitarias, de viviendas lóbregas, sin plazuelas, en desigual hacinamiento.

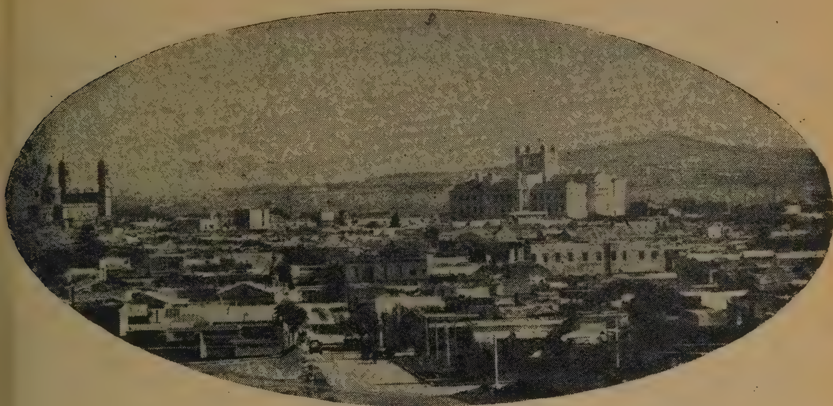
En este barrio reinaba una soledad profunda, al toque de queda. No eran más alegres otros barrios a esta hora en que hería el aire la campana melancólica, y resonaban en los ámbitos apartados el tambor y la trompa.

Elevábase triste, en sitio que entonces era centro de la ciudad, sin revoque, deforme y obscuro el edificio del Fuerte, en que habitaba el Gobernador y donde las bandas militares solían hacer oír sus marchas sonoras.

A sus inmediaciones, existía el teatro de San Felipe, construcción colonial también, con su tejado ruinoso, su fachada humilde de cómico vergonzante, su puerta baja sin arco y su vestíbulo de circo.

Era el coliseo de la época. Concurría a él lo más escogido de la sociedad. Representábanse comedias y dramas de la antigua escuela española, lo que seguramente era una novedad para nuestros antepasados.......................................

Enorgullecida por los títulos y honores de que hacía alarde, pues no los había merecido iguales ninguna otra ciudad de América, Montevideo confirmaba así el dictado de «muy fiel» y «reconquistadora» que confiriole por cédula el monarca después de la rendición del ejército británico en Buenos Aires, y su derecho al uso de la distinción de «Maceros». En materia de heráldica, sus blasones constituían un honor indisputable. Acordósele el privilegio de unir a su escudo la palma y la espada, los pendones ingleses—trofeos de la victoria,—y una guirnalda de oliva entrelazada con la corona de las reales armas sobre la cúspide del cerro—símbolos todos de las virtudes y de la gloria militar.



Montevideo

(Luis L. Domínguez, argentino)

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan:
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.

Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos,
Entre marcos de esmeraldas.

Salúdanlos en su paso
La melancolía pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.

Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrojanles flor-del -aire,
Aroma y flor de naranja.

Así siguiendo su senda,
Sobre su lecho se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

¿El Plata? y es verdad. Ancha [llanura
De bruñido metal que nunca acaba
Parece el río, cuya diestra lava
De Buenos Aires el soberbio pie;
Cuya izquierda, tendida hacia el [oriente,
De una joven beldad la falda toca;
Beldad guardada por gigante roca
Que el Plata inmenso desde lejos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera nombre
Cuando en medio del mar al verla
[un hombre
«Monte veo», del mástil exlamó.
Enfrente de ese monte nació un
[pueblo
Con un cinto de muros y cañones,
Do clavaron tres reyes los pendones
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un día en sus coronas te osten-
[taron,
Y al mirarte otro día sólo hallaron,
En vez de joya, duro pedernal.
Entonces adornaste la diadema
De la joven República de Oriente,
Que te muestra a los pueblos en su
[frente
Desde el Cerro su eterno pedestal.

Ahí estás Montevideo,
Extendida sobre el río,
Como virgen que en estío
Se ve en un lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda,
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonríes
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen a tu belleza,
Con tu campo y la riqueza
Que derrama Dios en él.

En tu puerto a centenares
Mécense los masteleros,
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendaval;
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algún lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tú, benéfica, iluminas
Sobre tu roca gigante
Un fanal que al navegante
Seguro norte va a dar.

En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla
Para oprimirte, beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros a pedazos
Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y tu entraña, una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza,

Son estrellas en belleza,
De la vida el iris son.
Por ellas, sólo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusión.

Y si tú crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mío:
Yo soñé que veía al río
Salir de su ancho cristal,
Y que a tí y a Buenos Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal.

Si eres sólo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamás el triste día
Que te borre de mí.
¡Pero no! que en los cielos está es-
[crita
En la página de oro del destino,
La unión del oriental y el argentino
Que en mis ensueños vi.



Valparaíso en 1843

(José Joaquín Vallejo (Jotabeche) chileno)

Al amanecer, ¡los cerros de Valparaíso a proa! El frío era insoportable sobre cubierta; pero, ¡cómo dejar de seguir con todos sus aspectos sucesivos la hermosa vista que iba a desplegarse a nuestros ojos!

Ahí está el faro: la luz del faro es la única de las luces que manifiesta apreciar un valiente marino; ni la luz del sol le importa una ventolina.

El telégrafo, el alto del puerto y sus molinos de viento, las tortuosos caminos que van a Santiago y a Quillota, un bosque de mástiles, y en este enmarañamiento flameando las más orgullosas banderas de la tierra; buques extendiendo sus velas para enmararse a manera del pájaro que prepara su vuelo; los barrios del Arrayán con sus casas apiñadas como los números en las tablas de guarismos; todas esas quebradas y desfiladeros en que el hombre ha pegado su habitación como el marisco su concha, cuando, en siglos pasados, estaban bañados por el mar; las elegantes torrecillas que coronan la Planchada y el Almendral y otros nuevos y gigantescos objetos, vanse descubriendo al acercarse por mar a esta brillante población que el tiempo simbolizará en la estrella blanca de nuestra bandera:

Vamos adelante. Pero, ¿quién diablos puede ir adelante en este Valparaíso?

¿A dónde irá que no estorbe? ¿A dónde irá un pobre provinciano acostumbrado a marchar por las calles de su tierra sin que ningún cargador amenace aplastarlo con un fardo, sin tener que cederle el paso a un carretón, sin que le empuje un gringo, le repela otro gringo, le codee un tercero, se le venga encima un cuarto y le atropellen un quinto y un sexto?

¡Cuidado, señor! aquí; *¡cuidado, señor!* más allá; *¡cuidado, señor!* por delante; *¡iden!* por detrás; *¡a un lado!* y le dan a Ud. un empellón; *¡quitarse del camino!* y por lo pronto le quitan a uno el sombrero, que rueda por otro camino donde acertaban a pasar las patas de un caballo o las ruedas de un *omnibus*. No alcanza el tiempo para ser bien criado; todos quieren pasar adelante; todos corren, todos se precipitan, todos reniegan; nadie está parado, nadie piensa en nadie; cada cual piensa en sí mismo, en su negocio, en volar con sus papeles y por sus papeles a la aduana, al correo, al resguardo, al muelle, a bordo, a la Bolsa, a la ceca y a la meca. Y el centro de este hormiguero, el foco do estas locas actividades es una estrecha plazuela, el único punto quizás de Valparaíso donde puede pararse un recién

llegado entre los fardos, cajones, barricas y equipajes que lo cubren.

Nada hay que hacer allí. Si no se vende o se compra; para tratar con gente, es preciso contratar algo, si se quiere andar por las calles, pobre del que emplee sus ojos en otra cosa que en mirar por donde va, o lo que por delante le viene. No hace cuenta acompañar a nadie. Lo único que en Valparaíso jamás anda solo, es el aire respirable; siempre gira sobre la razón social de *Aire, Alquitrán y Cía.* El alquitrán perseguirá en todas partes tus narices, como persigue el vigilante al roto, el roto al vigilante, el paquete a las modas, las modas al bolsillo, los poetas a los rancios y Pedancio a los poetas.

En semejante Babel, el elegante es una planta exótica; el filósofo distraído, un suicida; el provinciano, una bola que rueda en todas direcciones, y el poeta, otra cualquiera cosa vagando en un desierto poblado.

Yo, que por la gracia de Dios no soy más que un humilde provinciano, sin nada de elegante, de filósofo, ni de poeta; yo, que nunca vi correr la gentes de mi pueblo en tan tremendo tumulto y batahola por ningún negocio de este mundo, hube de sofocarme en esa terrible plazuela, y aturdido, estropeado y oprimido por su bullidora y descortés concurrencia, me figuré que se estaba ya verificando el *rendez-vous* del valle de Josafat, reunión en que, según todas las probabilidades, vamos a estar unos sobre otros y como tres en un zapato.

Sacóme un ángel de mi aprieto, un ángel en figura de *birlochero,* disfraz que, por lo común, sólo le toma el maldito.

—¿Necesita Ud. un birlocho para Santiago?

—Sí, amigo mío.

Y en efecto, lo necesitaba como el ovillo de Ariadna... como una tabla el náufrago...

Dos horas fuí espectador de la agitación mercantil de Valparaíso, al cabo de los cuales me embirloché y partí hacia el Almendral, barrio inmenso de aquella población; pero no tan diabólicamente montado a la europea como la Planchada, de donde salía. Es fácil notar aquí que todos andan en su negocio con más calma que en el puerto, sin ese anhelo comercial que raya en

frenesí y que prueba que el lucrar es una pasión tan violenta como cualquiera otra.

Satisfecho de haber vivido un día, que no espero tenerle más agitado en una batalla con su respectiva derrota, me alojé a las siete de la noche en Casablanca, islote bien conocido de ese lago de lodo que hay que surcar entre el portezuelo de Ovalle y la cuesta de Zapata.

—«¡Dentro de veinticuatro horas, me decía entonces, restregándome las manos, estoy en Santiago!».

Asis

(Francisco Donoso G., chileno)

Asís, antifonario medioeval de la Umbría,
yo nunca a la distancia te soñé como eras;
tus páginas de piedra bendicen todavía
al que incensó de paz tus valles y laderas.

Aun corren los caminos en busca del que un día
ungió de mansedumbre al hombre y a las fieras;
su cántico celeste de perfecta alegría
lo saben tus campanas, tus brisas, tus praderas.

Los ojos que te ven y que antes no te han visto,
a la diáfana sombra del Poeta de Cristo,
beben la beatitud serena de tu encanto;

y, bienaventurados con tu feliz encuentro,
cansados de horizontes, se elevan hacia adentro
despiertos en el éxtasis del amor de tu Santo...

Amberes

(Francisco Contreras, chileno)

Al són armonioso de sus cien esquilones,
Que le ciñen como una inmaterial guirnalda,

«Amberes» sonriente, contempla en el Escalda
Su corona historiada de antiguos aguilones.

Los años no han podido abatir sus pendones.
Como en su era de gloria, como en su Siglo Gualda,
Vibra en su Plaza Verde, esa vieja esmeralda,
Llena de caballeros, de damas, de bufones.

Su magna catedral, melodiosa, alígera,
Que se lanza a los cielos tras su torre flamígera,
Parece arrebatarla en un delirio inmenso.

Y de su puerto férvido, sobre su río manso,
Las cien naves que entran y salen sin descanso,
Le envían su fecundo humo como un incienso . .





Descripción de Montserrat

(Cristóbal de Virués)

La octava real es muy solemne, pero a la larga se hace monótona. Por eso sin duda, aunque los clásicos la empleaban siempre en los grandes poemas épicos o narrativos, los modernos, salvo algunas excepciones, sólo lo usan a veces en composiciones o fragmentos cortos.

Consta de seis endecasílabos alternados, seguidos de dos pareados.

La belleza, la gala y compostura
de toda la montaña es admirable;
la varia y hermosísima espesura
no puede ser más linda y agradable;
la eterna y fertilísima verdura
es en extremo dulce y deleitable:
hasta los riscos ásperos y yertos
están de flores y árboles cubiertos.

Los riscos, cuyas cimas hasta el [cielo
en forma de pirámides subidas,
bastan a divertir y dar consuelo

a las más tristes almas y afligidas;
que ora cubiertas de importuno hielo,
ora se muestren verdes y floridas,
sólo el orden y traza de su asiento,
cuanto es de admiración, es de con-
[tento.
Ni en los famosos Tempes de
'Tesalia,
en la mayor riqueza del Peneo,
ni donde más las ninfas de Castalia
enriquece el arroyo Pegaseo,
ni en la aurífera Hesperia, ni en
'Italia,
ni en lo mejor del Arabe o Sabeo,
algún lugar con Monserrate igualo
en belleza admirable y en regalo.
Cual famosa ciudad puesta en la
'raya
del enemigo reino poderoso,
donde mil torres y atalayas haya
sobre un asiento altísimo y hermoso,
y que entre el cerco, torre y atalaya
se muestre el alto templo suntuoso,
la casa principal, los capiteles,
las almenas, las cruces y pineles,
Así parece desde lejos vista
la sierra, porque están los picos
'puestos
con tal concierto, que uno de otro
'dista
casi a nivel en el altura y puestos:
engañan al juicio y a la vista,
que parece por arte estar dispuestos,
. . . .
y de vellas la gente así cortadas,
y el monte en tantas partes dividido,
fué *Mont Serrat* en catalán llamado,
que es lo mismo decir monte aserrado.

Descripción de las ermitas de la sierra de Córdoba

(Fernández Grillo)

¡Qué fluidez de estilo y versificación en este encantador idilio o poesía bucólica (campestre) llena de unción cristiana. Los versos son alternativamente de 7 y de 5 (heptasílabos y pentasílabos), que si se escribieran en una línea constituirían versos de doce con cesura, combinados en pareados.

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.
Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.
Allí, junto a las nubes,
La alondra trina;
Allí tiende sus brazos
La Cruz divina.
Allí olvidan las almas
Sus desengaños,
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.
El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.
Prestan a aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes.

¡Muy alta está la cumbre,
La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo,
Cuán poco falta!
Puso Dios en los mares
Flores de perlas,
En las conchas jardines
Donde esconderlas;
En el agua del bosque
Fuertes murmullos;
De abril en las auroras
Tiernos capullos.
Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves;
Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas.
Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
A los que desde el llano
Van a la cumbre.
Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
¡Más larga es la vereda
Cuando se baja!
Ya la envuelva la noche
Ya el sol la alumbre,
Buscad a los que rezan
Sobre la cumbre.
Ellos de santos mares
Van tras el puerto,
Caravana bendita
De aquel desierto
Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres
Santo *Rosario.*

. . . .

Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: *¡muerte!*
Y una cruz: *¡vida!*
No a Dios el alma vuela
Bajo un palacio:
Para ir a Dios el alma
Busca otro espacio...

. . . .

¡Muy alta está la cumbre,
La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!





Los Andes y la pampa

(J. V. Lastarria, chileno)

Cuando un hijo de los Andes ha pasado largo tiempo en la pampa argentina dilatando su mirada en aquellos horizontes lejanos sobre las aguas del Plata o sobre la grama de la campaña, viendo salir el sol de las ondas del río para verlo perderse, entre celajes terrosos y opacos, allá, en los confines de la planicie, se cansa de aquella inmensidad del espacio y echa de menos sus montañas.

Los montañeses estamos en una relación más íntima con la madre tierra, que los pamperos. Acá en los Andes estamos rodeados por el alma de nuestra madre, que nos envía los suspiros de su corazón envueltos en el fuego de sus volcanes, que nos regenera con la savia de sus entrañas vertida en las fuentes de vida que manan de sus montes, y nos alienta con el espíritu de sus selvas.

El montañés vive la vida de sus montañas, es orgulloso como ellas, tiene su gravedad seria y risueña, ama su luz y sus sombras, y por eso es ufano de su hogar.

En las pampas está la inmensidad, la soledad, el silencio, la abrumante igualdad de lugar y de tiempo: en las montañas, el hombre halla horizontes limitados que hace suyos, que toca como si fueran su propiedad; se siente acompañado por las colinas graciosas de pendientes circulares y suaves, por los picos rocallosos y salvajes, por los boscajes aislados y las mesetas de verdura; encuentra la animación bulliciosa de la naturaleza en todas partes, en las voces del torrente que se desata furioso entre las rocas de la quebrada, en los ruidos de las auras que juguetean en las selvas, en los zumbidos del viento que se choca en las cumbres sinuosas. Todo es variedad, lo bello al costado de los sublime, lo apacible en medio de lo adusto y sañudo, las sombras en medio de la luz torrencial reflejada por las cimas nevadas, el silencio del bosque encima del bramido del torrente, y debajo el huracán, que silba en los alterosos pinos.

¿Qué hay de comparable en la naturaleza con un valle perdido entre las cadenas andinas? Allá, en una ensenada que las sierras estrechan entre sus brazos rocallosos, hay un pequeño paraíso que sólo ven el sol y la luna y algunos astros que han tenido la felicidad de colocarse en su cenit. Un arroyuelo de playa serpentea en un lecho de arenas doradas y de piedrecillas de todos colores, entre boscajes apacibles y al pie de colinas graciosas que apenas se elevan. Prados de verdura se ocultan entre ellas y los bosquecillos. El torrente brama al pie de la sierra, perdido entre las brechas y los boldos gigantescos.

El céfiro remeda sonidos indefinibles, entibiando la pradera con un hálito cargado del aroma de los árboles entre cuyas hojas juguetea. El sol inunda todo el valle, avivando los cambiantes colores de la verdura y penetrando en las selvas del bosque, cuyas hojas movibles quiebran en mil prismas los rayos de la luz y les dan la apariencia de una lluvia de agujas quebradizas de plata y oro, de rubíes y esmeraldas, de ópalos y brillantes que ciegan y extravían la vista. ¡Oh! ¡encantos de la luz! ¡Cómo alternáis con los ruidos armoniosos de la naturaleza y con los embriagantes olores de la vegetación en esos valles encantados que guardan los Andes en sus senos!



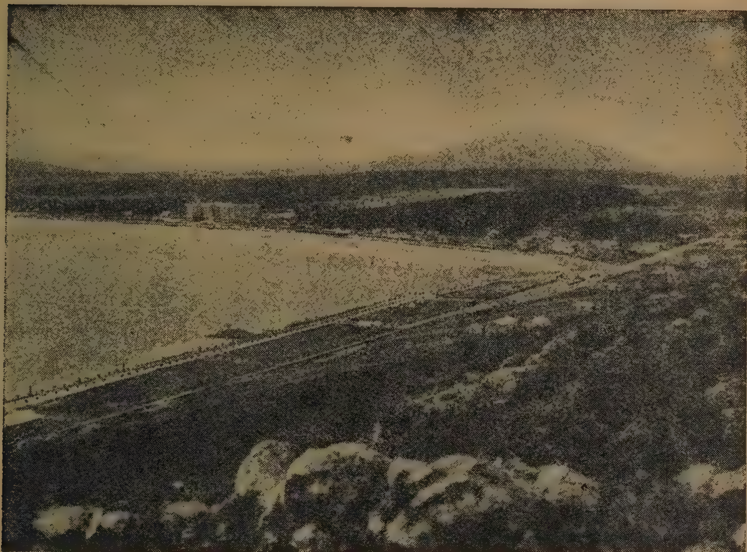
La ribera del Tajo

(De «La Galatea» de Cervantes)

Admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto a Elicio que al lado le venía, le dijo: no poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razón, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga; y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tíber, y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sibeto, grande ocasión había de ser la que a maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio: que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas de este río hace notoria y conocida ventaja a todas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea, encima de la mayor parte de estas riberas, se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida a regocijo y gusto al corazón

que de él está más ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las de este río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, o creeré que Dios por la misma razón que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un dón tan raro y agradable, y el dorado río, como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose forma como de industria mil entradas y salidas, que a cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces a mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte es hecha artífice connatural del arte y de entrambos a dos se ha hecho una tercia naturaleza a la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines con quien los huertos Hespérides y de Alcinoo pueden callar, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en ésta.





Riberas del Plata.—Piriápolis

El Amazonas y El Plata

(Rodó, uruguayo)

Más de una vez pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido a considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del continente; el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sud; ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar o un río lo que tenían delante, pusieron a ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: «Mar Dulce» llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y «Mar dulce», también, llamó al Plata, Díaz de Solís.

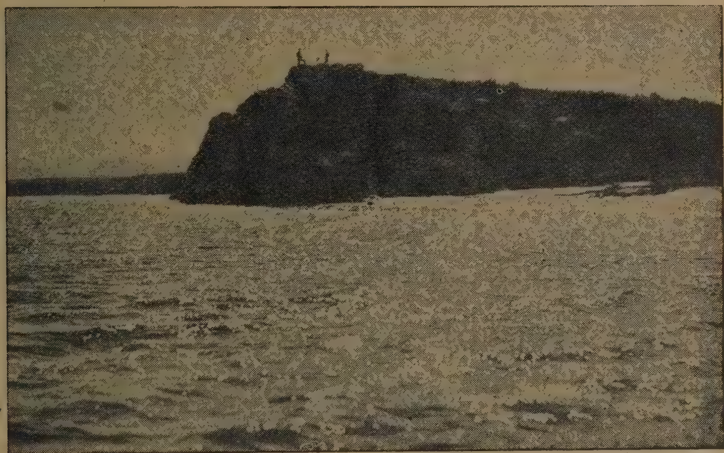
Venido el uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge a su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y ya fuerte y soberbio, corre buscando la cuna del sol hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial y repeliendo la resistencia orgullosa del Océano con la convulsión suprema del Pororoca se precipita sobre él como un titánico jinete y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de la me-



Riberas del Amazonas

seta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaranítica; subyuga, a uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección a las latitudes templadas del Sud, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América, y que se reparten en la extensión del continente el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los lusoamericanos y los hispanoamericanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiéndose y entrecruzándose a menudo en sus exploraciones y conquistas, como a menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos e impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!



Riberas del Plata.—Solís



El Lago de Llanquihue

(Samuel A. Lillo, chileno)

Tus ondas obscuras, que inquietas se mecen,
con azul de Prusia teñidas parecen;
los jóvenes coigües que pueblan tus faldas
bordan en tu orilla franjas de esmeraldas.
Por sobre los cerros que se alzan en torno
guardián de tus olas, se yergue el Osorno,
que ve reflejarse su testa nevada
en el claro espejo de tu onda callada
pensando en los tiempos que pasaron luego
cuando, con la frente nimbada de fuego,
junto con sus otros ya muertos hermanos,
retemblar hicieron montañas y llanos.

¡Oh! lago tranquilo, tu linfa dormida
como el mar, tu padre, también tiene vida:
como él tienes alma, que sueña y que siente
la dulce caricia, la cólera hirviente.
Si el viento te besa, no son tus oleadas
como las redondas, largas marejadas
que semejan torsos de mujeres, suaves
y ondeantes, que pasan rozando las naves.
Al golpe del norte, tus olas no ruedan;
se engrifan y saltan, sus filos remedan
las hojas enhiestas de agudas cuchillas
que hieren las naves en flancos y en quillas.

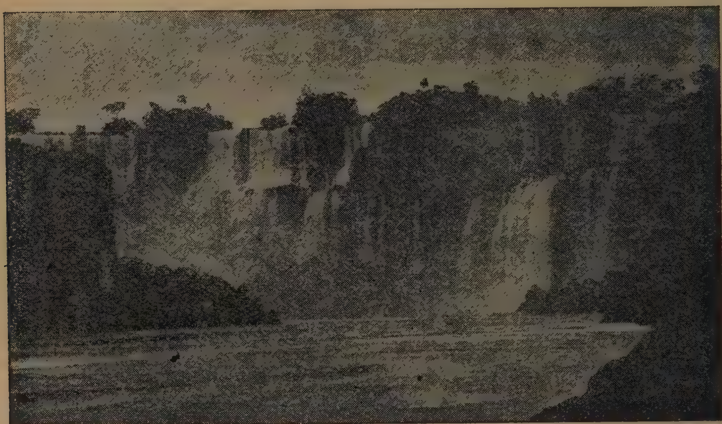
¿Qué guarda en sus negros misterios tu abismo?
tal vez la leyenda de algún cataclismo
en que pelearon, como los titanes,
olas turbulentas, lavas de volcanes.
Nadie ha conseguido sondear todavía
de tu honda ensenada, la gruta sombría,
y aquel que, en un tiempo lo intentara osado,
aun duerme en tu lecho profundo, ignorado.

Y cuando más tarde quedaron calladas,
de tus igneos montes las bocas airadas,
sobre tus orillas, en vez de las rachas,
se oyen los golpes rudos de las hachas
de una raza nueva de rubios germanos
que, con el esfuerzo de sus férreas manos,
abrieron tus bosques, y ornaron tus lomas
de trigales áureos y doradas pomas.

Los raudos vapores hoy surcan tus olas,
llenando de vida tus montañas solas.
Cuando el barco roza tu mansa ribera,
lo besa la espiga de la sementera,
y se oye, en la sombra de los manzanares,
el zumbar sonoro de los colmenares.

Y al oír los claros y alegres pitazos
que da el barco, bajan hacia los ribazos,
sueltos los cabelllos, y roja la tez
lindas muchachuelas de rosados pies.

¡Adiós! ¡oh Llanquihue! ¡adiós! dulce lago,
quien haya sentido ya el cándido halago
que esparcen en torno tus vívidas ondas,
tus pálidos cielos, tus playas y frondas,
no puede olvidarte, que hasta el alma fría
que nunca supiera lo que es poesía,
se siente más joven, más fuerte y más pura
ante la belleza de tu amplia llanura.



La maravilla de América

(La catarata del Iguazú)

(Manuel Bernández, uruguayo)

Después de andar una hora, sofrené mi yegua. Escuché con toda el alma; me bajé, apliqué el oído al suelo. Nada: ni un rumor; el mismo silencio pesado y amenazador de la selva circuns-

tante. ¡Si me habría perdido! Iban a ser las once ya: hacía tres horas que andábamos. ¿Cómo podía ser? Una perplejidad angustiosa me embargó. ¡Y aquella tormenta que amenazaba! Monté de nuevo y castigué con furia a mi cabalgadura, que, entre la áspera maleza, se lanzó bravamente al galope. Anduve, tironeado y sacudido, otro rato mortal. De pronto sentí que el terreno subía, y mejoraba un poco la picada. Miré: a la derecha, por entre el denso verdor de las ramazones, me pareció ver, aún a alguna distancia, no sé qué cosa blanca, inmensa y temblorosa, como un monstruoso témpano en deshielo, que, silenciosamente, se movía. Pretendí sujetar; pero la yegua, enardecida, continuó su galope, y ya no vi nada. ¿Será?... ¡Pero no puede ser! ¡Cómo no iba a sentir ningún ruido!... Ignoraba yo que, según el estado de la atmósfera, se oye el estruendo de las cataratas a gran distancia, o no se oye hasta estar junto a ellas... Lo oí de repente, tartáreo, abrumador, tonitronante, y entreví a la vez casi claramente entre los árboles las primeras cascadas. Un poco más: ¡ahí estaban!

¡Gran Dios! ¡Cuán visible era la obra de tu mano!... Senté la yegua sobre los jarretes, de un bárbaro tirón; y sentí que ante aquella belleza poderosa, soberana, infinita, inesperada, ni sospechada siquiera a pesar de la intensa expectativa, el corazón se me exaltaba y crecía—algo de la gran fuerza universal entraba en él—y me embargaron lágrimas de gratitud, llanto de fuerza, expresión de un sentimiento inenarrable, de una cosa inaudita y recóndida, que la lengua no sabe decir...

Aquellos no eran, sin embargo, los saltos más grandes. Eran como el prólogo, como la desmesurada «obertura», como los heraldos de la maravilla. A mí me parecieron insuperables, suma y término de la grandeza posible. Pero simplemente eran bellos al lado de los otros, que mi cabalgadura, sin que yo me diese cuenta, pasando por su voluntad o su costumbre a otra picada, puso de improviso ante mis ojos atónitos.

El sol, misericordioso, salió breves minutos para mí, y vi a mis pies el grandioso semicírculo en que brama y se despeña una muchedumbre de cataratas, que no se muestran a la mirada avara sino púdicamente, velados por una gasa de pálido celeste, en que el sol pone a veces bullones de rosa. Aquella vasta zona de cascadas apacienta los ojos, sacia el alma de emoción, y la

levanta y la lleva, como con alas, a regiones excelsas. ¡No se puede decir lo que hay allí! Las aguas que ya vienen hostigadas, corriendo con frenesí, sobre un plano vastísimo, llegan a la ceja inmensa, y se deslizan al vacío, o chocan, antes de saltar, con enormes peñascos, y rebotan, y en los aires hacen juegos atléticos que la luz colorea con mágicos cambiantes: efusiones de plata; chorros ingentes; surtidores sonoros, que se alzan en arcos; anchos desbordamientos de aguas plomizas, que caen pesadamente con un mugido sordo, y, al estrellarse en la roca aplanada y fortísima, se deshacen en gigantescas nubes de vapor de un blanco inmaculado cuando surgen flotantes del hervoroso abismo, y luego teñidas de rosa, de carmín, de violeta traslúcido, o hechas como de polvo de oro por el mágico sol... Y, detrás de aquel amontonamiento de saltos, y a la izquierda, y a la derecha, cerca y lejos, arriba, abajo, allá en las alturas, acá a los pies, trenzándose a pechadas con las rocas, que, aunque aguantan, retiemblan, otros, y otros, y otros saltos, cubriendo una superficie de cuatro mil metros: unos, con deslizamientos de culebra;



otros, con fieros brincos de jaguar; éstos, obscuros, resbalando en silencio; aquéllos vistosamente empenachados de espuma... Todos corren en vértigo, y, al llegar a la arista de los altos y negros paredones, pierden pie y ruedan al fatal e infinito derrumbe, y allí abajo, reventados, deshechos, rugientes, siguen su curso arrastrando en jirones su túnica de encaje, mientras del uno al otro extremo del inmenso anfiteatro de cascadas, entre aquel estruendoso dislocamiento de violencias, sobre aquel paroxismo, cien arcos iris se tienden, como puentes de paz.



El lago encantado

(Cervantes)

¿Hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras, lagartos y otros muchos géneros de anima-

les feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: Tú caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en él se encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debajo de esta negrura yacen; y que apenas el caballero no ha acabado de oír la temerosa voz, cuando, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose a Dios, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos campos con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es más transparente y que el sol luce con claridad más nueva. Ofrécesele a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeñitos, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesto. Acá ve otra, a lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas de caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor de manera que el arte, imitando a la naturaleza, parece que allí la vence.





MONUMENTOS Y HABITACIONES

EN LA CATEDRAL

(Pereda)

No me maravilló el templo con sus tres naves góticas, su coro bajo, frente al altar mayor, su suelo de mármoles y sus capillas sombrías; pues si he de hablar con verdad, cosa más grande y más rica me había imaginado yo para una catedral de población tan renombrada e importante; pero comenzó la misa, y ya el ir y venir de los canónigos arrastrando las negras colas; el solemne y ostentoso ceremonial del presbiterio; los preludios del órgano; las nubes y el olor de los incensarios agitados por los inquietos monaguillos vestidos de rojo y blanco, y la templada luz que se descomponía en todos los colores del prisma al atravesar los vidrios de las ojivas, imprimieron un nuevo rumbo a mis ideas, sacándolas de sus ordinarios y naturales cauces. Después, a medida que la misa adelantaba, crecía la fuerza de mi atención,

porque nuevas ceremonias y no soñadas impresiones la sorprendían y la cautivaban... Pero llegó un momento en que a las voces estentóreas de los sochantres, y a las atipladas de los niños de coro, y al sonar de las campanillas de los monagos, y al cántico trémulo e inseguro del oficiante, se unió el estruendo de toda la trompetería del órgano, formando el conjunto un verdadero torrente de armonías que se desbordaba de las naves del templo y parecía estrellarse en inmensas oleadas contra los fustes, y saltar en ecos resonantes desde los mármoles del pavimento hasta los rosetones de las bóvedas.

Entonces sentí un extraño cosquilleo que se deslizaba por todas las fibras de mi cuerpo; perdí la noción racional de cuanto tenía delante y en derredor de mí; hundí la cabeza en el pecho; parecióme que los haces de columnas se alargaban y crecían hasta perderse de vista, diáfanos y aéreos, y que la tempestad de sonidos se extendía por todo el espacio hasta llenar los ámbitos del mundo, como la voz terrible de Jehová...; y LE VÍ, sí, LE VÍ flotando sobre nubes de incienso y de armonías, entre las disueltas bóvedas del templo, y LE SENTÍ, en mi corazón y en mi conciencia, y crecieron en ella las más leves faltas hasta la magnitud de enormes culpas, al ardor de la fe que también crecía en mi pecho; humillé mi cabeza...; brotaron muchas lágrimas de mis ojos; y al verme en presencia de juez tan grande y majestuoso, avergonzóme la altura del suelo que me sostenía y envidié la obscuridad y bajeza del mísero gusano que se arrastra bajo las costras de la tierra.

El faro de Alejandría

(José Enrique Rodó, uruguayo)

El primero y más grande de los Tolomeos se propuso levantar, en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un golpe olímpico, fué el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majes-

tuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fué lanzado al cielo mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él.

Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba, la gloria . Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando en éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado era el Faro de Alejandría,que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo.

Tolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque, y consistía en que su nombre de rey fuera esculpido, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del rey el que leyesen las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida de mármol una falsa superficie, y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Tolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra grabó su propio nombre. La inscripción que, durante la vida del Mecenas, fué engaño de su orgullo, marcó luego las huellas del tiempo destructor; hasta que un día, con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del príncipe. Rota y aventada la máscara de cal, se descubrió, en lugar del nombre del príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. Y la inscripción vindicadora duró cuanto el mismo monumento, firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente; no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

* * *

Un arranque de sinceridad y libertad que te lleve al fondo de tu alma, fuera del yugo de la imitación y la costumbre, fuera de la sugestión persistente que te impone modos de pensar, de sentir, de querer, que son como el ritmo isócrono del paso del rebaño, puede hacer en ti lo que la obra justiciera del tiempo ve-

rificó en la inscripción de la torre de Alejandría. Deshecho en polvo leve, caerá de la superficie de tu alma cuanto es allí vanidad, adherencia, remedo; y entonces, a caso por primera vez, conocerás la verdad de ti mismo. Despertarás como de un largo sueño de sonámbulo. Tu hastío y agotamiento son quizá, cual los de muchos otros, cosa de la personalidad ficticia con que te vistes para salir al teatro del mundo: es ella la que se ha vuelto en ti incapaz de estímulo y reacción. Pero por bajo de ella reposan frescas y límpidas las fuentes de tu personalidad verdadera, la que es toda de ti; apta para brotar en vida, en alegría, en amor, si apartas la endurecida broza que detiene y paraliza su ímpetu.

Allí está lo tuyo y allí y no en el esquilmado campo que ahora alumbra el resplandor de tu conciencia.

¿Por qué llamas tuyo lo que siente y hace el espectro que hasta este instante usó de tu mente para pensar, de tu lengua para articular palabras, de tus miembros para agitarse en el mundo, cuyo autómata es, cuyo dócil instrumento es, sin movimiento que no sea reflejo, sin palabra que no sea eso sumiso?

¡Ese no eres tú! ¡Ese que roba tu nombre no eres tú! ¡Ese no es sino una vana sombra que te esclaviza y te engaña, como aquella otra que, mientras duermes, usurpa el sitio de tu personalidad e interviene en desatinadas ficciones, bajo la bóveda de tu frente!

Un patio sevillano

(Carlos Reyles, uruguayo)

El patio, muy pequeñito, resultaba una verdadera monería. Veinte columnillas de rosado ladrillo y capiteles de lo mismo, esculpidos como si fuesen de mármol, sostenían las galerías altas, cubiertas y con balconcillos de trecho en trecho, de los que pendían, a modo de reposteros, vistosas mantas jerezanas. Los azulejos del zócalo eran de cuerda seca, diseñados por el pintor. Una fuentecilla de cerámica trianera, rodeada de tiestos de flores, ocupaba el medio del patio, hecho de piedrezuelas redondas con camineros de trabados ladrillos y alambrillas. Ornaban las paredes, entre columna y columna, ya pequeños cuadros formados por cuatro azulejos de los que llaman de montería, embutidos

en los muros; ya simples platos de gusto hispano-árabe, imitación de los antiguos maneses. Gallardas palmeras en tinajas de barro cocido sin vidriar sobre los pies de hierro, alegraban los ángulos del patio, por cuyos corredores, veíanse dispuestos sobre pequeños alfombras alpujarreñas algunos muebles de industria sevillana, baratos pero muy decorativos, y hasta media docena de mecedoras de madera pintada y asiento de enea.

El toldo que defendía el patio de los ardores del sol, era de lona, ornado por ancho fleco y una caprichosa franja bordada burdamente con lanas de colores, a la manera de las jáquimas de los borricos. La tamizada luz fundía armoniosamente tanto impetuoso y diverso color resultando un conjunto no sólo pintoresco, sino bien equilibrado.



La casa colonial

(Jenaro Estrada, mexicano)

La casa. La casa vieja, roja, roja toda, hecha de cubos de *tezontle* poroso que va chupando las lloviznas y las tormentas de hace cuatro siglos, reteniendo el polvo que levantan los carros,

captando los ecos de todos los ruidos de la calle. *Tezontle* poroso que guarda las voces de los duros capitanes del siglo XVI y los gritos victoriosos de los revolucionarios del siglo XX.

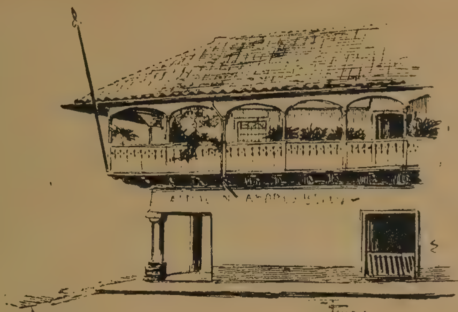
La casa. La casa vieja, con sus ventanas de maderas carcomidas, encuadradas en cantería blanca; con su portón de cedro en cuyas hojas hay escudos nobles, relieves con hombres de nariz desportillada y animales a los que ya se desprendió la cola. La casa vieja, de almenas piramidales y canalones de piedra y hierro, verdes de orín.

Y el patio. El patio vasto, rodeado de arquerías que rematan las armas de los fundadores, con la fuente de nimios labrados; con la escalera amplia y señorial, de piedra gris y hierros españoles.

La sala, la gran sala que grandes cortinajes de damasco obscurecen; la sala, con sus goteras, los taburetes de caoba, las pantallas de plata que sostienen ricos arbotantes, las pinturas místicas encuadradas en marcos de carey y el baldaquín en donde Jesús dice la séptima palabra.

Por la noche, la galería va repercutiendo el eco de unos pasos lentos y graves, y todavía, en las altas horas, se distinguen en un ángulo del corredor leves resplandores rojizos de la lámpara que ilumina la reja del oratorio. Han dado las doce, y ahora es la luna que va dibujando lacerías, arabescos y fantasmas, en el patio lleno de quietud y de silencio, como un cementerio.





La casa colonial argentina

(Arturo Capdevila, argentino)

Todos los virreyes que fueron tienen casa puesta en Córdoba. Podrían levantarse de sus tumbas y continuar viviendo la misma vida de antaño.

Por si esto aconteciere, todo ha sido dispuesto con un cuidado extremoso en la casa colonial. Nada falta. Nada sobra. Está en ella todo el pacífico mundo doméstico del siglo XVIII.

Se ven primero, mirando desde la *Plaza Mayor*, hacia la parte del Este, unas paredes lisas y unas estrechas ventanas de reja. Se ve también un balcón voladizo.

Zaguán es, éste, de vieja casa ilustre. Podría llamársele «zaguán de los anchos poyos de piedra». Predominan en la bóveda del techo, como únicos motivos de adorno y decoración, recuadros y hojas de palmera.

Ved aquí el lindo cuadrado, empedrado de piedra bola. Caen a él las rejas andaluzas del comedor y de la sala.

Al centro se alza un granado florecido.

En aquel rincón del patio está la escala. Sube pegada al muro. Protégela una obscura galería. Hay una campana en el descanso. No somos supersticiosos, pero no nos animamos a tañer.

Adueñémonos de la casa y del espíritu de su tiempo. Los libros están aquí. Ahora bien, los libros de una época son su alma misma. Entremos a la sala de la lectura. Magnífico es el escritorio de caoba, el de los cajones torneados.

Como en los cuentos, el comedor está listo. Me gusta la mesa de «orejas de perro» y de patas de cabra. Y la cómoda de marquetería. Y el sillón de vaqueta estampada.

A la mano tenemos la jícara. A la mano el botellón de cobre. Y de este lado el vaso de cuerno. Y de este otro el vaso de palo santo.

Sobre la consola está el reloj inglés, con sus siete piezas de música.

Sobre la tarima, la inmensa cama de dosel. Este fué sin duda el lecho de alguna dama preclara. En el rincón más próximo está el enorme quitasol de seda escarlata con que iba orondísima su dueña a la misa de la Compañía.

Mas ved la sala de las audiencias, el salón de las visitas de abolengo. Subamos al estrado. Ocupemos el sillón señorial.

Aquí está la característica mesa de los estrados, la mesa retacona y pigmea de los sorbetes.

Y aquí están los velones. Y aquí los tapices regionales teñidos de tintura vegetal. Y aquí en el rincón el arpa abandonada.

Y aquí el espejo que mira y no recuerda lo que miró, el espejo que recoge y borra todo lo que recogiera.

La torre junto al mar

(María Eugenia Vaz Ferreira, uruguaya)

El cuarteto en que riman los versos alternadamente, esto es, 1.° con 3.°, 2.° con 4.°, suele llamarse serventesio si es de versos largos, cuarteta si de versos cortos. La inspirada poetisa interpone un pareado entre dos de los serventesios.

En la desierta orilla de unas playas remotas
se alza una vieja torre de almenas seculares;
Su alma es íntima amiga del alma de los mares,
de quien conoce a fondo las tragedias ignotas.

Ha escuchado querellas e idílicos cantares,
sabe mil episodios sobre las barcas rotas,
el cielo, las arenas, las libres gaviotas,
y los maravillosos poemas estelares.
En las noches de luna todos los pescadores
y las pescadorcitas de los alrededores
junto a la vieja torre suelen plantar sus tiendas.
Como a una vieja abuela que ha visto muchas cosas
la miran con sus largas pupilas silenciosas,
mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.



Interior de la casa de un fundo

(Alberto Blest Gana, chileno)

Era una vasta pieza, alumbrada por la escasa luz de dos velas de sebo, la que ocupaba la familia. En la distribución de las habitaciones, esa pieza servía de sala y comedor a un tiempo. Veamos el fondo del cuadro antes de fijar la vista en los personajes. La pieza tenía cuatro puertas: una al patio exterior, otra al

interior, la tercera dando entrada a las habitaciones de la derecha, y a las de la izquierda la cuarta. Las puertas que daban a los patios, colocadas frente a frente, y a la extremidad de la izquierda, mirando de las piezas con el frente al primer patio, servían de pasadizo. El amueblado y su distribución tenían algo de característico. Una estera de trenzas de totora se extendía sobre el piso, y la mitad de esta superficie, en sentido longitudinal, estaba cubierta por una alfombra de las que la industria nacional tejía entonces al telar. Por este método de manufactura, análogo al de las mantas, las alfombras eran todas de franjas o listones a lo largo o a lo ancho. El ingenio del fabricante debía circunscribirse a la combinación, más o menos feliz de esos listones. Los de la alfombra de don Calixto eran verdes, amarillos, colorados y negros, dispuestos en este orden de derecha a izquierda. La parte alfombrada era la sala, y la que sólo tenía estera, el comedor. En éste había una mesa de tres varas de largo, con una carpeta igual a la alfombra. En derredor de la mesa, sillas con asiento de paja, respaldo de roble sin pintar y patas torneadas, como los barrotes de las ventanas que antes describimos. Dos vasos con flores colocados sobre esta mesa, habrían atestiguado la presencia de mujeres en la casa, si no se las hubiese visto al entrar: la mujer, que tiene siempre algo de primaveral en sus gustos, hace de las flores un atributo de su existencia.

La parte de la pieza que servía de sala era la que nos hizo llamar característico al amueblado. Alineados delante de la pared, que estaba como todas las de la casa blanqueada con cal, se veían ocho taburetes de roble con el asiento y el respaldo de cuero, con guirnaldas de relieve. Aquellos taburetes parecían hablar de los tiempos aristocráticos del coloniaje, y habían formado evidentemente parte del amueblado de algún marqués. El espíritu innovador de la moda los había desterrado de algún salón de la capital a las casas de aquella hacienda. La imaginación colocaba en esas sillas a las damas de blanca peluca, de faldas abultadas y de zapato con tacón, que representan algunos dibujos del siglo pasado. Frente a esa respetable hilera de orgullosos taburetes, había otra de sillas iguales a las colocadas junto a la mesa del comedor, alineadas sobre un listón de la alfombra. En la parte opuesta al pasadizo había cerca de la pared

una mesa, sobre la cual se veía una imagen de nuestra Señora de los Dolores, en mala litografía, toscamente iluminada. Tenía la Virgen el corazón traspasado de siete dagas, las manos juntas en señal de oración y le caían de los ojos gruesas lágrimas, a las que el artista había dado la forma de cierta clase de uvas blancas a las que se hubiese quitado el hollejo. Al lado de esta imagen había una azucarera, un mate con su bombilla y algunas espigas de trigo, muestra sin duda de la pasada cosecha.

En una extremidad de la mesa del comedor, en la que se hallaban las dos velas que daban luz a la estancia colocadas en *blandones* de estaño, se encontraban los personajes que comunicaban animación al fondo no muy risueño que hemos descrito. Doña Josefa y Andrea leían el *Camino del Cielo*. Inés cosía. Sobre la alfombra del salón dormía un niño de nueve a diez años y a los pies de éste hacía oir su monótono *run-run* un enorme gato overo. En uno de los taburetes que salían de la línea, se sentaba don Calixto a sacar sus cálculos en la memoria, porque, como la mayor parte de los hacendados de entonces y de gran número de los de ahora, don Calixto no llevaba cuentas de sus gastos y entradas.





RANCHERÍAS Y CULTURAS DE LOS ARAUCANOS

(Domingo Amunátegui, Solar, chileno)

Los conquistadores españoles del siglo XVI encontraron ocupada la mayor parte del territorio que hoy forma la nación chilena, desde la actual provincia de Coquimbo hasta la de Chiloé inclusive, por un pueblo de indígenas que hablaba una sola lengua y practicaba desde una extremidad a la otra iguales usos y costumbres, con un número de individuos prudencialmente calculado en medio millón de habitantes.

Estos aborígenes de nuestro país, a quienes hoy se distingue con el nombre de «araucanos», término empleado por el poeta Ercilla para designar sólo a los naturales de la región de Arauco, pero a los cuales sería más propio llamar «mapuches», u hombres de la tierra, como ellos mismos se designaban, sin haber llegado a la alta cultura de los aztecas ni de los indígenas del Perú, estaban muy distantes del salvajismo primitivo.

Los naturales de Chile no solamente empleaban flechas con puntas de cuarzo y de obsidiana, bien talladas y pulidas, sino que también eran diestros en el arte de la alfarería. No podían, pues, compararse con los indígenas de Australia, que no conocían

el arco ni la flecha; y, gracias a la fabricación de vasijas de barro, habían alcanzado progresos mucho mayores que algunas tribus del Nuevo Mundo, como las del río Columbia y los Athabaskanos de la Bahía de Hudson, en el Norte, y como los fueguinos u otras tribus inferiores, en el Sur.

Nuestros aborígenes practicaban además pequeños cultivos que, aunque no merecían sin duda el pomposo nombre de agricultura, los habían hecho subir considerablemente en la escala de la civilización. En los campos vírgenes del territorio chileno, a orillas de los esteros y en la ribera de los ríos, los soldados españoles descubrieron con indecible placer sementeras de papas y maíz.

Además de estos cultivos que los habían colocado entre los pueblos indígenas más adelantado de la América después de los aztecas y peruanos, los naturales de Chile en la época de la conquista, tenían un principio de vida pastoral; pues a menudo criaban en sus rancherías «ovejas o carneros de la tierra» como dieron los españoles en nombrar al llama, al cual los mapuches designaban con el nombre de «hueque», y que según toda probabilidad es el huanaco domesticado.

Este relativo progreso de los antiguos dueños del territorio chileno se debía a causas que aún no se hallan bien esclarecidas.

Por lo demás, el clima y las producciones naturales de esta tierra favorecieron considerablemente al pueblo que se había establecido en ella. Ni la temperatura era muy baja en el invierno, ni en el verano llegaba a grados tales que permitiera el desarrollo de esos gérmenes malsanos que producen las terribles epidemias de otras latitudes.

Es verdad que nuestros aborígenes no tenían al alcance de su mano la superabundancia de frutos de los países tropicales; pero lo es también que no carecían de medios fáciles de alimentación, desde los tubérculos que extraían de la tierra, hasta las frutillas y piñones que para ellos maduraban sobre el suelo; desde las aves y animales de caza que poblaban los aires y los campos, hasta los peces y mariscos que generosamente les ofrecían los ríos y las costas.

La conquista incásica realizada en el siglo XV, por otra parte, dió extraordinario impulso no sólo al progreso material del pueblo vencido, sino también a su desenvolvimiento intelectual.



La iglesita de Choya

(Ricardo Gutiérrez, argentino)

Romance heptasílabo, al que añade gracia y variedad el dividirlo en estrofas dejando libre el sexto y siguiendo la asonancia en el séptimo.

Iglesita de Choya,
florcita de montaña,
te has quedado dormida
como paloma blanca,
en la falda del cerro,
donde las nubecitas
parece que descansan.

Como ilusiones breves
que brillan y que pasan,
como breves siluetas
de madrinas y de hadas,
que con su augurio bueno
dijeran misteriosas
una dulce palabra.

Iglesita de Choya,
tu vida centenaria,
la tradición encierra
mientras la vida pasa;
y en tu puerta los siglos,
un rosario han formado
con sus cuentas de almas.

Tus muros silenciosos
parece que temblaran,
como una viejecita
en un palo apoyada,
la que por ver las nubes,
ha quedado un instante
detenida en su marcha.

El Cristo del milagro
ha aguardado en las zarzas,
al viejo pueblecito
que se esconde y alarga,
bajo las tunas tristes,
coronadas de flores
simbólicas y blancas.

Cruzan por el camino
las mujeres extrañas,
en borricos azules
o en sus mulitas pardas,
mientras los ponchos rojos,
ponen notas de oriente
sobre las pobres cargas.

El amplio lino cubre
las figuras tostadas,
de la eterna teoría
que busca la quebrada,
y se aleja perdida,
bajo la polvareda
que enturbia la montaña.

Y la iglesia parece
que busca y se levanta,
como la viejecita
mirando nubes blancas,
que en el cerro se irisan,
sobre la testa rubia
de granizo manchada.

Y en la tarde suprema
cuando las voces callan,
sigue muda la iglesia
con sus mudas campanas,
mirando siempre, siempre,
la esperanza que fingen
las nubecitas blancas.

Sus muros silenciosos
parece que temblaran,
como una viejecita
en un palo apoyada,
la que por las nubes,
se ha quedado un instante
detenida en su marcha.





LA RUCA (1)

(Samuel Lillo, chileno)

Bella y original combinación métrica: la rima va dividida simétricamente en sextinas: los versos son todos de ritmo trocaico —' —, —' —,... tetrasílabos (de 4) y sus múltiplos de ocho, doce, diez y seis. Es esta una de las más acertadas y bellas innovaciones de la métrica moderna.

A la vera
de la angosta carretera
que atraviesa el robledal,
se alza triste una guarida
donde anida
el espejo de una raza secular.

Es la ruca de los aucas. Con su
[puerta
siempre abierta
a los hombres y a las ráfagas está,
como el pecho noble y sano
del gran pueblo araucano
siempre abierto para el bien y la
[verdad.

(1) Choza de los araucanos.

Fría y gris está la tarde. El fuego
[humea,
parpadea
vacilante su llamear;
y en la entrada que da frente a la
[montaña,
como tímida alimaña
que escondiera la cabeza, duerme
[un can.

Listo y fiero
es el ágil compañero
de los niños, y el pastor
del escuálido rebaño que del diente
[de la huiña
o de la ávida rapiña
de los huincas escapó.
Esparcidas por el suelo de la ruca,
[forman lechos
harapientos y deshechos
sucias pieles de cordero y de león,
y una lanza enmohecida y ya sin
[dueño
duerme el sueño
del olvido en un rincón.

Un mapuche con su india y sus
[pequeños
velan cerca de los leños
encendidos del hogar.
Callan mientras canta afuera
plañidera,
ronca estrofa el viento austral.
Como dulce melopeya
que recuerda de su raza la tristísima
[epopeya,
en la selva derribada canta y llora
el Imperial,
y en la granja, que insolente
se alza al frente,
ríe el amo que, hace poco, le robara
[su heredad.
¿En qué piensan sus figuras misera-
bles y dolientes
cuando siguen con la vista indiferen-
[tes
de los troncos el inquieto crepitar?
Tal vez piensan, tal vez sueñan
[ignoradas
y quién sabe si cual bestias fatigadas
sólo miran sin pensar.
Y son ellos los postreros
descendientes de los ínclitos gue-
[rreros
que han dejado huella eterna bajo
[el sol:
son los mismos,
que agonizan en los lóbregos abismos
de la inercia y el alcohol.
Golpeando los guijarros, pasa
[ufana
frente al rancho la altanera cara-
[vana
de los huincas que regresa a la
ciudad.
Ladra el perro, suena un tiro de
[repente
y la bestia vigilante, resoplando
[sordamente,
se desploma moribunda en el umbral.
Sobre el cuerpo ensangrentado
de su amigo, los huraños indiecitos
[se han echado,
como huérfanos cachorros, a llorar;
mientras sigue por la oscura carretera
resonando desafiante la carrera
de la alegre cabalgata que se va.



Mi Tapera (1)

(Elías Regules, uruguayo)

La décima es una estrofa muy sonora y popular: diez versos octosílabos riman como dos redondillas separados por un par de versos, de los cuales el primero rima con el anterior, el segundo con el siguiente, es decir, 1 con 4 y 5, 2 con 3; 6 con 7 y 10, 8 con 9.

Entre los pastos tirada,
Como una prenda perdida,
Y en el silencio escondida,
Como caricia robada,
Completamente rodeada
Por el cardo y la flechilla,
Que, como larga golilla
Van bajando a la ladera,
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo fué
Donde mi rancho se alzaba,
Donde contento jugaba,
Donde a vivir empecé,
Donde cantando ensillé
Mil veces el pingo mío,
En esas horas de frío

---

(1) Tapera, ruina de un rancho.

En que la mañana llora,
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío.

Donde mi vida pasaba
Entre goces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfechos retozaba,
Donde el ombú conversaba
Con la calandria cantora,
Donde noche seductora
Cuidó el sueño de mi cuna,
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora.

Donde resurgen valientes,
Mezcladas con los terrones,
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes,
Donde delirios sonrientes
Brotar a millares ví,
Donde palpitar sentí,
Llenas de afecto profundo,
Cosas chicas para el mundo,
Pero grandes para mí.

Donde el aire perfumado,
Está de risas escrito,
Y donde en cada pastito
Hay un recuerdo clavado;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmado enarbola,
Y que siempre que la miro,
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan sola.





ASUNTOS MUSICALES

La quena y el Yaraví

(Santiago Estrada, argentino)

La quena, fabricada generalmente con una caña peculiar de las montañas del Perú, mide media vara de largo y dos tercios de pulgada de diámetro. Abierta por sus dos extremos, con la embocadura formada por un resorte en forma de rectángulo, pero cuyo lado superior está eliminado y el opuesto a éste cortado, como en los clarines, hacia lo interior y en forma de chaflán, tiene cinco agujeros en la parte superior, y uno al costado, por lo cual sólo produce semitonos fúnebres.

Los indios introducen algunas veces una parte de la quena en cántaros de barro, horadados exprofeso. Por medio de esta operación, las melancólicas voces de la flauta americana adquieren una resonancia y una tristeza imponderables.

El Yavarí o Haraví, que se canta acompañado por la quena, existía también en la época de la dominación de los incas. El nombre de esta composición es derivado del de Haravicus, «inventores», con que eran conocidos los elegíacos poetas peruanos.

La desgarradora tristeza del yaraví, proviene, más del presentimiento del destino adverso que aguardaba a la raza de los compositores, que de esa especie de nostalgia que domina a los poetas que se creen peregrinos en la tierra. La indolencia y melancolía de los antiguos indígenas del Perú puede achacarse a una causa parecida a la que produjo el abatimiento de los hombres en el milenio.

El presentimiento de la esclavitud o de la muerte, arranca lágrimas a los débiles, mientras los fuertes se aprestan para luchar, o esperan el golpe fatal sumergidos en indolente reposo. Es conocido el vaticinio de Viracochea. Cuando Huaina-Capac fué advertido de la llegada de los Españoles al Perú, recordó inme-

diatamente que había sido anunciado que, en el reinado del duodécimo Inca, el imperio sería conquistado «por hombres blancos y barbudos».

Un escritor peruano dice que el canto y la música de la quena son gemelos del *Super flumina Babilonis* del pueblo hebreo. El hijo de América, a semejanza de los hijos de Sión, ha cantado y ha llorado su cautiverio en sentidas estancias, mezclando sus lágrimas con las aguas del lago Titicaca y con las ondas del río Apurimac. Eco de aquel quejido del Profeta, «contemplad y ved si hay dolor semejante al dolor mío», lanzado desde las barbacanas de Jerusalén, es el triste y desgarrador acento de los haravicus, repetido de generación en generación, en las profundidades de las yungas y en las alturas de las punas... Los tocadores de quena ejecutan dúos inolvidables para el que es capaz de percibir, dentro de tan imperfecto instrumento, el alma sollozante del indio triste. Una de las quenas lleva el canto y otra el acompañamiento, o la primera hace una especie de reclamo, al cual responde la segunda a la distancia.

Es imponderable la sensación que produce el diálogo de las flautas, cuando se le escucha en la montaña, áspera como el camino de la vida, y en noche nebulosa, como el destino del músico desdichado. Pero aún mayor y más imponderable efecto produce el monólogo de la flauta americana.

El dúo nos inclina a pensar en el dolor compartido: el monólogo es la querella del solitario sin consuelo. Estos monólogos suelen partir del corazón del indio errante, o del alma del amante traicionado. El primero llora su libertad y su esposa, dos ilusiones perdidas; el segundo suplica a Pachacamac, «el que da la vida y anima el universo», o a la luna, púdica amada del padre de los incas, que le devuelva el corazón de la mujer a quien pretende levantar en la montaña un altar adornado con flores de amancay y perfumado con resinas de sus selvas tropicales.

La música de la quena no encuentra atmósfera propicia, ejecutada a la luz del día: es música de la noche, del misterio y de la soledad.

La quena

(José Santos Chocano, peruano)

No la flauta del dios, alegre avena
del bosque griego, en que trinar solía:
es flauta cual paloma en agonía
la que en las noches de los Andes suena.

¡Cuán profundo lamento el de la quena!
La quena, en medio de la puna fría,
desenvuelve su larga melodía
más penetrante cuanto más serena.

Desgranando las perlas de su lloro,
a veces hunde el musical lamento
en el hueco de un cántaro sonoro;

y entonces, finge, en la nocturna, calma,
soplo del alma convertido en viento,
soplo del viento convertido en alma..

A la vieja guitarra

(Jorge González B., chileno)

Lírico instrumento de cadencia grata,
Guitarra sonora; tu numen desata
Y vibren tus notas en ondas de luz;
Haznos oír una grata serenata
De tono andaluz.

Como eres de aquella tierra ena-
[morada
De las alegrías del cielo y del sol,
Cántanos un aire con sol de Granada,
Un aire del viejo solar español.

Tú conoces todas las raras caden-
[cias
De los viejos aires que vibran allá;
De esos con suspiros que lloran
[ausencias
Y de los que cantan lo que viene ya.

En tus amplios senos llenos de
[fragancias
Está toda entera la España gentil
Con sus hidalguías y sus arrogan-
[cias...
Grande Don Quijote, Don Juan
varonil!
Así en tus cantares si hay gritos
[guerreros
Y sangre de mártires y ecos de dolor,
También hay naranjos y olor de
[remeros,
Pases de gitanos y sueños de amor.

Canta, pues: tu canto recuerde
[esos días:
Tus sueños ya idos recuérdanos, pues.
Danos el perfume de esas alegrías,
De esas peteneras y de ese Jerez;

O canta, si quieres, ¡oh encanto!
[las cosas
De esta patria joven ebria de pasión,
Que lleva en la frente corona de rosas
Y hosanas sagrados en el corazón.

Canta nuestra gloria, canta nues-
[tra pena,
Olvida un instante los cantos de allá;
Danos el perfume de la yerbabuena,
Copihues y malvas de olor, resedá...

¡Oh guitarra! ¡aurora de nuestra
[alegría!
De España y de Chile tienes la
[pasión:
¡Qué melancolía tu melancolía!
Y ¡qué ardiente el fuego de tu co-
[razón!

¡Qué vibren tus cuerdas sonoras! ¡Extraña
Nunca a nuestra vida fuiste. ¡Salve
[a tí!
¡Ese aire tan lleno de amor es de
[España!
¡Y ese con tristeza y amor es de aquí!

La guitarra

(José Lanza M., uruguayo)

En un rincón del rancho, desencordada,
Con un rasgón tremendo, como una herida,
Y la patricia moña descolorida,
La guitarra del gaucho yace olvidada...

Desde que dió la muerte su fallo [duro
Y se llevó al paisano, cantor del pago,
Nunca más de una mano sintió el [halago,
Siempre en aquel siniestro rincón [oscuro;

¡Cuántos recuerdos vienen, qué de [emociones
Al mirarte ¡oh guitarra! que en días [de gloria
Fuiste del pago entero la admiración!

Aun, en el aire, vibran tus dulces [sones:
Ya en medio a contrapuntos de grata [historia,
Ya entre los tacones de un pericón!

La vidalita

(José R. Lanza M., uruguayo)

Es el azul crepúsculo; es la hora
En que se aduerme el campo somno- [liento...
Ya cesó de pasar el manso viento...
Guardó su flauta el sabiá: es la hora

De la oración y del recogimiento...
La oscuridad comienza, abrumadora,
Á invadir el espacio... el suelo, [ahora...
En tanto, se constela el firmamento...

Tiembla una luz que a las estrellas [cela
En un rancho lejano... Quedamen- [te,
Una canción por el espacio vuela...

Y en la extensión callada... ador- [mecida,
Vibra la vidalita, tristemente,
Como un arrullo de torcaz herida





NATURALEZA VIVA

REINO VEGETAL

Hermosura de los campos y árboles

(Fray Luis de Granada)

¿Quién podrá declarar la hermosura de los campos, el olor, la suavidad y el deleite de los labradores? ¿Qué podrán nuestras palabras decir de esta hermosura? Mas tenemos testimonio de la Escritura, en la cual el santo Patriarca comparó el olor de los campos fértiles con la bendición y gracia de los santos. «El olor, dijo El, de mi hijo es como el del campo lleno».». ¿Quién podrá declarar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandecientes rosas, y la gracia de los prados pintados con diversos colores de flores, unas de color de oro y otras de grana, otras entreveradas y pintadas con diversos colores? En las cuales no sabréis qué es lo que más os agrade, o

el color de la flor o la gracia de la figura o la suavidad del olor. Apaciéntanse los ojos con este hermoso espectáculo y la suavidad del olor que se derrama por el aire deleita el sentido del oler. Tal es esta gracia que el mismo Criador la aplica a sí diciendo: «La hermosura del campo está en mí». Porque ¿qué otro artífice fuera bastante para criar tanta variedad de cosas tan hermosas?

Poned los ojos en la azucena y mirad cuánta sea la blancura de esta flor y de la manera que el pie de ella sube a lo alto, acompañado con sus hojicas pequeñas, y después viene a hacer en lo alto una forma de copa, y dentro tiene unos granos como de oro, de tal manera cercados que de nadie puedan recibir daño. Si alguno cogiere esta flor y le quitare las hojas ¿qué mano de oficial podrá hacer otra que iguale con ella, pues el mismo Criador las alabó cuando dijo, que «ni Salomón en toda su gloria se vistió tan ricamente como una de estas flores?»

Regálase San Ambrosio en este lugar contemplando y pintando con palabras de la manera que crece un grano de trigo, para enseñar con su ejemplo a contemplar y hallar a Dios en todas las cosas, y así dice: «Recibe la tierra el grano de trigo, y después de cubierto, ella como madre lo recoge en su gremio, y después aquel grano se resuelve y convierte en hierba. La cual después de haber crecido produce una espiga con unas pequeñas vainicas, dentro de las cuales se forma el grano, para que con esta defensa ni el frío le dañe, ni el ardor del sol lo queme, ni la fuerza de los vientos ni de las muchas aguas maltraten al fruto recién nacido. Y esa misma espiga se defiende de las avecillas no sólo con las vainicas en que está el grano encerrado, sino mucho más con las aristas, que a manera de picas están asestadas contra la injuria de estas avecillas. Y porque la caña delgada no podría sufrir el peso de la espiga, fortalécese con las camisas de las hojas de que está vestida, y mucho más con los ñudos que tiene repartidos a trechos, que son como rafas de ladrillos en las paredes de tapia para asegurarlas. De lo cual carece la avena; porque como no tiene en lo alto carga, no tuvo necesidad de esta fortificación. Porque aquel sapientísimo artífice, así como no falta en lo necesario, así no hace cosas superfluas». Lo susodicho es de San Ambrosio.

La hermosura de algunos árboles cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre a la vista, como un manzano o camueso, cargadas las ramas a todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son éstos, sino unos como hermosos joyeles, que penden de este árbol?



¡ARBOLES!

(Martín Gil, argentino)

Es algo muy sabido y probado que la presencia de los bosques en una región cualquiera, influye de una manera directa y eficaz sobre su clima y condiciones meteorológicas; y no son necesarios profundos conocimientos de física para comprender y aceptar las razones que la ciencia da respecto a este fenómeno. Los fito-geógrafos más eminentes están contestes en que la fertilidad de una región no depende de la cantidad de lluvia que cae

anualmente, sino de la manera cómo se reparte esa lluvia en las cuatro estaciones del año.

Es evidente que sería más provechoso para la navegación en general, que en un mes lloviera tres veces veinte milímetros, que recibiera un solo aguacero torrencial de sesenta milímetros. Cualquiera persona, de no ser un idiota, preferiría comer poco pero diariamente y con regularidad, que pasar hambriento seis días de la semana, para hartarse el domingo. Las regiones sin bosques se encuentran en las condiciones del hambriento. La principal causa de esterilidad de algunas de las islas: Canarias, del Cabo Verde, Santa Elena y algunas de las Antillas, se atribuye a la devastación de sus bosques, pues desde esa época se hacen sentir terribles sequías, finalizadas por lluvias torrenciales, lo que viene a ser una segunda catástrofe. Al principio se creyó que los bosques aumentaban el promedio de lluvia anual, pero hoy en día, la mayoría de los meteorologistas están de acuerdo en que si no la aumentan, por lo menos la distribuyen, la reparten, la administran con equidad; en una palabra: hacen llover más a menudo aunque no hagan caer más agua.

Las corrientes ascendentes de aire caldeado que se originan en las superficies a intemperie y que impiden la formación de las nubes no tienen lugar en las regiones sombreadas por los bosques.

Por otra parte, los árboles ponen en circulación y emiten a la atmósfera gran cantidad de vapor de agua, pues se considera que un vegetal cualquiera necesita para vivir decentemente, evaporar en veinticuatro horas una cantidad de agua de un peso igual al de sus hojas; de lo que se deduce, y la ciencia y la experiencia lo comprueban, que en igualdad de latitud, es mucho más templada una región con bosques que otra sin él, porque un ambiente que contiene vapor de agua, es más abrigado que otro seco, aunque a primera vista parezca un absurdo; y porque los vientos se quiebran y amortiguan al chocar con la verde barrera.

Becquerel afirma que una hilera compacta de árboles de dos metros de alto, protege del viento una zona de doscientos metros al frente.

. . . .

. . . .

Por lo tanto es preciso estimular en toda forma la plantación de árboles. Así como los gobiernos confieren honores a los mejores criadores de vacas u ovejas, debiera premiar a los criadores de bosques. Así como hay sociedades protectoras de los animales, debiera existir otras protectoras de los árboles; pues gracias a la evolución de las ideas, no está lejano el día en que se considere un acto punible y degradante el destruir o maltratar un árbol.

Norte América nos da el ejemplo. El año 1872 se fundó una sociedad particular para fomentar la plantación de árboles, con una cuota de un dollar anual, y el 94 los socios de «*Arbor Bay*» habían plantado y cultivado la friolera de tresciento cincuenta y cinco millones de árboles frutales. En el año 1891 se fundó en Francia la «*Société des Amis des Arbres*» con una cuota de dos francos anuales y en los dos primeros años se plantaron cuatrocientos mil árboles. Vamos a ver, pues, si la República Argentina sigue el ejemplo de Norte América, Francia y otros países civilizados, y en época más o menos cercana, cambiamos la fisonomía de la inmensa llanura, salpicándola de bosques en todas direcciones y haciendo como se dice vulgarmente, de una vía, varios mandados, puesto que tendríamos sombra, fruta y combustible, tres cosas mucho más interesantes que los productos de Bagley; y si por último, no pudieran los bosques triunfar completamente de los vientos que nos azotan con insistencia estúpida, tanto que en la pampa creo que podríamos viajar a vela por lo menos, los atenuarían, y haciendo el papel de grandes condensadores, los obligarían a pagar el piso o derecho de tránsito, reteniéndolos una parte del vapor de agua que llevan a otras regiones.



La muerte de las arboledas

(Joaquín Díaz Garcés, chileno)

Las epidemias no nos dejan en paz, pues no sólo sitian nuestras ciudades diezmando los barrios pobres, sino que también cruzan los campos y llegan a los más apacibles rincones, turbando la tranquilidad de la vida agrícola. Las enfermedades del ganado, sorpresivas huéspedas con que no contaban los agricultores al confiar su ganancia al tiempo y a los pastos; las abundantes lluvias de los inviernos que no daban tregua para que el sol oreara los campos y se pudiera derramar sobre ellos la semilla; las pestes de las viñas, traidoras asaltantes del racimo maduro y del sarmiento vigoroso; y hoy las enfermedades secretas que van minando los huertos y destruyendo clandestinamente la poesía de la verdura y el encanto de la sombra.

Huerto y arboleda son sinónimos; pero no obstante encontramos más sugestiva la segunda denominación, tan chilena, tan

agrícola, tan casera. En el huerto creemos ver la simétrica alineación de la hortaliza; las calles paralelas de duraznos jóvenes puestas allí para aprovechar hasta el último rincón de terreno; el parrón moderno de fierro o de madera pintada, que divide en cuatro partes la plantación, y hasta el invernáculo de vidrios empavonados que conserva dentro, al tibio y húmedo calor de su galería, las orquídeas colgantes que abren lozanas las exóticas flores, los helechos de hoja microscópica y tallito negro como azabache y los musgos eternamente verdes y mojados con gotas de agua casi imperceptibles.

En cambio la arboleda es el desorden armónico de los árboles frutales, el huerto de nuestros antepasados, plantado sin reglas, perdiendo el terreno barato de entonces y agrupando sin arte alguno los ejemplares conocidos de antaño. En el centro el viejo parrón hecho con troncos, bajo, asoleado, poético, dejando caer el sol a trechos al través de las parras; a los lados los frondosos perales en cuyas ramas hay que trepar osadamente para remecer los ganchos más altos; a la orilla de una acequia que corre a tajo abierto, los manzanos en flor; más lejos, las decorativas ramas de los duraznos cargados de pétalos rosados que el viento hace caer al suelo; y aun más lejos, apegadas a las orillas de las tapias, las tunas cuyas espinosas y carnudas hojas son martirio de los «tunos» salta-cercas, aficionados a los idilios del claro de luna.

¿Faltará en la arboleda el perro amarrado con cadena, el gallinero desde donde lanza el gallo su primer discurso a la aurora que llega, y la rosa trepadora que ha tomado la reja de fierro de una ventana?

En ningún pedazo de campo como en una arboleda, hay más sol, más luz y más calor; de ahí que Helsby, Fabres y Juan Fco. González se hayan enamorado de las huertas asoleadas, de los duraznos floridos y de los parrones viejos. Se ha dicho que la naturaleza es una grande artista; pues bien, nuestras arboledas son la paleta en que esta prepara y revuelve los colores para ponerlos después más diluídos y borrosos en el paisaje general.

Allí está la hoja del naranjo, verde obscura; la flor del durazno rosado claro; la del almendro, blanca como plumilla de nevada; el brote de la parra, verde encendido; el rayo de sol que atraviesa el parrón y cruza el suelo dorado a fuego; la hoja de la manzani-

lla silvestre, amarillo clarísimo; y todo el arco iris en la fruta madura, en la flor abierta y en la tela de araña vista al sol.

Esas son las arboledas; las arboledas que se ven tan encantadoras al través de los antiguos y laboreados barrotes de la ventana; las arboledas en que se ha puesto la primera piedra de los más atroces cólicos de la infancia; las arboledas a las cuales nadie habrá dejado de dedicar algunos versos en la clase de literatura, y las arboledas a que, indudablemente ha aludido Núñez de Arce en su «Idilio»:

¡Siempre andábamos juntos! ¡Siempre unidos
buscábamos los nidos
en los frondosos árboles del huerto!

Es, pues, apenadora y triste la profecía científica que se hace de su muerte; porque es profecía contra la decoración de muchos sueños viejos, pero no por eso olvidados, y de muchas novelitas sentimentales pero no por eso soñadas............





La palmera real

(Gabriela Mistral, chilena)

La palmera busca el sol más recta que las otras criaturas; se extasía en la luz mejor que todas ellas. Ningún tronco de árbol es bañado de claridad como su desnudo tallo maravilloso; es al medio día como un inmenso pistilo cubierto de polen ardiente.

La palma es una copa, una copa veneciana de esas de cuello larguísimo y que acaban en una breve hend˙dura de cristal. El follaje hace arriba una copa ancha, perfecta y sensible. El viento en ella se escucha a sí mismo con goce. A veces el choque de su penacho es seco, como de velas fuertes, duras de sal; a veces en el viento suave, se hace una risa innumerable; otras se llena como de cuchicheos de mujeres, de muchedumbres femeninas... Cuando está el aire quieto, la palmera tiene una mecedura lenta,

una mecida suavísima de madre. (Porque en lo alto, ella como todas las cosas, se parece a un regazo).

***

Son humanas todas las actitudes vegetales. El álamo es un índice que palpita de ansia; el fresno y la encina son patriarcas, Boozes y Abrahames de mil gajos espesos, de donde nacen las tribus vegetales. La palma real lleva bien su nombre; es la forma más pura que ha erigido la tierra, la talladura más perfecta en el bajo-relieve del paisaje.

Parece que este cielo tropical, de añil inaudito, no se extendiese sino para recortar a la «llena de gracia»; que no fuese otra cosa que un pretexto para hacerla neta en toda su línea imperial.

No deben alzarse otros árboles a su contorno: hasta los pinos parecen desgarbados junto a ella; hasta la divina araucaria. Hay que abatir a su alrededor aun los arbustos, que roban a su visión ese arranque del tronco desde el suelo, que es tan noble.

Por irreverencia suelen colocarla en los valles y en las laderas; está llamada a crecer en los llanos y en las mesetas *para regir el paisaje* y beber el sol en su suave cuello.

Olvidemos sus frutos. Basta con que nos regale su silueta contra el azul; paga, la divina, su espacio y el agua que bebe con que una tarde sentados a su sombra, le oigamos el alto gemido; con que gocemos el empalidecimiento del cielo en la tarde, derramado tras de ella; con que nos haya enseñado que la línea recta es dulce también, tan tierna como su hermana la curva. Y basta con que nos haya dibujado en el azul la actitud cabal del anhelo que recoge nuestra alma para la plegaria, el gesto del anhelo que ni en la montaña ni en el hombre de brazos espigados, es tan puro.

* * *

Hay quienes han hallado en el mar una norma espiritual; otros la vieron cuajada en la montaña de espesas bases y de

ápice que se funde ¿No podría ser la palmera—más sensible que el monte y más sencilla que el mar—la verdadera norma espiritual?

Ella desde su arranque se libera del suelo mejor que el monte y disminuye con menos brusquedad. Corrige la barbarie del paisaje; la confusión de los follajes se reduce en ella a casta unidad, a signo severo. Los matorrales acres que laceran el campo, los espinos y los arbustos torcidos y como desgraciados, se corrigen en su límpido cuello.

Es la palmera en el panorama lo que fué la Atenea, ordenadora entre los hombres.





El ombú

(Luis Domínguez, argentino)

Esta graciosa poesía popular está escrita en octavilla aguda; el 4.° y el 8.° verso riman en agudo asonante o consonante: el 1.° y el 5.° quedan libres; el 2.° rima con el 3.°; el 6.° con el 7.°

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su pampa grandiosa;
la pampa tiene el ombú.

Esa llanura extendida,
inmenso piélago verde,
donde la vista se pierde
sin tener donde posar,
es la pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
que fecunden sus entrañas,
pero lagos y espadañas
inundan toda su faz,
que dan paja para el rancho,
para el vestido dan pieles,
agua dan a los corceles
y guarida a la torcaz.

Su gran mano de esmeralda
esmalta modestas flores
de aromáticos olores
y de risueño matiz.
El bibí, los macachines,
el trébol, la margarita,
mezclan su aroma exquisita
sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
ni hermosas aves en ellos:
pero sí pájaros bellos,
hijos de la soledad,
que, siendo únicos testigos
del que habita esas regiones,
adivinan sus pasiones
y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
es el cuervo o el carancho;
si la peste amaga el rancho,
sobre el techo el buho está;
y meciéndose en las nubes
y el desierto dominando,
las horas está cantando
el vigilante chajá.

No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de una loma
que se alcanza a divisar,
el ombú, solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
en qué tiempo, ni qué mano,
en el centro de aquel llano
su semilla derramó;
mas su tronco tan nudoso;
su corteza tan roída,
bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
su raíz sobre la tierra,
y sus dientes allí entierra,
y se afirma con afán,
parece que alguien le dijo
cuando se alzaba altanero:
«Ten cuidado del pampero,
que es tremendo su huracán.»

Pues en medio del desierto,
el ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor:

hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero,
y a su sombra el sol de Enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
muchas razas él cobija;
la rastrera lagartija
hace cuevas a su pie:
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza;
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
de rubí, topacio y oro,
de allí sube a Dios el coro
que le entona al despertar
esa pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre,
que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
que en las llanuras se oculta
hasta la porción más culta
de la humana sociedad,
como un linde está la pampa
sus dominios dividiendo,
que va el bárbaro cediendo
palmo a palmo a la ciudad.

Y el rasgo más prominente
de esa tierra donde mora
el salvaje que no adora
otro dios que el *Gualichú*,
que en *chamal* y poncho envuelto
con los *laques* en la mano
va sembrando por el llano
mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio,
¡cuántas voces ha escuchado
que en sus hojas ha guardado
con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
su inquietud ha interrumpido:
a su pie se ha combatido
por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
grabadas con el cuchillo
quizás por algún caudillo
que a los indios venció allí;
por uno de esos valientes
dignos de fama y de gloria,
y que no dejan memoria
porque nacieron aquí.

A su sombra melancólica
en una noche serena,
amorosa cantinela
tal vez un gaucho cantó:
y tan tierna su guitarra
acompañó sus congojas,
que el ombú de entre sus hojas
tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
el señor de aquella tierra
de su ganado la hierra
presencia alegre tal vez;
o tomando el *matecito*
bajo sus ramos frondosos
pone en paz a dos esposos,
o en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
haciendo círculo al fuego,
los que van a salir luego
a correr el avestruz...
y quizá para recuerdo
de que allí murió un cristiano,
levantó piadosa mano
bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
vuelve el gaucho a su partido,
echa penas al olvido
cuando alcanza a divisar
el ombú, solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.





EN EL CAMALOTE

(Carlos Roxlo, uruguayo)

Al morir una tarde de otoño
lluviosa y opaca,
un islote columpian los vientos
del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el [islote,
un nido se alza,
donde asoman dos aves pequeñas
sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida e inmóvil,
la madre se halla;
sobre el nido, que azota la lluvia
y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
con sus píos más tiernos le habla,
enseñando a la madre la orilla
que muestra a lo lejos su muro de [ramas.

Triste mira la esposa a las aves
de frentes aun calvas,
y a la noche que ya en el espacio
sus tules desata.

Con un pío más fuerte el chu-
[rrinche
de nuevo la llama,
y se pierde después en la orilla
volando con ansia.

Mira entonces la madre a sus hijos
con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
abriendo con fuerza las húmedas
[alas!

Las pataguas

(Pedro Prado, chileno)

Allá en los lejanos campos de mi tierra, donde los árboles bajan a lo más profundo de las hondonadas a beber el agua clara, alientan multitud de bellezas y de enseñanzas que se ofrecen a los ojos agradecidos de los perspicaces.

Allí vive un árbol hermoso, que no hiere el hacha de los leñadores y que por ser el preferido de las aves, va cubierto de nidos que penden de las ramas como los verdaderos frutos de la patagua.

Las pataguas son gigantes de troncos inmensos que, al penetrar en la tierra, se bifurcan como las pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproximándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros hasta fundirse en un solo madero nudoso, el más imponente de los bosques centrales de mi patria.

Como los jóvenes arbolillos, emergiendo de puntos diversos, se inclinaron hacia un centro común, se ha formado, y queda bajo el árbol viejo una concavidad que los leñadores aprovechan. Ahí, cada patagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del montañés para librarlo de las ráfagas violentas. Y no temáis que las llamas hieran su vitalidad. La unión es tan estrecha que resbalan en esa carne como sobre la peña dura.

Y más que amparadoras del fuego lo son del agua sana. De aquí, tal vez, el origen de su nombre. Sabed que todas las

fuentes más cristalinas, que todos los arroyos más frescos nacen del pie de una patagua. Ninguna merece como esta el nombre de agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que la prefieren entre todas, levantan, levantan sus casas, que el viajero ve reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad.

El maíz

(José Santos Chocano, peruano)

Brota el maíz entre hojas relu-
[cientes
y se destaca en los fecundos lla-
[nos,
como si le aclamaran los hispanos
por rey de las indígenas simientes.

Entreabriendo sus hojas sonrien-
[tes
al contacto fugaz de aires livianos,
deja ver la mazorca, cuyos granos
fingen hileras de apretados dientes.

El tallo, que en las hojas se hunde
[esquivo,
hace pensar en el ladrón que encierra
en su crispada mano áureo tesoro;

¡porque parece un brazo fugitivo,
que se escapa del fondo de la tierra
con un estuche que revienta en oro!

A unas flores

(Calderón de la Barca)

Estas que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana,
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz, que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto se aprende en término de
[un día!

A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron;
cuna y sepulcro en un botón ha-
[llaron.
Tales los hombres sus fortunas
[vieron:
en un día nacieron y expiraron;
que pasados los siglos, horas fue-
[ron.



La raíz del rosal

(Gabriela Mistral, chilena)

Bajo la tierra, como sobre ella, hay una vida, un conjunto de seres que aman y odian.

Viven allí los gusanos más obscuros, y son como cordones negros las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

—Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fué dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata

a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es ella a quien envío la leche que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitador ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fué buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y ¡oh Dios! lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fué, meditando, por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!...

La Rosa

(Serafín y Joaquín Alvarez Quinteros)

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;
era, a su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.
Era un viejo jardinero,
que cuidaba con esmero
del vergel,
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

A la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.
Y al notar el jardinero
que faltaba en el rosal,
cantaba así plañidero
receloso de su mal:
«Rosa la más delicada
que por mi amor cultivada
nunca fué;
rosa la más encendida,

la más frangante y pulida
que cuidé;
blanca estrella que del cielo
curiosa de ver el suelo
resbaló;
a la que una mariposa
de mancharla temerosa
no llegó;
¿quién te quiere? ¿quién te llama
por tu bien y por tu mal?
¿quién te llevó de la rama
que no estás en tu rosal?
¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿que es traicionero
el amor?
¿que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?
¿Bajo qué cielo caíste?
¿A quién tu tesoro diste
virginal?
¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernal?
¿Quién te cuida con esmero
como el viejo jardinero
te cuidó?
¿Quién por ti solo suspira?
¿Quién te quiere? ¿quién te mira
como yo?
¿Quién te miente que te ama
con fe y con ternura igual?
¿Quién te llevó de la rama
que no estás en tu rosal?
¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida a la ventura
o al dolor?
¿Qué faltaba a tu recreo?
¿Qué a tu inocente deseo,
soñador?
¿En la fuente limpia y clara,
espejo que te copiara
no te di?
¿Los pájaros escondidos
no cantaban en sus nidos
para ti?
Cuando era el aire de fuego,
¿no refresqué con mi riego
tu calor?
¿No te dió mi trato amigo
en las heladas, abrigo
protector?
Quien para sí te reclama,
¿te hará bien o te hará mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?»
Así un día y otro día,
entre espinas y entre flores,
el jardinero plañía
imaginando dolores,
desde aquél en que a la fuente
un caballero llegó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.



De diversas flores que nacen en la India

(José de Acosta, S. J.)

Son los indios muy amigos de flores, y en la Nueva España más que en parte del mundo; y así usan hacer varios ramilletes, que allá nombran *suchiles*, con tanta variedad y pulicia y gala que no se puede desear más. A los señores y a los huéspedes, por honor, es uso ofrecerles los principales sus suchiles o ramilletes. Y eran tantos, cuando andábamos en aquella provincia, que no sabía el hombre qué hacer de ellos. Bien que las flores principales de Castilla las han allá acomodado para esto, porque se dan allá no menos que acá, como son claveles, y clavelinas, y rosas, y azucenas, y jazmines, y violetas, y azahar, y otras clases de flores que llevadas de España, prueban maravillosamente. Los rosales en algunas partes, de puro vicio, crecían mucho, y dejaban de dar rosas. Sucedió una vez quemarse un rosal, y dar los pimpollos, que brotaron luego, rosas en abun-

dancia; y de ahí aprendieron a podarlas y quitarles el vicio; y dan rosas asaz.

Pero fuera de éstas suertes de rosas, que son llevadas de acá, hay allá otras muchas, cuyos nombres no sabré decir, coloradas y amarillas, y azules, y moradas, y blancas, con mil diferencias; las cuales suelen los indios ponerse por gala en las cabezas, como plumaje. Verdad es que muchas de estas flores no tienen más que la vista; porque el olor no es bueno, o es grosero, o ninguno, aunque hay algunas de excelente olor, como es las que da un árbol, que algunos llaman floripondio, que no da fruto sino solamente flores, y éstas grandes, mayores que azucenas, y a modo de campanillas: todas blancas y dentro unos hilos como el azucena, y en todo el año no cesa de estar echando estas flores, cuyo olor es a maravilla delicado y suave, especialmente en el frescor de la mañana. Por cosa digna de estar en los jardines reales, la envió el virrey don Francisco de Toledo al Rey don Felipe, nuestro señor.

En la Nueva España estiman mucho los indios una flor que llaman *yolosuchil*, que quiere decir *flor de corazón*; porque tiene la misma hechura de un corazón, y aun en el tamaño no es mucho menor. Este género de flores lleva también otro árbol grande sin dar otra fruta: tiene un olor recio, y a mi parecer demasiado: a otros les parece muy bueno. La flor que llaman del sol, es cosa bien notoria, que tiene la figura del sol y se vuelve al movimiento del sol. Hay otras que llaman claveles de Indias, y parecen un terciopelo morado y naranjado finísimo: también es cosa notoria. Estas no tienen olor que sea de precio, sino la vista. Otras flores hay que con la vista, ya que no tienen olor tienen sabor: como las que saben a mastuerzo; y si se comiesen sin verse, por el gusto no juzgarían que son otra cosa.

La flor de *granadilla* es tenida por cosa notable: dicen que tiene las insignias de la Pasión, y que se hallan en ella los clavos y la columna, y los azotes, y la corona de espinas, y las llagas, y no les falta alguna razón, aunque para figurar todo lo dicho es menester algo de piedad que ayude a parecer aquello: pero mucho está muy expreso, y la vista en sí es bella, aunque no tiene olor. La fruta que da llaman *granadilla*; y se come, o se bebe, o se sorbe, por mejor decir, para refrescar: es dulce, y a algunos les parece demasiado dulce

Copihue rojo

(Ignacio Verdugo Cavada, chileno)

Soy una chispa de fuego
que del bosque en los abrojos,
abrió sus pétalos rojos
bajo el nocturno sosiego;
soy la flor que me despliego
junto a las *rucas* indianas
la que, al surgir las mañanas
en las cumbres soñolientas,
guardo en mis hojas sangrientas
las lágrimas araucanas.!...

Nací en las tardes serenas,
de un rayo de sol ardiente,
que amó la sombra doliente
de las montañas chilenas;
yo ensangrenté las cadenas
que el indio despedazó,
las que de llanto cubrió
la nieve cordillerana:
¡Yo soy la sangre araucana
que de dolor floreció!...

Mis flores rojizas son
pupilas en asechanzas;
son como puntas de lanzas;
entre el polvo del *malón*...
Y, cuando sin compasión
me arrastra el viento en la vega,
soy arrebol que se pliega
y que presagiando está
no que la tarde se va
sino que la noche llega!

Hoy que el fuego y la ambición
arrasan *rucas* y ranchos,
cuelga mi flor de sus ganchos
como roja maldición;
y con profunda aflicción,
voy a ocultar mi pesar
en la selva secular
donde los pumas rugieran,
¡donde mis indios me esperan
para ayudarme a llorar!...



NATURALEZA VIVA

REINO ANIMAL

El buey

(Miguel A. Caro, colombiano)

Ora, manso animal, inmóvil miras,
cual fijo bloque, el campo flore-
[ciente;
ora al pesado yugo das la frente
y a la labor del hombre fiel cons-
[piras.

El te aguija, él te punza, y tú a
[sus iras,
los ojos revolviendo mansamente,
respondes en silencio. ¡Oh buey pa-
[ciente!
paz a un tiempo y vigor al alma
[inspiras.

Tu ancha negra nariz húmeda
[aliento
exhala; tu mugir ondeando lento
en los serenos ámbitos se pierde;

Y en el glauco cristal de tu pupila
grave y dulce, refléjase tranquila
la muda soledad del campo verde.

Los potros

(José Eustasio Rivera, colombiano)

Atropellados, por la pampa suelta
los raudos potros en febril disputa,
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crin revuelta
Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pindos y la palma esbelta.
Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces paran el triunfante casco,
resoplan, roncos, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas,
oyen llegar el rezagado viento.



La vaca

(Arturo Ambrogi, salvadoreño)

«¡Arriá el ternero de la Cuta!»

La voz del corralero repercutió, sonora, por los ámbitos del corral en que el ganado se apiñaba, entre la niebla, a las primeras claridades del amanecer.

«¡Ay va! Enrejálo bien!»...

La cría se acercaba a la madre que mugía tristemente, llamándole, mientras con los ojazos, negros y húmedos, avizoraba por todos lados. Cuando vió que se aproximaba, el mugido se trocó en un murmullo cariñoso, como un arrullamiento tierno e interminable. El ternerito corrió, brincando, tendida al viento la colita apenas poblada, y metiéndose bruscamente por entre las patas de la vaca, se prendió, ávido, glotón, a las hinchadas ubres. La Cuta lamía las ancas del ternerito con largos lengüetazos cosquilleantes, que hacían estremecerse de cuando en cuando la piel barcina del mamón.

Mere dejó que mamase un instante, el necesario para sacarle la leche a la Cuta. Y después, agarrándole por las orejas, pasóle un lazo por el cuello y le ató a las patas delanteras de la vaca con nudo seguro. El ternerito hacía esfuerzos inauditos por soltarse y volver a agarrar la teta. Se removía como un condenado, tirando infructuosamente de la persoga que le sujetaba. Mientras tanto, la madre apisonaba el suelo con las patas traseras. Mere se impacientaba. Mere se rascaba, colérico, las greñas indómitas. Siempre que le tocaba ordeñar a la Cuta, sucedía lo propio que ahora. ¡El ternero de la Cuta era un condenado! ¡Vaya si lo era! Y la madre ¡la mismísima cola de Judas!

«¡Enjuicio!» gritaba Mere asestándole rudos puñetazos en el lomo, a la vez que intentaba sujetar con su puño de fierro, firme y fuerte como unas tenazas, la pata de la Cuta que apisonaba la tierra.

....

Al fin y al cabo, la Cuta soltó la leche que escondía. Los chorros, simultáneos, se engrosaron. Caían, resonando con fuerza contra el zinc del balde. Levantaban una capa de espuma espesa, que colmaba el recipiente, espuma blanquísima como la misma que despide el jabón de almendras...

Una vez que hubo concluído, el corralero soltó las patas traseras de la vaca. La Cuta se removió, inquieta. Sacudió la piel, como esponjándola, un brusco estremecimiento nervioso. Cabeceó como queriendo cornear a Mere, que se había aproximado al ternerito para desatarlo, y dejar libre las patas delanteras de la Cuta. Una vez, éste se abalanzó, ciego, sobre las ubres flácidas

y comenzó a mamar, desesperada, ruidosamente. Cuando la leche no salía, golpeaba con el testuz las ijadas de la madre. La Cuta le lamía con largos, interminables, sonoros lengüetazos. Parecía que aquella caricia brutal, fuese de su agrado, y la agradeciese. El húmedo hociquillo de la bestezuela se orlaba de un cerco de bullente espuma y dejaba caer, a ambos lados del belfo, un sutil hilillo de leche. Balanceaba el rabo medio pelado. Y cuando alguna mosca se le paraba en el borde de la tiesa oreja, la espantaba en una brusca sacudida.



Platero, el borriquillo

(Juan Ramón Jiménez)

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?», y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña... pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio, se quedan mirándolo:

—Tien'asero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

* * *

Nos entendemos bien. Yo lo dejo ir a su antojo, y él me lleva siempre a donde quiero.

Sabe Platero que, al llegar al pino de la Corona, me gusta acercarme a su tronco y acariciárselo, y mirar el cielo al través de su enorme y clara copa; sabe que me deleita, la veredilla que va, entre céspedes, a la Fuente vieja; que es para mí una fiesta ver el río desde la colina de los pinos, evocadora, con su bosquecillo alto, de parajes clásicos. Como me adormile, seguro, sobre él mi despertar se abre siempre a uno de tales amables espectáculos.

Yo trato a Platero cual si fuese un niño. Si el camino se torna fragoso y le pesa un poco, me bajo para aliviarlo. Lo beso, lo engaño, lo hago rabiar... Es tan igual a mí, tan diferente a los demás, que he llegado a creer que sueña mis propios sueños.

Platero se me ha rendido... De nada protesta. Sé que soy su felicidad, hasta huye de los burros y de los hombres...



El puma

(Mariano Latorre, chileno)

Desde la entraña fresca de la selva, con el paso cauteloso de un bandido, deslizábase por entre los troncos de los robles, apartando las guías ariscas de las quilas que colgaban de las ramas; en los parajes obscuros llameaban sus pupilas de oro, reinas de las sombras; y en los claros del bosque, plateados por la nieve, su cuerpo elástico encogíase en una hipócrita contracción de bestia huraña. Al menor estremecimiento de las hojas alzaba la cabeza, erizada de cerdosos bigotes, una pata delante el hocico ávido clavaba sus cuatro puñales en la nuca de la yegüita. La bestia vieja, olfateando al león, saltó la pirca despavorida. La potranca disparó, loca, hasta medio del corral, pero sus fuerzas no duraron mucho. El agudo acero de las garras rasgaba las yugulares, hinchadas de sangre, y al peso del puma que la tiraba a tierra, dobló las rodillas y se desplomó suavemente sobre un costado. Sus finas pezuñas patearon en vano los

montones de nieve removidos con el cuerpo. Frente al animal agonizante, observó tranquilo con sus ojazos diabólicos, encendidos siempre como dos llamas eternas. Si la potranca, en una postrera convulsión, retorcía los músculos, mordisqueaba la nuca deshecha y esperaba de nuevo. Cuando el animal quedó rígido, abierto el cuello y colgante la lengua, empezó a lamer los coágulos que bordeaban los labios de las heridas y empapó voluptuosamente la torva cabeza en la sangre que fluía como un arroyo cálido de las arterias palpitantes de la potranca de On Chipo.

Un ladrido avisador volvió a quebrar la quietud cristalina del aire y sólo entonces levantó su cabeza con pesada embriaguez, una de sus patas poderosas en el pecho abierto del animal. Un hálito tibio de aurora desflorando con sus alas la aurora virginal de la nieve, traía, en oleadas fugitivas, murmullo de agua corriente, tan claro y lejano que parecía el ruido de la titilación de las estrellas en el fondo del cielo.

Arrastró el asesino algunas ramas y las colocó sobre el cadáver de la potranca, y despacio, relamiéndose sus mostachos mojados de sangre negra, volvió al bosque, al corazón negro de la selva, a dormir su borrachera de sangre entre los matorrales. No se detuvo esta vez al sentir, a su derecha, el *huac-huac* de un zorro merodeador ni el galope apenas perceptible de un venado huyendo por la alfombra silenciosa de la nieve fresca.

CANTARES

El mundo es un carnaval
Con careta de traidor;
Quien no la lleva en la cara
La lleva en el corazón.

Ninguno cante victoria
Aunque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar a pie.



El jaguar pescador

(Hugo Wast (Martínez Zuviría), argentino)

Corrimos los dos a proa, para mirarlo mejor. Era un hermoso ejemplar del tigre americano, de igual o mayor corpulencia que el tigre de Asia, y de menos fría y traicionera ferocidad, pero más temible por el brío con que hace frente al hombre.

Era un jaguar joven por los reflejos áureos de su piel y la gracia y agilidad de su actitud. Lo admirábamos de costado, a nuestro sabor, reconociendo, no sin un leve horror que hacía para nosotros más gustoso el espectáculo, que si hubiera estado hambriento, o sido un tigre «cebado», como llaman a los que han probado carne humana, o simplemente le hubiera asaltado el capricho de visitarnos en la ballenera, no nos habría valido para nada las dos varas que nos separaban de la costa, distancia mezquina para sus miembros elásticos y potentes.

O no nos había visto o no le interesaba aquella máquina extraña que invadía su dominio, y seguía atento a su ocupación, que era una pesca ingeniosísima.

Primeramente babeaba el agua, agitándola con la mano, que luego recogía, y esperaba pacientemente que aquel cebo singular llamara la atención de algún pez, digno por su porte de servirle de alimento.

No tardó en ocurrir eso; dos o tres ligeros manotones, para animar los espumarajos que había arrojado, y de pronto un fulmíneo y profundo zarpazo en el agua, y una palpitante pieza fué a caer sobre las gramillas de la margen.

—Es un «pacú»—me dijo Myriam, muy conocedora de los peces que pululaban en nuestros ríos. No debe de pesar menos de dos arrobas.

—¡Buen desayuno y bien ganado!—respondí yo, sin pestañear, para no perder un solo detalle de la curiosa pesca.

El jaguar se encaminó sin apuro a su presa, que saltaba entre los pastos, la olfateó y al fin la cogió entre los dientes, y sin denotar el más mínimo esfuerzo, a pesar de tratarse de un pescado grandísimo, remontó de un salto la pequeña barranca, dirigiéndose hacia el bosque, donde tenía su guarida, y probablemente sus cachorros.

Fué entonces cuando advirtió la presencia del barco. No se amedrentó por la extraña figura que debíamos ser a sus ojos; al contrario, le picamos, sin duda, la curiosidad, pues se aproximó hasta media distancia, con el pescado entre las fauces, lo depositó en el suelo, púsole encima una zarpa, y se detuvo a mirarnos con sus magnéticos ojos verdes que la luz hacía parpadear.

¡De veras! Yo me sentía magnetizado por aquella mirada certera y por aquella tranquila y a la vez dominadora actitud de gran señor que tiene la conciencia de su poderío y de sus recursos, y mira desde el umbral de su casa a un pobre diablo, desarrapado e inerme, que se le aproxima con pretensiones de desalojarlo.

Si en ese momento hubiera tenido una pistola o un fusil, a pesar de que la fiera no estaba a más de cuarenta pasos de nosotros, yo no habría querido tirarle. El soberbio jaguar me había

deslumbrado: hallaba en su fuerza, en su juventud, en su ingenio, en su pacífica bravura y en la belleza nueva y delicada de sus miembros vigorosos, algo tan propio de la tierra argentina, que me parecía ser un símbolo de aquella amada patria, que apenas nacida a la libertad se rebelaba y se batía contra el viejo y glorioso león de España.

—¿No se parece a tí?—le dije a Myriam, en un transporte de entusiasmo, a tiempo que el jaguar volvía a coger su presa y se internaba y desaparecía entre las hierbas altísimas, que se abrieron delante de él y se cerraron al instante como las cortinas de un palacio.

Expliqué a Myriam mis pensamientos y ella respondió, entre halagada y complaciente:

—Si el gobierno me mandara inventar un escudo para las Provincias Unidas del Río de la Plata, yo pintaría un jaguar a la orilla del río más ancho del mundo...

El zorro y el camoatí

(Hugo Wast (Martínez Zuviría), argentino)

Ilusionado por esta idea, escudriñé todos los rincones, que descubrían mis ojos, y me disponía a reanudar mi exploración cuando presencié la más graciosa explotación de miel que jamás imaginara.

La gruesa bola plomiza constituída por las industriosas abejas para depositar sus larvas y acumular su miel, colgaba de la rama baja de un ñandubay, a poca altura del suelo, y un zorro gris de hocico puntiagudo la husmeaba con gula y con miedo a la vez.

No me había sentido aproximarme y estaba demasiado absorto en su empresa para que pudiera verme. Las abejas sintieron llegar al enemigo y salieron todas de sus celdillas, y el *camoatí* adquirió un aspecto amenazador y se puso negro bajo los millares y millares de cuerpecitos que brotaban de su seno y se paseaban sobre su superficie.

Las avispas enfurecidas cayeron en legiones sobre él, que

metió la cola entre las piernas y quedó convertido en una pelota, erizada de largos pelos, impenetrable como un bosque de lanzas. Así permaneció un rato, hasta que sus minúsculos adversarios volvieron a su morada. Se estiró nuevamente, y ¡zas! ¡zas!, dos, tres, cuatro colazos vigorosos y rápidos, y de nuevo opuso la bola de pelos invulnerables al impotente chaparrón de las avispas.

La maniobra graciosísima repitióse unas cuantas veces, con gran regocijo mío, que me había puesto mentalmente en favor del zorro, hasta que las avispas sobrevivientes, vencidas y acobardadas, emigraron del panal, que el zorro atacó a golosas dentelladas, deteniéndose de tanto en tanto sobre sus cuartos traseros, a cobrar alientos y a relamerse el enmelado hocico.

La Huiña

(Samuel A. Lillo, chileno)

Víctima de la huiña, muerto sobre el otero
encontró el pastorcillo su pequeño cordero,
el que con sus retozos y su balar doliente
era todo el cariño de su vida inocente.
Tembló el niño de espanto, quedó su lengua muda,
y el corazón pinchado por una espina aguda
saltábale en el pecho, como una alondra loca
que quisiera escaparse por la entreabierta boca.

Como si en primavera sobre el follaje tierno
hubiera descendido la nieve del invierno,
para él no tuvo el campo ni pájaros ni flores,
arreboles el cielo, ni la selva rumores;
y su alma soñadora, dulce y contemplativa
se hizo, desde entonces, hostil y vengativa.

Por el gato salvaje descuidó los apriscos
y corrió detrás de él por montañas y riscos.
Con el zurrón colmado de gruesos pedernales

y su honda preparada, cruzó los matorrales,
y armado con su arco, como fiera que acecha,
estuvo largas horas, lista la aguda flecha,
atisbando el ramaje del roble en la montaña
en espera paciente de la odiada alimaña.

Con boquis y correas entretejió sus lazos
que ocultó entre las yerbas de lomas y ribazos
y que todos los días, el pecho rebosante,
de odio y de venganza, visitaba anhelante.
Cuando abriendo las ramas, se acercó a la hondonada
donde entre la maleza la trampa estaba armada,
recogióse suspenso: presa por los brazuelos,
la huiña amamantaba dos pequeños hijuelos.

Echada sobre un flanco, jadeante y oprimida,
aun conservaba fuerzas para ofrecer su vida
a los dos cachorrillos de alegres movimientos
que sin saber bebían sus últimos alientos.

Al ver la bestezuela surgir entre el follaje
al niño, enderezóse con un grito salvaje;
el tirón de la cuerda la hizo caer de espaldas
y en tanto los pequeños huían por las faldas,
buscando un escondite bajo el pastal crecido;
el animal exhausto, permaneció tendido.

Y allí estuvieron ambos mirándose un momento,
el niño sorprendido, la bestia sin aliento,
clavando en él los ojos con tan triste mirada
como si ya esperase los golpes resignada.

Había en los boscajes hondo recogimiento
y los severos robles, mecidos por el viento,
juntaban dulcemente sus fondos en la altura
formando como un palio de paz y de ternura
por sobre aquella madre, cuyo amor fué tan fuerte
que venció los instintos y desafió la muerte.

Borrándose en el niño los rencores violentos
y, escuchando tan sólo los nuevos sentimientos
que en su alma se agitaban, alzó el armado brazo
y de una cuchillada cortó el estrecho lazo.

Espantada la huiña sacudió la cabeza
para hundirla de nuevo sin fuerza en la maleza;
mas, pronto, vacilante, fué a echarse al pie de un tronco
llamando a sus hijuelos con un gemido ronco.

Llegaron los pequeños alegres, retozones
y con ansias cogieron los flácidos pezones
y, mientras que cada uno leche y sangre bebía,
maullando tristemente, la madre los lamía.

Cuando salió el muchacho fuera de la espesura
el pecho le latía con íntima dulzura;
sentíase más ágil ¡qué fresco estaba el viento!
¡cuán verdes las campañas! ¡qué azul el firmamento!
y al pensar en lo hecho, sintió dentro de él mismo
la quietud que se siente al salir de un abismo.

De nuevo entraba al reino del bien y la belleza
y el amor a los seres y a la naturaleza
reanimábale el alma con su gran fuerza viva,
haciéndola, como antes, dulce y contemplativa.

El Lobo

(Susana Calandrelli, argentina)

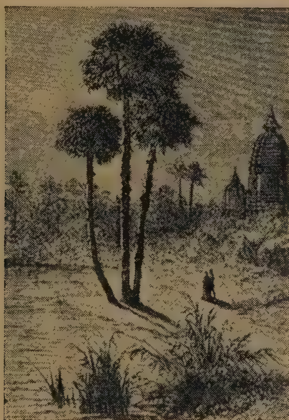
Pupila de los bosques, oído siempre alerta,
destino inexorable del corderito bobo,
el lobo es un bandido sin ley: vive del robo,
y no valen rescates para su presa muerta.

Ocurre sin embargo que en la penumbra incierta,
acaso distraído de su sangriento arrobo,

cuajada de visiones su oscura alma de lobo,
tolera, indiferente, que el gamo se divierta.

Dijérase que entonces se queda pensativo.
Le acosa la nostalgia de un pretérito esquivo,
ajeno a los recuerdos, como un sueño olvidado,

y aúlla, cual si viera sobre una blanca duna
la sombra misteriosa de algún antepasado
lamiendo sus cachorros al claro de la luna...



EL CONGRESO DE LAS VÍBORAS

(Horacio Quiroga, uruguayo)

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura y en pleno bosque, desde luego existía una caverna disimulada por los helechos, que obstruían casi la entrada. Servía de guarida desde mucho tiempo atrás a Terrífica, una serpiente de cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos cascabeles. Su largo no pasaba de un metro cua-

renta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos; vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno, que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente constituídos de todas las serpientes venenosas.

Fué allí, en consecuencia, donde, ante la inminencia del peligro y presidido por la víbora de cascabel, se reunió el Congreso de las Víboras. Estaban allí, fuera de Lanceolada y Terrífica, los demás yararás del país: la pequeña Coatiarita, benjamín de la familia, con la línea rojiza de sus costados bien visible y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí, negligentemente tendida, como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y café de su lomo sobre largas bandas salmón, la esbelta Neuvied, dechado de belleza y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba Cruzada, que en el Sur llaman víbora de la cruz, potente y audaz, rival de Neuvied en punto a belleza de dibujo. Estaba Atroz, de nombre suficientemente fatídico; y por último, Uritú Dorado, la yararacusú, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus ciento setenta centímetros de terciopelo negro cruzado oblicuamente por bandas de oro.

Es de notar que las especies del formidable género Lachesis, o yararás, a que pertenecían todas las congresales menos Terrífica, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y del color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellos.

. . . .

Caracol

(Rubén Darío, nicaragüense)

En la playa he encontrado ese caracol de oro
Macizo y recamado de las perlas más finas;
Europa le ha tocado con sus manos divinas
Cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.

He llevado a mis labios el caracol sonoro,
Y he suscitado el eco de las dianas marinas;
Lo acerqué a mis oídos; y las azules minas
Me han contado en voz baja su secreto tesoro.

Así la sal me llega de los vientos amargos
Que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos
Cuando amaron los astros el sueño de Jasón;

Yo oigo un rumor de olas y un incógnito acento
Y un profundo oleaje y un misterioso viento...
(El caracol la forma tiene de un corazón).

Los cocuyos

(José Santos Chocano, peruano)

Parpadeos de luces vacilantes
Bordan la selva cuando muere el día,
A manera de extraña pedrería
Que relumbra y se apaga por ins-
[tantes.
En desatados círculos errantes
Brotan cocuyos en la selva umbría,
Cual si alguien con la fiebre de la
[orgía;
Arrojara puñados de diamantes.

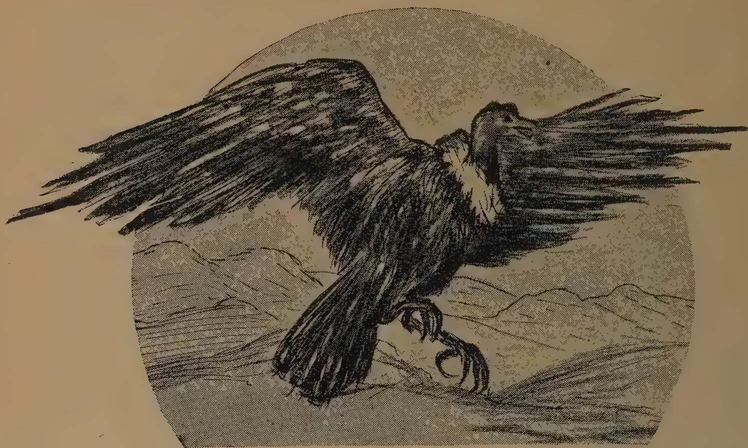
De día ocultos en la verde alfom-
[bra,
Sólo en las horas de nocturna calma
Divagan a través de la espesura;

Y a fuerza de brillar entre la
[sombra
Acrisolan su brillo, como el alma
Que a fuerza de sufrir se hace más
[pura.

CANTARES

El hombre para ser hombre
Necesita tres partidas:
Facer mucho, fablar poco,
Y no alabarse en su vida.

Un árbol hay en la iglesia
Con espinas y sin flor:
En cada ramita un ángel,
Y en medio nuestro Señor.



El Cóndor

(Vicente Coronado, venezolano)

En la empinada roca
Que los valles domina
Y con la frente hasta las nubes toca,
He allí el águila andina,
El soberbio Condor rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en [lumbre
Del étereo palacio.
Alza el desnudo cuello,
Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vívido destello
Penetra la extensión, el bosque, [el llano.
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase a escalar el firmamento,
Devora espacio, y a través del viento
Lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube,
Donde el rayo se forja y brama el [trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
Ni el aire enrarecido ni la llama
Del astro abrasador—candente ho- [guera
Que los mundos inflama—
Parar pueden un punto su carrera.

Nada ataja este ardor, esta osadía:
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y hacia el cráter del sol el rumbo
[guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extensión
[figura
Que humano sér a distinguir no al-
[canza;
No más pronto del mar en lonta-
[nanza
Alígero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambición la intrepidez coro-
[na:
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del día,
Y debajo los mares luchadores
Y por doquiera la región vacía.
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio en-
[cierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y a sus pies la tierra.
Tal se encumbra el ingenio pere-
[grino
Y a la gloria inmortal se abre ca-
[mino.

A UN CÓNDOR ENJAULADO


(Clemente Althaus, peruano)

Un tiempo allá en el suelo ameri-
[cano
Te aclamaba por rey la alada plebe
Y de los Andes la más alta nieve
Atrás dejabas en tu vuelo ufano.
El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; más en cárcel breve
Hoy en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me
[apïädas
Preso y en suelo, como yo, ex-
[tranjero.
Mas yo pronto a las playas adoradas

De mi dulce Perú volver espero'
Y tú, blanco curioso a las miradas,
Ausente morirás y prisionero.



LA FUGA DE LOS CISNES

(Augusto Winter, (chileno)

Reina en el lago de los misterios tristeza suma:
los bellos cisnes de cuello negro de terciopelo
y de plumaje de seda blanca como la espuma,
se han ido lejos, porque del hombre tienen recelo.

Aun no hace mucho que sus bandadas eran risueños
copos de nieve, que se mecían con suavidad
sobre las ondas blancas y hermosas, como los sueños
con que se puebla de los amores la bella edad.

Eran del lago la nota alegre, la nota clara,
que al panorama prestaba vida y animación,
ya fuera un grupo que en la ribera se acurrucara,
ya una pareja de enamorados en un rincón.

¡Cómo era bello, cuando jugaban en la laguna
batiendo alas en los ardientes días de sol!
¡Cómo era hermoso cuando vertía la clara luna
sobre los cisnes adormecidos su resplandor!

El lago amaban, donde vivían como señores
los nobles cisnes de regias alas. Pero, al sentir
cómo implacables los perseguían los cazadores,
buscaron tristes donde ignorados poder vivir.

Y poco a poco se han alejado de los parajes
del Budi hermoso, que ellos servían a decorar,
yéndose en busca de solitarios lagos salvajes,
donde los nidos sin sobresaltos poder formar.

Quedaban pocos; eran los últimos que no querían
del patrio lago, las ensenadas abandonar,
sin contagiarse con el ejemplo de los que huían,
pensando siempre de los peligros poder salvar.

Mas desde entonces fué su destino, destino aciago,
ser el objeto de encarnizada persecución,
vióseles siempre de un lado a otro cruzar el lago,
huyendo tímidos de la presencia del cazador.

Y al fin, cansados los pobres cisnes de andar huyendo,
se reunieron en una triste tarde otoñal
en la ensenada, donde solían dormirse, oyendo
la cantinela de los suspiros del totoral.

Y allí, acordaron que era prudente tender el vuelo
hacia otros sitios desconocidos del invasor;
yendo muy lejos tal vez hallaran bajo otro cielo
lagos ocultos en un misterio más protector.

Y la bandada gimió de pena, sintiendo acaso
tantos amores, tantos recuerdos dejar en pos;
batieron alas, vibró en el aire «fru-fru» de raso,
que parecía como un sollozo de triste adiós.

Reina en el lago de los secretos tristeza suma,
porque hoy no vienen sobre sus linfas a retozar,
como otras veces, los nobles cisnes de blancas plumas;
nota risueña que ya no alegra la soledad.

Si por ventura suelen algunos cisnes ausentes
volver, enfermos de la nostalgia, por contemplar
el lago amado de aguas tranquillas y transparentes,
lo hallan tan triste, que alzando el vuelo, no tornan más.

Como los cisnes, que perseguidos buscan la calma,
huyendo lejos de los peligros con prontitud,
tal de la vida con los engaños huyen del alma
las ilusiones que hacen tan bella la juventud.

Cuando se alejan las ilusiones, forman bandada,
dejando tristes las soledades del corazón,
si alguna vuelve, de blancas alas, huye espantada
ante un desierto de escepticismo y de decepción.

CANTARES

Quien canta su mal espanta,
y aquel que llora lo aumenta;
yo canto por divertir
penillas que me atormentan.

Si porque me ves caído
me señalas con el pie,
piensa que soy hombre, y puedo
volver a prevalecer.

Sufre, si quieres gozar;
baja, si quieres subir;
pierde, si quieres ganar;
muere, si quieres vivir.

Al pie de un árbol sin fruto
me puse a considerar,
que pocos amigos tiene
el que no tiene que dar.



CIGUEÑAS BLANCAS

(Guillermo Valencia, colombiano)

De cigüeñas la tímida bandada,
recogiendo las alas blandamente,
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte, bajo la cúpula radiante,
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura erran-
[te.

Esas aves me inquietan; en el al-
[ma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos,
el abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

Y si, huyendo la garra que la [asecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul, ebrias de cielo...

Los pavos reales

(Salvador Rueda)

Sobre un gentil barandal
fingido por un pintor,
un pintado pavo real
abre la cola ideal
cual largo plumaje en flor.

Y enfrente, en la crestería
de un enrejado severo,
lleno de melancolía
está de noche y de día
un pavo real verdadero.

El ave viva se queja
porque hace tiempo murió
su enamorada pareja,
y a la que el arte pintó
contempla fija y perpleja.

Piensa que el amante esposo
viene a verla de improviso
por suceso milagroso,
con su traje esplendoroso
de plumas del Paraíso.

y a la bella aparición
mira el ave verdadera
con amorosa atención,
sintiendo que se le altera
el ritmo del corazón.

Ver otra vez a su amado
sobre el barandal luciendo
el plumaje desplegando
como si estuviera ardiendo
en un incendio irisado.

Se le alborota el plumaje
de pasión estremecido
y abre la cola de encaje
como un largo varillaje
de cien mil rosas vestido.

¡Oh, qué rueda llamativa
le describe enamorada
a la falsa el ave viva,
regia irguiéndose y altiva
de luces tornasolada

Revestida de arrebol
como de oro la corola
de un redondo girasol,
parece su inmensa cola
una pantalla del sol.

Y a medida que pausada
la mueve con gallardía,
en su vitela manchada
va con luz disciplinada
descomponiéndose el día.

¡Qué esplendoroso abanico!
su redondel de color
ella alisa con el pico
y lo enseña egregio y rico
a la imagen de su amor.

Ya cual nave empavesada
de velos onduladores,
pasa ante el ave pintada
y la deja deslumbrada
con su disco de colores.

Ya vuelve otra vez briosa
luciendo el plumaje real
con arrogancias de diosa,
alejándose orgullosa
como en un paso triunfal.

Mas aunque espléndida gira
y le hace tierno el amor,
la pintada no la mira,
y entonces fiera delira
dando gritos de dolor.

Desplegada la rodela
de plumas iluminadas,
ya no la ronda ni encela,
sino que rápida vuela
hacia las plumas pintadas.

Y picando en la visión
que pintó diestro el pincel,
con dislocada pasión
le arroja la amarga hiel
de su fiero corazón.

En su amorosa ceguera,
tras de picar la pintura,
vuelve hacia atrás la carrera
y otra vez le embiste fiera
con exaltada locura.

Y en su terca obstinación,
cual si estuviese copiando
al humano corazón,
parece que le está dando
asaltos a la ilusión.

Y el ave, igual que la mente
viven de ilusión en suma,
y a cada asalto valiente
rompe una idea la frente
y el pavo real una pluma.

Los dos con ciego coraje
dan asaltos a porfía,
y sueltan de su ropaje,
sus colores el plumaje,
sus luces la fantasía.



LA CALANDRIA O EL RUISEÑOR DE AMÉRICA

(Marcos Sastre, uruguayo)

Uno de los pájaros americanos que por la hermosura de su canto han arrebatado la admiración del mundo antiguo, denominado por los naturalistas *mimus* o *burlón* y *polígloto* (que habla muchas lenguas), ha recibido entre nosotros el nombre inadecuado de *calandria*, siendo así que ni aun pertenece al género de esta alondra, sino al de los mirlos. Es el mismo *burlón* de la Luisiana, la *tenca* de Chile, y el *cenzontlatole* de Méjico; nombres todos alusivos a la facultad que posee este pájaro de imitar el canto de las demás aves, y aun el grito de algunos cuadrúpedos.

También lo han llamado Orfeo por la habilidad musical, y Buffon lo llama el ruiseñor de América, reconociendo la supremacía de nuestro cantor sobre la filomena del viejo mundo. El es también el único en el globo que tiene el arte singular de acompañar su voz con movimientos de gracia y de expresión. Los burlones, o llámeseles calandrias, son aves exclusivamente americanas como los picaflores; unos y otros sin rival en toda la creación, en su belleza y variedad éstos, y aquellos en gracia y canto. Las dos especies recorren todo este vasto continente, hermoseando la una con su lindeza y su gracejo, y la otra con su música y su mímica, los sitios privilegiados con un suelo feraz y un cielo ardiente y templado.

Nuestra calandria tiene un ropaje pardo y sin brillo. M.

Lesson, examinando una, muerta en los alrededores de Montevideo, la encontró de una extraordinaria semejanza con la especie de Cuba y de los Estados Unidos. La parte superior de su cuerpo es de un color ceniciento oscuro, con listas blancas en las alas; tiene unas manchas blancas sobre los ojos, figurando grandes cejas; su pecho es ceniciento, y el vientre blanquecino. Lejos de hacer daño en los sembrados y jardines, persigue las orugas, y en el invierno destruye las crisálidas que las harían pulular después de su transformación. Es difícil tenerla enjaulada si no se ha criado en casa, a causa quizá de ser de un natural tan vivo, que no se pára jamás, pues hasta para cantar va saltando o revoloteando. A poco tiempo de hallarse sin libertad muere consumida de tristeza. Sin embargo, es un ave bastante familiar y con cierta inclinación al hombre, pues se la ve acercarse con frecuencia a su morada, complaciéndose con cantar a su presencia. No debemos nosotros manifestar menos humanidad y gratitud que los americanos del norte para con esta avecita inocente y preciosa. «Los niños (dice Audubon) en general, no tocan estas aves, que son protegidas por los labradores; y esta benevolencia para con ellas llega a tal punto en la Luisiana, que no es permitido matarlas en ningún tiempo».

Es imposible leer las brillantes páginas que aquel elocuente ornitólogo consagra al burlón, sin admirar y cobrar el más tierno afecto al objeto de su entusiasmo.

«No son (dice hablando de su canto), no son las dulces consonancias de la flauta o del óboe las que escucho, sino las notas más armoniosas de la misma naturaleza; la suavidad de los tonos, la variedad y gradación de las modulaciones, la extensión de la escala, la brillantez de la ejecución, todo aquí es sin rival. ¡Ah! sin duda, en el mundo entero no existe ave alguna dotada de toda las calidades musicales del rey del canto, de aquel que ha aprendido todo en la naturaleza, sí, todo!» «No sólo canta bien y con gusto (añadiremos con Buffon), sino también con acción y alma; o por mejor decir, su canto no es otra cosa que la expresión de sus afecciones internas; se entusiasma con su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos, siempre adaptados a la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya adquiridas».

El canto de la calandria

(Luis Piñeyro del Campo, uruguayo)

Ha dos años que vino con las flores,
Con los brotes tempranos, con la savia
Que al bullir en la médula del árbol
Hace temblar las adormidas ramas;

En la dulce estación de los amores,
En que todo lo bello se engalana,
Y las brisas se impregnan de perfumes,
Y las nubes se ponen encarnadas.

Y vino con la luz: detuvo el vuelo
En el ombú vecino una mañana,
Cuando aún el alba del cercano día
Entre las sombras tímidas flotaba.

Inquieta giró en torno su cabeza,
Ocultóse en las hojas azorada,
Voló luego a la cima, donde erguida
Peinó sus plumas y batió sus alas.

Y cantó susurrando blandamente
Sus gorjeos, remedo de las auras,
Leve rumor del tímido aleteo
De pájaros saltando entre las ramas.

Y luego era el murmurio de hondo cauce,
En que, en hilo finísimo, las aguas
A través de enlazados camalotes
Y de abatidos troncos se resbalan.

Y más tarde fué un trino alborozado,
Un saludo a la luz de la mañana...
Y luego, como quejas de una ausencia
En amargos suspiros expresadas...

Hace dos años que vino, y, desde entonces,
La vuelta de mi artista solitaria
Aguardo en la estación de los amores
Al romper de las frescas alboradas.

Y acude con la luz, y yo la escucho,
Desde el balcón de mi callada estancia,
Dar al aire sus voces melodiosas,
Del ombú columpiándose en las ramas.

Y para mí sus notas son sentidas,
Su acento para mí tiene palabras,
Que dicen cómo el ave aquella ríe,
Goza y sufre y se queja cuando canta.

Tan sólo luego, cuando crece el día
Y las gentes, cruzándose afanadas,
Pasan bajo el ombú do se cobija
Mi artista solitaria, sin mirarla,

Y entre el ruido febril que desde abajo
En ondas tumultuosas se levanta,
El dulce acento de aquel ave muere,
El eco débil de su voz se apaga.

Dudo a solas y pienso y me pregunto:
¿Cómo pueden pasar sin admirarla?...
¿No será que tal vez el ave es muda
Y yo tengo la música en el alma?

El Zorzal

(Abel González G., chileno)

Mientras la tarde otoñal
de frío enferma agoniza,
y un trasminante rachal
las rudas greñas eriza
del áspero montañal;
desde el añoso peral,
donde columpia la brisa
la hamaca de tu nidal,
¡Poetiza, poetiza,
canta, mi hermano zorzal!

No por brillante es extraño
de tu plumón el barniz,
pero, si en el pecho es gris
y sobre el ala es castaño,
como plumón de perdiz,
bajo ese opaco matiz
guardas, trovador huraño,
el dulce y sonoro caño
de tu garganta feliz.

Canta, mi hermano cantor,
la voz henchida levanta
de gratitud y de amor
para alabar al Señor,
que puso con mano santa,
filtros de vida en la planta,
suave perfume en la flor,
en el lucero fulgor
y ese prodigio que canta
con hechicero rumor
en tu divina garganta...

Ya con pausados andares,
van los gañanes cerreros,
a cuestas con sus aperos
camino de sus hogares,
y, en pensativos rumiares,
las reses en los potreros
sueñan pesados hartares;
ya, en el redil, los corderos
lanzan trémulos balares,
y alternan graves cantares
las ranas en los esteros;
ya a la luz de los postreros
destellos crepusculares
y al fulgor de los primeros
melancólicos luceros
que dan tenues titilares,
todo en los montes severos
despierta grises soñares,
y hondos sentires austeros
y ya olvidados pesares...

¡Qué triste, en otoño, el día
muere en la sierra chilena,
que en bruma gris se atavía,
como en un manto de pena!
¡Qué intensa melancolía
todos los hondores llena
de la abrupta serranía!...
¡Mas tu gentil melodía
¡Oh hermano cantor, resuena,
cual desgranada cadena
de radiante pedrería,

y la montaña sombría
parece que se alza ajena
a su tristeza bravía:
parece que una alegría
mística, grave y serena
pone un matiz de azucena
de la tarde en la agonía:
parece que de ambrosía
tu voz vuelva una colmena
y hasta el alma opaca y fría
llega esa miel tibia y buena...

Es esta ¡oh alado vate!
la hora de tu canción:
que tu garganta desate
de sus arpegios el dón.
bajo el cielo en floración
anaranjada y granate:
que por doquier se dilate
su dulce y sonoro són,
ya cual trémula oración,
ya de un clarín de combate
con la vibrante inflexión,
ya cual grito de pasión
donde se escuche que late
de la sierra el corazón.

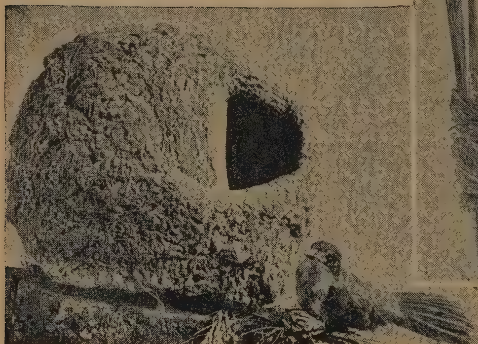
Vierte, hermano tu cantar
por sobre el paisaje yerto,
de opaca bruma cubierto,
como un enlutado altar,
donde el ocaso, al brillar
con su resplandor incierto,
parece parpadear,
como un cirio sobre un muerto:
anima tú este desierto
de tristeza y de pesar:
¡canta, canta sin cesar,
desde el peral de mi huerto,
trovador crepuscular!...

CANTARES

Siempre trabaja en su daño
el astuto engañador:
a un engaño hay otro engaño,
a un pícaro otro mayor.

Si el rey de España supiera
lo que a los presos les pasa,
de cárcel en cárcel fuera
echándolos a su casa.





El hornero

(Atilio Supparo, argentino)

Engarzado en la horqueta de una
[rama
que en línea horizontal se balancea,
el nido de un hornero jinetea,
seguro del poder de su amalgama.

Sobre él, en actitud del que de-
[clama
un himno de victoria en la pelea,
ríe su constructor, grita, aletea,
toreando al vendaval que silva y
[y brama...

Fué ese nido, quizás, tosco modelo
de los ranchos que alzaron los pai-
[sanos
sobre las verdes lomas de este suelo.

Ese noble arquitecto que no yerra,
es el pico más hábil de los llanos,
el pájaro más gaucho de mi tierra...

MARTÍN-PESCADOR

(Amós Escalante)

Yo nací para volar
en un cauce montañés,
de altos troncos a los pies,
donde suena cerca el mar.
En mi pluma verde azul
puso, entre chispas de sol,
la hoja tierna su arrebol,
el hondo cielo su tul.
Tranquilo, casi feliz,
me albergo en angosto nido,
bien guardado y mal tejido
de un aliso en la raíz.
Nunca aun oyéndolo hablar,
fué gusto ni intento mío
llegar por el cauce al río
y por el río a la mar.
Nuevas del mundo me traen
voces que las selvas tienen,
flores que en las aguas vienen,
hojas que del árbol caen...
Odio el ruido, paces quiero,
y por solo y por callado
de adusto y mal humorado
me moteja el pasajero.
Mas ¿a quién pudo agraviar
que el cauce su fondo esconda?
El agua cuanto más honda
se deja menos mirar...
Si ofrece triunfos la tierra,
y celebrados y nobles
medran laureles y robles
en lo áspero de la sierra,
Brindan en aguas del cauce
a mi vivir lo preciso
las cortezas del aliso
y los renuevos del sauce...
Pues negó a mi condición
naturaleza discreta
el pecho de la certeza
y las alas del halcón.
¿A qué buscar en los cielos,
a qué pedir a los mares
aire más rico en azares,
vida más puesta en desvelos?
¡Tentación de muchos es,
ancho mundo, en ti soñar!
Yo nací para morar
en mi cauce montañés.

CANTARES

En la puerta del presidio
hay escrito con carbón:
«aquí el bueno se hace malo,
y el malo se hace peor».

No hay más amigo que Dios,
y esto es claro y evidente:
el más amigo es traidor,
y el más verdadero miente.



El loro

(Leopoldo Lugones, argentino)

Socarrón, perspicaz, sonoro,
A la casa aturde y alegra
Con su ladina lengua negra,
Sobre su aro y su percha el loro.

Sabe cantar un tango entero,
Los nombres nunca desacierta,
Y según llamen a la puerta,
Grita: *¡la leche!* o *¡el cartero!*

Ya repite la carcajada
Y el rezongo de la vecina,
Ya remedando a la gallina,
Miente otro huevo a la nidada.

O apreciando al pelafustán,
Con su sagaz ojo de vieja,
Le suelta, mientras lo festeja,
Una medalla y un refrán.

Y es de admirar con qué decoro
No desprovisto de ironía,
Dice a la fámula tardía:
«No se olviden del pan del loro».

Mas, aunque el pan sea muy rico,
Apenas hay mejor regalo
Qué el de darle a mondar un palo
Donde pueda gastarse el pico.

También sirve un aro de pipa;
Pues, si no se hace de este modo,
El mismo se despluma todo
Y al primer frío se constipa.

En el nativo quebrachal,
Labra su nido, sin empacho,
Agujereándose un quebracho
Sobre la línea transversal.

De eso le queda la costumbre:
Y así, con cháchara traviesa,
Cala una pata de la mesa
O una viga de la techumbre.

Suspenso allá cabeza abajo,
Mientras le ofrecen una caña,
Con irritante sorna engaña
Su balanceo de badajo.

Pero, como es una persona
En el fondo amable y sensata,
Sabe también «poner la pata»
En el dedo de la patrona.

Y habla con tal circunspección
Y propiedad tan perentoria,
Que oigan ustedes esta historia,
Que es cosa cierta, no invención:

Un chiquillo que no sabía
Que existiese un pájaro que habla,
Con su lindo fusil de tabla
Junto a un loro se divertía.

Alborotado el pelo de oro,
Paróse ante él, impertinente,
Cuando de pronto, gravemente,
«¿Cómo te va?» le dijo el loro,

Ante aquel aire de doctor,
Que le infundió profundo engorro,
Quitándose el chiquillo el gorro,
Respondió: «Bien. ¿Y a usted, se-
[ñor?...»

Porque no en vano él atesora,
Cuando libre remonta el vuelo,
En la frente un poco de cielo,
Y en el ala un poco de aurora.

Como una joven que bien labra,
Oro y rubí su pluma integra;
Y su ladina lengua negra
Saca el oro de la palabra.

Oro de loro que es tesoro
De alegría y de ingenio claro.
Fútil metal que acuña en su aro
Con derroche estridente el loro.

PALOMA BLANCA

(Luis Felipe Contardo, chileno)

Toda limpia eres tú, toda ino-
[cente!...
Del tibio nido en la íntima ternura
Eres del casto amor imagen pura,
Con la luz del pudor sobre la
[frente.

Cuando en la margen de azulada
[fuente
Que soñadora entre el juncal mur-
[mura,
O, replegada el ala, en la espesura
Del sombrío pinar, tu voz doliente

Dejas oír, parécenme tus quejas
Notas del himno que en su eterno
[anhelo
Entona la esperanza... Y si te ale-
[jas
Del bosque, y te alzas con tran-
[quilo vuelo
Por la callada inmensidad, semejas
Candorosa oración que sube al
[cielo!..

El nido

(Juan de Dios Peza, mejicano)

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ella columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un trovador
que, en la tarde sosegada,
en la noche, en la alborada
les cantó endechas de amor

Ellos forman su tesoro,
y en el ramaje sombrío
les responde a cada pío
cual diciendo: «los adoro».

Quien los ve se maravilla:
aire y luz les da el espacio
y viven en un palacio
de yerbas, plumón y arcilla.

Un rapazuelo atrevido
destructor, inquieto y malo
arregló un garfio de un palo
para derribar el nido.

Ya lo alzaba con sus manos
cuando enternecido pecho
le gritó:—Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos.

Piénsalo un instante y dí:
¿qué hiciera yo, qué esperara,
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a tí?

Volvió el rostro con enojos
y habló a su madre el rapaz
que, con tristeza en la faz
y un mar de llanto en los ojos.

—Deja tales desvaríos,
le dice; los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido los míos.

Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno, y deja a las fieras
el vil placer de matar.



TIPOS O CARACTERES

TIPO O CARÁCTER *es como un retrato genérico, esto es, no de un particular, sino de un personaje colectivo, el niño, el viejo, el labrador, el gaucho.*

EL GENIO ESPAÑOL

(O. Bunge, argentino)

El clima, el aire, los alimentos, el aspecto general de la naturaleza y hasta la configuración geográfica de cada país, influyen sobre el carácter de sus habitantes. El clima demasiado cálido o frío enerva; el aire puro, no enrarecido en exceso por la altura sobre el nivel del mar, vivifica; la alimentación rica y variada fortalece; el paisaje estimula el ánimo o lo deprime; la configuración geográfica determina las necesidades de la defensa territorial.

Formado en un clima benigno, sobre un suelo feraz y en medio de pintorescos paisajes, el clásico pueblo español poseyó siempre un alma inteligente y grande. Imprimió indeleblemente a esta alma un sello guerrero la configuración geográfica del país. Opulenta y hermosa península, abierta por el Mediterráneo,

los Pirineos y el estrecho de Gibraltar, que antes había sido istmo, a la codicia de todas las razas y a la conquista de todos los pueblos de Europa, Asia y Africa, el suelo español existió en continuo estado de defensa. Sus antiguos habitantes, llamados los iberos, con los cuales se amalgamó el elemento celta, viéronse continuamente amagados por fenicios, griegos, cartagineses, romanos. Vivieron en guerra secular contra el extranjero invasor, que sólo pudo ocupar ciertos puntos de la costa, donde fundó colonias. El estado de guerra modeló al pueblo peninsular, su carácter combativo y le inspiró el épico culto del valor. Más tarde, la conquista romana, que en otras provincias del imperio se limitaba al paso victorioso de un ejército, tuvo que mantener en Hispania guarniciones permanentes. El heroísmo español se demostró ya en las defensas de Sagunto y de Numancia. Y esa dominación romana, mezclando su sangre con la de las poblaciones conquistadas, dejó tan hondas huellas que, cuando terminó, el pueblo, de suyo inteligente, había adoptado su habla e iniciado una nueva cultura. En virtud de una fatalidad geográfica e histórica, prodújose además la invasión de los godos, quienes, triunfantes, no se mezclaron hondamente con los indígenas, a quienes dieron sólo jefes. Estas invasiones y conquistas pudieron realizarse, a pesar del indómito valor de los peninsulares, porque sus poblaciones no estuvieron nunca unidas ni militarmente organizadas. Manteníanse en el aislamiento, producto de su propio espíritu arrogante y batallador, favorecido por la geografía de la península. Separadas las distintas regiones por las montañas, en cada región se había formado un pueblo, solitario como un nido de águilas.

Vióse España atacada, en el siglo VIII, por una nueva invasión. Los árabes, encendidos en la pasión religiosa del Islam, penetraron hasta el corazón de la península, y sentaron en ella sus reales. Más irritante que las anteriores, por su carácter oriental y su credo, la invasión árabe provocó vivo sacudimiento en las poblaciones hispánicas. ¡Era menester rechazarla! Para ello no había más medio que la unión entre algunos de los varios reinos en que entonces estaba España dividida... Opúsose la Cruz al Islam, y los moros fueron expulsados del sagrado suelo de la patria, precisamente cuando se descubría el Nuevo Mundo.

La configuración peninsular de España, obrando en las costumbres de sus habitantes, les ha forjado, pues, un alma esencialmente guerrera. Su bélica arrogancia ha florecido en todas las manifestaciones de su cultura: la religión, la política, las industrias, las bellas artes, las letras. Y fué en la conquista de América donde se revelaron tal vez mejor que en ninguna parte el heroísmo y la inteligencia del genio español. Los hombres que en frágiles carabelas desafiaban y vencían las borrascas del océano; los aventureros que cruzaron y transpusieron las vírgenes espesuras y las agrias cordilleras de desconocidos continentes, a través de pueblos hostiles; los puñados de soldadotes que, con Hernán Cortés o con Francisco Pizarro, dominaron poderosos



imperios, presentándose como verdaderos héroes, ¡como semidioses! ¿Qué nación tuvo nunca hijos más valientes, ni realizó con tan escasos medios mayores proezas, asombro y maravilla del mundo todo?... ¡Ah! El genio español, cuyas condiciones esenciales fueron siempre la bravura y la inteligencia, podrá haberse eclipsado pasajeramente en la penumbra durante los siglos XVIII y XIX; pero, ni los soles del firmamento ni el genio de los grandes pueblos, se apagan en un día. El genio español ha reaparecido en el Siglo XX, acaso más esplendoroso que nunca, sobre el cielo de ambos mundos, con fulguraciones de una nueva aurora de gloria.



La infancia

(Selgas)

Cielos azules,
nubes de nácar,
limpios celajes
de oro y de grana;

campos floridos,
verdes montañas,
valles amenos,
cumbres lejanas,

ricos paisajes
de sombras vagas
que misteriosos
pinceles trazan;
luces que vienen,
luces que pasan,
nidos que pían,
aves que cantan,
ángeles bellos
de blancas alas,
sueños de oro,
cuentos de hadas,
días risueños,
noches calladas
en que discurren
negros fantasmas;
ecos del aire,
voces del agua,
vagos perfumes
de esencia varia;
mucha alegría,
mucha esperanza,
pocas tristezas
y algunas lágrimas,
esa, hijo mío,
flor de mi alma,
esa es tu vida,
esa es tu infancia.

El niño en viaje

(F. López Merino, argentino)

Un niño, frente a mí, va mirando el paisaje;
sus ojillos descubren las flores campesinas
y como el tren se lanza por valles y colinas
este niño se llena de emoción en el viaje.

Silabea palabras que apenas oigo, asombra
esta mirada suya penetrante y tranquila;
se dijera que ansía que su clara pupila
aprisione los bellos pormenores que nombra...

Los demás, abstraídos, el paisaje olvidamos.
El pensamiento nuestro cesa de hilar, reposa...
Yo me he dicho ante el niño que admira el cielo rosa:
él es el más poeta de los que aquí viajamos.



El pueblo vasco

(Aristides Rojas, venezolano)

Hay un pueblo cuya historia remonta a la noche de los tiempos; cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclismos humanos; cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el transcurso de los siglos, después de luchas sangrientas y episodios sublimes que los anales del mundo registran, como los puros blasones de la raza primitiva que probó en remotas épocas el suelo ibérico. Ese pueblo es el vasco.

Indómito, guerrero, generoso y altivo, con sus tradiciones seculares, con sus costumbres austeras, con sus luchas escritas con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, a la luz o a la sombra,

la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular....

. . . .

El vasco es la nacionalidad triunfante: es el Araucano de los Pirineos, siempre vigilante, siempre atento al rugido de la tempestad. No hay pueblo, no hay roca, no hay árbol que no hayan sido testigos de sus proezas desde las más remotas épocas. Diez y nueve siglos han pasado, y ahí está como atalaya del mar cantábrico, inmutable, sereno y temible en su lucha, si ve en peligro su nacionalidad y sus fueros, que él está dispuesto a sostener a costa de la sangre de sus hijos. ¿Quién nos contará la historia de aquella madre que prefiere sacrificar a su hijo antes que dejarle prisionero en las garras del romano? ¿Quién nos contará la historia de aquel que ordena la muerte de uno de sus hijos para salvar a sus progenitores encadenados? Cuando en Aljubarrota el Rey Don Juan se ve cercado de enemigos, y en vísperas de sucumbir, un vasco se apea del caballo que monta y se lo presenta al soberano para que escape, mientras él, poniéndose de blanco a los enemigos y ofreciéndose como víctima, salva con su vida la del monarca.

¡Cómo podríamos multiplicar los ejemplos del heroísmo patrio y de la abnegación sublime de este pueblo rey, para quien su independencia es su talismán y su gloria!

Cuando suena la trompeta guerrera y el estandarte de Castilla flamea en las altas cimas, todas las aldeas echan a vuelo sus campanas, y como hilos telegráficos, el sonido va anunciando de pueblo en pueblo la hora del peligro. Entonces las familias se aprestan al combate, estremécense las montañas y vense desfilar, por los collados inaccesibles, legiones humanas que solicitan el sacrificio; el movimiento bélico es entonces la vida de esos pueblos del mar cantábrico, y los apóstoles de la nueva cruzada, como los antiguos vascos reunidos bajo la sombra del viejo árbol de Guernica, evocan los recuerdos de lo pasado y alientan con su ejemplo la falanje joven que deja el arado por los arreos del militar.

¿Quién ayudará a los nuevos combatientes? Están solos; pero tienen por escudo lo pasado de sus progenitores, por divisa su nacionalidad y por retirada sus montañas. La memoria no los

abandona, y al registrar las páginas inmortales de España recordarán que el vasco pertenece a todas las glorias y a todos los lugares. Recordarán que estuvo en las Navas de Tolosa, y en el Salado, y en Lepanto. Vasco es el que vence a Carlomagno en Roncesvalles y vasco es el que conduce la enseña gloriosa en el puente roto de Castilla. El vasco se encuentra en los muros de Gibraltar y en los de Granada; vasco, en fin, es el que hace prisionero a Francisco I en los muros de Pavía.

Sacadlo del campo de batalla, y lo encontraréis como el primer explorador de la ballena en los mares de Groenlandia y de Terranova, y conocedor de todos los océanos. Dueños del mar cantábrico, fueron ellos los que inspiraron a Colón el descubrimiento de América, y cuando el célebre Genovés guía su proa en dirección del Nuevo Mundo, vascos le acompañan. Bien merecían seguir en solicitud de América los dominadores de las olas, los vencedores del mar, como los llama Michelet. Otro habría sido el destino de aquella armada invencible de Felipe II, si los almirantes vascos que la mandaban no hubieran sido retirados para confiarla a un almirante de Castilla.





Indole del pueblo argentino

(D. F. Sarmiento, argentino)

Existe un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra.

¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... y no ver nada? porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No se sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando, en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levan-

ta sin saber de dónde, se extiende en el cielo, mientras se cruzan dos palabras y, de repente, el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y éste retiene el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad sucede después a la luz; le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada: sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo, en fin, símbolo de poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas continúa en su imaginación, del mismo modo que, cuando miramos fijamente el sol, queda largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho a quién matan con frecuencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádese que si es cierto que el flúido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman flúido nervioso, el cual, excitado, subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad, hasta el punto de que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

También nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposición nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un argentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, o le pasan una vihuela; y, si se excusa diciendo que no sabe pulsarla, lo extrañan y no le creen, «porque siendo argentino—dicen,—debe ser músico». Esta es una preocupación popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto, el joven culto de las ciudades toca el piano o la flauta, el violín o la guitarra: los mestizos se dedican casi exclusivamente a la música, y son muchos los hábiles compositores e instrumentistas

que salen entre ellos. En las noches de verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas; y tarde en la noche el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste*, que predomina en los pueblos del norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, según Rousseau.

La *vidalita*, canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redoble se reune la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces. Este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó, en celebración de la Candelaria, y, como canto religioso, debe ser antiguo y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras: el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por la que su canto exige.

Costumbres de los gitanos

(De «La Gitanilla» de Cervantes)

Con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos. Los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los ríos peces y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casa las cuevas. Para nosotros, las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, música los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos, nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos ni la contrastan paredes; a nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del *sí* al *no*

no hacemos diferencia cuando nos conviene. Siempre nos preciamos más de mártires que de confesores. Para nosotros se crían las bestias de carga en los campos, y se cortan las faltriqueras en las ciudades. No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña que más pronto se abalance a la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen. Y, finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen: porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos, y de noche robamos, o, por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla, ni sustentamos bandos, ni madrugamos a dar memoriales, ni a acompañar magnates, ni a solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos; por cuadros y países de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche. Vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera el alba alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes; ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere al soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, a la esterilidad que a la abundancia. En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entrometernos con el antiguo refrán: «iglesia o mar, o casa real,» tenemos lo que queremos; pues nos contentamos con lo que tenemos.

EL PEDAGOGO AVARIENTO

(Quevedo)

Había en Segovia un licenciado Cabra que tenía por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un hombre cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo; no hay más que decir a quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color; los ojos avencindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se la habían comido unas bubas de resfriados; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos, se los habían desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos, las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo parecía tenedor o compás, con dos piernas largas y flacas. Su andar muy despacio; si se descomponía, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. La habla ética, la barba grande, que nunca se la cortaba, por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero sobre su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado, con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspas. La capa, según decían algunos, era milagrosa, por que no se sabía de qué color era; unos viéndola sin pelo, la tenían por de cuero de rana, otros decían que era ilusión; desde cerca parecía, con los cabellos largos, la capa mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues su aposento, aun arañas no había en él; conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin él era archipobre y protomiseria.



Mi vaquerillo

(José M. Gabriel y Galán)

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquítica manta
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—
su blusilla y hacerme almohada!
Una noche solemne de Junio,
una noche de Junio muy clara!...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...
Y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana,
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.
¡Qué noches, qué noches!
¡Qué horas, qué auras!
¡Para hacerse de acero los cuerpos!
¡Para hacerse de oro las almas!
Pero el niño ¡qué solo vivía!
¡Me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan solo pasaba
las noches de Junio
rutilantes, medrosas, calladas,
y las húmedas noches de Octubre,
cuando el aire menea las ramas,
y las noches del turbio Febrero
tan negras, tan bravas.

Con lobos y cárabos
con vientos y aguas!...
¡Recordar que dormido pudieran
pisarlo las vacas,
morderle en los labios
horrendas tarántulas,
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...
¡Vaquerito mío!
¡Cuán amargo era el pan que te daba!
Yo tenía un hijito pequeño,
—¡hijo de mi alma,
que jamás te dejé si tu madre
sobre ti no tendía sus alas.—
Y si un hombre duro
le vendiera las cosas tan caras!...
Pero ¿qué van a hablar mis amores,
si el niñito que cuida mis vacas
también tiene padres
con tiernas entrañas?
He pasado con él esta noche,
y en las horas de más honda calma,
me habló la conciencia
muy duras palabras...
Y le dije que sí, que era horrible...
que llorándolo el alma ya estaba.
El niño dormía
cara al cielo con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba,
y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara!
Y le dije con voz de cariño
cuando ví clarear la mañana:
—¡Despierte mi mozo,
que ya viene el alba
y hay que hacer una lumbre muy
[grande
y mi almuerzo muy rico..., ¡levanta!
Tú te quedas luego
guardando las vacas
y a la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...
Y a tu madre a la noche la dices
que vaya a mi casa,
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

El vendedor de naranjas

(Juana de Ibarbourou, uruguaya)

Muchachuelo de brazos cetrinos
que vas con tu cesta
rebosando naranjas pulidas
de un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las
[chacras
y a los árboles amplios trepaste,
como yo me trepaba cuando era
una libre chicuela salvaje.

Ven acá, muchachuelo; y o ansío
que me vuelques tu cesta en la
[falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor de naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo
naranjales tan prietos rodean
que en Agosto semejan de oro
y en diciembre de azahares blan-
[quean.

Me crié respirando ese aroma,
y aun parece que corre en mi sangre;
naranjitas pequeñas y verdes
siendo niña enhebraba en collares.

Después, lejos llevóme la vida;
me he tornado tristona y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo,
indiecito, algún día te llevan,
y no eres feliz, y suspiras
por volver a tu vieja querencia...

Y una tarde, en un soplo de viento,
el sabor a tus montes te asalta...
Ya sabrás, indiecito asombrado,
lo que es la palabra «Nostalgia».

El mótorman

(Emilio Frugoni, uruguayo)

Y en tanto voy vagando, feliz, a mi albedrío,
de un tranvía que pasa en el mótorman veo
una expresión tan honda de tristeza y de hastío
que acibara un instante la miel de mi paseo.

Va el hombre cual si fuere adherido a su coche,
siendo del engranaje partícula integral,
condenado a seguir en el día y la noche
el cauce de un camino invariable y fatal.

Le imponen los rieles su inerte despotismo
y empuñando en su diestra el timón del tranvía
siente que como un puño la obsesión de la vía
le impide ser el dueño y señor de sí mismo.

¡Qué ruda tiranía la de los materiales,
cosas que el hombre crea para hacerlas esclavas!
Ellas en nuestra suerte dominan como bravas
voluntades eternas y sobrenaturales.

Entre ellas como autómata mueve el hombre moderno
su obligatorio paso que extrañas fuerzas guían,
y en tanto que mil ojos vigilantes lo espían,
sueña ser fuerte y libre, bajo un dogal eterno...

El mótorman... un hombre amarrado a un camino
y que se cree no obstante un conductor. Y ¿acaso
yo que llevo a mi antojo por la ciudad el paso
soy por eso más dueño de mi propio destino?



Un cura de aldea

(Ignacio Manuel Altamirano, mejicano)

De repente, y al desembocar de un pequeño cañón que formaban dos colinas, el pueblecillo se apareció a nuestra vista, como una faja de rojas estrellas en medio de la oscuridad, y el viento de

invierno pareció suavizarse para traernos en sus alas el vago aroma de los huertos, el rumor de las gentes y el simpático ladrido de los perros, ladrido que siempre escucha el caminante durante la noche, con intensa alegría.

—Ahí tiene Ud. mi pueblo, señor capitán—me dijo el cura.

—Me parece muy pintoresco—le contesté—a juzgar por la posición de las luces y por el aire balsámico que nos llega, y que revela que allí hay pequeños jardines.

—Sí, señor; los hay muy bonitos. Como el clima es muy frío y el terreno bastante ingrato, los habitantes se limitaban, antes de que yo llegara aquí, a cultivar algunos pobres árboles que no les servían más que para darles sombra: unas cuantas y tristes flores nacían enfermizas en los cercados, y en vano se hubiera buscado en las casas la más común hortaliza para una ensalada o para un puchero. Los alimentos se reducían a tortillas de maíz, fréjol, carne y queso; lo bastante para no morirse de hambre, y aun para vivir con salud; pero no para hacer más agradable la vida con algunas comodidades tan útiles como inocentes.

Yo les insinué algunas mejoras en el cultivo; hice traer semillas y plantas propias para el clima, y como los vecinos son laboriosísimos, ellos hicieron lo demás. Jamás un hombre fué mejor comprendido que lo fuí yo; y era de verse, el primer año, cómo hombres, mujeres, ancianos y niños, a porfía, cambiaban el aspecto de sus casas, ensanchaban sus corrales, plantaban árboles en sus huertos, y aprovechaban hasta los más humildes rincones de tierra vegetal para sembrar allí las más hermosas flores y las más raras hortalizas.

Un año después, el pueblecito, antes árido y triste, presentaba un aspecto risueño. Hubiérase dicho que se tenía a la vista una de esas alegres aldeas de la Saboya o de mis queridos Pirineos, con sus cabañas de paja o con sus techos rojos de teja, sus ventanas azules y sus paredes adornadas con cortinas de trepadoras, sus patios llenos de árboles frutales, sus callecitas sinuosas, pero aseadas, sus granjas, sus queseras y su gracioso molino. Su iglesita pobre y linda, si bien está escasa de adornos de piedra y de altivos pórticos, tiene en cambio, en su pequeño atrio, esbeltos y coposos árboles; las más bellas parietarias enguirnaldan su humilde campanario con sus flores azules y blancas; su techo

de paja presenta con su color oscuro, salpicado por el musgo, una vista agradable; la cerca del atrio es un rústico enverjado formado por los vecinos con troncos de encina, en los que se ostentan familias enteras de orquídeas, que hubieran regocijado al buen barón de Humbolt y al modesto y sabio Bompland; y el suelo ostenta una rica alfombra de caléndulas silvestres, que fueron a buscarse entre las más preciosas de la montaña. En fin señor, la vegetación, esa incomparable arquitectura de Dios, se ha encargado de embellecer esa casa de oración, en la que el alma debe encontrar por todas partes motivos de agradecimiento y de admiración hacia el Creador.................

....

—Señor cura,— le dije—estoy muy contento de oír a Ud., y me parece admirable la rapidez con que Ud. ha cambiado la faz de estos pobres lugares.

—La religión, señor capitán, la religión me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizá no habría yo sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas esas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por El: mi dignidad se opone a esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura daba una autoridad a mis palabras, que los montañeses no hubieran encontrado en la boca de una persona de otra clase.

Además, ellos han tenido ocasión todos los días de conocer la sinceridad de mis consejos, y esto me ha servido muchísimo para lograr mi principal objeto, que es el de formar su carácter moral; porque yo no pierdo de vista que soy, ante todo, el misionero evangélico. Sólo que yo comprendo así mi cristiana misión: Debo procurar el bien de mis semejantes por todos los medios honrados; a ese fin debo invocar la religión de Jesús como causa, para tener la civilización y la virtud como resultado preciso: el Evangelio no sólo es la Buena Nueva bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino también desde el punto de vista del bienestar social...

—Señor cura— volví a decir entusiasmado, ¡usted es un demócrata verdadero!... ¡Dios mío! qué bendita Navidad esta que me ha hecho encontrar lo que me había parecido un sueño de mi juventud entusiasta!

El esclavo

(Adolfo Berro, uruguayo)

¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro doquiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del almo Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente
El Blanco codicia llevara y maldad;
Cautivo al inerme condujo insolente,
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo,
Que senda espaciosa tranquilas le dan,
Y al negro condenan a bárbaro yugo,
A vida infecunda de mísero afán.

El guardabosque

(Herrera Reissig, uruguayo)

Que aúlle la mesnada o la sierpe se enrosque,
Vela impávido, y sólo que un mal sueño lo exija,
Suspicaz como un gato, duérmese el guardabosque
Con su brazo de almohada y el buen sol por cobija:

El se mira en su selva como el padre en su hija.
Y aunque cruja la nieve, y aunque el cielo se enfosque,
La primera instantánea del Oriente lo fija
Como a un genio hierático, Sacerdote del bosque.

Los domingos visita la cocina del noble,
Y al entrar, en la puerta deja el palo de roble.
De jamón y pan duro y de lástimas toscas

Cuelga al hombro un surtido y hecha a andar taciturno,
Del cual comen, durante la semana, por turno:
El, los gatos y el perro, la consorte y las moscas...



Una excursión a los indios ranqueles

(Lucio Mansilla, argentino)

Para ganar tiempo y dar alivio a mis cabalgaduras mandé mudarlas. Los indios no echaron pie a tierra. Tienen ellos la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y extendiendo las piernas cruzadas en las ancas; así permanecen largo

rato, horas enteras a veces. Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse sacan el freno y lo ponen. El caballo del indio, además de ser fuertísimo, es mansísimo ¿Duerme el indio? no se mueve. ¿Está ebrio? le acompaña a guardar el equilibrio. ¿Se apea y le baja la rienda? allí se queda. ¿Cuánto tiempo? Todo el día. Si no lo hace, es castigado de modo que entienda por qué. Es raro hallar un indio que use manea, traba, bozal y cabestro. Si alguno de estos útiles lleva, de seguro que anda *redomoneando* un potro, o en un caballo arisco o enseñando uno que ha robado en el último malón.

El indio vive sobre el caballo, como el pescador en su barca; su elemento es la Pampa, como el elemento de aquel es el mar.

¿Adónde va un indio que no ensille, que no salte en pelos? ¿Al toldo vecino que dista cuadras? Irá a caballo. ¿Al arroyo, a la laguna, al jagüel, que están cerca de su misma morada? Irá a caballo. Todo puede faltar en el toldo de un indio. Será pobre como Amán. Hay una cosa que jamás falta. De día, de noche, brille espléndido el sol o llueva a cántaros, en el palenque hay siempre enfrenado y atado de la rienda, un caballo.

A horse! A horse! my kingdom for a horse!

Todo, todo cuanto tiene dará el indio en un momento crítico, por un caballo.

Mudábamos, tomando *a mano*.

Es una operación campestre entretenida, no haciéndola torpemente, es decir, enlazando.

Cada grupo de mi gente rodeaba su tropilla. La madrina estaba maneada. Los animales remolineaban a su alrededor. Entre varios tenían dos o más lazos formando un círculo a manera de corral. Entraban en él, uno después de otro, por turno de numeración, los que iban a mudar. El encargado de la tropilla, elegía un caballo de los menos sobados, lo designaba diciendo verbigracia, «el oscuro overo, para el número 4»; el individuo determinado así, con el freno y el bozal en la siniestra, se acercaba a aquel con maña, con cuidado de no asustarlo, buscándole la vuelta, echándole de lejos sobre el lomo, si no era manso, la punta de la rienda o el cabestro, a cuyo contacto se queda casi siempre quieto el manso y dócil corcel.

La operación de mudar a lazo en medio del campo, a más

del riesgo de que los caballos menos asustadizos se espanten, disparen y se alcen, es sumamente morosa, requiere gran destreza y ofrece peligros; de todos los ejercicios del gaucho, del paisano, el más fuerte, el más difícil y el más apuesto de todos es el lazo. Cualquiera maneja en poco tiempo regularmente las boleadoras. Ni ser muy de a caballo se requiere: siquiera mucha fuerza. El manejo del lazo al contrario. Demanda completa posesión del caballo, vigor varonil y agilidad.

. . . .

Haría cinco minutos que conversábamos, traduciendo el lenguaraz de Mariano sus razones y Mora las mías, cuando trajeron de comer.

Entraron varios cautivos y cautivas, una de éstas había sido sirvienta de Rosas, trayendo grandes y cóncavos platos de madera, hechos por los mismos indios, rebosando de carne cocida y caldo aderezado con cebolla, ají y harina de maíz.

Estaba excelente, caliente, suculento y cocinado con visible esmero.

Las cucharas eran de madera, de hierro, de plata; los tenedores lo mismo; los cuchillos comunes.

Sirvieron a todos, a los recién llegados y a las visitas que me habían precedido.

A cada cual le tocó un plato como una fuente.

Mientras se comía, se charlaba.

Yo no tardé en tomar confianza; estaba como en mi casa, mejor que en ella, sin tener que dar ejemplo a mis hijos.

Comía como un bárbaro, me acomodaba a mi gusto en el magnífico asiento de cueros y ponchos; decía cuanto disparate se me venía a la punta de la lengua y hacía reír a los indios ni más ni menos que Allú a la concurrencia.

Al que se me acercaba, algo le hacía, o le daba un tirón de narices, o le aplicaba un coscorrón, o le pegaba una fuerte palmada en las posaderas.

Los más chuscos me devolvían con usura mis bromas.

Se acabó el primer plato y trajeron otro, lleno de asado de vaca, riquísimo.

Materialmente, me chupé los dedos con él, que no es lo mismo comer a manteles, que en el suelo y en Leubucó.

Después del asado nos sirvieron algarroba pisada, maíz tostado y molido, a manera de postre; es bueno.

Trajeron agua en vasos, jarros y *chambaos* (es un jarrito de aspa).

Y, a indicación del dueño de casa, que con impaciencia gritó varias veces: «trapo! trapo!» (los indios no tienen voz equivalente) unos cuantos pedazos de género de distintas clases y colores para que nos limpiáramos la boca.

Se acabó la comida y empezó el turno de la bebida.

. . . .

. . . .

Los indios, beben, como todo el mundo, por la boca.

Pero ellos no beben comiendo.

Beber es un acto aparte.

Nada hay para ellos más agradable.

Por beber posponen todo.

Y así como el guerrero que se apresta a la batalla, prepara sus armas, ellos, cuando se disponen a beber, esconden las suyas.

Mientras tienen que beber, beben; beben una hora, un día, dos días, dos meses.

Son capaces de pasárselo bebiendo hasta reventar.

El indio

(Manuel Gálvez, argentino)

Era un indio viejo y pobre
que vivía allá en Jujuy,
solitario en su ranchito
que en una quebrada ví.
Sacaba el viejo a su quena
sones tan tristes, que allí
otros que igual me apenaran
nunca, nunca más oí.
Nadie había en la quebrada
desde la punta hasta el fin,
nadie, nadie que cantase
como él un yaraví.
Cuentan que en sus buenos tiempos,
al llegar el mes de Abril,
el indio de la quebrada
se aprestaba para ir
con su quena y con sus bailes
a la feria de Jujuy,
y que ninguno como él
bailaba—dicen así—
chacareras y palitos
al són de bombo y violín.

Refieren en la comarca
desde Huamachuca a Yaví,
que cierta vez un señor
que recorría el país
le oyó cantar y le dijo:
«Si usted me quiere seguir,
venga conmigo y ganamos
mucha plata por ahí.»
«Gracias señor, pero de este
rancho no me quiero ir.»
«Saldrá usted de la pobreza
de este sucio cuchitril
con bailar la chacarera
o cantar un yaraví.»
«Señor, en este ranchito
esperando estoy mi fin.»
«Conocerá nuevas tierras,
conocerá su país...»
«Le agradezco señor, pero
no quiero salir de aquí.»
«Usted vive solitario
a cien leguas de Jujuy,
sin familia, sin amigos,
sin tener que comer, sin
abrigos para de noche
cuando haya heladas y...»
«Ahí está, todo eso es cierto,
pero yo vivo feliz.»
Así dijo el indio viejo
que vivía allá en Yujuy,
solitario en su ranchito
que en una quebrada vi.

La tejedora de Ñandutí

(Victoriano Montes, uruguayo)

Graciosa, esbelta, pura y sencilla,
Con aleteos de mainumbí,
Al brazo lleva su canastillo
La tejedora de ñandutí.

Flores de ceibo su boca imita,
Su talle es fino como el pirí.
¿Quién la resiste si es tan bonita,
Y hace tejidos de ñandutí?

Carlos la adora, y oye en el sueño,
Dulces palabras en guaraní,
Y que la llama su amado dueño
La tejedora de ñandutí.

Ayer la dijo: «Qué hermosa eres!
Oh paraguaya, muero por tí!
Juntos haremos, si tú me quieres,
Muchos tejidos de ñandutí.»

«Gracias, responde, pues soy di-
[chosa
En las riberas del Tacuarí,
Donde es amada como una diosa
La tejedora de ñandutí.

«Mi novio cuida sus lindas
[cabras,
Siembra mandioca, planta maní;
Más primorosas son sus palabras
Que mis tejidos de ñandutí.

«En su canoa me lleva al lado,
Me da fragante peripotí...

¡Si lo supieras! lo tengo atado
Con suaves lazos de ñandutí.

«Quién es más noble, quién es
[más rico
Que mi adorado? ¡Feliz de mí!»

Y coqueteaba con su abanico
Lleno de estrellas de ñandutí,

Cogió sonriendo su canastilla
Y, con la gracia del mainumbí,
Siguió su ruta tierna y sencilla
La tejedora de ñandutí.



El nadador

(Emilio Oribe, uruguayo)

El ágil negro hercúleo alzó el pecho de toro
sobre el mar, y acercándose al borde del navío,
agitó con el ébano corpóreo el atavío
multicolor y rítmico del Oceano sonoro.

Blanca mano de virgen, entre unánime coro
de «¡¡vivas!!» arrojóle una libra... En el frío
oleaje hundióse el negro... y apareció, sombrío,
mostrando entre los dientes la moneda de oro...

¡Oh, si también pudiera hundir mis vacilantes
fuerzas—¡oh, melancólico titán!—en los palacios
líquidos que conservo en mis eternas simas...!

¡Después, alzar la testa, rodearla de diamantes,
y, con desdén olímpico, mostrar a los espacios
en la boca,—sonriente y audaz—las áureas rimas...!

LOS CHARRÚAS PRISIONEROS

(Juan Zorrilla de San Martín, uruguayo)

. . . .
. . . .

No son tigres, aunque algo
del ademán siniestro
del dueño de las selvas se refleja
en el andar de aquellos hombres.
[Vedlos.
Son el hombre-charrúa,
la sangre del desierto,
¡la desgraciada estirpe que agoniza,
sin hogar en la tierra ni en el cielo!

Se estrechan, se revuelven,
las frentes sobre el pecho,
en los ojos obscuros el abismo,
y en el abismo luz, luz y misterio.

Parece que, en el fondo
de esos ojos, a intérvalos,
un monstruo luminoso se moviera,
sus anillos flexibles revolviendo.

Con rápidos espasmos
se sacuden sus miembros;
sus músculos, elásticos y duros,
al salto y la carrera están dispuestos;
la sangre apresurada
circula bajo de ellos,
como corre callado entre las breñas,
un rebaño de fieras que va huyendo.

No hay en su rostro inmóvil
ni siquiera un reflejo
del espíritu extraño y concentrado
que, al parecer, lo anima desde lejos;

se advierte en su mirada
un constante recelo,
y una impasible languidez, que tiene
algo de triste, mucho de siniestro.

Son esbeltas sus formas,
duros sus movimientos,
la tez cobriza, el pómulo saliente,
negros los ojos, como el odio negros.

Sobre los fuertes hombros
se derrama el cabello,
en crenchas racias, rígidas y oscuras,
que enlutan más aquel huraño, as-
[pecto;

Pupila prolongada
que prolongó el acecho;
dilatada nariz, y estrecha frente
a que se ajusta, enhiesto.

un erizado matorral de plumas
de colores diversos,
que parecen brotar de la cabeza,
como brotan de un tronco los re
[nuevos.

Jamás mira de frente;
jamás alza la voz, muere en silencio;
jamás un signo de dolor se posa
entre labios pálidos y gruesos.

Ni aun el suplicio borra
su ademán de desprecio;
sólo el combate, en su fragor, arranca
estridente alarido de su pecho.

Entonces, semejantes
a los colmillos del jaguar sediento,
brillan entre los labios taladrados
los dientes blancos con horrible
[gesto.

Son el hombre-charrúa,
la sangre del desierto,
la desgraciada estirpe que agoniza,
sin hogar en la tierra ni en el cielo.



Las Misiones del Paraguay

(P. Antonio Astrain, S. J.)

Gobierno civil

Volviendo ahora los ojos al gobierno civil de aquellas reducciones, lo primero que suele llamar la atención del observador es la separación absoluta que los jesuítas establecieron entre los indios y todos los demás españoles. En esta separación creen ver algunos un artificio de los misioneros, para apoderarse de los indios y formar con ellos, no una colonia de vasallos sometida

al Rey de España, sino un imperio o reino jesuítico (así se le ha llamado) destinado a promover los intereses de la Compañía de Jesús. Como ya hemos indicado, la tal separación entre indios y españoles no fué invención jesuítica, fué una necesidad impuesta por la naturaleza de las cosas. Cuando se empezaron a dar los primeros pasos en la conversión de los infieles, observaron los misioneros que los indios estaban tan prevenidos contra el servicio personal y contra los soldados españoles, que juzgaron imposible decidirlos a vivir en pueblos, si primero no les prometían evitar la entrada de los españoles en ellos. Explicado el negocio al Gobernador Hernando Arias de Saavedra, al visitador Alfaro y a otras autoridades, todos ellos aprobaron que los jesuítas prometieran a los indios la separación que éstos deseaban. Más adelante la confirmaron el Consejo de Indias y el Rey de España. Esa separación, pues, de indios y españoles era una especie de cuasicontrato exigido por los mismos indios, sin el cual no era posible llegar a la fundación de los pueblos. Formáronse, pues, las reducciones del Paraguay con la expresa condición de que allí las autoridades habían de ser indios, aunque así éstos como todo el pueblo reconocían la autoridad suprema del Rey de España y del Gobernador de la provincia, pagaban su modesto tributo, socorrían al Estado con levas de soldados, y se portaban en todo como verdaderos súbditos del Rey de España.... ....

Solemnidades religiosas

Más que el buen orden en el gobierno civil llama la atención en aquellos pueblos del Paraguay la solemnidad y devoción con que se celebraban las solemnidades religiosas y todos los actos que de un modo o de otro se referían al culto cristiano. Por de pronto cada pueblo tenía una iglesia grande, y tanto, que podría compararse con algunas catedrales de España.

Todos los autores que hablan del Paraguay suelen mencionar la grande afición a la música que mostraron los indios desde que conocieron a nuestros Padres. Era, en efecto, bastante notable la aptitud que poseían para este arte y el buen oído con que aprendían cualquiera canción que los Padres les enseñaban.

Procuraron los jesuítas fomentar esta buena cualidad y servirse de ella como de un medio eficacísimo para la solemnidad de las fiestas y para la instrucción del pueblo. Una de las cosas que más suelen interesar en las relaciones de aquel tiempo, es la gravedad, exactitud y devoción con que los indios ejecutaban los cantos sagrados.

Estado económico

Consideremos ahora el estado económico de aquellas reducciones. Como supondrá el lector, se mantenían los indios principalmente de la agricultura, y ante todo debemos desvanecer un error que se difundió bastante en el siglo pasado y todavía es repetido por algunos. Creen que los jesuítas establecieron un verdadero comunismo en el Paraguay, impidiendo a los indios el tener propiedades particulares y obligándoles a trabajar constantemente en propiedades comunes, que muchas veces producían no para el pueblo, sino para enriquecer a los mismos jesuítas. Esto es falso de todo punto. Es verdad que cada pueblo poseía extensos campos y otros bienes comunes, y por cierto de mucha



consideración, pero también procuraban los Padres que cada indio tuviera y gozara su propiedad particular. Cuando se fundaba un pueblo, repartían los jesuítas entre los indios los terrenos circunvecinos.

¿Hubo comunismo en las misiones?

Lo que pudo dar ocasión a juzgar que existía el comunismo en el Paraguay, fué la precaución que tomaron los misioneros de depositar en común las haciendas particulares de los indios, porque dejándoselas en sus casas, las malbarataban en muy pocos días. «No basta, dice Cardiel, el hacerles coger toda su cosecha. Lo más que coge un indio ordinario es tres o cuatro fanegas de maíz. Bien pudiera coger veinte si quisiera. Si esto lo tiene en su casa, desperdicia mucho y lo gasta luego, ya comiendo sin regla, ya dándolo de balde, ya vendiéndolo por una bagatela, lo que vale diez por lo que vale uno. Por esto se le obliga a traerlo a los graneros comunes, cada saco con su nombre, y se le deja uno solo en su casa y se le va dando conforme se le va acabando. Toda esta diligencia es necesaria para su desidia.

Como ya hemos dicho, procuraron los Padres que cada pueblo poseyese bienes comunes en abundancia, con cuyo recurso podían remediarse las deficiencias económicas de los indios. «Estos bienes comunes, dice Cardiel, sirven para dar qué comer al que no tiene por habérselo comido o perdido, para el sustento de la casa de las recogidas, para aviso y provisión de los que viajen en pro del pueblo, para dar que comer a los muchachos y muchachas cuando van a las sementeras comunes y otras faenas, para los caminantes para agasajarlos, y a los huéspedes, pues a todos, sea español, mulato, mestizo, negro o indio, esclavo o libre, se le hospeda y da de comer y aun se le pasa en embarcaciones por los ríos grandes que no tienen puente, con toda liberalidad, de balde, *gratis et amore*, sin pedirle nada, si no es que él liberalmente quiere dar algo a algún indio, porque el indio nada pide. Finalmente, se emplean estos bienes en socorrer a todo enfermo viejo y necesitado».

Además de la labranza se socorría a los indios con la ganadería. Sabido es que en aquellas regiones del Paraná se multiplica-

ron asombrosamente las cabezas de ganado vacuno y otros animales llevados de Europa. Espantan a primera vista los números que cita el Padre Cardiel de las vacadas que en su tiempo existían. Con facilidad pasmosa se reunían rebaños de 30,000, 50,000 y 80,000 vacas, que andaban perdidas por aquellos montes y fácilmente podían ser cogidas y aprovechadas. Procuraron los Padres que cada pueblo tuviese una estancia de estas vacas y también cabezas de otros ganados, con lo cual estaba asegurado el sustento de carne para todo el año.

El arte militar en las misiones

No se contentaron los jesuítas con instruir en la fe y buenas costumbres a los neófitos y enseñarles la agricultura y artes útiles de Europa. También le hubieron de instruír en el arte militar. Las irrupciones de los paulistas, convencieron a nuestros Padres de que era imposible defenderse contra tan fieros enemigos sin emplear el medio tan obvio de las armas de fuego. Habiendo conseguido el P. Montoya licencia para darlas a los indios, se procuró desde 1640 en adelante enseñarles el arte militar. Por medio de hermanos coadjutores que habían sido soldados, y también de algunos honrados españoles diestros en las armas, se fueron poco a poco habituando los indios al movimiento y manejo de los ejércitos europeos. Como había en los pueblos indios alcaldes, corregidores, etc., también los hubo maestres de campo, capitanes, sargentos, todos los grados, en fin, usados en la milicia. En esta parte no poseían los indios guaraníes el valor audaz y acometedor tan propio de los antiguos aventureros españoles. Mucho menos aparecieron entre los indios las cualidades de previsión, buen orden y acertada dirección que deben distinguir a todo buen capitán.

En cambio, se distinguían por el valor de resistencia, por la tenacidad en mantener las posiciones que les encargaban y la docilidad en obedecer a sus cabos. Si les mandaban avanzar, se adelantaban todos en masa compacta, como un solo hombre; si se les ordenaba asaltar un fuerte, veíanse a los indios empujarse unos a otros con los hombros hasta llegar arriba; si se les encargaba defender un paso, plantábanse en el sitio señalado

como estacas clavadas en el suelo, y allí perseveraban fijos, a pesar de la ruina y de la muerte que el enemigo sembrase en sus filas.

No se debe negar que este valor provenía, en parte, de su corta capacidad, que no les permitía ver el peligro de muerte a que muchas veces se exponían; pero cualquiera que fuese la causa del hecho es cierto que este valor, tenaz y resistente, bien entendido por prudentes capitanes, como Sebastián de León y Bruno Mauricio Zabala, sirvió en algunas ocasiones de medio eficacísimo para conseguir la victoria. En todas las acciones militares en que tomaban parte los indios, era indispensable que asistiesen los Padres misioneros como intérpretes, para explicarles las órdenes del capitán español. . . . .

. . . .

Aunque el principal intento de los jesuítas al pedir las armas de fuego para los indios fué defender las reducciones contra la invasión de los portugueses, pero muy pronto, conociendo los gobernadores del Paraguay y de Buenos Aires el auxilio poderoso que podían reportar de los indios cristianos, empezaron a pedir a nuestros superiores milicias más o menos numerosas de indios cristianos, y desde el año 1644, en adelante, ocurrieron frecuentemente campañas en que tomaron parte los indios, con manifiesta utilidad del Estado español.

Destrucción y ruina de las misiones

Por aquí se entenderá de dónde provino la destrucción final de estas reducciones y cuánto yerran los que atribuyen a defectos del sistema establecido por los jesuítas, lo que era realmente defecto de los mismos indios. Suelen decir que los jesuítas mantenían a sus neófitos en perpetua tutela y como en niñez permanente. No los mantenían; los indios eran los que se obstinaban en ser perpetuamente niños, y con todos sus esfuerzos no pudieron los jesuítas conseguir que fuesen hombres. Si un alumno se obstina en no estudiar, ya pueden venir los maestros más doctos del mundo, ya pueden ensayarse los sistemas pedagógicos más afamados, el alumno se quedará tan ignorante como al principio. Esto sucedió con estos indios guaraníes, que por su cortedad de talento, por su desidia, por su imprevisión y holga-

zanería incurables, fueron perpetuos niños, necesitados de la dirección y continua vigilancia de sus niñeros los jesuítas. Cuando el decreto de Carlos III desterró en 1767 a los niñeros de aquellos indios, al punto decayeron las reducciones, y medio siglo después desaparecieron destruídas por los brasileros y paraguayos.



Ruinas de San Ignacio — miní

Las gentes de Cortés

(José Santos Chocano, peruano)

Vino del mar el grupo de hombres blancos y hermosos
más fuertes que titanes, más altos que colosos,
que en la playa aquel día surgieron de repente
como una visión rara.
Tenía uno en la frente
un lucero; otro héroe blandía en la mirada
un rayo, que era como la hoja de un espada;
otro, encima del peto, la cruz; otro, en la mano,
un halcón de nobleza; y otro, un laurel pagano;
todos vaciados eran como en un molde; todos
se entendían al simple contacto de sus codos;
todos tenían su alma bajo del mismo cuño,
y se apretaban como los dedos en un puño.

El capitán lucía por signo de grandeza
un sol, como aureola, detrás de la cabeza;
mostraba una caricia perpetua de ternura
en el tornasolado metal de su armadura;
y si los pies movía, dejaba como huella
una flor... una estrella..., y una flor... una estrella...
—Y bien, ¿para qué naves?—
En la extensión remota
del mar se balanceaba la aventurera flota,
como si recordase, desplegando en los cielos
sus lonas, el símbólico adiós de los pañuelos
con que madres, hermanas, novias, en sus dolores,
despidieron al grupo de los conquistadores.
—¿Para qué naves?—
Todos tendrán la misma suerte.
El regreso es infame... La victoria o la muerte.
Y, como en una de esas hazañas a que Homero
consagra sus mejores exámetros de acero,
Hernán Cortés, a modo de un dios del paganismo,
manda quemar sus naves.

El encrespado abismo
del mar hincha sus olas con regocijo; y luego
que se enrosca en las naves la serpiente del fuego,
cada ola que lame los pies de los soldados
tiende sobre la arena leños carbonizados.
El héroe, con los ojos sin fin y alta la frente,
se queda pensativo, mirando largamente
el desfile, que es como de penachos y golas,
de las espumas blancas sobre las negras olas;
y, de súbito, lleno de la fe más segura,
clava los ojos contra las selvas de la altura
que se encrespan encima de los riecos; se siente
ungido por la gloria, y, ante su brava gente,
extiende como un guía, hacia el confín lejano,
con gesto majestuoso, la imperativa mano.
Estremécese el grupo; ruge el león de España;
y un tropel de caballos penetra en la montaña...

La montonera

(Martín Goycoechea, argentino)

Flamean en el viento las banderolas
Y se encrespan las crines y las melenas,
Y aúnan al reflejo de las arenas
Su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas
A las bravas gargantas de insultos llenas,
Donde pinta la sangre violadas olas.

Se encabritan los potros en el sendero,
Las virolas responden en el apero
A las dulces milongas de las cigarras.

Y en el hinchado lomo los mocetones
Van llevando la carga de sus canciones
Pendientes de las cuerdas de las guitarras.

El llanero

(Rafael María Baralt, venezolano)

Mucho diferían de los habitantes de los bosques y del litoral los de las llanuras, que en el país decían por esto llaneros: hombres cuyas costumbres y carácter, por una singularidad curiosa, eran y son aún bárbaras y árabes más que americanas o europeas. El clima abrasador de sus desiertos y las inundaciones de sus territorios los obligan a adoptar un vestido muy sencillo, y moran ordinariamente en cabañas a las riberas de los ríos y los caños, en incesante lucha con los elementos y las fieras.

Sus ocupaciones principales son la crianza y pastoreo de los ganados, la pesca y la caza; si bien algunos cultivan pequeñas porciones de terreno para obtener raíces comestibles. Esta vida activa y dura, sus marchas continuas y su necesaria frugalidad desarrollan en ellos gran fuerza muscular y una agilidad extraordinaria. Pobres en extremo y privados de toda clase de instrucción, carecen de aquellos medios que en las naciones civilizadas aumentan el poder y disminuyen los riesgos del hombre en la faena de la vida. A pie o sobre el caballo que ha domado él mismo, el llanero, a veces en pelo, casi siempre con malísimos aparejos, enlaza a escape y diestramente el toro más bravío, o lo derriba por la cola, o, a usanza española, lo capea con singular donaire y brío: un conocimiento perfecto de las costumbres y organización de los animales del agua y de la tierra, les ha enseñado, no sólo a precaverse de ellos, sino a arrostrar sus furores.

Acostumbrado al uso constante de la fuerza y de los artificios para defender su existencia contra todo linaje de peligros, es, por necesidad, astuto y cauteloso; pero injustamente se le ha comparado en esto a los beduinos. El llanero jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y de honor, como aquellos bandidos del desierto: debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero, y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio.

No puede decirse de él que sea generoso; mas nunca por amor del dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscrita,

a villanos oficios. Igualmente diestros, valerosos y sobrios que las razas nómadas del Africa, aman, como ellas, el botín y la guerra; pero no asesinan cobardemente al rendido, a menos que la necesidad de las represalias o la ferocidad de algún caudillo, no les haga un deber de la crueldad. Tres sentimientos principales dominan en su carácter: desprecio por los hombres que no pueden entregarse a los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza.

En medio de esto tiene el llanero prontitud y agudeza en el ingenio: sus dichos, festivos siempre, y en ocasiones profundamente epigramáticos, participan del gracejo y donaire natural de los hijos de Andalucía. Como todos los pueblos pastores, son aficionadísimos a la música y al canto, e improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances. Lo más común es que dos de ellos canten alternativamente acompañándose con la guitarra; y así con frecuencia se oyen resonar sus trovas en los caseríos, en los hatos, en las riberas de los ríos, ora en los días festivos, ora cuando en las noches de vela, al suave resplandor de la luna, rumia el ganado tranquilamente en la pradera. El llanero, en fin, ama, como su verdadera y única patria, las llanuras. A ellas se acostumbra fácilmente el habitador de las montañas; pero fuera de ellas, sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo. A semejanza de los árabes beduinos, un amor ardiente por la libertad y por la vida errante les hace mirar las ciudades como prisiones en que los señores encierran a sus siervos.

El llanero

(P. Mario Valenzuela, S. J., colombiano)

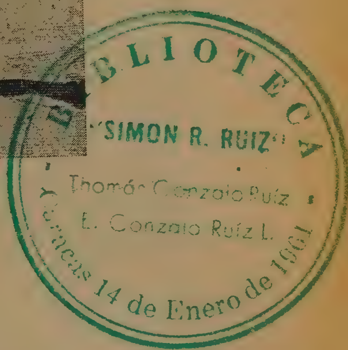
Despierto el ojo, la nariz hinchada,
la frente erguida, trémula la crin,
tascando el freno, el suelo golpeando,
la oreja atenta al eco del clarín:

Tal el noble caballo; y el llanero,
mal vestido, tostado por el sol,
sacudiendo la lanza y con la vista,
clavada en el ejército español.

Al frente un cuadro ve, la señal oye,
hace sentir la espuela a su corcel,
encórvase en la silla, centellean
sus dos ojos de rabia y de placer.

¡Un instante no más! Sangre chorrea
la roja banderola; en sangre está
tinto el nervudo brazo, y el caballo
sangre hace con sus cascos salpicar.





El guaso

(Humberto Bórquez Solar),

Cuando pasa bien apuesto,
con altivo y noble gesto
sobre un ágil alazán,
lo imagino un altanero,
animoso caballero,
de aquel tiempo legendario medioeval.

El sombrero de anchas alas,
como un yelmo reluciente,
le defiende su apacible faz morena
del ardiente
sol canicular.



Por gorguera, lleva el guaso
un pañuelo de alba seda,
y por peto y por coraza,
una manta, como un raso,
de variado e intensísimo color.

Sus perneras, las polainas,
hacen terno con la silla americana,
con las riendas y el arreo que en-
[galana
su magnífico y alígero corcel.

En la cuja no se afirma
la bandera ni la lanza;
mas él lleva, como guaso,
suspendido en el arzón,
un seguro y largo lazo,
que ha sido hecho con el cuero
todo entero
de algún buey.

Es su espada un gran machete
que envainado cuelga al cinto,

arma y útil a la vez,
con que corta y acomete
los tropiezos que a menudo
en el campo suele hallar...

Las carreras, topeaduras y rodeos
son las justas y torneos
donde luce, con su arrojo,
la esbeltez y la soltura
de su alígero alazán...

¡Los rodeos!... Es entonces cuando
[olvida
los temores de su vida,
e intrépido y armado
de su largo y firme lazo,
al galope se echa el guaso
tras la vaca o el novillo montaraz.
Y revuelve su caballo,
lo encabrita, lo espolea,
salta y corre sin desmayo,
como un héroe en la pelea,
y no cesa en su porfía
sino cuando, en un recodo,
con destreza, de algún modo,
él enlaza al animal.

Vencedor en esta empresa,
vuelve airoso, muy en alto la cabeza,
arreando con sus dichos campesinos,
fatigada ya la bestia,
al potrero do la espera el marcador.
. . . .

Cuando pasa el bravo guaso
con su veste campesina,
bien montado sobre un ágil alazán.
con la manta, la chupalla,
las espuelas y su lazo,
yo le admiro con orgullo
ese aire y continente,
ese modo tan sereno,
propio sólo del guaso nacional,





El gaucho

(Francisco Bauzá, uruguayo)

Entre cien individuos agrupados en el campo, se conocerá inmediatamente a un verdadero gaucho por más pobre que él sea: su caballo ensillado con esmero, tusado y acepillado; su persona limpia, sus prendas de vestir colocadas con gracia, sobre el cuerpo, sus cabellos y barbas largos, pero peinados y cuidados, y en fin aquel aire atrevido y simpático a la vez, que parece decir a todos «*yo soy el dueño de la tierra, ustedes no son más que gringos*», es lo que lo da a conocer.

El gaucho sólo es amigo de sus amigos, es decir de sus iguales, y a los demás o los respeta o los desprecia: los respeta si son inteligentes o bravos; los desprecia si son simples, cobardes o hablantines. Por lo general el gaucho es reservado y comedido con las gentes que no conoce: el temor de decir algún disparate que le deje en ridículo, le contiene de hablar ante extraños. Como él mismo lo dice, no da a conocer su juego a dos tirones, lo que equivale a expresar que sólo acostumbra a abrir juicio

sobre lo que sabe y ante personas que trata de continuo. La guitarra y el canto lo divierten sobre manera, y es capaz de escuchar sin fastidio durante toda la noche a un guitarrista. Tiene como los charrúas la voz floja, y afecta como ellos un aire circunspecto cuando desea entender con propiedad lo que le dicen y le interesa. No le gusta apresurarse cuando está en marcha, y se da el lujo de soportar el rayo del sol al tranco de su caballo.

Vocabulario gaucho

Para alabar como para vituperar las personas y las cosas, tiene recursos de lenguaje, giros poéticos, expresiones originales, que hieren los sentimientos penetrando de un modo especial en la inteligencia. Sin cuidarse de completar sus frases, las enuncia por medio de comparaciones y de referencias que a pesar de su sencillez vulgar, tienen comúnmente un alcance profundo. Así para expresar que un hombre es valiente, dice él: *es como las armas;* que un hombre es vivo, *es como luz;* para hablar de una mujer linda, *es como las estrellas;* para indicar un caballo rápido, *es como águila;* para elogiar a un individuo firme que no cede a los embates de la mala fortuna, *es como cuadro*. Cuando habla de su caballo, le llama *mancarrón*, a su mujer *la china*, a sus amigos *aparceros*, a los muchachos del campo *charabones*. Si le entusiasma alguna aventura heroica que le cuentan, demuestra su admiración por el héroe con esta exclamación: «*¡Ah criollo!*» Si él narra algún lance en que un jinete bien montado evitó un sablazo o una lanzada ladeando el caballo, dice que *soslayó el pingo*. No dice «tome usted» sino *velay*, al mate le llaman *el verde*, a la botella *limeta*, a los tragos de caña o de ginebra *gorgoritos*, a un buen caballo de paseo *flete*, al telégrafo eléctrico *el chismoso*, al ferrocarril en señal de admiración *el bárbaro*.

Pero donde agota todo el repertorio de sus dichos, es en la enumeración de las cualidades de un caballo que estima, y así dice: *es aseadito para andar, es liberal, es el peón de la casa, es mi crédito, es un trompo en la rienda, es manso de abajo, es seguidor en el camino, es liberal por donde lo busquen, es caballito mantenido, oreja como guanaco en cuanto divisa, es de buena vuelta, para el lazo es como cimbra, es escarceador y aseado, adondequiera endereza,* etc.

En la conversación familiar y cuando desea mostrarse cariñoso, sea con los que están presentes o con algún amigo cuyo recuerdo le asalta, emplea términos de su invención o diminutivos que dan una flexibilidad singular a las palabras. Así a un hombre entendido en el baile o la guitarra, o muy sobresaliente en el juego, el canto o las carreras de caballo, le llama *taura*. A un amigo de valor personal reputado, si viejo, le llama *viejito quiebra* y, si es joven, *indio crudo*. A un parrandero que poco pára en su casa, le denomina *hombre gaucho*. Si juega de manos con algún aparcero y llega a tocarle el cuerpo, en el acto exclama: *¡oígale el duro y se duebla!* Si le choca el modo de proceder de alguno, o las palabras que dice, o las armas que trae *¡miren con qué carta se viene a baraja!* Si pide algo à mujeres: *hágame el favor de darme eso por su vida.*

Si pregunta su nombre a alguno, y este responde «soy fulano para servir a usted», él le replica: «para servir a Dios» Si entra a una pulpería y le convida un extraño: «gracias amigo, a pagar lo que guste». Cuando da las señas de un paraje cercano, no dice «más allá» sino «más allasito»; cuando se despide de los que estima, no dice «adiós», sino «adiosito»; cuando quiere afirmar que no conoce absolutamente nada de un asunto dice: «*no sé cosísima ninguna!*»

Sobresale también en buscar el lado ridículo de las cosas, y sus sátiras son a veces divertidas. Del hombre que sale poco de su casa, dice: «como peludo en la cueva»; al individuo de ciudad le llaman *maturrango*; al extranjero *gringo*; en algunos casos *nación*. Tiene refranes particulares de su cosecha para caracterizar todas las circunstancias en que se ven aquellos a quienes profesa ojeriza. Cuando alguno o algunos individuos que no son de campo, se presentan a participar del asado que arde en el fogón, el gaucho, que sabe bien que van a estropear la carne, dice: «*ya cayeron los chimangos*»: Si alguno habla o hace alguna cosa mal: «*no sabe la guasca contra el pelo*». A los caballos de sobrepaso les llaman *caballos de médico*, y si encuentran algún individuo montado en un caballo de esa laya, le saluda con mucha formalidad, diciéndole: «*adiós doctor*». A su enemigo le llaman *sotreta*; al caballo de su enemigo *matungo;* a las armas de un enemigo *armas solas*. Para significar que una división o

un escuadrón huyó del campo de batalla sin pelear, dice: «*esa gente se fué de arriba*»; para ridiculizar al jefe de la gente huidora: «*disparó en la punta*»; y si el jefe es su enemigo: «*castigó el caballo hasta con el sombrero*». A los agrimensores les llaman



pilotos; a los demás hombres de ciencia *físicos.* Cuando alguien roba alguna cosa, dice: «*de arriba no lleva golpe*». Si duerme en un campo de batalla después de una victoria, al recoger las prendas de montar para hacer la cama, dirigirá a sus compañeros esta frase significativa: «*caballeros muertos no hablan, pero roban cojinillos*».

Indole moral del gaucho

Las tres grandes pasiones del gaucho son: el juego (naipes, taba y carreras), las mujeres y la guerra. Sus vicios son: el mate, el cigarro y el baile. El juego acorta los largos días de holganza

campestre, las mujeres suavizan la aspereza de su carácter cerril, y la guerra ejercita su espíritu aventurero. Cuando no juega, enamora o pelea; fuma, toma mate o baila. Su modo de dormir es un misterio, y hasta parece que el sueño no fuese para él una necesidad. Tiene el más completo desprecio por los dormilones, así es que los que duermen siesta antes de medio día, dice que «duermen la siesta del burro», y cuando quiere satirizar a alguno que ha sido desgraciado en la guerra, dice que «lo agarraron durmiendo».

Se comprende sin esfuerzo, que semejante modo de vida ha comunicado una virilidad asombrosa a las poblaciones de la campaña, y si ellas adolecen de grandísimos defectos en cuanto a nociones de la existencia regular y ordenada, les sobra energía para afrontar los peligros, que aman a falta de mejores pasatiempos. De la misma manera se explica el imperio de los caudillos sobre tales gentes, puesto que, siendo el gaucho un hombre sumamente frugal y sumamente medido en sus exigencias, nunca ha solicitado de sus jefes cosas que no pudiera él mismo tomarse por su mano. Un pedazo de carne en país donde hay vacas por millones, una lanza cuyo cabo se arranca de un monte de caña y cuya moharra se forma con un cuchillo viejo, un poncho que se adquiere en todas partes, un caballo que el hombre trae sin que se lo digan porque tampoco puede vivir sin él: he ahí todo. Al caudillo no le pide más que el valor personal: si triunfa, sus gentes le abandonan el poder y la influencia que nunca han codiciado, porque no sabrían qué hacer de ellos: si es vencido, nuevo motivo de agradecimientos por haberles proporcionado aventuras que narrar. Se comprende también que sobre tales soldados, las palabras de un general medido no hagan efecto alguno, y que mucho más aptos para vencer se encuentren bajo una mano de hierro que con un retórico al frente. Por eso las arengas de nuestros generales respiran cierta ironía insolente y soberbia, como ésta de Fausto a sus soldados al dar una carga desesperada: «*Quitarse los ponchos que en el otro mundo no hace frío!*» y esta otra de Rivera a su ejército sorprendido pocos días antes de Cagancha: «*¡Ea cobardes, no disparen!*» y esta otra de Flores al iniciar la batalla de Coquimbo: «*¡El que tenga miedo, que se vaya!*»

El poncho, muy superior a la capa española por la facilidad

de cubrirse con él y la soltura en que deja los movimientos; el chiripá, que aventaja al pantalón para el hombre que está todo el día a caballo; la bota de potro, fabricada por él mismo con un cuero de ese animal y cómodamente dispuesta para no estrecharle; el pañuelo del cuello que sirve de adorno y además de filtro para tomar agua en las arroyos y cañadas, por cuya razón siempre es de seda; el lazo, las boleadoras y el facón, que sirven para defenderse del hombre y de los enemigos; el recado con toda sus *pilchas*, que constituyen la silla y la cama del viajero, hacen que el gaucho así vestido y pertrechado lleve consigo adondequiera que vaya sus menesteres, su casa y su fortuna.

Supersticiones y religión del gaucho

Se ha dicho que el gaucho es supersticioso, preocupado y fanático. Hay algo de verdad en ésto, pero no tanto que pueda escribirse sin explicación. Cree en los aparecidos o muertos resucitados, a quienes denomina pantasmas en vez de fantasma, y si cree en ellos es porque no hay ningún foragido del campo que haya dejado de contar con mucha seriedad aventuras de muertos que le han perseguido en los montes, o se le han cruzado por los caminos, o le han despertado a la siesta sacudiéndole el cuerpo. Sus ideas religiosas, sin embargo, son tiernas. Del culto católico bajo el cual ha nacido, lo que mejor comprende es la adoración de la Virgen a quien llaman la Inmaculada y también Nuestra Señora: como nunca se ha humillado ante nadie, cree que cada vez que se arrodilla delante de la Virgen, le son perdonadas sus culpas. Cuando va al templo, lo que no es muy frecuente, porque no hay muchas iglesias en el campo ni él llega con facilidad a los pueblos, la pompa del culto católico le embelesa y suelen rodar lágrimas por sus mejillas al escuchar esa misa solemne y melancólica con que nuestra religión hace penetrar sus misterios hasta el fondo del alma de las gentes sencillas. Allí permanece abismado hasta que la ceremonia concluye; después se retira, pasea por el pueblo, y durante quince días no habla de otra cosa entre sus amigos que del cura viejo que ofició en la iglesia, del incienso y de la música.



Patriotismo del gaucho

No ha faltado quien niegue al gaucho patriotismo, y hasta se le ha hecho aparecer como el sostenedor de todas las tiranías. Esta opinión es una de las tantas que se emiten sin fundamento y se generalizan por la misma razón de que nadie las somete a un análisis. Gauchos eran aquellos Dragones que bajo el mando de uno de los Artigas batieron a Bustamante en San José; gauchos aquellos Blandengues que echaron pie a tierra contra los veteranos de Posadas en las Piedras; gauchos aquellos muchachos que doblaron las huestes imperiales en Sarandí, y aquellos escuadrones que desnudos y con el sable en la boca se arrojaron al agua para asaltar los parques brasileros de la isla del Vizcaíno; gauchos aquellas nubes de jinetes que rompieron y destrozaron el ejército de Echague en Cagancha; gauchos los seiscientos orientales que se dejaron degollar en India Muerta por Urquiza sin articular una palabra de sumisión; gauchos los que defendieron con Blanco y Fausto la ciudad del Salto contra un ejército; y después de haber hecho prodigios se retiraron a pie por entre los montes. A semejantes hombres, que se han batido sin pedir recompensa, concurriendo voluntariamente a las filas, no puede negárseles el patriotismo. Tampoco puede negarse a quien de esta suerte procede, el instinto y la pasión de la libertad.

De todo lo dicho puede concluirse, que el gaucho es el tipo primitivo de civilización uruguaya, con todas las virtudes y con todos los defectos que ella presentaba en los primeros días de su borrascosa infancia. Tal como hoy vive y se desarrolla el hombre libre de nuestros campos, tal vivió y se desarrolló nuestra raza en la época laboriosa que presidió a los primeros rudimentos conscientes de su personalidad, y a los primeros ensayos de su vida propia. La triple fusión de la sangre charrúa, española y portuguesa, presentó por resultado el tipo original que acaba de bosquejarse; inteligente, impetuoso, caballeresco, a la vez que supersticioso, peleador y lleno de sí mismo.

El gaucho rastreador

(D. F. Sarmiento, argentino)

Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío, esta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de crucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. «Aquí va, dijo luego, una mulita mora muy buena... esta es la tropa de D. N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer...». Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arria, y no un rastreador de profesión.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La ciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa; todos le tratan con consideración: el pobre, porque puede hacerle mal calumniándolo o denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren a buscar la pista del ladrón, y, encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar, sino de tarde en tarde, al suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: «Este es!». El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma: negarla, sería ridículo y absurdo. Se somete, pues, a este testigo que considera como el dedo de

Dios que lo señala. Yo mismo he conocido a Calibar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años: encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: «Yo no valgo nada, ahí están los niños». Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él que, durante un viaje a Buenos Aires, le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después, Calibar regresó, vió el rastro ya borrado e invisible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calibar marcha cabizbajo por una calle de los suburbios, entra a una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. El año 1830, un reo condenado a muerte se había escapado de la cárcel. Calibar fué encargado de buscarlo. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderlo, porque comprometió a Calibar en su reputación: el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía a un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas: cuadras enteras había marchado pisando con la punta del pie; trepábase en seguida a las murallas bajas; cruzaba un sitio y volvía para atrás; Calibar lo seguía sin perder la pista. Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba: «¡Dónde te *mias dir!*». Al fin llegó a una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡Inútil! Y Calibar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas hierbas, y dice: «Por aquí ha salido; no hay rastro, ¡pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!». Entra en una viña; Calibar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: «Adentro está». La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió a dar cuenta de la inutilidad de sus pesquisas. «No ha salido, fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder a nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto y al día siguiente fué ejecutado.

El gaucho

(José Lanza Mariath, uruguayo)

Mirad su rostro varonil y austero
Con más de un hondo surco guar-
[necido,
Y que por las llanuras han curtido
Los aletazos rudos del pampero!

Tiene el mirar nervioso y altanero,
Está su pecho de nobleza henchido,
Y hay que verlo en la lucha, enar-
[decido,
De los más denodados, el primero!

Es su ideal la Patria: la venera
En el lienzo inmortal de la bandera
Que ve flamear como reliquia santa!

A su caballo trata con primores,
Y si siente en la vida sinsabores,
En la guitarra sus pesares canta!

El ocaso del gaucho

(Alberto Ghiraldo, argentino)

I

Como un interrogante o una esfin-
[ge,
La mirada perdida
En el misterio de la gran llanura,
Altanero y sombrío
Está el gaucho, clavado
Sobre el potro bravío.

La bárbara figura
Se destaca atrevida,
Sirviéndole de marco majestuoso
El azul esplendente de la altura
Y el verde de la pampa, victorioso.

—¿Dónde está mi camino?
Parece preguntar con la mirada;
¿Dónde la huella, dónde el derro-
[tero?—
¿Es un héroe o un loco
Ese altivo guerrero
De la noche de América triunfante,
Parado frente a frente del destino,
Como una esfinge o un interrogante?

—¿El pueblo que ha contado con
[mi brazo
Me arroja de su seno como escoria
—¡Resaca de la mar, brazo de río!—
Después que con mi brazo hice su
[historia?

Y la férrea figura.
Curtida de los soles el semblante
Y el alma de amargura,
Con gesto de amenaza

Deja de ser esfinge
Para ser la Sibila de su raza.

II

Odio y resignación llevo escondi-
[dos
En los hondos repliegues de mi alma
Y hay rencor en mi acento
Porque sufro el desprecio del her-
[mano.
¡El mismo a quien mi aliento
En la ruda contienda,
Ayudó a libertar de su tirano!

En cruz los brazos, la mirada al
[viento,
Con la actitud del fuerte
Que nada busca ya, que nada espera,
Porque todo lo tuvo y lo dió todo,
Marcho solo y triunfante
Llevando por bandera
Mi dolor arrogante.
¡Mi dolor que es mi fuerza y es mi
[escudo,
Mi dolor que es mi cumbre y es mi
[gloria!
¡Dolor que está en mi frente,
Grabado por el sol de la victoria!

¡Cúbranse de vergüenza
Todos los que han querido
Colocar bajo el taco de sus botas,
Como a un puma dormido,
El orgullo del gaucho americano!
¡Libre soy, libre he sido,
Libre debo morir!...
En el desierto
Se hizo débil la voz como un gemido.
¡Cerró el gaucho los ojos
Y en su propio caballo quedó muerto!

CANTARES

Cuando se emborracha el pobre
le llaman el borrachón;
cuando se emborracha un rico,
¡qué gracioso está el señor!

Por cosas de este mundo
Nunca te apures,
Que no hay mal que no acabe
Ni bien que dure.

RETRATOS Y PARALELOS

RETRATO *es la descripción de una persona; llámase* PROSOPOGRAFÍA (*de* PRÓSOPOS, *rostro*) *cuando sólo describe el exterior;* ETOPEYA (*de ethos, costumbre*) *cuando se limita a las cualidades morales.*

PARALELO *es el estudio comparativo de las semejanzas y contrastes de dos personajes.*

LOS REYES CATÓLICOS

(J. Mariana S. J.)

Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la majestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco, aunque tiraba algún tanto a moreno. En particular el Rey tenía el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada a fuer de tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, la espalda ancha, el cuello derecho, la voz aguda, el habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condición suave y cortés, y clemente con los que iban a negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios, que parecía que con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y a propósito para sufrir los trabajos. Hacía mal a un caballo con mucha destreza; cuando más mozo se deleitaba en jugar a los dados y naipes; la edad más adelante solía ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La Reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeites, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fué muy dada a la devoción y aficionada a las letras. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el Rey Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados.



Felipe II

(QuedAeo)

Don Felipe II fué hijo del César Carlos V, glorioso emperador del mundo, que, empezando a vencer por la fortuna que se le opuso divirtiéndole con las comunidades, venció los reinos, prendió los reyes, desposeyó los tiranos, justificó los infieles, atemorizó los monarcas; y los desórdenes de su ejército saquearon a Roma, y las libertades de Italia fueron desperdicio de su magnanimidad; y cebado en vencer a todos, se entró por sí mismo (santa ambición de victoria) para Dios, y estimando más el saber despreciar el mundo que haberle vencido, a triunfar de sus afectos se retiró a Yuste, renunciando las coronas en don Felipe II su hijo, cuya imagen escribo.

Fué de mediana estatura, bien proporcionado el rostro, hermosamente grave, a quien la majestad armaba de respeto; facciones elocuentes, pues con el mirar decretó muchas veces castigos, reprendiendo con la vista, porque era su semblante ejecutivo en advertir descuidos; supo entretener la mocedad, supo disimular la vejez; trató con facilidad las armas donde hizo guerra y acompañó los soldados. Atendió a conservar lo que su padre había adquirido, y era más formidable cuando sólo trataba consigo las razones de Estado, que acompañado de fuerzas y gente; y con los enemigos valió por muchos ejércitos su providencia. Su advertencia balanzó el mundo; y enfermo y retirado fué árbitro de la paz y de la guerra. Favoreció en diferentes tiempos criados suyos, y peligraron los que no le supieron conocer. Tuvo a su lado en la postrera edad hombres tan a su corazón, que se ocupaban tanto en imitarle como en servirle; y eran tales sus ministros, que ninguno para la calumnia quedó desabrigado con su muerte, ni la mocedad que siguió a sus días dejó de respetar en ellos la elección de aquel gran Rey, antes necesitó aquel ímpetu de acariciarlos y entretenerlos; y mientras duraron, hicieron en esto que se ha gastado defensas de tal.

Tuvo entendimiento menudo, diligente y justificado; memoria tan socorrida, que servía de recuerdo a los tribunales, y era alivio a los secretarios y a veces castigo.

Fué espléndido y magnífico, como lo han de ser los reyes, no como quieren que sean los codiciosos: daba y no vertía; premiaba méritos, no hartaba codicias. La condición tratable, no ocasionada a familiaridad. Fué justiciero de modo que se conocía deseaba ser piadoso. Dejó paz en sus reinos, reputación en sus armas, amor en sus vasallos, temor en sus enemigos, porque vivió disponiendo su muerte, y murió acreditando su vida. Su miedo fué muy costoso, y supo pocas veces replicar a sus sospechas.

Sonetos en alabanza de Cervantes hechos por el propio Don Quijote

(Antonio Bórquez Solar, Chileno)

I

Mi Señor y mi Padre, ¡oh, Cer-
[vantes!
Al morir, con el pie sobre el estribo
hacia la eternidad, es justo que antes
te dé mi acción de gracias, pues que
[vivo.

Más fuerte que los bronces y
[diamantes,
sellada en un troquel el más altivo,
irá tu alma a los siglos más distantes,
plena de este ideal que yo concibo.

Porque sólo yo soy tu creatura,
y como tú también amo y espero
una vida ideal mucho más pura.

Que al fin hemos de ver que yo
[no muero,
que detrás de mi última aventura
apacientan el lobo y el cordero.

II

Yo te alabo, Señor, pues que has
[de verte
en bronces inmortales esculpido.
Te aclamarán las gentes de tal suerte,
que igual que un semidiós serás te-
[nido.

Junto contigo venceré a la muerte,
y a tu inmortalidad iré yo unido...
Te alabo, pues, Señor, que se con-
[vierte
en tu gloria perenne el de hoy tu
[olvido.

Tal vez, y sin tal vez, no haya ma-
[ñana,
en el planeta, ni una raza sola
que no ame en ti la lengua caste-
[llana...

¡Escucho ya las voces resonantes,
que al aclamarte a ti, Patria Es-
[pañola,
gloria del mundo llaman a Cervantes!

Fray Luis de Granada

(Luis Barrera, argentino)

El bello anochecer de primavera
Granada ve, desde abacial ventana,
cuando el recio clamor de una campana
recuérdale que el pupilo le espera.

Ya pregonó la cristiandad entera
triunfos de su oratoria soberana;
y es pasmo de la corte lusitana
el hijo de la humilde lavandera.

Sus homilías, cual fecundo riego,
al pecho llegan, que el dolor abate,
y son del justo peregrina loa.

Y al percibir las cláusulas de fuego,
inflamada en piedad, por Cristo late
como un inmenso corazón, Lisboa.

Colón

(Luis N. Palma, argentino)

El viejo soñador lucha y avanza,
Esclavo de su ideal, por tierra nueva!
¡Todo hiere de muerte su espe-
[ranza!...
¡No desmaya! «¡Es la hora de la
[prueba!
Ya está en la nave sobre el mar
[rugiente
Y al himno atronador de la victoria,
Da a los mundos un nuevo Conti-
[nente!
¡Ha vencido! «¡Es la hora de la gloria!

La envidia cruel en su impiedad
[condena
Al que sube a la cumbre en su de-
[lirio!
Vedle arrastrar humilde una ca-
[dena!...
No extrañeis! «¡Es la hora del mar-
[tirio!

La justicia triunfó! Sus ovaciones
Tienen rumor de mar, lumbre de
[aurora!
Es que cantan en bronce las na-
[ciones,
La apoteosis del genio: «Esta es su
[hora!



FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

(Rafael López, mejicano)

En la conquista roja de sangre, y entre el bélico
estruendo, se levanta la dulce imploración
que sostiene la fuerza de tu brazo evangélico
y el ala de paloma de tu blanca oración.

Por eso te circuye la luz de un nimbo célico
y tu ropaje esmaltan las rosas de Sión,
y como los beatos que pintó Frá-Angélico
hay en tí una inefable actitud de perdón.

Y porque ante la queja del hermano proscripto
detuviste la marcha del blanco palafrén,
y los suaves lienzos de tu amor infinito

de una raza enjugaron el sudor de la sien.
¡Oh Padre de mis padres, sé mil veces bendito
y loado en los siglos de los siglos! Amén.



A Pedro de Valdivia

(Luis Felipe Contardo, chileno)

Paladín de la raza, pensativo y severo,
Hidalgo como un príncipe, fiero como un león,
Que el mar atravesaste, revestido de acero,
para traer la gloria de España a este rincón

Extremo de la tierra; soldado-caballero
del yelmo más erguido y el más puro blasón:
de todos los laureles del heroísmo ibero
los de tu ruda gesta, los más gallardos son!...

Porque tú los segastes en la floresta brava
en cuyo seno el cóndor junto al puma animaba:
la raza ebria de vida, de libertad y sol...

Y al chocar, centelleantes, tu espada con su lanza,
se vió que, si invencible de Arauco es la pujanza,
también es invencible el empuje español!

II

Al frente del cortejo de recios castellanos,
resonantes de hierro, sobre el bridón sin par;
al través de los hoscos reductos araucanos;
del desierto a las islas, de la montaña al mar,

En cada áspero monte fueron, tus duras manos,
junto al fortín de piedra levantando un hogar,
mientras—rojos trofeos—hacían por los llanos,
ensangrentadas testas de caciques rodar...

Así, entre los rugidos de la indomable indiada,
abrió en el suelo heroico ancha herida tu espada,
y tallaste en granito, fuerte Conquistador,

de Chile los sillares... Sobre él tu inmensa sombra
cuatro siglos proyectan, y hoy un pueblo te nombra
abuelo de la Estirpe, de la Patria hacedor!



CAUPOLICÁN

(Rubén Darío, nicaragüense)

Es algo formidable que vió la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

Por casco, sus cabellos; su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro o estrangular un león.

Anduvo..., anduvo..., anduvo... Lo vió la luz del día,
lo vió la tarde pálida, lo vió la noche fría...
¡y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán!

«¡El Toqui, el Toqui», clama la conmovida casta.
Anduvo..., anduvo..., anduvo... La aurora dijo: «¡Basta!»
¡E irguióse la alta frente del gran Caupolicán!

Caupolicán

(José Santos Chocano, peruano)

Ya todos los caciques probaron el madero.
¿Quién falta?— Y la respuesta fué un arrogante ¡Yo!
¡Yo!—dijo; y, en la forma de una visión de Homero,
del fondo de los bosques Caupolicán surgió.

Echóse el tronco encima con ademán ligero;
y estremecerse pudo, pero doblarse no.
Bajo sus pies tres días crujir hizo el sendero;
y estuvo andando... andando... y andando se durmió.

Andando así, dormido, vió en sueños al verdugo;
él muerto sobre un tronco, su raza con el yugo,
inútil todo esfuerzo y el mundo siempre igual.

Por eso al tercer día de andar por valle y sierra,
el tronco alzó en los aires y lo clavó en la tierra
¡como si el tronco fuese su mismo pedestal!

Colón y Bolívar

(José Joaquín Ortiz, colombiano)

Cuando Colón, desde la frágil [quilla
de su roto bajel, vió de repente,
con la primera luz del sol naciente,
aparecer la americana orilla;

Y el canto oyó de innúmera ave- [cilla,
y oyó el rumor de la lejana fuente,
y la tierra besando reverente,
dobló al gran Dios humilde la ro- [dilla;

y cuando así los años de tristeza,
los de larga orfandad y de aflicciones
premiaba Dios con sin igual lar- gueza;

cuando daba otro mundo a las [naciones,

¿pudo pensar jamás que en pobre [huesa
dormiría entre férreos eslabones?

Y cuando, como el águila, señora
de la libre región del firmamento
rasgando audaz el tormentoso viento
llega al alto peñón en donde mora,

Bolívar a la cumbre aterradora
del Chimborazo-rey subió contento,
de noble palma y de laurel san- [griento
coronada la frente pensadora;

y vió del Orinoco al Apurima,
del uno al otro mar la ancha ban- [dera
de santa libertad flotar encima,

¿pudo pensar jamás en la palmera
que había de dar sombra en otro [clima
a su tumba, del mar en la ribera?



Retrato de Cervantes

(Prólogo de las «Novelas ejemplares»)

Este que veis aquí, de rostro aguileño, el cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas deplata, que no ha veinte

años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra; fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Retrato de Motezuma

(Antonio de Solís)

Era de buena presencia; su edad hasta de cuarenta años; de mediana estatura, más delgado que robusto; el rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios; el cabello largo hasta el extremo de la oreja; los ojos vivos, y el semblante majestuoso, con algo de intención: su traje un mantón de sutilísimo algodón, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubría la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior, algo más obtusa, se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñían el pie y abrazaban parte de la pierna, semejante a las caligas militares de los romanos.

Retrato de San Martín

(B. Vicuña Mackenna, chileno)

San Martín, como ser físico poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de pecho, rígido como un sable, su espesa cabellera negra caía aún en su edad madura en enérgicas guedejas sobre su frente atezada... Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica... La vida entera parecía, sin embargo, concentrarse en los ojos, de un negro brillante sombrío en que todas las pasiones parecían teñirse de relámpagos como en aquel admirable tipo de belleza guerrera que poco después se extinguió entre nosotros: su capitán favorito: Las Heras.

Retrato de Bolívar

(José Martí, cubano)

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban, y las palabras se le salían de los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando... Libertó a Venezuela. Libertó a Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor. Los generales peleaban a su lado con valor sobrenatural. Era un ejército de jóvenes. Jamás se peleó tanto ni se peleó mejor en el mundo por la libertad... Bolívar murió de pesar del corazón, más que de mal del cuerpo. Murió pobre y dejó una familia de pueblos.



San Martín y Bolívar

(Juan María Gutiérrez, argentino)

Los guerreros más notables de la América moderna española, Bolívar y San Martín, sólo se tocan por los propósitos de su carrera y por la gloria que les cupo en la lucha de la independencia. Como hombres, son más bien dos contrastes que dos analogías. Caracteres encontrados, talentos de temple desigual, naturalezas subordinadas a diversos impulsos, se colocaron una vez uno frente al otro, y al darse los abrazos como hermanos en la victoria, se repelieron, advirtiendo que no pertenecían a la misma familia según las leyes que la naturaleza ha establecido para eslabonar por la simpatía a los seres inteligentes.

El uno anhelaba sediento de ruido y esplendor, a subordinarlo todo a su personalidad y a su fama. Esforzábase el otro por hacer impersonales sus proezas, y esquivaba sus sienes a los laureles mejor merecidos.

El uno escala el Chimborazo para que resuene más desde la altura su *Delirio*; el otro silencioso como un cometa, describe su curva sobre las cumbres de los Andes, deseoso de no ser sentido. El uno vence, destruye, aniquila impaciente; el otro economiza la sangre y las cosas, crea y administra.

Bolívar es el vengador exasperado por los excesos de la guerra a muerte; San Martín el realizador con la espada de los severos principios de los pensadores de Mayo. El primero resucita un mundo para darle su nombre; el segundo redime a los pueblos de su servidumbre para que la gran patria americana cuente con ciudadanos y no con esclavos.

El sol que calentó la cuna de San Martín es tibio en comparación del que ardió sobre la de Bolívar. Este nace opulento y mimado en una ciudad capital; aquel en la severa economía del hogar de un soldado, en una aldea sometida al régimen monacal de la célebre sociedad de Jesús.

El uno tiene por maestro y mentor a un visionario, cuya razón desgreñada no conoce freno al apetito de las novedades; el otro se educa en un colegio austero, bajo la disciplina de un compás, y la escuadra del geómetra.

El hijo de Caracas pasea su primera juventud por las plazas de las ruidosas cortes de la Europa extranjera; mientras el nativo de las Misiones gasta sus tiernos años en los campamentos de los ejércitos de un pueblo desgraciado invadido por un usurpador injusto y que defiende su independencia a esfuerzos de patriotismo y de virtud.

Ambos, al fin, son víctimas del ostracismo. San Martín se retempla y prolonga en él sus días por la resignación magnánima y la digna espera en la justicia futura; mientras que Bolívar, a semejanza del gran desventurado de la fábula, se deja devorar las entrañas por el buitre de la desesperación.

CANTARES

El que no sepa rezar,
que vaya por esos mares,
y verá que pronto aprende
sin enseñárselo nadie.

Cuando doblan las campanas
no doblan por los que mueren;
doblan por los que están vivos
para que de ellos se acuerden.



ARTIGAS, EL PROTECTOR

(Héctor Miranda, uruguayo)

«*El primero en el tiempo, en el pensamiento y en la gloria*».

Sin el aspecto adusto de los gerifaltes de antaño, era, empero, airoso y marcial, como un guerrero de raza.

De estatura mediana y formas regulares, delgado y vigoroso,

ágil a pie e infatigable a caballo, tenía la figura simpática que algunos expertos en psicología colectiva, anotan en los fascinadores de muchedumbres.

Gran jinete de mozo, conservaba la misma intrepidez física en la edad adulta, y ya viejo, con muchos inviernos sobre los hombros, araba la tierra como un labriego de veinte años, la mano firme y el torso desnudo.

Bello de alma y de cuerpo, su cabeza caucásica, iluminada por un mirar noble y una sonrisa inteligente, realizaba ese tipo ideal de que habla Hegel, en que el espíritu domina mediante no sé qué majestad de la línea.............................

Vestia sin entorchados y sin alamares. Ni el oro del mando, ni la púrpura de los césares. No hubiera armonizado de otro modo, la sencillez interna y la pompa exterior.

En el apogeo de su poder, cuando su cancillería desbordaba de notas y sus ejércitos de soldados, cuando su campamento era el punto de mira de todos los pueblos platenses y partió de él la marea de una vasta política, Artigas encontraba excesivo el discreto lujo de su uniforme de blandengue.

Chaqueta azul, sin vivos ni vueltas; pantalón sencillo; zapato rústico y media de algodón; capote de bayeta y sombrero redondo,—era la indumentaria pobre y vieja de este fuerte soldado, vencedor de la muerte, en la gloria de su Meseta.....

....

....

Y ese carácter primario de su espíritu, es lo que simplifica la comprensión de su papel histórico, ya que, vislumbrados los conceptos orientadores de su acción inicial, se comprende el desarrollo futuro de sus pensamientos exteriorizados en actos.

La lógica más absoluta, en todas las manifestaciones de su vida, por grandes que fueran las diferencias de espacio y de tiempo, preside la evolución de sus ideas y la marcha concomitante de su actuación privada o pública.

Es fácil así seguir el hilo histórico, la «serie» como diría Xenapol, que lleva desde el brioso teniente de Blandengues, protector de vidas y haciendas en la vastedad de las primitivas estancias, azote de cuatreros y de foragidos, hasta el caudillo regional protector de los derechos individuales y políticos de su

pueblo rebelde; desde el pastor de muchedumbres, patriarca federal y republicano, protector de provincias autónomas, hasta el viejo derrotado por el tiempo y la guerra, protector de los pobres, padre de los desheredados, providencia en forma de hombre, que hace crecer las mieses para distribuirlas entre los desvalidos, y de cuyas manos briosas, que portaron la espada del héroe, llueve la piedad consolante y la limosna reparadora.

En el campo emotivo, es el mismo espíritu el que lamenta el año XI el desgarramiento del exilio; el que evoca el año XIII, el dolor de las mujeres y el llanto de los niños; el que llora el año XV la defección de sus amigos, y mitiga la desgracia de sus enemigos: el que se duele de la pobreza de sus coterráneos, de la indigencia de su padre, de la noche mental de su esposa; y el que en el año XX, «al hundirse en la sombra», remite un puñado de oro a sus soldados prisioneros en una isla fatal, del otro lado del continente, separados de él por el espacio y el silencio, por las selvas intactas y montañas hostiles, pero unidos a él por el ideal, por el sacrificio y por la esperanza.........................

....

....

La obra política de Artigas, obra de sabio innato y de instintivo estadista, profética y fecunda, como que engendró cuatro repúblicas, es, con todo, inferior a su ejemplo moral, a su enseñanza humana, a la inflexible virtud de su vida de apóstol.

Pacificador, Fundador, Protector, fué siempre, ante todo y por encima de todo, Padre de los pobres, y Providencia de los desamparados.

Vida de virtud y de protección es la vida de Artigas.

El clamor de los campesinos, en la época pre-revolucionaria, pidiendo la ayuda del teniente Artigas contra el malón gaucho o charrúa, es idéntico al ulular de las muchedumbres junto a la carpa del caudillo, en la angustia del Exodo, al grito anhelante de las Provincias solicitando amparo contra la dictadura bonaerense, frente al campamento del Hervidero; al musitar de los indios, a lo largo de los caminos, implorando la bendición de Artigas vencido, y es el mismo rumor medicante que rodeará treinta años al patriarca exilado, fuera del mundo, pero cerca de los hombres.

La muerte ha de haberlo sorprendido en su habitual actitud laboriosa, abriendo el surco, como antiguo sembrador.

Artigas, como los viejos emperadores, ha de haber muerto de pie.

Dios lar de su comarca, su sombra augusta moró, sin duda, largamente entre las frondas.

Su vida, como las fablas de Castilla, tiene piedad y nostalgia, y sabor arcaico y «aroma de leyenda».

Facundo Quiroga

(Sarmiento, argentino)

Le llamaron *Tigre de los llanos*, y no le sentaba mal esta denominación... Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaron una sensación voluntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente; por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Alí-Bajá de Monvoisín. El Caín que representa la famosa compañía Ravel, me despierta la imagen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía es regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada...

Facundo es un tipo de la barbarie primitiva; no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras; la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía, sus miradas se convertían en

puñaladas; dominado por la cólera, mataba a patadas estrellándole los sesos a N. por una disputa de juego... Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusive dominante hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida a producir el terror como expediente para suplir al patriotismo y a la abnegación; ignorante, rodeábase de misterios y se hacía impenetrable; valiéndose de su sagacidad de observación no común y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputación entre las gentes vulgares.

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón?

Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno, y luego, con voz segura, dice: «Aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás ese es el ladrón». Al día siguiente fórmase de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas: un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras». ¡Miserable! le grita Facundo con voz aterrante, tú eres...» Y en efecto él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo; el crédulo gaucho, temiendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir el ladrón. Facundo hace formar la tropa y que desfile por delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudri-

ñadora, terrible. Antes ha dicho: «Yo sé quien es», con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar; desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil: es la estatua de Júpiter tonante, es la imagen del Dios del Juicio final. De repente se avanza sobre uno, le agarra del brazo y le dice con voz breve y seca: «¿Dónde está la montura?... —Allí, señor, contesta señalando un bosquecillo.—Cuatro tiradores», grita entonces Quiroga.

¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen hecha ante un hombre sagaz. Estaba, otra vez, un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo. Facundo le interrumpe, diciendo: «Ya este pícaro está mintiendo; ¡a ver! cien azotes...». Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: «Vea, patrón, cuando un gaucho, al hablar, está haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo». Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser, esto es, que había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga cuando le trajeron al hombre; levanta la cara después de habérsele anunciado varias veces, lo mira, y dice, continuando la escritura: «¡Ese es un miserable! ¡Pido un hombre valiente y arrojado!» Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay a centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente par labrarle una reputación misteriosa entre los hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

CANTARES

Si de mis males te alegras,
ruégale a Dios por salud;
que puede ser que algún día
me ría yo y llores tú.

No niegues el pan al pobre
Qué de puerta en puerta llama:
¡Quizá te enseña el camino
Que habrás de seguir mañana!



RETRATO DE JOSÉ MARTÍ

(Domingo Estrada, cubano)

Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como a Arístides; teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro: altivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga; ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible, con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, él, que había de encontrar en la pelea los rugidos de Kléber; de sonrisa dulce y leal, y benévola siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron o de Goethe. Tal era Martí.

LEÓN XIII

(J. Zorrilla de S. Martín, uruguayo)

Terminada la misa de acción de gracias, recibe el Papa, sentado en su sillón, a las pocas personas que han sido invitadas a su Misa. Un cardenal anuncia a los que van llegando.

Afable, sencillo e ingenuo, me tomó la mano que conservó entre las suyas, mientras permanecí arrodillado a su lado.

Me hablaba en francés con acento expresivo. Sus ojos verdes azulados, miran con intensidad de joven; y, como se abren en una cara de una palidez mate, semejante a la de un mármol de excavación con finas agrietas azules, parece que están solos, desprendidos, como un desentono en una mancha tímida de color; y que concentran en sí toda la luz de aquella vida. Porque el color de la tez no excluye en el varonil anciano la fuerza de concentración de los músculos; no es su cara una cara impasible y fría: es viva, movediza, enérgica. Los músculos de la sien tienen un movimiento especial hacia los ojos que, por esa contracción, brillan más en lo hondo. Si no fuera irrespetuosa la palabra, yo diría que me había parecido ver algo de picaresca jovialidad en los puntitos de luz que se movían en la transparencia de los ojos de León XIII.

Su nariz fuerte, saliente, no es aguileña; pero da rasgos de águila al conjunto de la cara, y descansa firme sobre una boca grande y expresiva, muy italiana, muy elástica, y parece seguir en sus movimientos diferentes la intensa vivacidad de los ojos.

El paño blanco de su sotana cae en pliegues amplios y duros desde la rodilla, como sostenido interiormente por una punta, como si allí dentro no hubiera más que un armazón vacío; no se siente el músculo, no hay allí más cuerpo que el indispensable para mantener y sostener, como una antorcha, la luz de la cabeza.

La cadena de oro de la cruz pectoral que cuelga de sus hombros, parece demasiado pesada para estos, al caer a lo largo del pecho.

Sus manos, de dedos largos, son también, como el rostro, pálidas y frías; cuando descansan sobre la sotana blanca, parecen las manos de un convaleciente. Al sentir su contacto prolongado en la mía, mientras sus penetrantes ojos azulados buscaban hacia abajo mi mirada con afable interés, yo experimentaba, francamente, un escalofrío que no se parecía a ningún otro. Ningún otro hombre puede producirlo.

Y sin embargo, es tal el movimiento de benevolencia y de interés con que León XIII se inclina hacia uno, para oírlo y estimularlo hablar, que el profundo respeto que inspira su blanca persona, se refunde en un sentimiento de filial confianza. Yo le hablé muy conmovido, pero con plena posesión de mí mismo, casi con locuacidad.



Una conversación con el rey don Alfonso XIII

(Carlos Silva Vildósola, chileno)

Aparece un oficial en gran uniforme. El gentil-hombre me hace una señal. Nos hundimos a través del cortinaje. Cruzo otros dos salones en la dirección que me indican y penetro por fin en un pequeño gabinete de trabajo, un verdadero rincón donde apenas caben la mesa, un sofá y unas dos butacas. Ahí está el Rey, que me aguarda de pie, me tiende la mano, me invita a sentarme y se sienta a mi lado.

La fuerte luz que entra por la enorme ventana le da en pleno rostro. Es un joven delgado, fino de cara y de cuerpo, pero con aspecto de buena salud. Tiene el tórax bien desarrollado y debajo de la americana gris, de verano, se adivinan los brazos de un sportman. Las mejillas se tiñen de un buen color. Los ojos extraordinariamente vivos, penetrantes, dóciles a todas las expresiones, son de una gran lucidez. La nariz borbónica avanza sobre un bigotillo claro y rizado hacia arriba, que no disimula la conformación de las mandíbulas características de la raza...

Luego me habla de América, de mi país, del periódico para el cual escribo.

El Rey pregunta infatigablemente; está ya muy bien informado, pero quiere aprovechar con instinto de hombre de Estado todos los elementos que llegan a su alcance, sean grandes o pequeños, con muchos o pequeños conocimientos.

Sus preguntas revelan que conoce a Chile como no sé yo que lo conozca ningún otro europeo.

¿En qué estado se hallan los proyectos de reforma monetaria? ¿Cuándo se entregará a la explotación el ferrocarril longitudinal? ¿Qué impresión puedo darle sobre la industria salitrera? ¿Qué marcha lleva la vinicultura chilena? ¿Quedan bastantes bosques? ¿Qué resultado dan los ensayos de siderurgia?

El Rey recorre conmigo el territorio de Chile, de Arica a Punta Arenas, y bendigo las horas que dediqué a conocer un poco mi país. ¿Cómo hubiera contestado a este hombre que ya sabe más que muchos chilenos de lo que a Chile interesa?

Con estupenda memoria para nombres, y fechas, menciona episodios de nuestra vida política, que van saliendo al azar de la conversación y que yo mismo he querido traer a ella, con el deseo de contárselos. Y el Rey dice:

—Ningún país, aún en Europa, ha dado un espectáculo más hermoso de solidez, de buena organización, de reposo político definitivo que el que ustedes dieron el año de la muerte del Presidente Montt y el Vice-Presidente Fernández Albano.

Y en las palabras y en el tono hay un calor de afecto, una simpatía, que me conmueve porque es la primera vez que en tres años de viajes, tres años de ver a tanta gente que se me decía interesada en América, es la primera vez que me hablan de Chile con conocimiento, con justicia y con cariño.

El Rey recorre en frases amplias, de esas que encuentra el que está lleno de ideas y quiere condensarlas, los problemas americanos que habrá de modificar el Canal de Panamá; se siente que son cuestiones sobre los cuales ha meditado, sobre las cuales tiene su idea personal que expresa con modestia, sin pretenciosas seguridades, en el tono de un estudioso que observa la vida y quiere llegar a la verdad.

Habla de la proyectada línea de navegación que daría la

vuelta a la América en ambos sentidos por Panamá y Magallanes. Apunta ideas que llegarán más de una vez a ser discutidas con los Ministros de Chile que se han sucedido en España y con otros diplomáticos americanos. Menciona las dificultades, los tropiezos, las dudas, los desalientos que se oponen en uno y otro lado.

Una cosa es evidente y domina cuanto habla sobre América: que don Alfonso tiene su alma puesta en las naciones que hablan castellano, que sigue su marcha, que las ama, que las desea unidas a España, y que cuanto de su voluntad dependa, habrá de hacerse para acercarlas y ligarlas a la Madre gloriosa que las engendró a la vida civilizada.

Le duele que estos pueblos no se conozcan.

—En España se conoce mal a las naciones americanas—dice—y hay sobre ellas muchos errores. Se las confunde unas con otras y no se marcan bien las diferencias esenciales que dan una fisonomía propia a cada una. Hay que luchar contra esto, y por suerte ya hay muchos hombres que se empeñan por hacernos conocer a esas Repúblicas tales como son. Pero también es cierto, y esto nos duele a nosotros como lo otro les dolerá a ustedes, que en América predomina una profunda ignorancia sobre España, que circulan entre los americanos las ideas más absurdas, los conceptos más ridículamente falsos sobre España y los españoles. Nos han creído siempre más atrasados de lo que estábamos, y ahora ignoran por completo que España va saliendo de sus crisis y restaurando sus energías que jamás perdió por completo. No hay fábula relativa a España que no sea creída en América. Deshacer esa atmósfera, dar a conocer la verdad de lo que somos, mostrar lo que estamos haciendo, es una obra buena para españoles y americanos, que ya es hora de que salgamos de esta desinteligencia mantenida por una mutua ignorancia.

Y el Rey alude benévolamente a artículos que «El Mercurio» ha publicado y en que nos esforzábamos por iniciar esa campaña.

Se queja con vivacidad el soberano de que los hispanoamericanos que viajan en Europa, raras veces vienen a España. Los ha visto llenar los hoteles de Londres y París, en países cuya lengua y costumbres les son extrañas, donde, fuera de recibir el

dinero que gastan, nadie los toma en cuenta, donde se les mira con menosprecio y se les llama «rastaquores».

. . . .

Los problemas americanos pasan de nuevo en la conversación, salen enredados unos en otros. El Rey habla de la evolución económica de esos países, de sus crisis actuales, de lo que serán cuando salgan de su condición presente, de lo que pueden esperar o temer de las diversas grandes potencias que hoy equilibran las fuerzas del mundo.

Habla como estadista, con una mirada amplia, sin prejuicios, con una asombrosa serenidad de criterio, con una clarividad de visión que en parte es resultado de estudios y en gran parte una especie de instinto, de intuición. Habla sobre todo con afecto por América, con tanto afecto sincero, que este pensamiento me cruza la mente: «Nunca un rey de España amó sus dominios como este ama los que fueron dominios de sus remotos antepasados».

Ha transcurrido una hora. Yo he perdido por completo la sensación de que estoy delante de un Jefe de Estado, de un soberano. Tengo la impresión deliciosa de hablar con plena libertad, sin reservas ni disimulos, con un joven de muchísimo talento, que sabe de cosas de América, que sabe de Chile, que tiene una afección verdadera por mi país, que discurre con gran claridad y una palabra fácil y colorida sobre asuntos que me interesan y que es de una irresistible simpatía.

La etiqueta exige que sea el soberano quien ponga término a la entrevista. Ha pasado más de una hora cuando el monarca se levanta, me dice unas frases sencillas, sobrias, de una bondad caballeresca, estrecho su mano y me voy.

En los salones vacíos, frescos, invadidos por una penumbra blanda, me saludan los oficiales y el gentil-hombre me acompaña hasta la portezuela de seda roja.

Los alabarderos siguen tostándose en la galería; los ujieres se aburren bajo el inmenso portal, y afuera, en la Plaza de Oriente, los fantasmas blancos de las estatuas de los viejos reyes de España, testimonio de una raza que tiene dos mil años de civilización, se envuelven en la fresca verdura de los árboles, en me-

dio de los jardines donde bajo el sol de Junio las flores padecen una agonía de aromas enervantes.

«El Mercurio», 2 de Agosto de 1914.

Retrato de varios historiadores

(Saavedra Fajardo)

Deseoso yo de reconocerlos, les salí al paso, pidiendo a Polidoro que uno a uno me refiriese sus nombres y cualidades. Este (me respondió) que camina con pasos graves y circunspectos es Tucídides, a quien la emulación a la gloria de Heródoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae a sí los ánimos, es Jenofonte; a quien Diógenes Laercio llamó Musa Atica, y otros con más propiedad Abeja Atica.

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Cayo Salustio, gran enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque a Séneza y a Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las translaciones, y que deja cortadas las sentencias. Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás es Cornelio Tácito, tan estimado del emperador Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se escribiesen sus libros; pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte de ellos, y que los demás estuviesen sepultados por muchos años sin que hiciesen ruido en el mundo, hasta que un flamenco le dió a conocer a las naciones; que también ha menester valedores la virtud: pero no sé si fué en esto más dañoso al sosiego público,

que el otro inventor de la pólvora. ¡Tales son las doctrinas tiránicas, y el veneno que se ha sacado de esta fuente! por quien dijo Budeo, que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempo de príncipes tiranos: que si los alaban, son lisonjeros; y si los reprenden, penetrando sus vicios, parecen maliciosos. Esta calumnia se recompensa con lo que otros alaban en él: pues Plinio y Cecilio le llaman elocuente; Vopisco facundo; Esparciano puro y cándido; Bodino agudo; y Sidonio digno de toda alabanza.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parece destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores: porque es Tito Livio Patavino, de no menos gloria a los romanos, que la grandeza de su Imperio: huyó de la impiedad de Polibio, y dió en la superstición; así para librarnos de un vicio damos alguna vez en el opuesto...

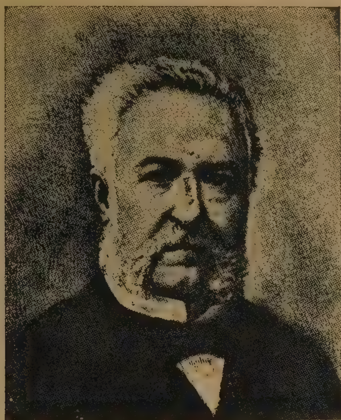
El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz a los enemigos que con la elegancia a los que quieren imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio: tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores...

El otro de largas y tendidas vestiduras es Zurita: a quien acompañan don Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos; y Mariana, cabezudo; que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya y la condena en lo dudoso: afecta la antigüedad; y, como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

CANTARES

No hay plazo que no se cumpla,
ni deuda que no se pague,
ni mal que dure cien años,
ni un enfermo que lo aguante.

Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana,
y no hay pellejo de aceite
que no tenga su botana.



CAMPOAMOR

(Rubén Darío, nicaragüense)

Este del cabello cano,
Como la piel del armiño,
Juntó su candor de niño
Con su experiencia de anciano;
Cuando se tiene en la mano
Un libro de tal varón,
Abeja es cada expresión
Que, volando del papel,
Deja en los labios la miel
Y pica en el corazón.

CANTARES

Muchos hay que en este mundo
quieren coger sin sembrar;
el que no siembra no coge:
así lo dice el refrán.

Yo no la temo a la muerte,
aunque la encuentre en la calle;
que sin permiso de Dios
la muerte no mata a nadie.



Milton ciego dictando a sus hijas el «Paraíso Perdido».

Los poetas ciegos: Homero, Milton

(Juan Montalvo, ecuatoriano)

Un anciano está bajando a tientas por un cerro de Atica, apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no a descendido cien toesas. Cada guijo un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tienta paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos pudieran reconocer la presencia de

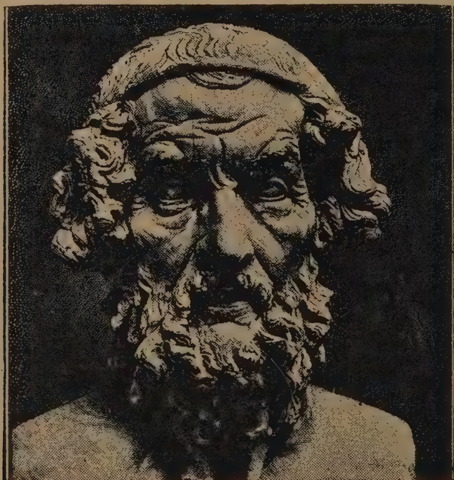
un hambriento sediento y desnudo, y levantó la voz, cantó un fragmento de poema. «¡El ciego,—exclaman, adentro,—el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes». Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, lo entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas.

Al otro día el viejo besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo: fué mercader, corrió mares, visitó puertos: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, lo siguió y lo devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida, como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas.

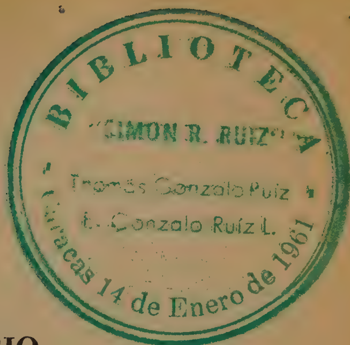
. . . .

En un barrio obscuro de Londres, casi fuera de la ciudad vivía bajo humilde techo un hombre de años en un cuartito mezquino en casa ajena. Este hombre, viejo y ciego, como el anterior, no contaba con más arbitrios que los escasos dineros que sacaba de sus versos vendidos por sus hijas. Su mujer se cansó de él; sus hijas mismas le hicieron traición, en cierto modo. Lloraba el viejo, porque era desgraciado: el pan, mal seguro, no de cada día; vino, nunca por sus manteles. En cuanto a la luz artificial, importábale poco, puesto que ni la veía, ni sabía si estaban ardiendo en su aposento. Llegó a tener hambre el mísero: devoróla santamente en memoria de lo que en otro tiempo se había satisfecho. Porque éste sí, para ser ciego, había visto más que todos; para carecer de lo necesario, había nadado en lo superfluo; para ser desconocido y triste había brillado en la corte al lado de un poderoso. Ahora, no solamente se come las manos, sino también huye de sus semejantes: sus compatriotas no pueden oír su

nombre sin dejarse arrebatar de la venganza; y si supieran que está vivo, no le fuera bien contado, pues de debajo de las piedras le sacaran. Este mendigo ha sido ministro poderoso de un gran tirano, ha encubierto malas obras, ha sufrido derrame de sangre de reyes. El ciego oculto en una callejuela de Londres, el muerto de hambre, el zarrapastrón, es Milton, ministro de Oliverio Cronwell. Cuando perteneció en cuerpo y alma a la política; cuando fué malo, cómplice de un rigicida, opresor de su patria, las riquezas le asediaron, los bienes del mundo le abrumaron: triunfos y placeres, suyos fueron: llamándose feliz, anduvo el cuello erguido, los ojos insolentes. Hoy que no es el hombre de la sangre, sino el de las lágrimas: no el de la ambición, sino el de la abnegación; no el del orgullo sino el de la modestia; no el del crimen, sino el de las virtudes, los bienes de fortuna han huído de él cacareando como aves espantadas. Riqueza y virtud implica: hambre, dolores, ayes agudos, con rostro de ángeles enemigos o demonios propicios, forman la cariátide sobre la cual está sentada la suerte de los grandes hombres. Milton, ministro de Cronwell, fué rico y feliz: Milton, poeta del Paraíso Perdido, fué menesteroso y esencialmente desgraciado. No hay duda en que un genio invisible va guiando hacia la gloria por entre abrojos y cardos a los hijos distinguidos de la naturaleza.



Homero



VOCABULARIO

abacial, perteneciente a una abadía
abenuz, ébano, madera negra.
abstruso, de difícil comprensión.
achiste, o **bija,** árbol y fruta medicinal.
achuchar, estrujar.
adelfa, arbusto de flor rosácea.
adormilarse o **adormitarse,** dormir a medias.
agazaparse, ocultarse.
aguazal, charco de agua estancada.
ajetrear, fatigar con exceso de trabajo.
albino, de pelo blanco.
alcatraz, albatros, ave marina.
algarabía, alboroto.
aliso, árbol de flores blancas.
almo, *poét.* vivificador, benéfico.
alteroso, *mar.* barco muy recargado de obra muerta.
amagar, amenazar con el gesto.
amalgama, mezcla.
amancay, *Amer.* flor amarilla.
amate, higuera de Méjico.
anastomosarse, *med.* comunicarse dos vasos sanguíneos.
Aufriso, río de Tesalia.
anquiloso, *med.* privado de movimiento en las articulaciones.
antifonario, el que canta las antífonas, el libro que las contiene.
aprisco, sitio en que se recoge el ganado.
arbotante, pilar terminado en medio arco que sostiene una bóveda.
Argos, nave mitológica de los Argonautas.
armiñado, guarnecido de piel de armiño.
asaz, bastante.
atarjea, cañería.
Atenea, Minerva.
aterido, pasmado de frío.
atezado, de color negro.
auca, tribu araucana.
áureo, de oro.
autómata, persona sin carácter que se deja dirigir por cualquiera.
avizorar, acechar.
azabache, lignito, mineral negro.
azalea, arbusto.

baldaquino, pabellón de un altar.
bandazo, *mar.*, golpe de mar sobre una banda de un barco.
bañado, *Amér.*, pantano.
baqueano o **baquiano,** *Amér.*, práctico de caminos y atajos.
barbacoa, *Amér.*, zarzo sostenido con puntales.
barcino, animal de pelo blanco y pardo o rojizo.
batahola, *fam.*, bulla.
batelero, el que dirige un batel o bote.
belfo, o **befo,** de labio grueso, labio de caballo.
bermejo, rojizo.
Betsaida, pueblo de Galilea.
bibí, planta liliácea.
biguá, pato negro.
boldo, árbol de hojas medicinales.
Booz, ascendiente de David.
boqui, enredadera de Chile.
bordón, cuerda gruesa de guitarra.
borraja, planta comestible.
bozal, idiota.
brazuelo, de trampa.
bromelia, planta tropical.
buba, especie de tumor.
búcaro, vasija de barro fino.
bullón, *neol.*, botón de planta.

cabestro, soga para atar una caballería.
Cafarnaúm, pueblo de Galilea.
calar, penetrar.
caléndula, planta medicinal de flores anaranjadas.
camalote, planta acuática y flotante, isla flotante formada por las mismas.
camueso, especie de manzano.

caoba, árbol de madera rojiza muy fina.
capitoso, *neol.*, cabezón.
caput Castellae, *lat.* cabeza o capital de Castilla (Burgos).
caracolí, *Amér.*, o **anacardo,** árbol terebintáceo.
cárabo, insecto coleóptero embarcación pequeña.
cariátide, estatua que sirve de columna.
carel, *neol.* pieza de una lancha
carlinga, *mar.* hueco en que entra el mástil de un barco.
carmen, jardín, quinta.
carpincho o **capivara,** gran roedor acuático del Río de la Plata.
de ceca en meca o **de la Ceca a la Meca,** de un lugar a otro.
ceiba o **ceibo,** árbol de flores rojas.
cerbatana, tubo para lanzar flechas o balas con aire comprimido.
cerúleo, azulado.
cetrería, caza de aves con halcones adiestrados.
cierzo, viento Norte.
cimacio, moldura arquitectónica.
cirros, o **cirrus,** nubes en forma de flecos.
coigüe, *Amér.*, árbol maderable de Chile.
combado, encorvado.
conífero, árbol de fruto cónico.
copal, cierta resina y barniz fino.

corozo o **corojo**, palma americana.
coyunda, soga con que se uncen los bueyes al yugo.
cucharón, *Amér.*, pájaro americano.
cuchilla, *Amér.*, loma o colina de suave pendiente.
cuévano, cesto de mimbre.
cuja, bolsa de cuero asida a la montura para sostener la lanza.

cháchara, *fam.*, charla.
chaflán, corte de un ángulo.
chajá o **yajá**, ave zancuda de gran talla.
chamal, *Amér.*, mantaindia.
chapalear o **chapotear**, golpear el agua.
chicano, *neol.*, enmarañado.
chirimía, instrumento músico de viento.
chiripá, *Amré.*, pieza de tela que pasando entre las piernas se asegura delante y atrás en la cintura.
chupalla, *Amér.*, planta, sombrero de paja de la misma.
churrinche, pájaro de plumaje rojo.

dandy, *anglic.*, pedante.
deliquio, desmayo.
desflecar, o **desflocar**, sacar flecos de una tela.
desgarbado, falto de garbo o gracia.
desperdigar, esparcir.
desportillar, deteriorar.
diomate, árbol.
dios-te-dé, pájaro.

embargar, retener una cosa por orden judicial.
encelar, dar celos.
endilgar, dirigir.
enea, espadaña, planta.
engrifar, erizar.
enjalbegar, blanquear paredes.
enmararse, darse a la mar.
enmarañar, enredar.
eolio, propio de Eolia, región de Grecia.
epifanía, en griego manifestación, fiesta de los Reyes.
escobillón, instrumento para limpiar el interior del cañón.
esquilmar, empobrecer.
estancar, detener el curso de una cosa.
ético, tísico.

facón, *Amér.*, cuchillo de monte.
faltriquera, bolsillo.
festón, adorno en forma de ondas o puntas.
fito-geógrafo, geógrafo de la distribución de las plantas.
flácido, flaco.
flámula, bandera estrecha y puntiaguda.
fusta, látigo largo, delgado.

gallareta, ave zancuda de plumaje negruzco.
gañán, mozo de labranza.
garúa, *Amér.*, llovizna.
garrucha, polea.
gárrulo, que habla o canta mucho.
gatera, agujero para los gatos.

gavia, *mar.*, vela del mastelero mayor.
gerifalte, halcón de gran talla, usado en cetrería.
glauco, verde claro.
gnomo, enano mitológico.
gola, pieza de la armadura que cubre la garganta.
golilla, *Amér.* chalina que llevan los gauchos sobre el poncho.
gorguera., antiguo adorno del cuello, de tela plegada.
gramilla, planta gramínea.
guacamayo, especie de papagallo.
guadal, duna poco sonsistente.
guayacán, árbol de flores blancas.
guija, piedrezuela.
guturación, *neol.*, esfuerzo de la garganta.

hato, porción de ganado.
heraldo, el que anuncia.
Hermón, monte de Palestina.
hierático, sagrado entre paganos.
híspido o **hirsuto,** de pelo áspero.
hondor, *neol.*, hondura.
hornero, pájaro del Río de la Plata que hace el nido de barro como un horno.
hosco, áspero, intratable.
hostigar, molestar, perseguir.
huate, algodón.
huinca, nombre que dan los araucanos a los blancos.
huiña, gato montés.
husmear, rastrear olfateando.
iracal, sitio de **iracas,** especie de palma.

jácara, jolgorio.
jagüel, *Amér.*, balsa de agua.
Janto, río de Troya.
jáquima, cabestro de cordel.
jaramago, hierba amarilla que crece entre los escombros.
jarrete, corva de la pierna.
jocote, especie de ciruelo.

laceradura, herida.
lacería, lazos.
laceria, miseria.
lampa, brillo, linaje.
lampo, resplandor súbito.
lináloe o **áloe,** planta liliácea de grandes hojas carnosas.

macachín, planta parecida al trébol.
macolla, conjunto de retoños de una planta.
macular, manchar.
madroño, arbusto de fruto comestible.
Magdala, patria de Santa María Magdalena.
malón, irrupción de indios.
malva, planta medicinal.
manea, cuerda para atar las manos de un caballo.
mariscador, pescador de mariscos.
mastuerzo, berro, planta de ensalada.
medusa, marisco.
meloso, dulce como la miel.
mesnada, gente de armas que sigue a un jefe.
minarete, torre de mezquita.
moaré, tela fuerte.

mojarra, pez comestible.
monago o **monaguillo**, niño de coro.
mondar, quitar la piel a las frutas.
mora, *Amér.*, especie de garza.
motear, salpicar de motas o pelillos.
musitar, hablar entre dientes.

nauclero, piloto.
nemoroso, boscoso.
nepotismo, protección excesiva a los de la propia familia.
nenúfar, flor acuática.
nereida, ninfa del mar.
nimio, excesivo.

obertura, introducción musical.
Oceánides, ninfas del mar.
óboe, instrumento músico de viento.
ocó, pájaro acuático.
ochava, parte de un torreón.
ojaranzo, planta, especie de jara.
ombú, árbol corpulento y frondoso del Río de la Plata.
ojiacanto, espino.
orondo, presumido.
oropéndola, pájaro de plumaje amarillo.
orquídea, familia de plantas.
orzar, *mar.*, inclinar la proa hacia el viento.
overo, piel de color manchado.

pacará, árbol frondoso,
panel, tablero para dibujo.
parrandero, amigo de parranda o jarana.
pava, *Amér.*, caldera pequeña.
pavana, danza española.
pebetero, perfumador.
pecarí, jabalí americano.
pelafustán, *fam.*, holgazán.
pelechar, echar los animales pelo o pluma.
penca, de un puñal, mango.
pericón, *Amér.*, baile popular uruguayo.
persoga, soga.
picada, *Amér.* camino abierto a través de una selva.
picazo, especie de pato.
pigmeo, enano.
pindó, cocotero.
pistilo, órgano femenino de la flor.
plañidero, gemir y llorar.
playo, *neol.*, playero, de playa.
pocilga, establo para ganado de cerda.
poma, manzana.
poncho, manta con una abertura para meter la cabeza.
pontón, barco viejo.
puna, páramo, meseta árida en los Andes.
pulicia, *neol.*, pulidez.
presea, alhaja.
proliferar, *neol.*, tener prole, multiplicarse.
polistilo, que tiene muchas columnas.

querencia, inclinación a la propia casa.
quila, gramínea americana.
rafa, refuerzo de una pared.
ralear, hacerse ralo o escaso.
ramazón, conjunto de ramas.

rampa, plano inclinado.
ratonar, roer.
raudo, rápido.
recado, *Amér.*, montura gaucha.
recental, cordero muy joven.
recuadro, división en forma de cuadro.
recova, *Amér.*, calle cubierta.
ramonear, cortar o roer las puntas de las ramas.
regnícola, natural de un reino.
reguera, canal de riego.
resalsero, torbellino en el mar.
resedá, planta de flores amarillas.
retacón o **retaco,** rechoncho.
retamar, sitio poblado de retama.
ríspido, *mar.*, áspero.
rosicler, color rosado de la aurora.
ruca, cabaña araucana.

sabandija, cualquier reptil pequeño.
sabiá, pájaro americano de suavísimo canto.
sarta, serie de cosas en fila o ensartadas.
sedante o **sedativo,** calmante.
sima, hoyo grande y profundo.
sirirí, pájaro americano.
sochantre, director del coro en los oficios divinos.
soldada, salario.
sollamar, quemar ligeramente en la llama.

tahona, molino de harina
tallaviento o **cataviento,** instrumento náutico para señalar la dirección del viento.
tamarindo, árbol de las regiones cálidas.
taravilla, canto popular.
tatuar, grabar dibujos en la piel.
Tempe, valle de Grecia.
tezontle, *Amér.*, piedra porosa.
Tiberíades, ciudad y mar o lago de Galilea.
titán, gigante mitológico.
toesa, medida antigua de casi dos metros.
torpor, entumecimiento.
torva, remolino de lluvia.
totora, planta que se emplea para techar ranchos.
traba, ligadura con que se ata las patas del caballo.
triscar, retozar.
tropa, *Amér.*, conjunto de animales en marcha.
tropilla, *Amér.*, manada de caballos en marcha.
tuna, higuera de Indias, chumba o nopal.
turbante, faja que rodea la cabeza, usada por los árabes.
turquesa, piedra fina de color azul verdoso.
turquí, color azul oscuro.
tuyuyú, *Amér.*, especie de cigueña.
ujier, portero de un palacio o tribunal.
velón, lámpara de aceite.
venturro, venta u hospedería de inferior categoría.
verdegay, verde claro.
verdugón, renuevo de un árbol.
vihuela, guitarra.

viso, onda de resplandor.
vitela, piel vacuna muy pulida.
voluptuoso, sensual.

yungas, *Amér.* ciertos valles de Bolivia.

zacate, planta gramínea.
zarco, color azúl claro.
zarrapastrón o **zarrapastroso,** andrajoso.
zonto, *Amér.,* tronzo, caballo de orejas cortadas.
zonzo, soso, sin gracia.

INDICE

Nociones y ejercicios de composición

---

(1) Las composiciones señaladas con asterisco están escritas en verso.

Retratos y paralelos.

Nociones.



